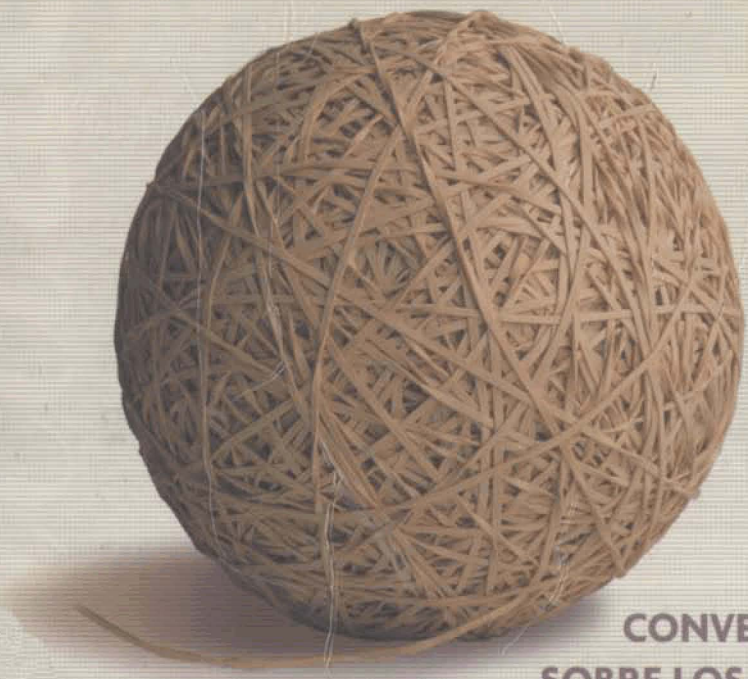
Después de todo



CONVERSACIONES
SOBRE LOS CAMBIOS
DE ÉPOCA

Carlos Altamirano
Hernán Dinamarca

Después de todo

Después de todo

CONVERSACIONES
SOBRE LOS CAMBIOS DE ÉPOCA

Carlos Altamirano
Hernán Dinamarca

EDICIONES B
GRUPO ZETA

Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

1ª edición: diciembre 2000

© Carlos Altamirano y Hernán Dinamarca
© Ediciones B Chile S.A., 2000
Monjitas 392 Piso 16, of. 1601
Santiago, Chile

Impreso en Argentina
ISBN 956-7510-57-1
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Editor: Abel Gilbert
Diseño de portada: Raquel Cané
Diagramación: Verónica Lemos

Impreso por PRINTING BOOKS
General Díaz 1344 - Avellaneda
Prov. de Buenos Aires - Argentina

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright,* la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

NOTA DEL EDITOR

El siglo XX se consumió pasmosamente entre Sarajevo y Sarajevo. Dos guerras, un mismo teatro de operaciones, clausuraron el "siglo chico" (1914-1992), al decir del historiador inglés Eric Hobsbawm. Tiempo de horrores, catástrofes, fulgor y derrumbamientos. El siglo comenzó con las dos guerras mundiales y continuó con la guerra fría, en la que si bien no se enfrentaron los dos adversarios principales, dejaron una larga y sangrienta secuela de enfrentamientos de alta y baja intensidad. El mundo estuvo en varias oportunidades cerca de la conflagración nuclear y no pudo sacarse de encima la sombra del botón rojo. Surgieron, en Europa, Asia, África y América Latina, feroces regímenes dictatoriales, de derecha y de izquierda.

Pero también fue un siglo de invenciones científicas y tecnológicas prodigiosas. De misterios develados y avances sin retorno. El siglo que comenzó con lámparas de gas fue electrificándose a pasos de gigante. Y a medida que la red se extendía, iba completándose la descolonización, se desarrollaba un potente movimiento de liberación de la mujer, se ponía el acento en el respeto de la Carta Universal de los Derechos Humanos, suscrita en 1945. El mundo se hacía demasiado pequeño para tantas asignaturas en el tintero. A lo largo del siglo, la población se cuadruplicó, llegando el año 2000 a más de seis mil millones de habitantes. El hombre, que en los albores del siglo recién conocía el planeta en su totalidad, sesenta años más tarde pisaba la Luna. Décadas después se iniciaban las investigaciones sobre el genoma humano. Celebración y azoramiento. Algunas de las utopías negativas de los escritores de ciencia ficción de la posguerra amenazaron con volverse proféticas.

A lo largo del siglo, el mapa político mundial no dejó de experimentar mutaciones. América Latina despertó bajo los estampidos de su primera gran revolución: la mexicana —1910 a 1920—, Europa presenció atónita la victoria de la revolución bolchevique en Rusia —1917— y en Asia colapsó la más antigua de sus monarquías, la china —1911. En la segunda mitad del siglo, y mientras Europa iniciaba su proyecto comunitario, Rusia describía la última fase de una notable parábola. Pasaron la revolución y las guerras, se convirtió en superpotencia y, luego de setenta años, colapsó. La caída de los viejos muros fue también el fin de arraigadas certezas, ilusiones y alineamientos inconfundibles. Antes del estallido, sin embargo, ya se escuchaban las voces de desencanto con la modernidad.

Entramos en una etapa nueva y desconocida.

El fin del comunismo, y el avance en la construcción de la unidad europea, el fin de los relatos históricos, las grandes transformaciones ocurridas al interior del sistema industrial, la globalización económica, que no deja resquicio por cubrir con las banderas del libre mercado, la agudización de la pobreza y la marginalidad, la difusión de Internet y la victoria cultural de Occidente a lo largo y ancho de la tierra, el ocaso de la política, la aparición de nuevos paradigmas científicos y de la emergencia de problemas que sólo admiten soluciones planetarias, dibujan el horizonte humano con variados e inquietantes signos de pregunta.

En la Viena extenuada de los Habsburgo, el escritor Karl Krauss visualizó una civilización convertida en un "campo de exterminio para el hombre". Las pesadillas de Viena han dejado de ser metáforas. Es en este tiempo de incertidumbre y zozobra que Carlos Altamirano y Hernán Dinamarca bucean en los orígenes de la modernidad, sus luces y sombras, ponen a prueba la viabilidad de sus postulados o su defunción, para comprender lo que denominan como un "cambio epocal". El nuevo contexto, subraya Altamirano, arrasa con las civilizaciones y las culturas más profundas, de Nueva York a Pekín, de Punta Arenas a Ciudad del Cabo. Es, a su criterio, un cambio más radical que el tránsito del medioevo a la modernidad. Se muestra no obstante como un "moderno crítico" y rescata sus premisas esenciales . Dinamarca, en cambio, es más contundente en su distanciamiento de la tradición iluminista e intuye su incontrastable. Prefiere definirse como "posmoderno" históricamente constructivista y trazar otras coordenadas.

En una primera parte de este libro (capítulos 1 al 6) se examinan lo que ha sido históricamente la modernidad, desde su año uno —1492— hasta el siglo XX. Se debate sobre el "cambio épocal" y la

emergencia de una posmodernidad histórica. Altamirano propone su visión sobre las doce grandes transformaciones que alteran el actual escenario histórico.

En la segunda parte (capítulos 7 al 14) se abordan algunas de las grandes transformaciones que caracterizan el paso hacia el milenio que recién hemos iniciado: la ecológica, la demográfica, las tecnológicas, la gran transformación capitalista, la mundialización-globalización de la economía capitalista, la occidentalización-modernización del mundo, los cambios geopolíticos, y cómo impacta este escenario de cambios en América Latina.

En la tercera parte (capítulos 15 al 21) se pone el acento en las grandes transformaciones político-ideológicas, científica y moral de nuestro tiempo, desde el liberalismo a la izquierda, pasando por la Iglesia Católica a los conservadores.

Este libro es un diálogo entre dos generaciones diferentes, dos experiencias político formativas distintas que se suman para comprender lo que sucede más allá de Chile. El contrapunto, no obstante, siempre tiene su ancla en un país donde, advierten los autores, sus elites económicas sólo hablan de "modernidad" para referirse a las políticas neoliberales y a las novedades suntuarias pero miran hacia otro lado a la hora de discutir el atraso institucional y cultural. Repiten, a su manera, la vieja vulgata marxista de que lo económico determina todo y el resto no existe. Son una suerte de marxistas "al revés".

La conversación no escatima crispaciones, polémicas y puntos de encuentro. No podía ser de otra forma. El diálogo, claro, no es inocente: busca correr el velo del prejuicio, acaso una forma más elegante de llamar al provincianismo y la desactualización.

A MODO DE INTRODUCCIÓN: CERCA DEL ABISMO EN EL FIN DE LA MODERNIDAD

CARLOS ALTAMIRANO: —Por primera vez podemos alterar el curso de millones de años de evolución de la biosfera, crear nuevas especies animales y vegetales e incluso transformar el material genético humano. Por primera vez el hombre está en condiciones de hacer estallar bombas nucleares y destruir gran parte de la Tierra, si no toda ella. Por primera vez somos los responsables de una crisis ambiental de carácter planetario. El hombre no sólo se ha transformado en un demiurgo, sino que, exagerando un tanto, diríamos que ha asumido el papel de dios. Asistimos a un cambio epocal de tal dimensión que exige repensar completamente el mundo y la historia.

HERNÁN DINAMARCA: —Sin embargo, la mayoría no tiene conciencia de este cambio. La gente, más bien, oscila entre dos actitudes: por un lado, la euforia y la autocomplacencia ante los logros tecnológicos y, por otro, el pesimismo ante las posibilidades destructivas del hombre. ¿A qué atribuye esa inconsciencia, esa falta de responsabilidad para enfrentar lo decisivo del actual momento histórico?

—Lo más grave es que incluso son las elites las que no advierten ni admiten la posibilidad del desencadenamiento de fuerzas ciegas e incontrolables. Además, tengo la sensación de que los cambios se han ido precipitando de tal forma y ocurren con tal velocidad, que nos impiden una reflexión detenida y seria. Carecemos de suficiente perspectiva y conciencia histórica.

—Uno de los rasgos más intensos de la época moderna occidental es su brevedad; pero a la vez es el tiempo más acelerado de la historia. Quisiera recordar una sugerente analogía cronológica del astrofísico Hubert Reeves en el libro La más Bella Historia del Mundo: *"Si se convierten los 4.500 millones de años de nuestro planeta en un solo día, y suponemos que la tierra apareció a las doce de la noche, la vida, entonces, nació hacia las cinco de la madrugada y se desarrolló en el resto del día. Hacia las ocho de la noche aparecen los primeros moluscos. Hacia las once los dinosaurios, que desaparecen a las doce menos veinte y dejan el campo libre para la rápida evolución de los mamíferos. Nuestros antepasados sólo surgen en los últimos cinco minutos antes de las doce de la noche y se les duplica el cerebro en el último minuto del día. ¡La Revolución Industrial sólo ha comenzado hace un centésimo de segundo!".*

—¿Pero qué ha ocurrido en la civilización occidental moderna para que los acontecimientos se hayan precipitado con tal rapidez y los cambios no se cuenten por siglos o por milenios, sino por horas? Como recuerda Reeves, los doscientos años de modernidad madura son, en efecto, menos de un centésimo de segundo en relación con la historia de la Tierra; pero en ese breve lapso hemos logrado alterar radicalmente el curso de la evolución. Entre la aparición del género humano en África y la invención de la imprenta, transcurrieron miles de miles de años; en cambio en la civilización occidental moderna los descubrimientos y las nuevas invenciones no se cuentan por milenios ni por siglos, sino por décadas e incluso por años. Antes el descubrimiento y fabricación de un utensilio de piedra tardaba miles de años. Ahora, en cambio, ocurren a una velocidad sin precedentes. Hace muy poco tiempo el hombre llegó a la luna y ya se está intentando colonizar el espacio; las aplicaciones de la investigación del genoma humano recién se han iniciado y sin duda tendrán efectos de enorme trascendencia.

—Tal vez en ese último rasgo esté lo más radical de la aceleración de la historia. Hoy, ese animal que nació en África está alterando veloz y peligrosamente lo que antes eran complejos procesos naturales autorregulados.

—Y pienso que es así porque este hombre tecnologizado asume una actitud cada vez más arrogante y soberbia ante la naturaleza y el cosmos. Ahora no es la evolución a través de su proceso de millones

de años ni tampoco Dios quienes están creando especies vegetales y animales diversas, sino que es el hombre quien está alterando características básicas de los seres vivos.

—Y en esto hay una dramática paradoja: es cierto que hoy el ser humano puede crear, pero a la vez cada doce minutos este "homo tecnicus" *hace desaparecer una especie viva (y, claro, desde ahora también con la biotecnología puede regenerar especies desaparecidas o en extinción inminente).*

—Eso guarda estricta relación con el proceso simultáneo de creación y destrucción, tan característico de la modernidad. Se destruye para construir, se construye destruyendo, lo que nos conduce al tema más conflictivo y más complejo de nuestras conversaciones: ¿cómo caracterizar a la época moderna? ¿Qué fuerzas han conducido a esta ebullición gigantesca?

—Volviendo al carácter decisivo del actual momento histórico. ¿Tal vez otros hombres y mujeres pensaron que su tiempo también era el más crucial? Por ejemplo, durante la revolución agrícola del neolítico, y en Occidente durante la caída del Imperio romano o en las guerras mundiales del siglo XX.

—Ninguno de esos momentos fue tan decisivo. De haber existido alguno, me remitiría a los dos millones de años de aparición del primer Homo habilis, ese ser humano absolutamente indefenso atravesó por momentos de extrema peligrosidad, tanto, que pudo perfectamente haber desaparecido al cabo de unos pocos años; en buenas cuentas pudo desaparecer el producto de una evolución de millones y millones de años. Ahora está ocurriendo algo semejante.

—¿Acaso hicimos esta carrera de "progreso" y "poder" sólo para volver a un momento de vida o muerte? Ayer estuvimos ante una posible desaparición, producto de nuestra debilidad como especie, y hoy estamos en la misma encrucijada pero como resultado de que somos poder planetario; es decir, las actividades humanas hoy podrían impactar destructivamente las redes biológicas, sociales y culturales planetarias.

—Somos un poder que ha generado transformaciones monumentales y aceleradas que están colocando en grave peligro la supervivencia de

la especie humana. Han acaecido cambios espectaculares en todas las dimensiones de nuestra vida. La explosión demográfica sólo en este siglo ha adquirido una velocidad impresionante. En 1900 había 1.500 millones de hombres y mujeres; en 1950, 2.000 millones; en 1980, 4.000 millones y en el 2000, 6.000 millones de seres humanos. La especie demoró dos millones de años en llegar a los 1.500 millones y, ahora, sólo en cien años, se ha multiplicado por cuatro.

Otro cambio copernicano ocurrido en los últimos cien años se refiere a la revolución en los medios de transporte. El hombre inicia su expansión sobre la tierra, saliendo de una pequeña zona de África Oriental y tarda miles y miles de años en llegar a Asia, en poblar Europa y América, demorando mil quinientos años en avanzar desde el extremo norte de América hasta Tierra del Fuego. Julio César, treinta años antes de Cristo, conquistó gran parte de Europa a caballo; mil ochocientos años más tarde, Napoleón haría lo mismo. Sólo con posterioridad a 1900 el hombre empezaría a explorar la Tierra a la velocidad de la luz.

Y así existen múltiples otros cambios, por ejemplo el ocurrido con la urbanización del mundo. Hasta 1900, el 80 por ciento de la población mundial vivía en el campo, hoy sólo lo hace el 40 por ciento. Y en Europa apenas alcanza al 5 por ciento. El hombre por dos millones de años se había alimentado de la caza y la pesca; luego, durante diez mil años vivió de la agricultura; y, sólo ahora, en los últimos cien años, hubo una migración de 4.000 millones de seres humanos del campo a la ciudad. La población urbana se ha quintuplicado en cuarenta años. En 1950 no existían más de cinco o seis ciudades con más de un millón de personas; hoy, en cambio, hay cerca de treinta megalópolis de más de diez millones de habitantes. Y veinte de las existentes se encuentran en los países más pobres. Esta urbanización descontrolada es la más perversa de las formas de modernizarse. ¿Qué capacidad tiene México, por ejemplo, para organizar la vida de los actuales veinte o veinticinco millones de habitantes de ciudad de México y de los treinta que tendrá antes de 2010?

—Hay en todo esto una inquietante contradicción. La multiplicación de la especie es para muchos un gran logro; pero también puede decirse que, como una plaga, esta especie ha saturado su casa, generando cambios cada vez más acelerados que podrían terminar por destruirla. En definitiva, todos esos cambios son, en un sentido, un gran milagro; pero a la vez ese milagro se convierte en nuestra debilidad más grande.

—Pueden terminar siendo una desgracia. Depende de lo que seamos capaces de hacer en el futuro. En todo caso, no me parece erróneo percibir a la especie humana como una plaga propagándose por toda la superficie del planeta.

No me cabe duda de que si la especie humana no consigue producir una inflexión muy profunda en la dirección actual del movimiento histórico, lo probable será el estallido de un cataclismo ecológico o nuclear, o incluso de una gran catástrofe de orden subjetivo y moral. Pero también podría aparecer un nuevo destello de inteligencia y lucidez en el Homo sapiens y surgir un nuevo tipo de conciencia humana, capaz de producir ese cambio, esa inflexión en el curso actual de la historia.

—O bien que ocurran accidentes (o cataclismos) como los que usted menciona y sean ellos los que hoy activen y aceleren la conciencia de la necesidad de un cambio en nuestro modo de vida..

—Se da, en efecto, un aumento exponencial de la población del mundo, de la urbanización, del crecimiento de las megápolis, de la degradación ecológica y, paralelamente, del crecimiento económico. ¿Que ocurriría si los 1.200 millones de habitantes de China lograran un nivel de vida similar al de Estados Unidos, es decir, el mismo número de vehículos, de televisores, de calefactores, de aires acondicionados, de consumo de energía? Según diversos cálculos, si así ocurriera, las actuales fuentes de energía del mundo se agotarían en sólo diez años. En este momento, China es el país que exhibe los mayores ritmos de crecimiento económico, un 10 por ciento, y aunque ese porcentaje se redujera, en veinte o treinta años va a tener un nivel de consumo notablemente superior al actual. ¿Qué sucederá a nivel mundial si hipotéticamente se mantiene el crecimiento económico de China? Y para qué incluir a Indonesia o a Brasil o a Nigeria; cada uno de estos países tiene más de 150 millones de habitantes.

Si en sólo un siglo las cifras de crecimiento económico en los países de Europa y Estados Unidos se han encaramado, desde los 1.000 dólares per cápita aproximadamente de 1900 hasta llegar a un promedio de 25.000 dólares en la actualidad. ¿Podrá continuar proyectándose de acuerdo a estas cifras el crecimiento de este siglo? La misma pregunta me formulo respecto al aumento de la edad promedio de la especie humana. La esperanza de vida en Europa era en 1900 aproximadamente de 35-40 años y hoy llega a los 80. De manera que se multiplicó por dos. ¿Significa esto que la humanidad en el siglo XXI

volverá a multiplicar por dos su esperanza de vida y podrá vivir en promedio 160 años? Esto acarrearía problemas incalculables.

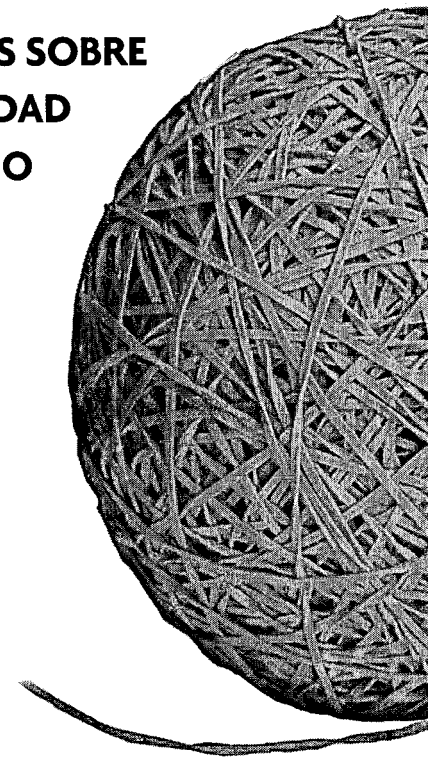
En fin, lo que en la época moderna llamáramos progreso está planteando interrogantes cruciales a nuestra especie humana. ¿Y existe alguna forma de evitar la concentración desenfrenada de la riqueza? La cotización en bolsa de una sola empresa norteamericana, Microsoft, alcanza la cifra de 500 mil millones de dólares, esto es, casi el doble del producto nacional de Brasil, décima economía mundial.

—Toda la batería de datos que usted entrega forma parte de un acervo común. Entonces, ¿por qué tanta irresponsabilidad en los liderazgos? ¿O acaso tienen la convicción de que la humanidad va a revertir estos procesos autodestructivos vía nuevos inventos tecnológicos?

—Los optimistas se refugian en la idea de un progreso lineal e indefinido. Lo contradictorio y curioso es que esta creencia, concebida por el mundo intelectual de la izquierda ilustrada del siglo XVIII, hoy día ha sido asumida con particular fanatismo por la mentalidad conservadora. Justo en el fin de la modernidad...

primera
parte

DIÁLOGOS SOBRE LA MODERNIDAD Y EL ACTUAL CAMBIO DE ÉPOCA HISTÓRICA



1

1492: AÑO I DE LA HISTORIA UNIVERSAL, INICIO DE LA ÉPOCA MODERNA

CARLOS ALTAMIRANO: —Antes de entrar de lleno al tema que nos ocupa, una pequeña digresión: cuando se habla de la Época Moderna, todos entienden que se hace referencia a las sociedades de Europa occidental. Sólo ellas emprendieron este proceso de modernización hace quinientos años. Hoy, sin embargo, el vocablo moderno tiene un uso múltiple y trivial: economía moderna, sociedad moderna, país moderno, hombre moderno, vestimenta moderna... Lo moderno estaría asociado a lo último, a lo reciente, a lo nuevo. Ha pasado a ser una palabra fetiche, de moda y de gran efecto publicitario. Se usa en todas las esferas del conocimiento humano: en filosofía, arte, política, economía, ciencias. En todas partes. Todos aspiran al título de modernos. He leído artículos de intelectuales chinos, japoneses e hindúes que han debido hacer un gran esfuerzo por traducir "moderno" a su idioma. Por mi parte, sólo me circunscribiré a la comprensión histórica del fenómeno moderno.

La época moderna europea ha sido la madre de todas las modernidades. Todas las restantes han crecido a su sombra y bajo su inspiración. La onda expansiva del proceso de modernización, iniciada en 1492, no ha perdido energía ni vitalidad, aún cuando se halle en plena transformación o mutación. Su capacidad, simultáneamente creadora y destructora, ha ido demoliendo todas las viejas instituciones y creando un mundo completamente nuevo. Pero lo nuevo tampoco escapa a su implacable dialéctica y también le ha de llegar su hora de decadencia y muerte. La esencia del espíritu moderno radica en su racionalismo instrumental, como diría Max Weber, en la democratización de las

estructuras sociales y políticas; en su modo de producir industrial; en los procesos de secularización de la sociedad y su consiguiente desacralización y desencantamiento; en la división del trabajo y en el tipo de acumulación capitalista. Sociedades modernas son, en consecuencia, las que han venido experimentando durante los últimos cinco siglos estos procesos tan profundamente asociados a esos conceptos y valores. En estos cinco siglos, la modernidad ha ido destruyendo los antiguos dioses, las instituciones monárquicas, sus clases nobiliarias, sus corporaciones artesanales. Y de aquí surge la famosa afirmación de Carlos Marx: "la época moderna es un inmenso sistema digestivo, un monstruoso metabolismo, que devora, que destruye". Por esto podemos hablar de "un antes y un después de la Época Moderna".

HERNÁN DINAMARCA: —Esa capacidad destructiva y constructiva, esa capacidad de acelerarse a sí misma alterando a la humanidad y a la naturaleza, se asocia con una idea fundamental y singular de la modernidad: la unilateralización del cambio por el cambio y la idea de progreso material para aumentar la capacidad de dominio.

Usted dice que la modernidad como conjunto de ideas fuerza tiene su epicentro en el mundo europeo occidental. Pero desde que se funda la época, en 1492, empieza su expansión geográfica y comienza también su globalización. La modernidad europea no se construye sola: se realiza en una interacción muy poderosa con América, con África, con Asia, siempre agrediendo a otras culturas, extrayéndoles valores materiales y culturales.

—Esta interacción, a la cual tú aludes, con el resto de las sociedades y culturas mundiales, sin duda ha jugado un papel significativo en la conformación de la época moderna, pero en mi opinión ha sido el elemento endógeno, su extraordinaria vitalidad y capacidad innovadora y creativa, el factor determinante.

—Ambos, lo "endógeno y lo exógeno", son parte de un mismo proceso de lo moderno como época histórica y han sido codeterminantes en ese devenir que tiene al descubrimiento de América como hito simbólico fundador. ¿Hay además otras fechas o acontecimientos claves?

—Siete serían los acontecimientos fundantes en el itinerario del nacimiento y desarrollo de la época moderna. En 1453, la caída de

Constantinopla a manos de los turcos otomanos; en 1470, el descubrimiento y la divulgación de la imprenta; alrededor de 1500, el Renacimiento italiano; en 1517, las famosas 95 tesis estampadas por Lutero en la puerta de la Catedral de Wütenberg; entre 1644 y 1688, la revolución política y social inglesa, que abrió el camino al capitalismo industrial en Inglaterra; más tarde, vendría el Siglo de las Luces y en él ocurren las tres grandes revoluciones modernas: en 1776, la independentista norteamericana; en 1789, la política francesa y en 1780 la económica inglesa. Todos estos acontecimientos son simultáneamente causa y efecto del proceso de modernización. Todos ellos son interdependientes.

Con todo, el principal pareciera el descubrimiento de América. En él se encuentran los orígenes del capitalismo industrial y el comienzo del fin de todas las otras civilizaciones aún subsistentes. Desde esa fecha, antiguas culturas, como la azteca, inca, china, hindú o japonesa, u otras existentes en África, fueron bárbaramente interrumpidas en su continuidad histórica. Si alguna subsiste hasta ahora, se encuentra definitivamente marcada por el atroz trauma producido por la ocupación de los ejércitos occidentales. El año 1492 establece el fin de las otras historias y el inicio de esta nueva y única historia, hoy de dimensión universal. Todos somos partícipes de una única dinámica. España y Portugal inician el llamado "Descubrimiento de América". Bajo la enseña de la cruz cristiana se puso término a civilizaciones y culturas que habían florecido en el centro y sur del continente. Y luego las otras potencias occidentales invaden y se apropian de India, África, Medio Oriente, bombardean China y Japón, y al hacerlo, fueron transformando radicalmente esas sociedades e incluso destruyendo algunas.

—Esa expansión no sólo fue en nombre de la cruz, sino también animada por la voracidad de riqueza.

—Efectivamente, una voracidad presente aún mucho antes de los inicios de la época moderna.

—Aunque su creciente presencia como un valor hegemónico y unilateral ha sido un rasgo propiamente moderno.

—El alma del conquistador estaba a no dudarlo dividida. Una parte, tal vez menor, creía en los valores cristianos y la otra ansiaba poder, gloria y riquezas. Los conquistadores, primero portugueses y

españoles, más tarde franceses, belgas, ingleses y holandeses, nos trajeron el espíritu "evangelizador" y luego lo cambiaron por el "civilizador". Según sus creencias, el occidente europeo era portador de una nueva y gran civilización y, en consecuencia, era su deber histórico difundirla por el resto del mundo. De aquí que 1492 importara una definitiva e irreversible ruptura en la historia universal. Recordemos sólo algunas cifras. En 1519 la población de México alcanzaba aproximadamente 25 millones de habitantes; en 1650, ciento treinta años después, estaba reducida a sólo 1 millón de habitantes. ¿Sería tal vez exageración hablar de genocidio? Ciertamente no todos murieron en guerras o en represiones, un gran número falleció por enfermedades traídas por los conquistadores europeos y otra cantidad, no menor, por la implacable explotación a la cual fueron sometidos. Además, el conquistador español y portugués destruyó los templos e impidió el libre ejercicio de los ritos y ceremoniales de esas antiguas culturas. África, por su parte, fue víctima de la monstruosa práctica del tráfico de esclavos; se calcula en veinte millones los esclavos traídos desde África a América. De esa mezcla entre indígenas, negros y blancos nacería nuestra actual etnia mestiza. Durante la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América vivía mi exilio en Europa y me tocó ser testigo de la pretensión del Vaticano de santificar a los Reyes Católicos, iniciándose de inmediato una fortísima oposición. ¿Cómo se podía santificar a Isabel si bajo su reinado se había llevado a cabo la "evangelización" de América, con los resultados ya dichos, y expulsado a los moros y perseguido a los judíos?

—La valoración de estos acontecimientos fundadores y el decurso de la época moderna son reflexiones y categorías conceptuales puestas ex post, una interpretación posterior que hace el historiador...

—En realidad, la idea de que a partir de los años 1500 se inicia un proceso que cambiaría para siempre la historia del mundo sólo nace en el siglo XVIII. Durante tres siglos los habitantes de Europa habían vivido en lo que hoy todos conocemos por Época Moderna, pero ellos lo ignoraban. Fueron poetas y escritores franceses los primeros en intuirlo: Chateaubriand, Balzac y Baudelaire. En 1848, Marx y Engels, en el *Manifiesto Comunista* definen y describen el fenómeno del capitalismo industrial. Son los primeros pensadores en profundizar estos términos y realidades. Ya en el *Manifiesto*, Marx hace afirmaciones que convendría recordar por su enorme don profético. Escribía

Marx: "la burguesía ha excluido las relaciones feudales, patriarcales e idílicas [...] ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta [...] ha provocado una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constante distinguen la época burguesa de todas las anteriores [...] todas las relaciones sociales estancadas y enmohecidas con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, han quedado rotas [...] todo lo estamental y estancado se esfuma, todo lo sagrado es profanado [...] con el constante progreso de los medios de comunicación la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras".

Insisto, son clarividentes las descripciones hechas por Marx de un proceso que sólo conocía en sus inicios; resumen, con una extrema perfección, la colosal ruptura histórica producida por el advenimiento de la modernidad; la destrucción del feudalismo, vale decir de toda una época histórica; del "sagrado éxtasis religioso", ahogado en "aguas heladas del cálculo egoísta", esto es, las milenarias creencias cristianas enterradas bajo el impulso del no muy religioso "afán de lucro"; la "incesante conmoción" en el campo social llevó a la virtual desaparición de las clases nobiliarias y de los estamentos corporativos; "todo lo sagrado es profanado", o sea, el antiguo mundo religioso transformado en un vulgar mercado de compra y venta; y todas las naciones, hasta las más bárbaras, arrastradas por la vorágine moderna. Son éstas, precisamente, las ideas que he querido expresar en un lenguaje, por cierto, bastante menos elocuente que el de Marx, para describir la exacta dimensión de la ruptura histórica producida entre la Edad Media y la Modernidad.

—Marx era un hombre típicamente moderno. Su afirmación de que en la modernidad "todo lo sólido se desvanece en el aire", ese reconocimiento de la revolución permanente, es su singular mirada de revolucionario y sin duda ha sido un rasgo fundamental de esta época en su compulsión (unilateralización) por el cambio y el cambio. Pero, como siempre, hay que matizar; la época moderna no necesariamente rompe todo. Hay ruptura, y a la vez, y con posterioridad a esa atmósfera revolucionaria donde vive Marx, comienza un asentamiento de la modernidad en el poder, e instituciones históricas, milenarias, como la propia Iglesia, y otras, siguen con su vigor.

—"Lo sólido" a que se refiere Marx, en mi opinión, era la existencia de una sociedad altamente jerarquizada, con monarquías absolutas y clases aristocráticas, y una Iglesia pontificando sobre el bien y el mal... sin duda, ese mundo se desvaneció "en el aire". La idea de que se habría iniciado un asentamiento de la modernidad me merece serias dudas, porque hasta este minuto de nuestra conversación la modernidad continúa deconstruyendo ahora sus propios valores y creaciones: el Estado, la nación, la familia...

Retornando a las profecías de Marx, te ruego prestar atención a lo siguiente: [la burguesía] "derrumba todas las murallas de China, y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros, obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción". Todo esto pensado y dicho un siglo antes de que China emergiera como un actor importantísimo en el escenario histórico, como ya Marx preveía, con el derrumbe de la vieja sociedad china. Lo que fuera una simple metáfora hubo de transformarse en una gran verdad histórica...

—El modo neoliberal de producción, diríamos hoy.

—... lo cual, por lo demás, demuestra que todo continúa en un permanente cambio. La modernidad no sólo destruyó la antigua civilización feudal y cristiana, además ha ido devorando los valores y los sistemas sociales, políticos y culturales creados por ella misma. Sustituyó al campesino por el obrero fabril, pero ahora está reemplazando a éste por complejos aparatos tecnológicos; las viejas clases aristocráticas y oligárquicas fueron desplazadas por las modernas clases burguesas industriales, pero hoy están emergiendo en su lugar sofisticadas tecnoburocracias de carácter transnacional. Marx participa de las principales ideas del Siglo de las Luces. Cree en el valor de la emancipación, en la libertad y la autonomía humana; cree en la gran capacidad del capitalismo para aumentar las fuerzas productivas; cree en el progreso lineal e indefinido; cree en la omnipotencia de la razón y en las facultades del hombre para dominar y transformar la naturaleza y, como otros pensadores modernos, prescinde de la idea de Dios para explicar los fenómenos naturales. La única crítica que me permitiría formular a Marx y Engels sería no haber sido más consecuentes con su propio pensamiento, en orden a la espectacular capacidad que posee el capitalismo industrial para ir transformándolo todo: valores morales, instituciones políticas, ideologías y tradiciones. Si hubieran llevado sus argumentos hasta las últimas consecuencias, habrían

previsto la progresiva desaparición de la clase proletaria y, en consecuencia, no le habrían atribuido la potencialidad revolucionaria imaginada por Marx y Engels.

—El Manifiesto Comunista *visto desde hoy fue un panegírico, una gran alabanza a la burguesía.*

—Aun cuando los burgueses propiamente tales sólo vieron la cara antiburguesa de las geniales elaboraciones de Marx y Engels. Nadie, hasta ese momento, había tenido, como tuvo Marx, una percepción tan asombrosamente lúcida del cambio histórico en curso, de sus posibles causas, de sus enormes repercusiones. La aparición de esta conciencia acerca del cambio histórico, con tres siglos de retraso, nos indica la enorme dificultad que existe para percibir las transformaciones sociales y detectar cuáles son las fuerzas, las ideas y los procesos con potencialidad futura. Es tan grande el cúmulo de acontecimientos en los que uno vive inmerso, que prácticamente son muy pocas las mentes con capacidad bastante para desentrañar lo que hay de específico en una idea, en un proceso, en un acontecimiento.

—Aunque hoy tenemos mayor conciencia histórica acumulada y podemos hacer analogías rápidamente. Nuestra memoria historiográfica nos permite reflexionar al instante sobre los procesos que se inician. Lo demostraría la cantidad de bibliografía que habla de la sociedad "pos" para referirse al momento presente, ya sea posindustrial, posmoderna, poscapitalista.

—Claro que esa conciencia existe sólo en un nivel alto de pensamiento filosófico, político y científico. Y me extraña mucho que siendo tan fuertes las expresiones del cambio epocal, no haya mayor conciencia. Muchas veces se habla de los cambios casi de manera irreflexiva; por ejemplo, en el mundo político, cuando llega el momento de hacer un cambio profundo de organización, todos se niegan. En las discusiones entre la gente de centro, de izquierda y de derecha, categorías políticas de la Época Moderna, no hay conciencia de este colosal cambio histórico. En el mundo socialista, sin ir más lejos, algunos todavía quieren reivindicar las "auténticas posiciones y planteamientos del socialismo". Ese tipo de personas no ha pensado este cambio. Igual ocurre en los gobiernos, que se oponen a tomar medidas. Es evidente que en cualquier concepción, asumir el cambio epocal es difícil.

2

LA FUNDACIÓN DE LA ÉPOCA HISTÓRICA MODERNA

—Hablar de la Modernidad es referirse a la creación del Estado nación...

—El mundo occidental recibía el impacto de los procesos de secularización y desacralización de la sociedad. Los viejos reinos e imperios se reencarnan en los modernos estados nacionales y las monarquías se visten de repúblicas. Los siervos se convierten en ciudadanos. La familia extendida, tradicional y patriarcal, se transforma en la moderna familia nuclear. Estos hechos y acontecimientos, aparentemente confusos y heterogéneos, vistos en una perspectiva histórica, guardan una gran coherencia y concluyeron dando nacimiento a la Época Moderna, y sobre sus grandes afirmaciones, pienso yo, se edificará la futura e imaginaria "aldea planetaria"...

Con los importantísimos actos de conmemoración del Quinto Centenario, en Sevilla, y del Bicentenario de la Revolución francesa, en París en 1989, Europa, consciente o inconscientemente, estaba recordando el nacimiento y la victoria de la modernidad a escala planetaria. Y aún nos encontramos inmersos en esa onda expansiva, y carecemos en consecuencia de la capacidad analítica y crítica necesaria para evaluar fría y objetivamente las ventajas y desventajas del espectacular monstruo civilizacional creado. Quisiera destacar otro momento estelar en el nacimiento de la Época Moderna. En los comienzos de los años 1500 se difunde la imprenta. No sería concebible el nacimiento y despliegue de la época moderna sin el descubrimiento de la imprenta. Durante miles y miles de años la abrumadora mayoría

de la población mundial fue analfabeta. Entre los años 3500 y 4000 a. C. se había descubierto la escritura, pero ésta permaneció como patrimonio exclusivo de una elite insignificante de intelectuales, especialmente de monjes. Hasta muy avanzado el siglo XVIII, ni reyes ni príncipes sabían leer ni escribir. La imprenta transmite y masifica el conocimiento. Por lo mismo, Marshall Mc Luhan nos habla de la "Galaxia Gutenberg", señalando con ello la aparición de una nueva y original constelación cultural.

—La Época Moderna ha sido la época de las revoluciones. Siguiendo con Marx, una imagen suya: la revolución como partera de la historia...

—Sin duda. Marx vivió en "la época de las revoluciones", así llamada por el historiador inglés Hobsbawm. La modernización de Europa distó mucho de ser un proceso pacífico; se dio en medio de grandes convulsiones sociales y políticas. La primera de las revoluciones modernas ocurrió en Holanda, en el marco de su independencia, entre 1568 y 1572. En los inicios de su modernización, Holanda funda la famosa "Compañía de las Indias" en 1602, inaugura la primera "bolsa de comercio" en Amsterdam, en 1613, y comienza a desplegar su poder comercial y marítimo, adopta un régimen político de tipo constitucional y proclama las primeras libertades públicas. Más tarde vendría la llamada "Gloriosa revolución" por los ingleses, 1688, la cual tendrá aún mayores repercusiones que la holandesa. En Inglaterra en esa época se estaba produciendo una radical transformación de las estructuras sociales y políticas, sobre la base de un acuerdo entre la naciente burguesía, fundamentalmente protestante, y las antiguas clases nobiliarias y católicas. Fue la primera revolución que decapitó a su rey, inventó el cargo de "lord protector", ocupado por Cronwell, y transitó de un régimen feudal, a cuya cabeza se encontraba un monarca absoluto, a un sistema en el cual acceden al gobierno de Inglaterra las nuevas clases burguesas de creencias puritanas. En plena guerra civil inglesa, Thomas Hobbes elabora su famosa obra política, destinada a establecer los fundamentos teóricos del nuevo estado moderno. Según Hobbes, los hombres no aman precisamente la ley; pero el miedo al desorden, a la inseguridad, a las guerras y a la violencia los conduce a aceptar la necesidad de crear un Estado fuerte y someterse al imperio de la ley. Los hombres, dominados por el miedo, delegan su poder en una asamblea, a la que Hobbes llamará Leviatán, es decir, el Estado.

—Esa concepción política equivale a lo que ocurría y ocurre en la teoría y práctica económica durante la Época Moderna, y supone que el egoísmo es el principal rasgo del accionar humano.

—Para Hobbes, el Leviatán es una compleja maquinaria cuyo objetivo central es defender al hombre en contra de su propia violencia y la de otros, porque el ansia de libertad lo impulsa a cometer excesos y crímenes, y éstos sólo pueden ser dominados y controlados en el Estado.

—¿Y qué de moderno existiría en las concepciones de Hobbes?

—Él es el primer gran teórico del Estado, el cual no obedece a un designio de Dios ni es producto de la voluntad de un monarca absoluto, sino que es una creación de la voluntad colectiva y concertada de los hombres.

—Lo otro típicamente moderno es que Hobbes "institucionaliza" el egoísmo como rasgo central del modo de vida común a los últimos siglos en Occidente. Éste ha sido un valor eje de la concepción individualista, tan cuestionada hoy por los biólogos posmodernos que constatan el papel también fundamental de la cooperación, la simbiosis y la colaboración en el devenir de la vida en general y de la constitución social de lo humano en particular.

—No deja de ser significativa esta similitud entre el pensamiento de Hobbes con el de Adam Smith, que un siglo más tarde, en 1776, también basa el desarrollo económico en el egoísmo de los hombres. La idea de Hobbes de crear un Estado que garantice la seguridad y el orden a sus ciudadanos es ampliada más tarde por las elaboraciones y doctrinas liberales, las cuales asignan un valor fundamental a la libertad del individuo. En el pacto hobbesiano se enajenaban gran parte de estas libertades individuales; en cambio, en la concepción liberal, el Estado debe respetar irrestrictamente dichas libertades como derechos fundamentales.

—Hobbes no reflexiona sobre la democracia...

—Hobbes era un monárquico que huía del miedo de su época revolucionaria. Las grandes ideas democráticas surgen recién en el siglo XVIII. Dos grandes revoluciones las difunden por el mundo: la

revolución política francesa y la revolución independentista norteamericana. Es este un siglo clave en la transición del Medioevo a la Modernidad, pues también en ese mismo siglo estallaría la revolución industrial inglesa.

—Los grandes pensadores del siglo XIX y XX reflexionaron sobre la fuerza fundamental, el espíritu, el elan *que guió el proceso de la modernidad.*

—Así es. Y existen variadas interpretaciones. Sólo me referiré a tres de ellas: Marx, Weber y Sombart. Para Marx el motor de la historia se halla en la lucha de clases. El conflicto esencial en la transición Medioevo-Modernidad se habría desarrollado, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, entre la naciente burguesía industrial y la antigua aristocracia feudal; el combate habría concluido con el triunfo de la burguesía y del nuevo modo de producción industrial.

Max Weber reconocía en el modo de pensar racional y en la ética protestante los dos componentes esenciales que permitieron la espectacular evolución de las sociedades occidentales modernas. La concepción ascética del puritanismo habría sido un factor determinante en la formación de la personalidad de los primeros burgueses capitalistas: austeridad, frugalidad, sentido de ahorro, moderación, comedimiento, fueron todas virtudes propias de la ética puritana y ellas habrían contribuido decisivamente a la conformación de la identidad del burgués; y éste sería el actor principal en la creación de la Época Moderna.

Sombart, por su parte, ve en el empresario burgués al sujeto fundamental de la historia moderna. Claro que las virtudes de ese burgués originario se han ido transformando en sus vicios opuestos: lujo, ostentación, derroche, exhibicionismo de riquezas, hábitos especulativos.

Por mi parte, considero tan importante el rol histórico del empresario burgués como el del científico y técnico. El burgués de Marx, Weber y Sombart no habría podido lograr el espectacular despliegue de las fuerzas productivas sin la presencia del científico y del técnico que estaban naciendo en esos minutos con Copérnico, Galileo, Newton y Descartes; y a éstos debemos agregar los filósofos y pensadores políticos como Hobbes, Locke, Rousseau y Diderot, entre muchos otros. Capitalismo industrial, pensamiento racional, ciencia y tecnología, Estado-nación, democracia y ciudadano, tolerancia,

libertad y derechos humanos constituyeron el nuevo lenguaje de la Época Moderna. Todas esas grandes ideas nacieron y se potenciaron recíprocamente.

La Modernidad ha sido una creación del conjunto de los países de Europa occidental, pero sin duda el lugar protagónico lo ocupan Holanda e Inglaterra. Las grandes personalidades científicas, los filósofos y pensadores políticos fueron la expresión de ese proceso, pero a su vez el proceso adquirió mayor potencia y dinamismo a raíz de las elaboraciones teóricas de esas insignes personalidades. Todos los fenómenos y acontecimientos históricos de esa época estuvieron profundamente entrelazados, y no tiene, en mi opinión, mayor importancia entrar en una discusión escolástica acerca de qué fue lo primero, si el huevo o la gallina.

Sin embargo, y a pesar de lo que acabo de expresar, tiendo a creer que la nueva forma de pensar fue tanto o más importante que la nueva forma de producir. El racionalismo fue el hilo conductor de todo el proceso moderno. En esto se da un cambio muy sustancial en mi visión personal. Antes, más bien, me inscribía en una perspectiva de tipo marxiana, en la cual lo material, lo económico "determinaba" el resto de la superestructura social; hoy, por el contrario, participo más en la idea de un espíritu o de un *ethos* presidiendo la Modernidad. En otras palabras, estoy más próximo de Weber que de Marx. El primero pensaba que desde tiempos inmemoriales venía existiendo en los hechos un capitalismo comercial. Lo hubo en las civilizaciones egipcias, babilónicas y en las islámicas árabes; pero lo nuevo fue asumir el proceso económico bajo una perspectiva fundamentalmente racionalista, la cual incorpora el cálculo, el balance del debe y el haber, el estudio de costos.

—Comparto el carácter integral y orgánico del devenir histórico que usted destaca. Sólo agrego, a diferencia de lo que propone Weber, que las relaciones económicas en el mundo antiguo no pueden homologarse a las relaciones de intercambio del capitalismo comercial que se inicia a finales del siglo XV en la Europa occidental tras los descubrimientos y la expansión geográfica. En esta última es enorme la acumulación de capital. En el mundo antiguo, esas relaciones estaban movidas por un simple intercambio de productos entre regiones, casi como un trueque en gran escala; en cambio, el intercambio comercial moderno es gatillado por un afán de acumulación y de ganancia nunca antes conocido en la historia.

Volvamos a las revoluciones, el sueño máximo de la Época Moderna; a la revolución realizada por el hombre racional como actor histórico, liderando colectivos que primero subvertían y luego hacían y rehacían la historia a imagen y semejanza de la razón de los vencedores.

—La más violenta, fascinante, creativa y destructora de las revoluciones ocurridas en la Época Moderna ha sido, sin duda, la francesa, en 1789. En París, en 1989, me correspondió presenciar la celebración del bicentenario de ese magno acontecimiento. A sus actos conmemorativos se sumaron todos los gobiernos de Europa, de derechas y de izquierdas, incluso el Vaticano, (con la salvedad de Margaret Thatcher, en ese entonces Primera Ministra del gobierno inglés). La señora Thatcher, a modo de explicación, envió una carta recordando que Inglaterra, con bastante anterioridad a la revolución francesa, había creado el "Habeas corpus", limitado los poderes de la monarquía y establecido las libertades públicas, y que todo esto lo había realizado con escaso derramamiento de sangre, sin terror y menos violencia.

—Esa opinión es muy coherente con su mentalidad reaccionaria; siempre estos han visto con malos ojos a la Revolución francesa, que radicalizó el elan *democrático de la Modernidad. La Revolución inglesa estableció una democracia restringida, censitaria; en cambio la francesa extendió la participación a más clases sociales e instituyó como ideal político la ciudadanía amplia e informada.*

—La Revolución francesa fue la más radical de las revoluciones ocurridas en la "Edad de las Revoluciones". En Francia se abolieron los antiguos privilegios nobiliarios y eclesiásticos. Se establecieron los principios de "libertad, igualdad y fraternidad". La utopía revolucionaria aspiró a emancipar a toda la especie humana. Funda la democracia; proclama el valor de la tolerancia; establece las libertades esenciales de expresión, de pensamiento, de culto; libera al siervo y crea el estatuto de ciudadano, entrega la soberanía al pueblo y suprime la esclavitud. Su bandera estelar fue la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Su universalismo no sólo fue fruto de un delirio transitorio. En la reunión de la asamblea del 9 de julio de 1796 participaron no menos de 36 grandes figuras de Europa y América, algunos tan célebres como Washington, Madison, Schiller, Francisco de Miranda.

Durante esa revolución, no está demás recordar, se inventaron las categorías políticas de derecha e izquierda. El presidente de la Asamblea Constituyente llamó a sentarse a su derecha a los partidarios del "ancien régime", que eran los monarquistas, la Iglesia y la nobleza, dejando de esa manera claramente separados a quienes defendían el antiguo régimen de quienes estaban por el nuevo orden social y político. En una palabra, la Revolución francesa inventó y divulgó los grandes principios filosóficos y las ideas políticas modernas, así como la revolución económica inglesa había de crear el capitalismo industrial.

—La Revolución francesa sería el corolario político del Siglo de las Luces.

—Ese siglo es la síntesis de la larga y tumultuosa transición entre el Medioevo y la Modernidad. El Siglo de las Luces dejó planteado un nuevo y original proyecto de reforma laica de las sociedades humanas. Siempre me he preguntado por qué ninguna de las grandes religiones monoteístas defendió la igualdad o la tolerancia, los derechos humanos, ni prescribió el dictado de normas laborales, por qué ninguna trató de luchar en contra de la existencia de clases privilegiadas, de castas o de gobiernos despóticos, ni hizo esfuerzos mayores por erradicar el sistema de servidumbre y el tráfico de esclavos ni luchó por la paz ni proscribió la guerra. Por el contrario, promovieron y participaron en guerras de todo orden y no ahorraron actos de violencia extrema. Fueron sólo las dos grandes ideologías modernas, racionalistas y laicas —el liberalismo y el socialismo— las que primero lucharían por la emancipación humana y las que primero proclamarían los principios de libertad, igualdad y fraternidad; ellas fueron las que establecieron la norma esencial: "los hombres nacen libres e iguales en derechos y en dignidad", sin duda la afirmación más revolucionaria de todos los tiempos. Quienes lucharon por estos grandes valores éticos y morales han sido en general fuerzas laicas y racionalistas y no quienes habían fundado su mensaje en el amor al prójimo y en el Sermón de la Montaña. De aquí mi alegría al conocer la decisión de la Curia romana de pedir perdón por los grandes errores y atrocidades cometidos por la Iglesia en sus largos dos milenios.

—En honor a la verdad, el cristianismo, al menos en su fase originaria, instauró y luchó por esos mismos valores, y después, en su

larga historia, también lo han hecho los cristianos más coherentes. El cristianismo primitivo sin duda tiene el valor y mérito, como religión histórica, de plantear que ante los ojos de Dios los hombres son libres e iguales, y eso no fue nada trivial en el mundo antiguo y en plena esclavitud.

—Comparto tu afirmación, pero mi pregunta es distinta: ¿por qué ideas tan bellas, claras y precisas contenidas en el mensaje de Cristo, se pervirtieron de tal manera y no lograron concretarse en el transcurso de los 2.000 años de cronología cristiana? ¿Y por qué, en cambio, las ideas laicas sí las proclamaron y en alguna medida se han estado realizando en las grandes sociedades modernas? Durante el Siglo de las Luces se constituyó una multiplicidad de sociedades secretas, de clubes, de círculos políticos, intelectuales, artísticos, logias masónicas, cuyos objetivos eran promover los principios de libertad y de igualdad en contra de la violenta oposición de las fuerzas monárquicas, clericales y corporativistas.

—No hemos hablado de otras revoluciones, entre ellas la Independencia de Estados Unidos, que antecedió trece años a la Revolución francesa.

—Estados Unidos nace como país moderno. Al realizar en 1776 su gesta independentista, su elite dirigente ya poseía un pensamiento moderno. Los habitantes de Estados Unidos eran descendientes de una Inglaterra en acelerado proceso de modernización. Era funcional al proceso de modernización su religión protestante y puritana; eran modernos sus pequeños granjeros; eran modernos sus hábitos y sentimientos democráticos, y era moderna su incipiente burguesía. Eran modernos personajes como Benjamín Franklin y Thomas Jefferson. Y, tomando pie de esta realidad, Alexis de Tocqueville, en su brillante ensayo *La Democracia en América*, la califica como el primero y más completo experimento político realizado en la Época Moderna. En menos de un siglo, Estados Unidos creó el más poderoso de los capitalismos industriales.

Todos estos hechos otorgan a la sociedad norteamericana un carácter particular y único, al punto de poder sostenerse que hoy estaríamos presenciando la norteamericanización de la propia civilización europea. Estados Unidos, al congregar en su territorio a hombres y mujeres de todas las etnias de la tierra, de todas las religiones y lenguas, necesitó inventar nuevos símbolos de identidad y de unidad

nacional, y es así como, entre otras ideas fuerza, se unifican bajo conceptos tales como el "destino manifiesto", el "american way of life", la "sociedad libre". En realidad, el pueblo norteamericano realizó una profunda revolución en el concepto de nación, al constituir una sin ninguno de los elementos que históricamente le habían sido esenciales. En mi opinión, la sociedad norteamericana, en medida importantísima, prefigura la utopía futura de organizar una "aldea planetaria" donde todas las razas, lenguas y religiones deberán convivir aceptando el pluralismo y la diversidad.

3

LAS GRANDES REALIZACIONES Y LOS GRANDES HOYOS NEGROS DE LA ÉPOCA MODERNA

Hernán Dinamarca: —Hemos dado una mirada global a la Época Moderna; pero ¿cuáles han sido sus cristalizaciones históricas?

Carlos Altamirano: —En mi opinión, son seis los grandes logros de la cultura moderna. Primero, el método de pensar racionalista instrumental: la razón aplicada en todos los dominios de la actividad y del pensamiento humano. Segundo, la revolución científico-técnica. Tercero, el modo de producir industrial con todas sus específicas estructuras de clases. Cuarto, el sistema democrático y sus múltiples supuestos: libertades públicas, sufragio universal, tolerancia, derechos del hombre y del ciudadano, división de poderes. Quinto, la organización de la sociedad en Estados naciones. Y sexto, la secularización de éstos.

—Usted sistematiza bien las grandes cristalizaciones de la época. Y subraya la idea de que la Modernidad realiza la tolerancia. En mi opinión, lo que la Modernidad cristaliza en Occidente es la tolerancia religiosa. En cuanto a lo cultural, la Época Moderna sólo inaugura la idea de tolerancia como un proyecto intraoccidente, ya que en los hechos tal vez ha sido una de las épocas más intolerantes de la historia. Entre los siglos XVI y XX, se cometieron los peores etnocidios culturales y genocidios en África, en Asia, en América Latina y también en su propio centro. Es cierto que Voltaire, un moderno por excelencia, escribió en el siglo XVIII "no estoy de acuerdo con tus ideas, pero daría mi

vida gustoso por tu derecho a expresarlas". Sin embargo, en los hechos la tolerancia moderna era para ser ejercitada sólo entre iguales, aunque diferentes, pero iguales.

—La Época Moderna fue el producto de ricos debates ideológicos y de innumerables luchas revolucionarias, sociales y políticas. Hubo una multiplicidad de fuerzas culturales, sociales y políticas en conflicto permanente durante el nacimiento y desarrollo de la Época Moderna. Las hubo a favor y en contra de la gloriosa Revolución inglesa y de la Revolución francesa; unos combatieron por la libertad de culto y de pensamiento y otros, las fuerzas conservadoras, estuvieron decididamente contra estas libertades; Locke y Voltaire enunciaron y defendieron el principio de la tolerancia, pero el mundo católico lo rechazaba. Por estas razones, mal se puede atribuir a la Época Moderna, genéricamente hablando, el haber sido intolerante o totalitaria; sin duda hubo dentro de ella fuerzas intolerantes, patriarcalistas y totalitarias, pero también las hubo en contra. ¿Por qué atribuir a la Modernidad la característica de una sola de estas fuerzas?

Desde sus más antiguos orígenes los seres humanos han realizado actos crueles y sanguinarios y de allí que resulte arbitrario imputar a una exclusiva época histórica o civilización humana la característica de violenta y expansiva. Los Gengis Khan y los tamerlanes, las cruzadas cristianas y los conquistadores católicos de 1492, los islámicos en su sangrienta expansión hacia los cuatro puntos de La Meca; Hitler y Stalin en épocas más recientes: todos han cometido fechorías y crímenes inenarrables, tanto por motivaciones de poder y de riqueza como por razones de intolerancia racial, religiosa o ideológica. Sólo me permitiría asegurar que fueron los grandes pensadores de esta civilización moderna quienes primero enunciaron y defendieron el principio de la tolerancia. En un comienzo el concepto se refería particularmente a la tolerancia religiosa, como has recordado, pero después este concepto se fue extendiendo a otros ámbitos de las relaciones humanas, a las de género, de etnia y culturales. Dudo en ese sentido que haya existido otra cultura más tolerante que la moderna en el día de hoy. Y acentúo lo de "hoy", porque la modernización de los países modernos no se logró ni en un año ni en un siglo, obedeció, como he dicho, a complejísimos procesos donde fueron surgiendo lentamente las ideas y principios propiamente modernos. Tanto en la Constitución norteamericana como en la Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano en Francia, se proclamó la libertad y la igualdad de todos los seres humanos; pero a pesar de ello la esclavitud hubo de

perdurar en Estados Unidos y en las colonias europeas por algo más de un siglo desde que ellas fueran establecidas. Igual cosa ha ocurrido con la tolerancia. Por lo demás, todas las demás instituciones, principios e ideas modernas también han demorado siglos en lograr imponerse: la libertad, el sufragio universal, la no discriminación de la mujer, los derechos humanos. Y así ha ocurrido, simplemente porque en contra de todas y cada una de estas grandes innovaciones se opusieron con ferocidad inigualada las poderosas fuerzas políticas, ideológicas y religiosas del conservadurismo católico.

La tolerancia, por otra parte, jamás fue un valor admitido por la Iglesia Católica y sólo, en este año 2000, el Papa pide perdón por las innumerables actitudes de intolerancia de la Iglesia. Para ella existía una sola verdad, la revelada por Dios, y en defensa de esa verdad no era aceptable ni la libertad de culto ni la libertad de pensamiento como tampoco la de expresión, por sólo nombrar estas tres, ni menos la tolerancia religiosa; por siglos se persiguió y reprimió las presuntas herejías. Hasta comienzos del siglo XX la Iglesia Católica había mantenido su famoso "Index", donde se encontraban los libros prohibidos de leer, y allí, por cierto, estaba la mayor parte de las grandes obras filosóficas y literarias de los siglos XVII, XVIII y XIX. En general, fueron las dos grandes tradiciones ideológico-políticas auténticamente modernas, la liberal y la socialista, las que sostuvieron los valores de la libertad y de la tolerancia. Toda su lucha fue en contra de la existencia de una verdad única. Ninguna de las grandes figuras y pensadores modernos defendió la intolerancia, en cambio, todos los filósofos, científicos, escritores y artistas de la era ilustrada la promovieron como un valor esencial de los nuevos tiempos. El caso más emblemático al respecto, fue el de Dreyfus, militar acusado injustamente de espía, degradado y conducido a prisión, por su origen judío. Francia entera participó en este memorable debate. De una parte estuvieron los intelectuales con Emil Zola a la cabeza y prácticamente la totalidad del movimiento progresista de la época, y de la otra, la derecha católica, antisemita, antimasónica y anti "librepensadores", la trilogía por excelencia demonizada en esos tiempos.

Tomemos el solo ejemplo de Estados Unidos, donde a pesar de los largos años de discriminación del negro hoy conviven prácticamente todas las etnias del mundo, judíos, polacos, chinos, coreanos, mexicanos, etcétera; donde se practican libremente todos los ritos religiosos; donde las sinagogas se hallan junto a las iglesias católicas y a las mezquitas árabes; donde se efectúan regularmente desfiles de miles de homosexuales y donde, en el ejército, está prohibido discriminarlos. Con

todos sus defectos y debilidades, en Estados Unidos se ha logrado un altísimo nivel de convivencia multirracial y multicultural, como difícilmente haya existido en otra cultura o civilización. Si cabe alguna crítica a las modernas sociedades europeas y norteamericanas, sería más bien por su extremo liberalismo y tolerancia. En el lenguaje católico se las denuncia por su exagerada "permisividad" y por el "relativismo" y "nihilismo" que impregnarían sus valores.

Concluyo esta ya larga respuesta con una afirmación un tanto opuesta a la tuya: las sociedades occidentales modernas han concluido siendo las más tolerantes de la historia, aun cuando existan dentro de ellas múltiples y agresivas expresiones de intolerancia y de xenofobia.

—Nuestra diferencia tiene que ver con que hablamos de cosas distintas. Primero, en mi análisis no me refiero a lo explícito del moderno discurso liberal y socialista, cuya idea eje fue la tolerancia entre iguales, sino que me refiero a la concepción de mundo o al paradigma social (es decir, al filtro, al velo ideológico) que subyace y condiciona la mirada y los discursos de todos los sujetos concretos en toda época histórica. No niego entonces las luchas en pro de la tolerancia entre iguales que sé que se dieron en el occidente moderno —y qué bueno que se hayan dado—; pero yo hablo de una concepción de mundo, esto es de la mirada más amplia e integral, de ese imaginario-sentido común, que fue compartida por todos los hombres y mujeres que hicieron a la Modernidad.

En segundo lugar, yo asumo en toda su radicalidad la idea que vivimos un cambio epocal en nuestro presente como historia; en consecuencia, en mi opinión la Modernidad no es un proyecto inacabado —como parece desprenderse de sus palabras—, sino que ya desenvolvió su mirada, su concepción de mundo en la historia, y las sociedades de la Modernidad realmente existente han sido lo que han sido. Entonces si se trata de un cambio de una época (la moderna), a otra nueva (cuyo ethos en un mañana será nominado), desde esa mirada intento rastrear los signos de ruptura y continuidad entre una época y otra. Por lo mismo, no comparto su argumento de que la modernidad es un proceso que está en realización y que aún tiene tareas pendientes. La modernidad occidental fue una época histórica cuya concepción de mundo (de liberales y socialistas) se caracterizó por una conciencia culturalmente totalizante, universalizante e intolerante con el otro distinto a su patrón de "normalidad blanca, machista, heterosexual, racionalista, etcétera", más

allá de su también inequívoca potencia de sentido democrático en la larga aventura humana.

Durante la Época Moderna hemos vivido en la emoción de una humanidad omnipotente que ha aspirado a dominar la naturaleza, a otros hombres, a los hijos, a la mujer, etcétera. Afortunadamente en los últimos años se ha empezado a cuestionar esa racionalidad...

—En general, tú participas de una visión de la Época Moderna extraordinariamente negativa. Repites que ha sido "la más intolerante de la historia", que ha cometido atroces etnocidios y múltiples genocidios, que ha castigado toda diferencia, que ha sido "incoherente" entre lo que ha dicho y ha hecho, que se ha caracterizado por poseer "una conciencia totalizante" y estar dominada por una "cultura patriarcalista, agresiva y guerrera". Por cierto, no son pocos en el día de hoy los que tienen esa percepción de la modernidad. Pero no soy yo ni un defensor ni tampoco un inquisidor de la Época Moderna. Sólo intento explicarme y explicar cuáles han sido sus grandes logros, pero, al mismo tiempo, cuáles son sus "insondables hoyos negros".

La Modernidad no se presenta sólo en blanco o negro. Es un período extraordinariamente rico y complejo de la historia humana y en consecuencia no me resulta fácil dar opiniones tan definitivas y categóricas acerca de sus aportes a la historia progresiva de la humanidad. Sí veo como un colosal logro el haber proclamado que "todos los hombre nacen libres e iguales en derechos y dignidad"; el intentar organizar sociedades libres y democráticas, donde los derechos humanos y la tolerancia sean respetados y estén establecidos en las constituciones y en los códigos; esto me parece un indudable avance civilizacional. Por lo demás albergo serias dudas acerca de si en otras culturas o civilizaciones se establecieron estos derechos y principios.

Es para mí una maravillosa conquista social haber creado amplísimos servicios de educación y enseñanza, gratuitos y obligatorios, y haber organizado enormes servicios de salud pública que han permitido aumentar los promedios de vida en menos de un siglo de 40 a 80 años; de haber concebido y aplicado métodos de pensamiento que le han permitido al hombre, a través de su propia razón, llegar a explicar aunque más no sea una parte de los fenómenos de la naturaleza y del misterioso origen de la vida y del cosmos; de haber inventado un modo de producir capaz de llevar alimentos, vestimentas, confort, educación y salud a millones de seres humanos, por cierto si estuvieran

bien distribuidos los ingresos del planeta; es extraordinariamente positivo el que se haya descubierto y establecido en la Modernidad el valor de la justicia y de la equidad social; el que se haya luchado con tanto empeño contra la explotación de los trabajadores; el que se haya desarrollado, con tal potencia y por primera vez en la historia humana, un movimiento feminista de tan enorme envergadura, el cual, a lo menos en las sociedades modernas, está derrotando al viejo patriarcalismo y al odioso machismo; debo confesar que no puedo sino admirarme de que este pequeño, débil y miserable ser vivo que es el hombre haya llegado a la luna y envíe sondas y robots para conocer otros planetas; ni tampoco dejan de sorprenderme las fascinantes investigaciones realizadas en el campo de la biogenética. Éstos y varios otros aspectos, constituyen la cara luminosa de la Época Moderna.

Pero también sé que cada uno de ellos tiene su cara oscura, negativa y siniestra. Sé que los equilibrios ecológicos de la tierra están seriamente amenazados, que las desigualdades sociales han venido aumentando de día en día, que las riquezas del mundo se concentran en forma obscena e inmoral en un porcentaje ínfimo de la humanidad. Lo sé y lo sabemos; pero resulta inútil y estéril rechazar en globo la Época Moderna y, resulta más grave condenar por igual a todas las fuerzas sociales, políticas y culturales que en el reciente devenir histórico han venido luchando por imponer los verdaderos valores modernos. Atribuir a esas fuerzas ser totalizantes, soberbias, patriarcalistas y etnocidas, me parece un tanto exagerado. Las dos fundamentales ideologías nacidas en la Modernidad, el liberalismo y el socialismo, por lo general han defendido y luchado por imponer las grandes ideas modernas de libertad, igualdad y justicia social, el establecimiento de los derechos humanos y la no discriminación de géneros, etnias y religiones. A la hora de proponer respuestas viables a la equivocada dirección del actual proceso histórico, será imprescindible determinar qué debemos conservar de la Época Moderna y qué corresponde rechazar, cuáles han sido y son sus valores y tendencias correctas y cuáles son las negativas y dañinas. En síntesis, la acusación hecha "in totum" a la Modernidad no ayuda a resolver ninguno de los grandes desafíos contemporáneos ni tampoco a buscar propuestas alternativas, salvo la de retornar al "buen salvaje".

—Es intensa su defensa de los logros de la Época Moderna, y lo comprendo pues usted mismo luchó porque sus mejores logros políticos y sociales se aplicaran en Chile.

Ahora tal vez mis énfasis no permiten apreciar mi cabal comprensión de la Época Moderna. Por lo mismo, quiero aclarar de inmediato un equívoco. No tengo una visión negativa global ni menos acuso 'in totum' a la Modernidad. La Época Moderna no ha sido buena ni mala. Ha sido sólo una parte de la aventura humana. Tal vez si hubiese vivido hace tres o dos siglos, habría sido su fervoroso promotor, porque ha sido una de las aventuras más potentes de la especie. Incluso hasta hace pocas décadas no me era fácil restarme a su embrujo.

Pero hoy lo históricamente nuevo es que podemos hacer un alto y reconocer que nos embriagamos, que la Época Moderna fue un exceso, que nos creímos omnipotentes y no lo somos. Eso nos lleva a la idea de progreso que la Época Moderna introdujo en el alma humana: el progreso que "todo lo devora".

—Antes de la Época Moderna, en las sociedades antiguas, no existió esta idea. En ellas dominaba una visión cíclica de la historia, incluso en los griegos. Los primeros filósofos que enunciaron una teoría sistemática acerca del progreso fueron Montaigne, Bacon y Descartes; más tarde, Kant y Condorcet. Para Bacon los hombres se habían mantenido en un gran rezago cultural debido al "encantamiento" producido por la mentalidad mágica y religiosa, la cual impedía el progreso de la razón y la ciencia. Para estos pensadores el progreso se da casi exclusivamente en la esfera cultural, dado que la biología del ser humano casi no habría variado en los últimos millares de años. Comte estableció tres estados de desarrollo de las sociedades humanas: el teológico, el metafísico y el positivo, que sería el último y el más desarrollado. La idea de progreso de Condorcet fue la más amplia y sistemática. En lo fundamental, a Condorcet le preocupaba el progreso del espíritu; según él no existían límites para el perfeccionamiento de las facultades humanas. La Revolución francesa constituiría la línea demarcatoria entre un pasado oscurantista y un futuro glorioso.

La humanidad transitaba en un ascenso constante desde las épocas más remotas y primitivas hasta la época estelar signada por la revolución. La aspiración de los hombres del Siglo de las Luces era lograr el dominio completo de la naturaleza. Al progreso material se irían agregando los nuevos valores modernos: razón, libertad, igualdad, paz universal, perfeccionamiento moral e intelectual. La industria aseguraría una producción de bienes y servicios ilimitados y la ciencia desentrañaría los más escondidos secretos del cosmos y de la vida. Esta idea —la de estar ingresando a una era de progreso indefinido—

dominaría el imaginario colectivo de los pueblos de Europa y constituiría el eje central del proyecto moderno en los siglos XVIII y XIX. En el orden material, este arrogante optimismo no fue exagerado; en cambio, en todo lo relacionado con la "perfectibilidad" del ser humano, con sus capacidades de superar sus compulsiones y pasiones, sí que estuvo profundamente equivocado, pues la subjetividad ha tenido desarrollos muy modestos, muy mediocres.

—La idea del progreso es una de las más complejas de la Modernidad y la más difícil de abordar. Por ejemplo, usted dice que es inobjetable el progreso material; pero ¿se puede decir que lo es la generación de una cultura que a la larga se está volviendo contra nosotros mismos?

—La humanidad en la Época Moderna ha logrado acumular una cantidad impresionante de conocimientos; ha inventado fuerzas productivas muy superiores a las de los milenios anteriores; ha desacralizado el cuerpo humano y desencantado a las sociedades; ha suplantado el quehacer de la evolución y ha comenzado a crear sus propias especies vegetales y animales, y está logrando inventar y construir una civilización planetaria e incluso espacial. No obstante, comparto plenamente la inquietud de tu pregunta final.

—En lo económico el progreso se expresó en la utopía de la alta productividad. Lo lamentable es que este sueño tiene necesariamente como norte la obsolecencia, incluida, por extensión, nuestra "humana obsolecencia". En la historia el progreso se expresó en la certeza de que se puede intervenir para crear una sociedad a imagen y semejanza de "mi-nuestra" razón: y ese sueño de la razón instrumental en la Historia fue el que durante la Época Moderna produjo monstruos (en izquierdas y derechas). En la biología, el progreso se expresó en concebir soberbiamente a la humanidad como la especie "elegida" en la danza de la vida. En fin, estos sueños y certezas están siendo hoy cuestionados por muchas sensibilidades ecológicas posmodernas que también emergieron en la década de los sesenta del siglo XX, pues "el ser elegido", "el más racional", avasalló a la diversidad viviente y se ha autoavasallado: no ha respetado la reciprocidad que todas las especies vivas tienen entre sí, amenazándose a sí mismo al alterar las necesarias concordancias ecológicas en la biosfera. El hombre moderno olvidó lo que hoy nos recuerda la biología molecular: sólo somos una forma particular de

la organización de la vida, compartimos nuestra composición atómica y molecular con todo lo viviente, un modo de vida más, tan fuerte y tan frágil, tan bello y tan misterioso como tantos otros. Por otra parte, la búsqueda permanente del progreso, paradójicamente, nos ha generado el trauma de la infelicidad, obligándonos a vivir ensimismados en el "diseño" del futuro, sin respeto a la memoria y sin dejarnos vivir el presente ni gozar la inmediatez y lo pequeño.

—Los grandes pensadores de la alta edad moderna no sólo creían que éramos el producto más acabado y excelso de la larguísima evolución biológica, sino que además se había creado la más exitosa y maravillosa de las civilizaciones. ¿Adónde nos está conduciendo la aventura moderna? No lo sabemos. El resultado concreto ha sido la destrucción de todo nuestro pasado, incluida la idea de Dios, para dejarnos frente a un futuro extraordinariamente inquietante e incierto. Dios ha sido reemplazado por el antiguo becerro de oro de que nos habla la Biblia, por el confort y el éxito material. Con todo, lograr una evaluación objetiva, justa, equilibrada, entre lo mucho que el "progreso moderno" nos aportó y lo que nos ha quitado, resulta altamente difícil y complejo. Que el ser humano en vez de vivir en promedio treinta y cinco años, como era a comienzos del siglo XX, pueda vivir aproximadamente ochenta años, que el hombre pueda comunicarse de un extremo al otro de la Tierra a la velocidad de la luz y pueda alunizar en la Luna y explorar Marte y descodificar el genoma humano, me parecen logros prodigiosos.

—Por favor, no quiero negar la magnificencia del aumento de la esperanza de vida; sólo quiero destacar que el progreso ya no puede ser mirado acríticamente, sin reflexividad. Hay que asumir las nuevas realidades generadas por la Historia moderna (la misma sobrepoblación, por ejemplo) y desatar nuestra imaginación para resolver los nuevos desafíos que conllevan.

—Sin duda aquí reside la permanente ambigüedad del llamado progreso moderno. Esta disquisición en que nos encontramos es propia del fin de la Modernidad y del inicio de la Posmodernidad. Existe una aguda sensación de que este progreso está conduciendo a una catástrofe, y no sólo la idea de progreso, sino también la omnipotencia de la razón y, en general, los grandes logros de la Época Moderna están siendo hoy día seriamente cuestionados por el pensamiento llamado posmoderno. Existen luces maravillosas así como dramáticos

agujeros negros en la vida moderna. Sin embargo, ¿quién puede hacer el balance objetivo del haber y del debe de esta civilización? ¿Podrá el hombre vivir sólo en el presente, sin pasado ni futuro, sin identidad y sin Dios? Un maravilloso éxito es haber descubierto la energía nuclear, pero también es horrendo el agujero negro dejado en Hiroshima, Nagasaki, Chernobyl y la siembra de desperdicios nucleares a todo lo ancho del mundo.

De las elaboraciones modernas tal vez la idea de progreso sea una de las más atractivas; pero, simultáneamente es la que contiene las mayores y más inquietantes amenazas; porque también es la más susceptible de ser manipulada, disfrazada y pervertida. A diario se nos está presentando como un innegable "progreso" el crecimiento económico, pero muy rara vez se repara en el precio de ese crecimiento, en costo humano, en calidad de vida, en devastación ecológica y en pérdidas del sentido ético y moral. ¿A cuántos habitantes del planeta favorece este crecimiento? ¿Al 25 por ciento de la población mundial? ¿E incluso, ese 25 por ciento será más feliz hoy que antes?

En esta idea de progreso se fundan Marx y Engels para proponer como utopía ideal la construcción de una sociedad comunista. El catastrófico derrumbe de la propuesta comunista histórica ha constituido el mayor y el más dramático de los fracasos del proyecto ilustrado, y de paso ha sepultado una de las formas más extremas en que se manifestó el voluntarismo progresista moderno. En suma, las ideas modernas de someter la naturaleza al entero dominio del hombre; de edificar una sociedad de acuerdo a la exclusiva voluntad y razón humana; de confiar la solución de todos los grandes problemas del presente a los hipotéticos avances futuros de la ciencia y de la tecnología, y, finalmente, la idea neoliberal, también de matriz moderna, de expandir a escala mundial un capitalismo completamente desregulado y privatizado, están sembrando de siniestras interrogantes el fin de la modernidad. Antes de ocurrir una irreparable catástrofe en los varios puntos o lugares amenazados de fractura del actual sistema, el ser humano deberá realizar un significativo esfuerzo por adoptar una visión más realista y humilde de su papel en la Tierra y en el Cosmos.

—La perspectiva histórica hará el balance...

—Tiene sus peligros dejar a la historia —sin precisar cuáles serán sus actores— este balance, porque tal vez no se alcance a realizar la evaluación final. En mi opinión, el planeta entero se encuentra de pasajero en un tren que corre a velocidad desbocada. Los maquinistas

encargados de la locomotora son las tecnoburocracias de las grandes empresas norteamericanas, japonesas y alemanas; pero, la diferencia con el tren corriente consiste en que sus pasajeros ignoran su destino y los maquinistas tampoco lo conocen. El contraste abismal con todas las historias anteriores radica en que el colapso o muerte de esas civilizaciones sólo afectó a poblaciones pequeñas y a un área geográfica reducida. El derrumbe del Imperio Romano no abarcó una superficie superior a la de México y su población sólo alcanzaba a 100 millones de habitantes. El actual proyecto neoliberal de las tecnocracias del capitalismo multinacional tiene, en cambio, un alcance global y, en consecuencia, su éxito o fracaso comprometerá la vida y el destino de 6.000 millones de seres humanos, e incluso, la existencia misma del planeta. Hoy la humanidad entera está siendo gobernada por una pequeña elite en una competencia económica descontrolada y ciega.

—Es desnuda, certera y dura su idea de los poderosos maquinistas que están llevando inconscientemente el mundo en una dirección. Sin embargo, prefiero la comprensión de un presente como historia *en que coexisten y emergen distintas sensibilidades para desear e imaginar el devenir. La dureza de su idea olvida que hay también maquinistas que empujan en otras direcciones. Y aunque hoy sean máquinas más débiles, son muchas las fuerzas que ya están empujando en una dirección distinta, contando con el plus de ser lo nuevo y creativo en la presente historia. Usted mismo ha mencionado algunas energías emergentes, como el mundo ecologista; hay otros que saludan la diversidad de sensibilidades culturales; muchos que en el ámbito económico se asocian para producir sin fines de lucro; en la ciencia hay nuevos paradigmas; y en lo más íntimo de cada persona está la búsqueda de neoespiritualidades. Estos maquinistas rebeldes imponen a cada hombre y mujer del presente el desafío de reconocer en conciencia en cuál de esas fuerzas quiere participar.*

—Yo diría que "están tratando de empujar". Por el momento, el movimiento histórico se halla casi exclusivamente impulsado y dirigido por aquellas tres locomotoras y sus respectivas tecnoburocracias. Y el gravísimo peligro reside en que esa pequeña elite dispone de potentes máquinas espaciales, energéticas, industriales, comunicacionales e informáticas, precisamente cuando está emergiendo una sociedad planetaria y estamos llegando al límite de la resistencia de la biosfera y de los equilibrios sociales y psicológicos del ser humano.

—Sin duda, hay muchas razones para mirar con pesimismo el presente. Sin embargo, esas fuerzas que "están tratando de empujar" tienen el carácter de "marginalidades dinámicas" —así las denominó Felix Guatari—. Son sensibilidades, son grupos de seres humanos, que siendo en primera instancia marginales —en el sentido de ser cuantitativamente poco representativos y de no formar parte de lo hegemónico y del establishment *del discurso— empiezan a expandirse y llega un momento en que se constituyen en hegemónicas. Así ha ocurrido desde los años sesenta con el movimiento ecologista; el movimiento antipatriarcal de las mujeres; el movimiento por la aceptación de la diversidad cultural, étarea y sexual; el movimiento pacifista; el autorreconocimiento de la sociedad civil como actor (distanciándose de la pasiva representación que antes delegaba a los partidos políticos); con la eclosión del nuevo paradigma sistémico en las ciencias; con el asociativismo económico sin fines de lucro, etcétera.*

—Estoy de acuerdo contigo en que son esas "marginalidades dinámicas" las que podrían ir introduciendo en la dirección de este proceso. Además, agregaría en favor de tu opinión que algo parecido ocurrió cuando nacía la Modernidad. Nadie sospechaba que entre los pequeños burgueses que encomendaban trabajos a domicilio estaba el germen de la que iba a ser la fuerza impulsora más dinámica que ha existido en toda la historia humana.

CHILE NO ES UN PAÍS MODERNO

—Volviendo a las seis cristalizaciones de la Época Moderna, en tanto su ausencia en el país de inicios del 2000, me parece impropio e incorrecto clasificar a Chile entre los países modernos.

—¿Por qué? Si Chile desde su nacimiento se inscribe en la expansiva ola moderna y, por lo mismo, el Chile contemporáneo de una u otra manera, más o menos frustrada, recrea esas seis cristalizaciones.

—Sí, es cierto, las recrea, pero de una manera coja, frustrada e inconclusa. En Chile se habla demasiado de modernización y de modernidad, pero sin darse el trabajo de definir lo que se entiende por

tales términos. Existe un sólo referente de sociedad moderna, en términos históricos, y ése es el euro-norteamericano; en consecuencia toda comparación debe remitirse necesariamente a ese modelo. Por lo general, en Chile se dan dos explicaciones reduccionistas del fenómeno moderno. Por una parte, la derecha reduce la modernidad a los avances en el ámbito estrictamente económico, siendo que ella conforma una integralidad política, social y cultural. Y segundo, como lo he planteado al principio, lo moderno sería "la moda del día". Alguien moderno sería quien compra objetos y artefactos como televisores, teléfonos celulares, autos, microondas. Pero indudablemente no basta comprar y usar productos de última moda para ser moderno; es necesario poseer la competencia y el conocimiento necesarios para producirlos. Debemos recordar la famosa frase de Francisco Encina: "producimos como bárbaros y consumimos como civilizados".

Chile no es un país moderno. No es moderna una sociedad incapaz de organizarse en forma realmente democrática y, sin duda, no es democrática la forma en que está organizada la sociedad chilena. Ni su constitución ni sus fuerzas armadas responden a los parámetros modernos. Chile carece casi íntegramente de instituciones, estructuras y equipos de investigación científica, siendo ésta, tal vez, la más potente de las invenciones modernas. Para la abrumadora mayoría de economistas, sociólogos e historiadores la Modernidad se fue creando y conformando en torno al nuevo modo de producir industrial. Esta forma de producir ha sido uno de los distintivos más esenciales de la Época Moderna. Pues bien, Chile no produce bienes propiamente industriales de alto valor agregado. Al igual que en el siglo XIX, su producción fundamental continúa siendo la de materias primas y la de recursos naturales, aún cuando éstos se hayan diversificado.

La sociedad chilena tampoco ha experimentado un real proceso de secularización, aún existen valores y comportamientos propios de sociedades premodernas. Sus medios informativos y de comunicación revelan un dramático y angustioso retraso; se encuentran monopolizados por sólo dos grupos económicos, animados de un pensamiento extremadamente conservador. En gran medida esto se debe a que la derecha chilena, comparada con la europea, se ubicaría en la llamada "extrema derecha". Su aislamiento e ignorancia de lo que está ocurriendo en el mundo la lleva a sostener ideas acerca de la democracia, de los derechos humanos, de los temas ecológicos, de los valores éticos, del papel de las fuerzas armadas, sus relaciones con los trabajadores, su reacción frente a los pueblos indígenas, en fin, decenas de temas más, los cuales revelarían no haber atravesado aún el umbral de

la Modernidad. Chile se encuentra casi absolutamente marginado de los grandes debates intelectuales, políticos y culturales contemporáneos. Medios de comunicación monopolizados por un solo tipo de pensamiento se daban sólo en las sociedades comunistas y en los países donde existen duras dictaduras, y de aquí la ignorancia y el aislamiento en que se encuentra la opinión pública nacional frente a las nuevas y sorprendentes realidades mundiales.

4

MIL VÍAS HACIA LA MODERNIZACIÓN

HERNÁN DINAMARCA: —Hemos hablado anteriormente sobre la manera en que Chile se acercó a la Modernidad. Sería ilustrativo referirse a otras experiencias históricas que nos pueden ayudar a ver qué sucedió en nuestro país. Por ejemplo, la experiencia japonesa.

CARLOS ALTAMIRANO: — La revolución Meiji (1867) fue liderada por un sector de la propia nobleza —lo que constituye una excepción en el pensamiento de Marx—, y fue este sector quien se propuso realizar un proyecto consciente y explícito de modernización que tenía como referente a Europa. A la elite dirigente japonesa no se le escapaba que para lograr una capacidad industrial y militar semejante a la de las potencias europeas era indispensable dotarse de instituciones y valores semejantes a las de éstas. Japón había sido obligado a abrir sus puertos al comercio de los países occidentales. Frente a éste y otros actos de agresión y humillación nacional, la clase dirigente de Japón decide responder con las mismas armas. Y así Japón, en poco más de treinta años, se transformó en potencia mundial. Envió a miles de miles de jóvenes a estudiar la organización militar, el sistema industrial, las disciplinas científicas y el funcionamiento de los servicios de salud y de educación de los países occidentales. En honor a la verdad, las grandes demandas de libertad, de igualdad, de respeto al individuo, no constituyeron reivindicaciones fundamentales de la sociedad japonesa. Tampoco en Japón se presentó una lucha de clases a la manera de Occidente entre la incipiente burguesía y la antigua nobleza guerrera.

Japón ha exhibido una asombrosa capacidad para imitar e incorporar los grande logros de la civilización occidental a su propia cultura. Existe sí un poderoso hilo conductor en la historia de la exitosa modernización japonesa: la voluntad de resistir la agresión de las potencias occidentales, salvaguardar su independencia y dotar a su Estado de un poder económico, tecnológico y militar semejante al de los países occidentales; fue un proceso modernizador en gran parte de carácter reactivo, y en todo caso, animado por una exacerbado espíritu nacionalista y por una profunda fidelidad y adoración a su "emperador-dios".

—Podríamos decir que fue el instinto de supervivencia de una cultura muy densa y con larga historia la que enfrentó el intento occidental de humillarla y destruirla.

—También en Japón ocurrió otro hecho del mayor interés: fue su clase feudal y sus guerreros samurai quienes realizaron, desde arriba, la revolución Meiji, la que, en definitiva, habría de importar la propia destrucción de esta clase. No existe otro caso más paradigmático de suicidio o "hara kiri" de clase, realizado con el objeto de salvar a su nación y a su emperador de las codiciosas garras occidentales. El despegue capitalista en Japón se dio sobre la base de asociar, como ellos lo sostienen, ciencia occidental y espíritu japonés e iniciativa privada y dirección del Estado. En lo concreto, el sistema de empleo de por vida con conservación del salario a los ancianos y el sistema único de previsión social, constituyen verdaderas originalidades. El sistema educativo ha sido extraordinariamente eficaz. El espectacular crecimiento económico poco o nada tuvo que ver con las actuales ideas de libre comercio; al contrario, él se logró básicamente a través de una planificación y un control estatal muy rigido, pero en un permanente concierto con los grupos económicos privados. El Ministerio de Comercio e Industria jugó un papel esencial en el sorprendente desarrollo japonés. Es decir, Japón logró su "milagro económico" siguiendo recetas y estrategias exactamente contrarias a las actuales del pensamiento único neoliberal.

Ahora, esta modernización "desde arriba", fuertemente autoritaria y de claro carácter nacionalista también mostró lados oscuros. La expansión japonesa hacia los países vecinos —China, Corea, Indonesia— fue cruel y sangrienta. Pero desearía recordar un hecho de la mayor importancia en el proceso modernizador de Japón. Fue el general Douglas Mc Arthur quien, una vez derrotado Japón en

la segunda guerra mundial, obligó a éste a culminar su modernización a través de una extensa reforma agraria; a adoptar instituciones y prácticas democráticas; a suprimir el carácter divino del emperador; y a superar las violentas compulsiones expansionistas de ese país. En buenas cuentas fue un país occidental quien obligó a Japón a concluir con su "occidentalización", imponiéndole normas que los sucesivos gobiernos norteamericanos jamás le exigieron a las oligarquías agrarias y a las dictaduras militares latinoamericanas.

—¿La modernización más reciente en los países del sudeste asiático tiene similitudes con el modelo japonés?

—Sí. Aunque se trata de reinos y culturas muy antiguas, la creación de la República de Corea sólo data de 1948. Casi inmediatamente después sobrevino una especie de guerra civil que concluyó en la división de Corea, en 1953. Con Taiwán ocurrió algo semejante. Tras la derrota de Shiang Kai Shek a manos de las fuerzas comunistas lideradas por Mao, un sector de la población se refugió en la isla de Taiwán.

—En gran medida esos Estados se constituyen en el contexto del conflicto Este-Oeste. Fueron apoyados por países occidentales.

—Exactamente, ése fue el marco en que se realizó el milagro de los llamados tigres asiáticos, en plena época de bipolaridad mundial y con fuerte apoyo norteamericano. Normalmente se explica el asombroso crecimiento de Corea del Sur atribuyéndolo a la implementación de políticas neoliberales; pero esa explicación es sólo parcial. Corea logró su espectacular desarrollo sobre bases muy parecidas a las de Japón, mediante una activa intervención del Estado, un fuerte proteccionismo y un acentuado nacionalismo. Su industrialización se realiza a través de planes quinquenales muy semejantes a los del socialismo real, y a través de la creación de un poderoso sector público que actúa concertadamente con las grandes empresas privadas —"Shaebol"—. Incluso en el campo se utilizaron métodos autoritarios para impulsar un movimiento corporativo muy similar al chino. Otro factor decisivo en este crecimiento, al igual que en Japón, fue el énfasis en el sistema educativo. (Entre paréntesis, todos estos rasgos reguladores, intervencionistas y proteccionistas han sido ignorados por los neoliberales chilenos, quienes, en su momento, tanto ponderaron las modernizaciones de los "tigres asiáticos".)

—Esos países tienen la tradición ética autoritaria y exigente de Confucio.

—El confucianismo más que una religión es una disciplina ética que ha contribuido en forma decisiva al crecimiento económico de Japón, Corea y Taiwán, pues sirvió admirablemente a ese propósito. Como había ocurrido con el protestantismo en Inglaterra, el confucianismo privilegiaba las virtudes de frugalidad, sobriedad, austeridad y trabajo; además de exigir una lealtad y devoción absoluta tanto al emperador como a la nación. Diversos economistas e historiadores japoneses han establecido comparaciones entre el papel desempeñado por el protestantismo en Europa y Estados Unidos con el rol jugado por el confucianismo en Asia. Tampoco debe olvidarse que el confucianismo y el budismo son disciplinas éticas perfectamente compatibles con el pensamiento racionalista y científico moderno, de manera que en ese país no se produjo la sorda y prolongada lucha ocurrida en Occidente entre religión y ciencia.

—¿Japón ha apoyado estos procesos de modernización en Asia?

—Sin duda que ha jugado un papel muy significativo en el desarrollo de países como Corea, Taiwán, Tailandia, Malasia, Indonesia y Singapur. Ha venido realizando en todos estos países cuantiosas inversiones y ha transferido avanzadas tecnologías. Se calcula que en la primera década del año 2000 el producto nacional de Japón, más el de China y el de estos países asiáticos, superará con mucho al de Estados Unidos. Sin duda, Asia se transformará en el centro más dinámico y potente del mundo capitalista. ¿Cambiará la naturaleza y la ética del capitalismo occidental por este hipotético y futuro liderazgo asiático?

—China también se incorpora a la Modernidad, en tensa coexistencia con sus tradiciones culturales milenarias.

—Así ha sido. En 1910 fue derribada la milenaria monarquía china y se estableció en su remplazo la República popular China, bajo el gobierno de Sun Yan Sen. Siguieron al derrumbe del Imperio chino años de caos, de guerras civiles y de la gran guerra en contra de la invasión japonesa. En la década del cuarenta, el Partido Comunista chino, bajo la dirección de Mao, aparece como la única fuerza capaz de restaurar el orden. En 1949 triunfó la revolución y, a contar de

mediados de los años setenta, China decidió encarar abiertamente su proceso de modernización, incluso utilizando este término.

—A partir de esa fecha asume medidas económicas neoliberales para su modernización; antes había optado por seguir el modelo de modernización marxista, e incluso antes el mismo Sun Yan Sen se autoreconocía con influencia política liberal.

—Fue en la década de los setenta cuando los líderes comunistas chinos aprobaron el "programa de las cuatro modernizaciones", centradas exclusivamente en el campo económico. En 1978, un joven chino lanza un célebre manifiesto estigmatizando las cuatro modernizaciones por no haber contemplado una quinta: la democratización del régimen chino. El programa de las cuatro modernizaciones logró un éxito extraordinario en el plano económico, exhibiendo por algo más de diez años tasas de crecimiento superiores al 10 por ciento anual. Si bien no cabe duda del extraordinario éxito de la modernización china en el plano económico, su victoria final no está garantizada, debido a la extrema rigidez del sistema burocrático y por las reiteradas negativas a conceder mayores espacios de libertad. El modelo de civilización occidental está sólidamente asentado en dos premisas esenciales: por una parte, el desarrollo científico y técnico asociado al económico; y por otra, el despliegue de la libertad y de la democracia. China, por el momento, sólo estaría cumpliendo con la primera de las exigencias, pero se ha negado rotundamente a adoptar la segunda premisa básica de la modernización.

—Para que no aparezca tan dulce esta misión de Occidente que acaba de mencionar, habría que agregar que sus países centrales han sacrificado en el resto del mundo muchas veces la libertad política en aras de sus propios intereses de desarrollo económico, científico y tecnológico.

—Sin duda ha sido así y, por lo mismo, resulta chocante e incomprensible este doble estándar de Occidente: al interior de sus sociedades han abierto espacios cada vez mayores de libertad y de emancipación humana, pero en relación con el resto del mundo han apoyado regímenes terriblemente opresivos y tiránicos.

—Con el volumen demográfico de Asia, si continúa una línea modernizadora a imagen y semejanza de la occidental —con sólo

su secuela ambiental—, habría que preguntarse si como humanidad llegamos al 2050.

—Es una pregunta difícil de responder. Asia despertó sólo a mediados del siglo XX de su milenario letargo. En los últimos quinientos años los países mencionados desempeñaron un papel meramente pasivo en la política mundial.

—Encuentro que su mirada a esas culturas es muy eurocéntrica. Si bien han estado sojuzgadas, esas culturas siempre han gozado de una gran identidad y densidad y en todos estos siglos han entregado mucho a Occidente. No han estado dormidas. Occidente tiene una deuda enorme con ellas, por técnicas y sabidurías milenarias. Y en los últimos treinta o cuarenta años, la influencia de su pensamiento es cada vez más relevante.

—Hasta los años 1500, China era una sociedad más avanzada que la europea, pero, desde entonces hasta la fecha, salvo en aspectos muy puntuales, su influencia no ha sido relevante.

—Más allá de China, no hemos hablado de la vía marxista, que fue una de las más seductoras para la modernización de países de la propia Europa y de otras culturas no occidentales de Asia, África y América.

—A pocas horas de caído el Muro de Berlín en noviembre de 1989, a nadie pudo caberle dudas de que el único proyecto histórico capaz de configurar una alternativa al modelo de civilización occidental había fracasado. Aunque el proyecto marxista leninista de transformación social tenía una impronta occidental —Marx y Engels habían elaborado una de las más logradas y exitosas síntesis del pensamiento moderno—, Lenin, más tarde, le daría un énfasis notoriamente distinto y Stalin concluiría por distorsionarlo y pervertirlo completamente. Debido a esas distorsiones terminó transformándose en un proyecto alternativo al occidental ilustrado, aun cuando recogiera de él las grandes ideas de la industrialización, de la emancipación humana, de la superación de las sociedades de clase, de la abolición del Estado. Pero de todas estas ideas sólo se terminó aplicando la industrialización forzada y en ese sentido, necesario es reconocerlo, constituyó un extraordinario éxito.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, a pesar de su terrible retraso histórico, de la devastación causada por la primera guerra

mundial, del desorden y caos provocado por la revolución bolchevique en sus primeros años, del boicot y de las agresiones militares de las potencias occidentales, y más tarde, de los horrores de la segunda guerra mundial y la invasión de la Unión Soviética por parte de los ejércitos alemanes, de los millones y millones de muertos causados por esta guerra y también —y no en un menor número— por Stalin, repito, a pesar de toda esta destrucción inconmensurable, emergió en los años sesenta como una colosal potencia industrial y militar. Había logrado fabricar la bomba nuclear y lanzar el primer sputnik al espacio; disponía de un enorme equipo de científicos, técnicos e ingenieros; su sistema educacional era de altísimo nivel; lamentablemente, cuantiosos recursos económicos y humanos se destinaban al desarrollo de su capacidad militar; realizó enormes aportes financieros a los partidos y gobiernos comunistas de todo el mundo; en suma, se convirtió en la principal potencia rival de Estados Unidos. Ni siquiera Japón había logrado un éxito tan extraordinario.

En mi opinión, la gran debilidad del sistema soviético no estuvo tanto en la "planificación centralizada y burocrática de su economía", sino en el dominio totalitario de la sociedad, en la ausencia absoluta de libertad. Fue la privación de toda libertad, la que condujo al fracaso y a la muerte del experimento soviético.

—Aceptando que fue un modelo social alternativo intramodernidad, pondría más énfasis en lo que usted insinúa, que en lo fundamental fue una variante dentro de la misma lógica de la Modernidad occidental. El marxismo-leninismo creía en la idea de progreso, en el desarrollo económico ilimitado, fue radical en la secularización desde el Estado, compartió la ausencia de respeto al otro cultural y al otro sexual, étareo, etcétera, y respecto a la idea de democracia, no es que no creyera en ella, sino que ideológicamente radicalizaba su realización, al menos en teoría, proponiendo la democracia directa.

—Sin duda que el marxismo se constituyó en una de las dos grandes tradiciones ideológicas modernas y, a su vez, el "marxismo-leninismo", indudablemente recogió algunas de estas ideas. Pero en su aplicación práctica, este último fue divorciándose casi enteramente de su matriz originaria moderna. Entre los cromosomas de un ser humano y un chimpancé, según los biólogos, existe una diferencia mínima; pero en los siglos de evolución éstas generaron dos especies muy diferentes. Este ejemplo puede aplicarse perfectamente al caso de Marx

y Lenin. Marx había nacido y se había criado en el centro de la cultura occidental moderna, había bebido de las ideas y pensamientos de los hombres ilustrados de fines del siglo XVIII; había conocido a los primeros teóricos del socialismo francés, de las primeras décadas del siglo XIX; se había nutrido de la gran filosofía alemana; y había estudiado seriamente a los economistas clásicos ingleses. Era, en una palabra, uno de los más preclaros representantes de la moderna cultura occidental. No era el caso de Lenin ni tampoco de la mayor parte de la dirección del partido bolchevique de comienzos del siglo XX. Lenin, aunque poseía una extraordinaria inteligencia y se había formado una gran cultura, venía de un mundo poco menos que medieval; y Stalin era la expresión misma del primitivismo y barbarie de su Georgia nativa. La diferencia entre Marx y Engels, por un lado, y Lenin y Stalin, por el otro, podría asemejarse a la supuesta pequeña diferencia entre el hombre y el chimpancé.

—El socialismo real, al aparecer como una supuesta alternativa social, inhibía la elaboración de una crítica a los valores comunes que construyeron la sociedad moderna ya sea en su variante liberal o en su variante socialista.

—Estoy muy de acuerdo con lo que has expresado. Sin duda, el curso histórico seguido por el "socialismo real" malogró una gran oportunidad histórica. Las perversiones de las diversas ideas y pensamientos ocurren normalmente en la Historia y esto ha pasado no sólo con las ideologías laicas sino también en las creencias religiosas. Tanto el "socialismo real" como el nacional-socialismo surgieron en la Época Moderna y se nutrieron de ideas y pensamientos modernos, pero concluyeron negando esta modernidad.

—El marxismo es una variante del mundo occidental moderno. Pero, ¿lo era el nacionalsocialismo? Si bien el nacionalismo fue históricamente funcional al poder económico también modernizante y expansivo de Alemania, no es menos cierto que al menos la difusa dimensión esotérica de éste no tenía un buen diálogo con el racionalismo de Occidente. No olvidemos que fue acusado de irracionalista. Tal vez por eso se unió el comunismo soviético con el mundo liberal occidental para derrotar al nacionalsocialismo. En la confianza en la razón instrumental de Occidente coincidían comunismo y liberalismo.

—Creo que coincidían más frente a la existencia de un enemigo común. Después de todo no fue Stalin quien atacó a Alemania, sino que fue ésta quien inició la guerra con Rusia. El nazi-fascismo, totalitarismo de derecha, y el marxismo-leninismo, totalitarismo de izquierda, aunque arraigaban en la Modernidad occidental, terminaron ambos en una negación absoluta del proyecto moderno. El totalitarismo de derecha se apoyaba en un principio falso y anticientífico: la existencia de razas superiores. También exigía un jefe, un Führer, expresión más bien de un tribalismo primitivo que de una sociedad moderna. Condenaban sin apelación a las "corrompidas" democracias liberales, lo cual importaba un rechazo a una de las grandes creaciones de la Modernidad. En suma, negaba los principios esenciales de la moderna Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad. No era concebible una sociedad libre con un "Führer", ni tampoco era posible realizar la igualdad cuando se estaba proclamando la existencia de una raza superior, ni menos se podía practicar la fraternidad en una sociedad totalitaria. Y ese totalitarismo de derecha tuvo en gravísimos aprietos a la civilización occidental moderna, pero, por una de las tantas paradojas históricas, fue salvada por el totalitarismo de izquierda stalinista.

—Respecto a esa supuesta "negación absoluta del proyecto moderno", que sería común al comunismo y al nacionalsocialismo, el historiador Ernst Nolte, en una reciente obra Nacionalsocialismo y Bolchevismo —1994—, ha venido a complejizar este debate con una tesis que establece un vínculo profundo entre comunismo, fascismo-nacionalismo y liberalismo, esta última es una de las ideologías modernas por excelencia. Nolte afirma que el liberalismo, por su carácter contradictorio e infinitamente abierto al porvenir, es la matriz tanto del comunismo como del fascismo. Pues, ambas ideologías despliegan en conjunto y de manera radical las contradicciones del sistema liberal; y ambas, además, tienen como norte dar una solución definitiva a esas mismas contradicciones del sistema moderno y liberal. Sin embargo, las dos terminan mostrándose finalmente como partes de lo mismo: el movimiento universal de la técnica y su voluntad de poder, un sino tan propio de la Época Moderna.

Según el notable historiador Francois Furet, esta tesis historiográfica de Nolte es tal vez una de las más destacadas y profundas de las últimas décadas.

—Furet es un gran historiador, pero no es una tesis fácil de compartir. El comunismo, aunque de raíz y concepción moderna, no logró anidar en la cultura europea y, en cambio, se fue expandiendo por gran parte de la periferia del mundo; parecía ineluctable su victoria final sobre el capitalismo. Los países donde durante setenta años se asentó el socialismo real carecían, en estricta verdad, de culturas modernas. Aún cuando hubiéramos supuesto la victoria de la ex Unión Soviética sobre las modernas sociedades capitalistas, ésta estaba destituida de capacidad, conocimiento y experiencia necesarias como para liderar un proceso histórico de magnitud universal, fundado en el ideal de la emancipación humana, en la libertad individual y en la libre determinación de los pueblos. La ex Unión Soviética era decididamente contraria a estos principios políticos básicos de la Modernidad y, por otra parte, su sistema de planificación centralizado y burocrático habría sido inviable en una economía de dimensión planetaria.

—Sin duda, la Unión Soviética nunca respetó esos principios políticos básicos de la Modernidad. Claro que también habría que agregar que el Occidente moderno sólo ha respetado en períodos de estabilidad institucional las libertades individuales en su centro y casi nunca respetó la autodeterminación de los pueblos ni esas libertades allende sus fronteras. Las intervenciones de los países capitalistas centrales en el resto de los pueblos han sido un común denominador de los cuatro siglos pasados.

— Sí y no, sería mi respuesta a tus afirmaciones. La vida y la Historia no son sólo en blanco o negro.

—No se trata de blanco y negro, simplemente ése fue el comportamiento de Estados Unidos en América Central y el Caribe, en Asia, en Chile, etcétera. Digamos las cosas como fueron, en el contexto bipolar, cada polo tuvo conductas de intervención semejantes en su respectiva área de influencia.

—Cómo podría yo negar las injustas y horrorosas intervenciones de los países europeos en Asia y en África, y de Estados Unidos en América del Sur; pero ellas no se realizaban en cumplimiento de principios modernos, sino de intereses económicos y éstos sí que han sido extraordinariamente poderosos en la escala valórica occidental.

—Sin duda, y precisamente la utopía del productivismo económico y la fe en el egoísmo como motor unilateral de lo humano han sido los principios modernos fundamentales en la dimensión económica del vivir.

Además, insisto, las sociedades liberales han proclamado ciertos principios, pero no siempre los respetan. ¿Cuánto de disciplinamiento y no libertad real, de desigualdad como nunca antes y de ausencia de fraternidad hay, por ejemplo, en nuestra Modernidad realmente existente? En ese sentido, comparto la crítica que usted hace al socialismo real, pero la extiendo a nuestro mundo occidental, moderno y liberal.

—Los defectos, vicios y aporías de la Época Moderna, incluso la comisión de horrendos crímenes como fue el del holocausto judío, son reiterados y múltiples, pero, como diría Winston Churchil, por el momento no conozco otra sociedad mejor. En los hechos fue la civilización occidental moderna quien proclamó los principios de libertad, igualdad y fraternidad, si bien es cierto que la Historia ha tardado enormemente en cumplir con esas promesas.

—También me parecen muy importantes esos principios. La libertad, la igualdad y la fraternidad son aún notables desafíos pendientes, siendo el llamado a su aplicación social la gran herencia de la Modernidad.

—Sin libertad la sociedad pierde toda capacidad creativa; no olvidemos que fue precisamente ésta una de las causas principales del fin del experimento soviético.

—Lo curioso es que cuando Gorbachov intentó abrir esos cauces de libertad, el sistema sólo tardó cuatro años en desmoronarse. Al parecer había una mutua exclusión entre abrir cauces de libertad y la continuidad de la experiencia.

— Y lo más asombroso fue la absoluta falta de violencia en este cambio tan revolucionario e irreversible.

—Es que tal vez ese cambio no fue tan revolucionario. Insisto en comprender al marxismo como una expresión radicalizada de la sensibilidad moderna. No olvidemos que el sueño de las masas soviéticas desencantadas de la promesa de progreso que les hizo la

modernidad-socialismo real era gozar del progreso material de la modernidad-capitalismo real. Además, diciéndolo muy irónicamente, el actual pensamiento único —una vez superada la variante socialismo real como vía hacia la modernización— tiene algo de profecía orwelliana: un totalitarismo de sentidos y de consumos en el imaginario que hoy impone la hegemonía del discurso de la modernización. Parece que ése hubiese sido el destino de la Modernidad.

Sé que exagero un poco, pero al escucharlo criticar el socialismo real da la impresión que hoy idealiza la actual sociedad moderna y liberal.

—No sé si estoy idealizando o no a la actual sociedad moderna. Pero declaro, con entera franqueza, que prefiero esta libertad formal, imperfecta, limitada y manipulada, a la imposición totalitaria de una sola verdad, sea ésta laica o religiosa. Aunque sea muy formal, ella ha permitido y estimulado la existencia de múltiples y diversas visiones de mundo.

5

DISTINTOS AUTORES ANALIZAN EL CAMBIO EPOCAL: ¿EL FIN DE LA MODERNIDAD Y EL INICIO DE LA POSMODERNIDAD?

HERNÁN DINAMARCA: —En las últimas décadas distintos pensadores han diagnosticado el fin de una época y el inicio de algo nuevo; se ha convertido casi en lugar común y en todo un símbolo que desde diversas miradas se hable de sociedades Pos: posmoderna, poscapitalista, posindustrial, posbiológica, etcétera.

En un intento por sistematizar las distintas y más relevantes miradas interpretativas diría que (1) están los posmodernos desconstructivistas (como los clásicos de la nueva filosofía francesa de los sesenta, Foucault, Baudrillard y Lyotard, entre otros, también llamados hipermodernos por su comprensión radical de la autonomía del individuo solo y desencantado); (2) están los posmodernos históricamente constructivistas (inspirados en promover —vía un reencantamiento— un nuevo paradigma social que supere a la Modernidad, como Fritjof Capra, Ray Grissin, Morris Berman, Riane Eisler, etcétera); (3) están los modernos autocríticos, como Habermas, Perry Anderson, André Gorz, Giddens, etcétera, quienes aún sueñan nostálgicamente con la grandeza del proyecto moderno y lo querrían por siempre como un proyecto inacabado; (4) están pensadores New Age, como Marylu Ferguson; (5) y están los optimistas tecnológicos y autocomplacientes con la Modernidad, como Lester Thurow, Peter Drucker, Fukuyama, y otros, quienes ven a la época dar un salto hacia adelante, hacia una sociedad del conocimiento, posindustrial y siempre liberal por los siglos de los siglos.

CARLOS ALTAMIRANO: —Cada uno destaca aspectos distintos. Lester Thurow, economista de Massachussett, habla de la Sociedad del Conocimiento y de una Guerra Económica para el siglo XXI. Huntington, que escribió el *Choque de las Civilizaciones*, afirma que en el siglo XXI habrá guerras civilizacionales entre el mundo occidental moderno y las culturas islámicas y confucianas. Otro notable pensador, el economista polaco, Pagestka, que tuvo un importante desempeño en el célebre *Informe del Club de Roma,* plantea que estamos frente a una crisis global de tipo civilizacional.

—¿Por qué Pagestka habla de una crisis global?

—El veloz crecimiento de la población, la expansión de la industria a nivel mundial y la degradación acelerada del medio ambiente estarían conduciendo a un impasse global en las primeras décadas del siglo XXI. Aunque existen políticas eficaces, según Pagestka a ellas se oponen los tecnócratas optimistas, que confían en el progreso técnico y en las potencialidades adaptativas de los mecanismos del mercado para conjurar cualquier tipo de crisis.

Sin embargo, numerosos informes de expertos establecen un plazo relativamente breve para evitar la ruptura de la biosfera. Pero estos informes científicos no han bastado para introducir una corrección sustantiva en las políticas ecológicas del mundo. Al parecer la conciencia histórica de la humanidad y sus gobiernos no han logrado alcanzar madurez suficiente para intentar realizar una inflexión profunda en los patrones de comportamiento humano y en las formas de producir y consumir. Sin esta revolución copernicana de los valores y comportamientos vigentes en las modernas sociedades occidentales será difícil evitar una crisis global. La historia del planeta y del género humano ha evolucionado lentamente durante varios millones de años, pero la diferencia con la situación actual es que, dada la extrema velocidad de los cambios y su radicalidad, ésta no admite esperas para introducir serias correcciones en la tendencia histórica actual. Estas necesarias transformaciones están determinadas ahora por los límites de la biosfera.

Lamentablemente, pareciera que los síntomas de esta crisis global sólo podrán ser detectados a niveles masivos si se produce un colapso en alguno de sus eslabones fundamentales —drástica reducción de la capa de ozono, recalentamiento y desertificación de la tierra, agotamiento del agua—. De inmediato surge la pregunta: producido un hipotético colapso, ¿se podría revertir la situación? Según Pagestka,

de continuar la tendencia en su forma actual, no estaríamos avanzando hacia la construcción de una "utópica" sociedad donde todas las necesidades materiales estarían satisfechas, sino, muy por el contrario, hacia el término de la especie humana.

—Y ya hay signos evidentes de destrucción (de presiones hacia la insustentabilidad) en distintos lugares de la Tierra. Usted ha mencionado catástrofes como la destrucción de la capa de ozono, el cambio climático, la desertificación y la carencia de agua; otras podrían ser la masiva muerte por pestes, guerra o hambre, como está ocurriendo en África; accidentes nucleares como Chernobyl; la violencia, la inseguridad y el estrés síquico causado por el hacinamiento humano en megalópolis; los riesgos de la descontrolada experimentación biotecnológica y el comercio transgénico.

En fin, éstas y otras catástrofes parecen indicar una destrucción de la especie por parcialidades, aunque a la larga podría sobrevivir aquella humanidad que logre adoptar un modo de vida distinto. Así ha ocurrido en otros momentos en la Historia, cuando un modo de vida ha desaparecido y ha nacido otro.

—Pagestka piensa que deberán producirse transformaciones de carácter civilizacional, definitivas y radicales para poder salvar a la humanidad. Pero estas transformaciones conllevan oposiciones casi insuperables.

El sistema económico moderno, en acelerada expansión, es sin duda terriblemente depredador; pero, a la vez, ha logrado seducir a gran parte de las sociedades humanas ofreciendo toda clase de bienes materiales y entretenimientos. Existe además una confianza generalizada, propia de la cultura del Siglo de las Luces, en los poderes demiúrgicos de la tecnología para resolver cualquier situación crítica que pueda presentarse. Quienes han estado inmersos en la corriente histórica de la Época Moderna, han caído prisioneros de sus potentes certidumbres: la confianza casi absoluta en el progreso ascendente e ilimitado de la humanidad y en el poder de la ciencia y la tecnología para responder con éxito a los desafíos del futuro. Y es paradójico observar que hoy las antiguas fuerzas conservadoras, enemigas acérrimas de la Época Moderna, se han convertido en sus principales adalides y asumen acríticamente sus creencias y valores, con la agresividad propia de los conversos.

—Es paradójico, pero a la vez su actual conducta es muy coherente con el devenir histórico. El conservadurismo reaccionario es una actitud que, aunque cambia de contenidos en el tiempo, siempre defiende el status quo y lo antiguo; y hoy lo establecido y lo viejo es la Época Moderna.

—Peor aún, la derecha histórica ha asumido la defensa de la Modernidad, pero reducida a un mezquino economicismo. Olvida que esta posee múltiples dimensiones y sólo una de ellas es la propiamente económica. Una acción eficaz en orden a superar la crisis global deberá actuar simultáneamente sobre la esfera material y la ideal; porque la orientación del sistema capitalista no depende exclusivamente de una presunta lógica interna, sino también de las fuerzas sociales, morales, espirituales y culturales presentes en su desarrollo.

—La transición Edad Media-Época Moderna nos enseña que los cambios realmente revolucionarios, en el sentido de cambio de paradigma social o concepción de mundo, no ocurrieron de la noche a la mañana, sino que fueron procesos que muchas veces sus actores ni siquiera percibieron.

—Creo que las fuerzas sociales, políticas y económicas vigentes tienen el imperativo ético y moral de intervenir rectificando la equivocada dirección del actual proceso histórico. No se puede ni se debe abandonar el mercado a la espontaneidad de los agentes económicos privados. Para los ideólogos de la fórmula económica neoliberal, el mercado es el único capaz de asignar recursos en forma correcta y oportuna, lo cual no es efectivo si se pretende absolutizar esta afirmación. Algunos han deducido del colapso del proyecto comunista histórico la idea de que no es posible intervenir en los procesos económicos y que cualquier tipo de control produce mayores daños que beneficios. Éste es el núcleo central del pensamiento neoconservador neoliberal.

Por mi parte continúo creyendo en una de la afirmaciones principales del pensamiento iluminista moderno, en cuanto a que es el hombre el constructor de su destino; y abandonar una de las principales actividades humanas, la economía, a las fuerzas de un presunto mercado libre y omnipotente, me parece sencillamente una irresponsabilidad. No existe un mercado realmente libre ni las gigantescas empresas multinacionales estarían invirtiendo millones y millones de dólares en adquisiciones y fusiones si no fuera para eliminar o reducir la competencia que dicen defender. El mercado margina a 2.000 millones de

seres humanos que vegetan en la pobreza y la indigencia (un tercio de la población del mundo).

Transitamos por una crucial disyuntiva. Los que nos encontramos inscritos en la histórica corriente del pensamiento moderno somos también los primeros en advertir acerca de los amenazadores efectos de su éxito. Y, en cambio, los que siempre se opusieron a las grandes conquistas de la Modernidad se han transformado en sus vociferantes adalides. Ésta es, para mí, la gran "traición del pensamiento conservador".

Éste se vino oponiendo sistemáticamente a todas las innovaciones y creaciones de la Época Moderna, pero hoy ha decidido "conservar" y prolongar los éxitos económicos de una Modernidad que exhibe graves y evidentes vicios y deficiencias estructurales. De hecho, en la necesaria transformación civilizacional de que nos habla Pagestka ocupa un lugar prioritario el cambio de la concepción antropocéntrica, característica central de la cultura moderna. Ésta se percibe como diferente y superior a la naturaleza, y, en esta perspectiva de pensamiento, el hombre tendría el derecho a dominarla, a ella como al resto de los seres vivientes. Pero no todas las culturas comparten esta visión. La budista, por ejemplo, carece del complejo de superioridad de la cultura occidental moderna.

Sin embargo, desde hace algún tiempo ha empezado a surgir en Occidente una nueva concepción biocéntrica, en la que el ser humano y la naturaleza no son dos entidades antinómicas, sino, por el contrario, el humano es parte y creación de la evolución natural; es una creación única y tal vez irrepetible (pues es el único ser viviente dotado de conciencia, lo cual sólo lo autoriza a asumir con mayor responsabilidad este maravilloso privilegio). El paso de una concepción antropocéntrica a una biocéntrica importa sin duda un enorme viraje en la visión que la humanidad tiene de su relación con la naturaleza y con el cosmos.

—Y eso es un signo central del cambio epocal. Así también, según Eisler, otro signo central es el cambio de una concepción patriarcal a una matrística, ya que importa un cambio gigantesco en la relaciones interpersonales y en nuestra mirada hacia el mundo: del dominio, la competencia y el control pasamos a una sensibilidad de cooperación y seducción (no en el sentido de instrumentalización "seductora", sino que de convencimiento amable).

—Ambos cambios de mentalidad forman parte de un solo cambio de nuestra concepción de mundo.

—La mirada de Pagestka es crítica al presente y clara: asistimos a un cambio epocal. Pero ni Thurow ni Huntington están pensando en algo nuevo. Thurow, por ejemplo, pronostica una "guerra económica" para el siglo XXI entre Europa, Japón-Sudeste Asiático y Norteamérica; un futuro con más de lo mismo: competencia, guerras sobre la base de un crecimiento económico que es proyección del actual. Thurow sigue con sus guerras y no problematiza que el modelo actual de producción y consumo es causa de varios síntomas de la crisis civilizacional. No visualiza el presente como un momento crítico en la historia de la especie. ¿Entonces por qué los sitúa en la sensibilidad de los pensadores que plantean el fin de una época?

—Si bien Thurow no se refiere específicamente al tema de la crisis civilizacional occidental, plantea la urgente necesidad de introducir cambios sustantivos en el sistema económico capitalista. Desde luego, para Thurow en el siglo XXI la única "ventaja comparativa" será la inteligencia y el conocimiento. Los precios de las materias primas continuarán cayendo, tal como ocurre, con oscilaciones diversas, en el precio del cobre; ningún país productor exclusivo de recursos naturales y materias primas tendrá futuro en la guerra económica del siglo XXI. Thurow coincide con Peter Drucker en que el sistema capitalista avanzado se fundará exclusivamente en el conocimiento y en la capacidad de innovación. Esto exigirá cambios sustantivos en la formación de los nuevos técnicos y profesionales; la educación de una persona deberá continuar realizándose durante toda la vida y el gasto en desarrollo e investigación científica y tecnológica deberá aumentar aún más, incluso en países como Japón y Alemania donde el porcentaje es altísimo.

Estas opiniones guardan una especial importancia en el caso de Chile, país exportador de materias primas y recursos naturales con muy escaso valor agregado y país que aún continúa confiando en las solas ventajas comparativas materiales, en los bajos sueldos y en la ausencia de normas ecológicas y donde el gasto en investigación científica y desarrollo tecnológico es mínimo. Como habrás podido observado, he insistido en no incluir a Chile entre los países realmente modernos, entre otras razones porque no dispone de una estructura realmente industrial, porque sólo destina recursos muy reducidos a la formación del trabajador y porque recién comienza a ocuparse de elevar los estándares científicos del país, al cual dedica un mísero 0,64 por ciento de su producto nacional (y a las FFAA cerca de un 6 por ciento).

Pero si bien Thurow se coloca en una línea de defensa del capitalismo, al mismo tiempo va exigiendo una serie de transformaciones muy difíciles de concretar en el actual sistema económico. En otras palabras, sin afirmarlo expresamente, está previendo serios nubarrones en el futuro económico. Desde luego, insiste una y otra vez en la caída de la producción mundial en los países no comunistas —de un 4,9 por ciento en la década de los sesenta descendió a un 3,8 por ciento en la década de los setenta y a un 2,9 por ciento en la de los ochenta— y agrega, "gran parte del tercer mundo tuvo una caída real en los ingresos per cápita durante la década de los ochenta." En América Latina se la llamó "la década perdida". Y, agrega Thurow, "los mercados libres tienden a producir niveles de desigualdad en los ingresos que son incompatibles con gobiernos democráticos", aportando cifras acerca del violento aumento de la desigualdad en Estados Unidos. "Abandonado a su propia inclinación, el capitalismo tiene la tendencia a caer en la inestabilidad financiera y en el monopolio"; y agrega, "con el derrumbe de gran parte de su sector bancario, hacia principios de 1991, el gobierno norteamericano se vio obligado a absorber 200.000 millones de dólares de activos privados".

En Chile, toda esta clase de información es callada por la prensa monopólica nacional, a la que sólo le interesa resaltar las presuntas grandes victorias del capitalismo neoliberal, pero sus fracasos son ocultados o bien disimulados. Desde la década de los ochenta las tasas de crecimiento en algunas áreas del mundo han disminuido y en otras escasamente se han mantenido; sólo Estados Unidos exhibe tasas de signo positivo; la inestabilidad financiera se ha ido acrecentando, las crisis económicas se repiten en México, en Asia y en cierta medida en Brasil; los gigantescos traspasos de fondos, de que está hablando Thurow, del sector público al privado para salvarlo de la ruina financiera se han transformado en una norma. Se pregunta también Thurow, "¿será posible tener una era de satisfacción para las clases superiores mientras las clases medias y bajas tendrán una era de expectativas declinantes?", y él mismo se contesta: "semejante dualidad no es posible para siempre. Los sistemas flotan sobre un magma fundido de ideologías y tecnologías compatibles. No es posible tener una ideología de la igualdad y una economía que genere cada vez mayores desigualdades". Y continúa: "las desigualdades en el ingreso y la riqueza están aumentando en todas partes... El contrato social entre la clase media y la empresa norteamericana se ha roto". Incluso asegura que "se está predicando la versión más cruda del capitalismo de la

supervivencia del más apto, cuando el sistema económico está descubriendo los incrementos de productividad que pueden surgir del trabajo en equipo."

En definitiva Thurow piensa "que el mundo ha cambiado y nosotros también debemos cambiar" y que es imprescindible "inventar un nuevo capitalismo". Como podrá apreciarse, para Thurow es fundamental introducir transformaciones radicales dentro del capitalismo; y también trata el gravísimo tema de los desequilibrios ecológicos. Siendo Thurow un defensor del capitalismo, concluye registrando errores muy profundos de éste y haciendo propuestas muy radicales para corregirlos. Si me he extendido en las citas del libro *El Futuro del Capitalismo* de Lester Thurow se debe a que sus afirmaciones se hayan absolutamente libres de las consabidas y repetidas acusaciones del pensamiento de derecha en orden a considerar estatista, ideologizado e intervencionista a cualquiera que disiente del "pensamiento único".

—¿Y las "olas históricas" de Alvin Toffler?

—El futurólogo norteamericano Alvin Toffler, en *El Shock del Futuro*, describe las tensiones extremas a que estará sometido el ser humano debido a los "cambios brutales en tiempos demasiado breves". En una sola vida —dice Toffler— hemos percibido mutaciones sin precedentes. Y en su libro *La Tercera Ola* pasa revista a las tres mayores olas revolucionarias que habrían afectado a las sociedades humanas: la primera, la agraria, en la época neolítica; la segunda, la industrial, en la moderna; y la tercera, la actual, la revolución telecomunicacional. La revolución industrial cambiaría para siempre las sociedades de la pequeña área del mundo occidental cristiano; en cambio, la revolución comunicacional está destinada a transformar todas las estructuras sociales y políticas de todos los países de la Tierra. Para Toffler todavía restan dos grandes áreas sin ocupar: los océanos y el espacio.

—Se equivoca Toffler y su irresponsable optimismo moderno en su inefable afán de dominio. Los océanos ya han sido muy explotados. La Organización de las Naciones Unidas, en el Día Mundial del Medio Ambiente de 1997, destacaba que hay un deterioro más o menos irreversible de sus recursos. La pesca industrial ha causado la desaparición de alrededor de un 20 por ciento de las especies marinas. Ése ha sido un destino coherente con la lógica y la

expansión del hombre moderno occidental. Si se ha expandido hacia todos los dominios, ¿por qué no podría hacerlo ahora hacia el espacio y las profundidades del océano?

Sin embargo, a mi juicio, los temas fundamentales son otros. Explorar las estrellas (la carrera espacial) y escudriñar la belleza de las profundidades del océano, sin duda, será una aventura fascinante en el ensanchamiento de la conciencia de la especie. Aunque el verdadero desafío cultural es preguntarnos responsablemente de qué manera nos expandimos. Tendremos que interrogarnos ¿si la especie humana saldrá a explorar las estrellas dejando habitable su casa madre? (más adelante volveré sobre esta inquietante pregunta).

—Estoy muy de acuerdo con tu pregunta en cuanto a que lo realmente básico es la manera de expandirse. Pero permíteme volver al tema de Toffler, personalmente he tenido el gran privilegio de habitar en las tres grandes olas a que él se refiere. Nací en los años veinte del siglo pasado, cuando aún existía en Chile una sociedad agraria y patriarcal dominada por unas cuantas familias pertenecientes a la antigua oligarquía terrateniente. En mi edad madura, en los años cuarenta, comencé a presenciar el surgimiento de la segunda ola, con los inicios del industrialismo y la extensión de la democracia. Y hoy nos encontramos bajo el impacto de esta tercera ola, la telecomunicacional, que a través de sus colosales redes y autopistas de la información está unificando el planeta.

—Entre los autores posmodernos históricamente constructivistas, en la sociología se destaca Morris Berman con su propuesta de un reencantamiento posmoderno tras la secularización moderna y el desencanto propio de la tardomodernidad con los valores modernos.

—Efectivamente, Morris Berman también está pensando en profundidad el futuro de las sociedades occidentales; intenta escudriñar y desentrañar los orígenes últimos de la grave dolencia que estaría aquejando a la civilización occidental moderna. En su obra clásica, *El Reencantamiento del Mundo*, formula la hipótesis que "la vida occidental parece estar derivando hacia un incesante aumento de entropía, hacia un caos económico y tecnológico, hacia un desastre ecológico y finalmente hacia un desmembramiento y desintegración psíquica...", y agrega: "...dudo que la sociología y la economía puedan de por sí dar una explicación adecuada a este estado de cosas".

—El diagnóstico de Berman es pesimista. Sin embargo, es uno de los pocos que aprecia la historicidad del proceso de cambio epocal y, en consecuencia, reconoce los signos de la nueva época y desde ellos quiere coimpulsar a la especie humana hacia nuevos destinos (tal vez por lo mismo, su obra seduce a las nuevas generaciones). En este sentido es optimista.

—Es cierto, concibe soluciones, aunque bastante complejas. Para Berman, la visión predominante en Europa, hasta antes del Siglo de las Luces y de la revolución industrial, fue la de un mundo encantado, donde vientos, tempestades, relámpagos, nubes y ríos estaban preñados de significado y auguraban buenas o malas nuevas. La vida de cada ser humano, así como su destino, estaba indisolublemente asociada a la naturaleza, a los astros y al cosmos, y era ello lo que otorgaba un sentido a su existencia. En cambio, la moderna historia europea fue acarreando un constante desencantamiento de la vida, entre otras razones —siendo la principal para Berman— por la rígida separación establecida por Descartes entre el sujeto observador y el objeto observado. Desde entonces el hombre y la naturaleza, el cuerpo y el espíritu, han sido vistos como dos entidades separadas y distintas y hasta antagónicas. Esta nueva visión de la realidad pasó a formar parte fundante de la civilización moderna. Y de aquí nació la revolución científica, la cual se encuentra fuertemente imbricada con la revolución técnico-industrial y ésta, a su vez, es causa y efecto de la revolución democrática y del auge del pensamiento racionalista moderno. Pero esta potente y dinámica armazón al parecer ha comenzado a derrumbarse; y así como fue difícil y lento el paso de una civilización sólidamente arraigada en la idea de Dios a otra que en gran medida prescindió de ella, también hoy resulta altamente problemática la transición a otra civilización edificada sobre nuevos marcos valóricos, donde la razón, el progreso y el crecimiento económico no serían objetivos esenciales.

—Esa separación entre sujeto-objeto, entre cuerpo y mente, entre mente y espíritu, entre razón y emociones, entre humanidad y naturaleza, entre medios y fines, entre moral pública y moral privada, etcétera, es la génesis del mito de la objetividad en la ciencia, de la moral incoherente y del carácter cultural de la Época Moderna y sus valores y conductas. Por ejemplo, la separación entre sujeto y objeto ha sido la generadora de la separación entre ego (yo) y realidad (ello, lo otro); por lo mismo, el paradigma social de la modernidad

tiene como producto la esquizofrenia: es ésta una cultura generadora de dolor. Por eso la mirada posmoderna tiende a integrar estas dualidades en la profunda unidad que son, más allá de nuestras distinciones. Por otra parte el mito de la objetividad, aquel que no reconoce la subjetividad que nos impregna en tanto seres vivos enredados con todo cuanto existe, lleva al abstraccionismo en el conocimiento; de ahí surgió en la Modernidad el conocimiento totalitario: "porque soy objetivo me asiste la verdad". Por eso, en la mirada posmoderna se supera el abstraccionismo y se asume la singularidad concreta; por lo mismo, se tiende a recuperar la subjetividad, es decir, asumir conscientemente desde dónde hablo (en la ciencia se asume la objetividad entre paréntesis, según Humberto Maturana, como un método, el científico, y no como un hecho).

—Copérnico, Galileo, Newton y Descartes, los cuatro padres fundadores de la ciencia moderna, según Berman, habrían cometido el imperdonable pecado de exiliar al hombre de la milenaria historia evolutiva de la Tierra y del universo cósmico. "A pesar de los grandiosos logros de la filosofía mecánica (Galileo, Newton y Descartes), se perdió el elemento dialéctico en el pensamiento científico y con él se perdió el reconocimiento de lo irracional." Para el paradigma moderno, lo "real" sería sólo aquello que puede ser medido y cuantificado por el método científico experimental. El mundo es percibido sólo como materia y movimiento y ambos fenómenos están sujetos a leyes matemáticas. De este nuevo y revolucionario paradigma surgido en la Época Moderna quedaron excluidas todas las antiguas creencias en leyendas, dioses y mitos, al igual que las visiones animistas, herméticas y ocultistas, la magia y lo irracional; nada de esto era susceptible de ser sometido al análisis científico experimental. Sobre este paradigma se habría iniciado la espectacular construcción de la Edad Moderna; sin embargo, dado el daño profundo, y tal vez irreparable, inferido a la naturaleza y a la vida misma, según Berman, la visión moderna debe ser transformada desde sus raíces. El proyecto bermaniano es lograr una síntesis entre el paradigma cartesiano, fundante de la ciencia moderna, y el paradigma de la nueva ciencia holista, del antropólogo Gregory Bateson.

Según Berman, en la ciencia moderna sólo lo que admite ser medido es real. En cambio, en la concepción holista los fenómenos sólo pueden ser conocidos y aprendidos en su contexto. En la ciencia moderna el objetivo final es el control de la naturaleza; en la holista es la sabiduría, la belleza y la gracia. En la ciencia cartesiana, la mente y el

cuerpo están escindidos, así como el sujeto y el objeto; en la visión holista mente y cuerpo, sujeto y objeto, son dos caras de la misma moneda (proceso). En la ciencia moderna el tiempo es lineal y en principio sería posible llegar a conocer toda la realidad; para la ciencia holista el tiempo es circular y sólo tenemos acceso al conocimiento de una muy pequeña fracción de la realidad. En la ciencia moderna el todo es la suma de las partes; en la holista la totalidad exhibe propiedades de las cuales carecen las partes. En otras palabras, el todo es más que la suma de sus partes. En la ciencia clásica, únicamente la materia y el movimiento son reales; en la holista, lo real son los procesos, las formas y las relaciones. Esta visión holista batesoniana, según Berman, constituirá la piedra fundamental sobre la cual se ha de construir la futura civilización.

—El desarrollo de las fuerzas productivas llegó al punto en que éstas han empezado a destruir nuestra propia casa, y eso para la conciencia humana ha sido una presión de insustentabilidad y un shock (y como he dicho antes las presiones y el sufrimiento son las emociones que gatillan los cambios epocales y culturales: una nueva conciencia y modo de vida humano). Producto de ese shock, la humanidad empieza a rearticular, a repensar todo, y en este repensar intenta reconciliarse con la naturaleza. Pero, al hacerlo, no puede prescindir de la historia de la Época Moderna. No se puede volver atrás. Por eso no se trata de intentar articular dos concepciones (la moderna con otras que habrían sido primitivas y encantadas). La humanidad ha llegado a un punto en que por sí sola tiene que empezar a vivir de otra manera. La humanidad ha vuelto a comprender al ser humano como un devenir constituyente del todo cósmico. Y esto es sinónimo de generar una conciencia que no puede soslayar el continuum de la memoria.

—Berman habla de un necesario reencantamiento de la vida. Aprecia una gravísima descomposición en la psiquis del hombre moderno, debido, entre otras razones, a la velocidad y radicalidad de los cambios históricos. Constata un agudo proceso de desintegración de la cultura, expresada en el consumo de drogas, en la adicción a la televisión, en el desenfrenado consumismo de los ricos, en la masiva ingerencia de tranquilizantes, en la corrupción generalizada. El ser humano moderno se reconoce sólo en sus bienes materiales, ha perdido su identidad, ha olvidado su pasado y carece de un diseño de vida futura. Sólo vive su presente. El clima psicológico dominante en el mundo

occidental se caracteriza por una extrema ansiedad, por una permanente angustia e inseguridad. Los suicidios de adolescentes en Estados Unidos se habrían triplicaron entre 1966 y 1976; existirían 4 millones de esquizofrénicos, 9 millones de alcohólicos y 10 millones de personas afectadas por graves depresiones; y continuamente escuchamos informaciones acerca de la comisión de crímenes aberrantes, incluidos los perpetrados por niños y jóvenes.

—Sin ir muy lejos, Santiago de Chile, con esta moderna modalidad productivista e hiperkinética, en los últimos quince años, según índices de la Organización Mundial de la Salud, tiene una de las cotidianeidades más neuróticas del planeta. Por ejemplo, en 1996, se prohibió la comercialización sin receta médica de fármacos tranquilizantes que son drogas variantes de las anfetaminas y eran de consumo masivo: la dueña de casa, el oficinista, el profesional, etcétera. Y el consumo de alcohol, pasta base y cocaína aumenta vertiginosamente en un país que se rasga las vestiduras por el tema de las drogas y el narcotráfico; pero que soslaya que esto tiene que ver con un modo de vida. Al respecto, Martín Hopenhayn escribió que la pasta base y la cocaína han sido las drogas ad hoc para nuestra "modernidad hiperkinética".

—Sin duda, son augurios inquietantes, expresión de una profunda y grave dolencia. Así como en los finales de la Época Medieval, en que la guerra, la peste y el hambre diezmaran la población europea, ahora, en los finales de la Época Moderna, quinientos años más tarde, están apareciendo nuevos tipo de locuras, de insanias y de enfermedades. Algunos autores han llegado a pensar en la presencia de un daño irreparable en lo más profundo de la conciencia colectiva occidental.

Volviendo a Berman, lamentablemente no realiza un análisis cuidadoso y circunstanciado acerca de cuáles serían las fuerzas sociales y culturales interesadas en un cambio de paradigma. Para él, por el momento, son fuerzas múltiples e informes, ubicadas en todo el ancho espectro del abanico social.

—Se trata de un conflicto de diversas sensibilidades emergentes versus concepciones de mundo antiguas e institucionalizadas.

—Pero sería importante reconocer estas fuerzas. Entre las que Berman visualiza están los movimientos ecologistas, quienes plantean

establecer una nueva relación del hombre con la naturaleza, algunos importantes grupos de científicos, quienes están inspirando nuevos paradigmas en el mundo de la ciencia. Pensadores de diversas especialidades: sociólogos, economistas, filósofos, etcétera; y además poetas, escritores, pintores, escultores, digamos, en general, artistas, quienes rechazan la visión materialista de la vida y del mundo; y los defensores de las culturas locales y originarias, los cuales aparecen empeñados en la conservación de sus antiguas tradiciones comunitarias. Personalmente agregaría a esta enumeración a los movimientos feministas, a las minorías sexuales y culturales y a múltiples grupos atraídos por concepciones venidas del Oriente. Todos ellos están aportando nuevas visiones del ser humano y del devenir histórico.

—Antes de enumerar estas nuevas sensibilidades, hay que aclarar que no responden a las pautas de comportamiento comunes a los movimientos o clases sociales en la Época Moderna, es decir, no actúan necesariamente como colectivos con "vocación de poder".

Con todo, en el Chile actual, por ejemplo, es posible distinguir a los sectores de la sociedad civil organizados en distintas agrupaciones ciudadanas y ONGs que participan en los conflictos ambientales en defensa de la calidad de vida. Están los movimientos indígenas: la reconstitución aymara en el norte, la reconstitución mapuche, la defensa de los pehuenches, los rapa nui. Están los movimientos ciudadanos que defienden espacios locales y regionales: grupos que defienden las tradiciones en la isla de Chiloé, la gente que defiende las tradiciones del litoral central ante el avance de la ola inmobiliaria, la gente que defiende sus barrios en las grandes ciudades, etc., y los movimientos de jóvenes urbanos que, al igual que en Europa, empiezan a "ocupar" casas y espacios privatizados destinándolos a su propio hacer cultural.

Están los diversos movimientos de mujeres y los de la nueva masculinidad, que se inscriben en la ola reflexiva anticultura patriarcal. Están los científicos, artistas e intelectuales, los movimientos que reivindican el respeto a la diversidad sexual. Están todas (cada vez más) las personas y grupos que trabajan en crecimiento y desarrollo personal, en las neoreligiones o nuevas espiritualidades, en búsquedas esótericas como la astrología y el tarot. Está toda la gente que se inscribe en búsquedas de medicina preventiva y milenaria, ya sea la acupuntura, la aromoterapia, la homeopatía, etcétera., pues ya en Chile no se da la supremacía absoluta de la medicina occidental alópata, cuyo innegable mérito es intervenir el

cuerpo vía operaciones (pues ha creído que el cuerpo es una máquina a ser reparada), pero no necesariamente promueve la salud como un equilibrio integral del individuo. Están múltiples formas económicas asociativas, productivas y de servicios que hay en la sociedad civil: gente que se organiza económicamente, pero no con fines de lucro, sino sólo con el fin de vivir bien. Este último no es aún un fenómeno importante en Chile, pero es muy relevante en Europa y Estados Unidos, donde hasta 1999 su participación oscilaba entre el 4 por ciento y el 12 por ciento en el Producto Interno Bruto y en crecimiento constante.

—Peter Drucker, uno de los principales gurúes del capitalismo norteamericano, afirma que hoy día este tipo de organizaciones surgidas de lo profundo de la sociedad civil son una de las fuentes principales de trabajo en Estados Unidos. Gente que dedica varias horas de la semana a este nuevo tipo de actividad en las organizaciones más extrañas, diversas y heterogéneas, y de esa manera aporta a la sociedad. Drucker es uno de los más célebres consultores de las grandes empresas capitalistas norteamericanas. Su última obra, *Más allá del capitalismo*, lleva como subtítulo "La Metamorfosis de este fin de siglo". Hasta la caída del muro de Berlín, el pensamiento de izquierda no había cesado de profetizar el colapso del sistema capitalista; pero hoy nos encontramos, entre otros hechos sorprendentes, con que un gurú venido del capitalismo nos anuncia el advenimiento de la sociedad poscapitalista.

Existe sí una diferencia importante entre las ex profecías marxistas y la actual de Drucker. Para las primeras, el colapso del capitalismo se producía por las insalvables contradicciones existentes en el seno del mismo; en cambio, para el segundo la causa se halla en la radical "metamorfosis" que estarían experimentando las sociedades capitalistas. En sólo algunas decenas de años, las sociedades occidentales han venido cambiando casi completamente sus concepciones de mundo, sus valores, sus estructuras sociales y políticas, su arte, sus instituciones.

—Claro que Drucker analiza estos cambios desde su perspectiva tecnocrática y conservadora de la Modernidad.

—Sin duda. Para él, el capitalismo industrial habría nacido en torno a la década de los setenta del siglo XVIII. Resulta que sólo doscientos años después estaríamos nuevamente atravesando por un período de grandes e irreversibles mutaciones, en el lenguaje de Drucker. Claro

que en esta ocasión ellas no se circunscriben a las sociedades occidentales: ya estamos formando parte de una sola civilización universal, la occidental moderna con sus centros y su periferia. Por el momento nos encontramos en el justo medio del período de transición. Éste debiera concluir entre los años 2010 y 2020, pero por ahora no es posible predecir cuáles serán los contornos y perfiles definitivos de esa futura sociedad poscapitalista; sí se puede adelantar que será el conocimiento tecnológico el motor principal del nuevo sistema económico y que el actual estado nación ira cediendo su soberanía a diversas estructuras multinacionales y continentales; las fronteras nacionales también irán desapareciendo o perdiendo importancia. Las sociedades descansarán básicamente en los grandes conglomerados económicos privados. "Las clases sociales que conformaban el capitalismo moderno no subsistirán", dice Drucker. El proletariado devendrá en una próspera clase media; la "clase obrera tradicional" se verá reducida a menos de un sexto u octavo del total de la población activa; a su vez las grandes figuras de la antigua burguesía empresarial norteamericana —Ford, Dupont, Simmel, Rockefeller— están siendo reemplazadas por gestores profesionales —la revolución de los managers o gerentes—, quienes componen ahora las grandes tecno-estructuras administradoras de las multinacionales. Los recursos provenientes de las cajas de pensiones y de previsión, de fondos mutuos y de bancos de inversión, y de las compañías de seguros, constituyen la principal fuente de acumulación capitalista.

Para Drucker la clase dominante en el sistema futuro serán, en primer lugar, los trabajadores del saber y los técnicos, y en segundo lugar, los empleados del sector servicios. Establece una diferencia definitiva entre el antiguo capitalismo y el nuevo. Afirma: "Los recursos económicos de base ya no son el capital ni los recursos naturales ni el trabajo; el recurso base será el saber". Obviamente, se refiere al saber técnico, al "savoir faire", al "know-how", esto es al conocimiento tecnológico.

Drucker insiste en que "las fuerzas que darán nacimiento a la sociedad y al régimen político poscapitalista tienen su origen en el mundo desarrollado", algo que también he venido sosteniendo en el curso de esta conversación. En 1950 sólo un tercio de la población activa estaba integrada por el trabajador de servicios; en cambio, en 1993, formaba las 3/4 partes si no las 4/5 partes de la población activa de los países desarrollados. Aunque también advierte una disminución en el trabajo de servicios: "después de treinta años, un tercio de las inversiones efectuadas en los países desarrollados han estado dirigidas a los

equipos de informática y electrónica, computadores, fax, correos electrónicos, televisión en circuito cerrado, etc. Y toda esta enorme inversión también irá prescindiendo del empleo en servicios". Pero es interesante su opinión en cuanto a que la sociedad moderna desarrollada ha ido utilizando cada vez más conocimiento. En el pasado, tanto el siervo como el esclavo o el trabajador de las encomiendas, y en los siglos XIX y XX el obrero fabril, no necesitaban tener mayores conocimientos.

—Estar permanentemente diciendo que la sociedad que viene es la sociedad del conocimiento, ya es un lugar común. Pues, desde que existe sociedad, la acción del hombre y la mujer se constituye sobre la base de determinado conocimiento. Lo humano es lenguaje y en consecuencia siempre es conocimiento. El obrero industrial o el siervo de la gleba que le precedió, o quien sea, para hacer cualquier acción debía tener un "know-how", un conocimiento previo.

Ahora, obviamente lo que hoy está ocurriendo, como vivimos en una sociedad tecnologizada, es que se requiere cada vez más de conocimientos especializados, técnicos. Se trata de niveles de especialización, de niveles de conocimiento; pero en lo sustantivo toda sociedad, ayer y hoy, se ha estructurado sobre la base de conocimientos.

—Pienso que estás haciendo una afirmación ligera. Hasta el siglo XVIII sólo muy escasos tipos de trabajo exigían algún tipo de conocimiento. Ni siquiera las clases altas nobiliarias, incluidos sus reyes y emperadores, sabían leer o escribir. El colosal avance de la Época Moderna se debió, entre otras causas, a la creación de enormes servicios públicos de enseñanza, a la ampliación de las universidades, a la fundación de una multiplicidad de institutos de educación especializada. Hoy día, el drama del trabajador no calificado, en cualquier sector, es la falta de oportunidades de trabajo. Los presupuestos de educación en los países desarrollados han alcanzado más del 10 por ciento del producto nacional, en circunstancias de que hace cuarenta años no llegaban al 3 por ciento. El gasto militar en esos países es del orden del 5 al 6 por ciento del producto, esto es, notoriamente inferior al gasto en educación (sólo en Chile ocurre exactamente lo contrario, el gasto militar es aproximadamente del 5 por ciento y el gasto total en educación no llega al 2,5 por ciento). La inversión en conocimiento es tal vez la mayor de todas comparada con la realizada en otros sectores, y ello se debe a que el conocimiento se ha transformado en un

artículo de primera necesidad y hasta la gente más modesta y humilde desea que sus hijos adquieran una educación superior. Y no sólo me estoy refiriendo a la educación impartida en los servicios públicos, sino también —en Europa y Estados Unidos por cierto— en muy diversas instituciones creadas por las grandes empresas privadas. Por ejemplo, la gigante empresa telefónica Bell fundó hace algunos años un instituto de formación superior especializado en ciencias físicas y, debido a sus investigaciones, 21 de sus científicos han obtenido el Premio Nobel y 31 han ganado la más famosa distinción otorgada por el Congreso de los Estados Unidos. Sólo Bell congrega a no menos de 50 de los científicos más importantes en sus respectivas materias, y esto ocurre prácticamente en todos los grandes conglomerados privados multinacionales. Las inversiones de las empresas farmacéuticas en el rubro de investigación del genoma humano alcanza a miles de millones de dólares. No sólo las universidades, públicas y privadas, sino también una enorme multiplicidad de instituciones, muchas de las cuales son sin fines de lucro, están dedicadas a producir e impartir conocimiento.

—Reconozco la complejización de nuestras sociedades, de hecho hoy casi todos sabemos leer y escribir; claro que obviamente nadie podría sostener que esos instrumentos, tan recientes, agotan el conocimiento en la larga historia humana. Asimismo reconozco la actual eclosión de saberes y haceres en la especie (hoy viven más técnicos y trabajadores de la ciencia que en toda la historia anterior) y reconozco el papel que adquiere la educación y la especialización tecnológica en sociedades que tienden a ser incluso "alfabetizadas" informáticamente.

Pero insisto que lo ligero es el lugar común de hablar de una sociedad del conocimiento, sin que se realice un debate que complejice el tema. Sobre todo porque se suele asignar el valor de bueno a que sea una sociedad del conocimiento especializado y de esa manera parece una invitación a que la gente tenga que lograr una especialización técnica, desvirtuando así el saber en su dimensión integral de amor a la sabiduría, de amor al vivir asombrados. Así se valoriza el conocimiento técnico de personas con una especialización apabullante, pero que a la vez saben muy poco de la complejidad de la vida, pues se despojan del asombro y de cualquier libertad creativa propia del amor al conocimiento. Ocurre así la paradoja de que esta supuesta "sociedad del conocimiento" tiende a "robotizar" a los seres humanos. Y eso es muy grave, pues de esa

manera podemos abandonar el asombro que ha sido la emoción fundante de lo humano; asombro que es clave incentivar en la complejidad del presente.

—Sólo intento destacar el aumento espectacular de los gastos destinados a educación e investigaciones científicas y tecnológicas en todos los dominios del saber.

Ahora, distinto es el tema al cual tú te refieres, vale decir el tipo de conocimiento a que debemos aspirar. Coincido contigo en que la tendencia a radicar todo el saber en aspectos exclusivamente técnicos destinados a optimizar la producción y la ganancia es absolutamente equivocada y de corta vista. Pero no es por el momento la tendencia más generalizada en Europa, ni siquiera en Estados Unidos. Ésas son sociedades que han acumulado una cantidad impresionante de conocimientos y saberes, no sólo en el campo propiamente económico. El conocimiento, en todas sus formas y en todos los estratos sociales, ha pasado a constituirse en el factor más decisivo en el desarrollo de un país. La base de estudios y conocimientos que se exige en las actuales sociedades modernas es infinitamente superior a la que tuvo cualquier otra sociedad.

Aun cuando el porcentaje de trabajadores en las actividades industriales productoras de bienes se ha reducido notablemente, la productividad ha ido creciendo en forma sustancial, debido entre otras razones al espectacular avance del conocimiento tecnológico.

—De ahí que algunos analistas con mayor sensibilidad social plantean disminuir las horas de trabajo para redistribuir los empleos.

—Ésta ha sido la propuesta del primer ministro francés, Leonel Jospin: reducir el trabajo a 35 horas a la semana y así poder redistribuir mejor el empleo. Lo curioso del caso es que en el capitalismo descrito por Drucker no sólo el trabajo manual se halla en vías de desaparición, sino además el capitalista propiamente tal, y por ello Drucker, caricaturizando un tanto la situación, habla de un "capitalismo sin capitalistas". Millones y millones de trabajadores fabriles y de servicios, a través de sus fondos previsionales, están accediendo a la propiedad de las empresas, aun cuando la administración de estos fondos corresponda a empresas especializadas para estos efectos. En Estados Unidos, el activo de las más grandes instituciones administradoras de este tipo de fondos se encarama a varias millardas de dólares, cifra que sobrepasa con mucho a los más grandes capitalistas individuales del pasado.

Por lo mismo, dar participación a esta nueva clase de propietarios en la gestión de sus fondos de pensiones es un tema de discusión en estos momentos en varios países de Europa. Según Drucker, a fines de 1992, los inversionistas institucionales eran propietarios de no menos del 50 por ciento de las grandes empresas norteamericanas. En otras palabras millones de trabajadores han accedido a la propiedad del capital, aun cuando no dispongan de la facultad de administrarlo. La más importante caja de retiro norteamericana —la de los empleados del gobierno federal— en los hechos está siendo administrada por funcionarios asalariados, elegidos por ellos mismos. No es el caso de las AFP en Chile, las cuales constituyen el mayor poder de ahorro —35.000 millones de dólares.

Como ya dije, otro aspecto nuevo y relevante de estas sociedades capitalistas es el surgimiento de una extraordinaria multiplicidad de actividades o trabajos no propiamente realizados con fines lucrativos. En Estados Unidos existe más de un millón de organizaciones sin fines de lucro y, según Drucker, éstas se han ido transformando en la principal fuente de empleos. Un americano adulto de dos —90 millones de personas— consagra al menos tres horas de trabajo por semana a estas actividades, sea en iglesias, hospitales, establecimientos de salud, servicios comunitarios, boy scouts, Cruz Roja, médicos sin fronteras, innumerables ONG, organismos de readaptación como el Ejército de Salvación, luchas contra el alcoholismo o la drogadicción, en defensa de mujeres golpeadas, de ayuda a los ancianos o de apoyo a personas con enfermedades terminales, centros de niños, etcétera.

Lamentablemente Drucker deja al margen de su reflexión temas de la mayor trascendencia, entre otros: globalización, ecología, aumento de las desigualdades, concentración de la riqueza.

6

MUTACIÓN HISTÓRICA GLOBAL: TRECE GRANDES TRANSFORMACIONES

Hernán Dinamarca: —En el capítulo anterior hemos puesto el acento en la mirada de varios autores. ¿Cuál es su visión sobre el cambio epocal?

Carlos Altamirano: —No me inscribo en la perspectiva optimista de quienes se ubican en un pensamiento neoconservador ni tampoco en las visiones apocalípticas contenidos en más de un informe científico. Por un lado, los pesimistas piensan que el mundo marcha hacia un caos imparable, hacia un cataclismo ecológico o hacia un apocalipsis nuclear. Del otro lado están los optimistas que, por extraña paradoja de la historia, se agrupan básicamente en el actual pensamiento neoconservador católico. Ellos confían en el "progreso" y creen a pie juntillas en la capacidad de la ciencia y de la tecnología para solucionar cualquier problema que pudiera surgir, por grave que fuera. Personalmente, creo que estas visiones y percepciones no consideran debidamente el radical cambio histórico por el cual transitamos.

—Qué bueno que inicie así su reflexión, pues claro que son falsas disyuntivas el optimismo ciego y el pesimismo apocalíptico (y el pesimismo cínico, agregaría yo). El fluir histórico esta vivo, lo estamos construyendo, y es imprescindible ubicarse en la complejidad del presente. El ideograma chino para referirse a Crisis evoca dos conceptos occidentales, riesgo y oportunidad, y efectivamente la actual crisis es un riesgo de autodestrucción y a la vez una

oportunidad: usted sabe que el futuro se construye desde la memoria y desde nuestros gestos e imaginación creadora en el presente.

—Entonces hagamos memoria y ubiquémonos en la complejidad del presente. La civilización occidental moderna ha sido la primera y la única fundada en la razón humana y, tal vez por lo mismo, la más exitosa de todas; pero también ha sido extraordinariamente violenta, agresiva y destructora. Antes de cumplir dos siglos de madurez y de llegar a su pleno esplendor, ha entrado nuevamente en un radical y veloz proceso de transformaciones. Pero esta vez los cambios no sólo están afectando a su propia realidad interna, sino que también han concluido arrastrando en su vorágine a todas las sociedades del planeta. El nuevo impulso de cambio proviene, al igual que en 1500, de una multiplicidad de causas y fenómenos diversos, aunque todos ellos encuentran su origen último en la feroz dinámica de cambios que ha venido caracterizando a la civilización occidental moderna desde sus inicios. Por ahora, enumerémoslos.

Primero existen dos potentes fenómenos, causa y efecto a su vez, del cambio epocal: el ecológico y el demográfico. Según sea su desarrollo y eventual control, podrán producir efectos irreversibles tanto en la vida humana como en la existencia misma del planeta.

Luego reconozco cinco grandes fenómenos de origen tecnológico que están teniendo una influencia crucial en el comportamiento humano. Uno, la revolución informática y tecnológica, que anuncia el fin del trabajo humano como hasta ahora lo hemos conocido. Dos, el derivado de las investigaciones biotecnológicas. Para mí, será éste el cambio más revolucionario de toda la historia humana. Por primera vez la humanidad ha comenzado a intervenir en la creación y evolución de las especies vivientes, incluida la humana. Tres, el descubrimiento de la energía nuclear. Cuatro, la revolución en las telecomunicaciones y en la informática, cuya expresión fundamental es Internet. Y quinto, la prodigiosa aventura espacial, cuyas consecuencias aún son imprevisibles. Debe considerarse que cada uno de estos colosales avances científico-tecnológicos recién están comenzando a producir sus efectos y a desplegar sus potencialidades, tanto positivas como negativas.

Un octavo proceso sería el que está conduciendo a la gran transformación del sistema capitalista, el cual ha pasado a ser muy diferente al antiguo capitalismo de los siglos XVIII y XIX.

La novena de las grandes transformaciones tiene su origen en la llamada "globalización de la economía", tendencia hoy día dominante en todos los países de la tierra.

La décima gran transformación es la provocada por la "occidentalización del mundo", la cual está conduciendo a la pérdida creciente y acelerada de las identidades de los pueblos no occidentales y de las distintas civilizaciones aún sobrevivientes.

También se está produciendo una onceava gran transformación en el plano de la subjetividad humana: el fin de las ideologías modernas, de los principios y creencias fundantes de la Modernidad, fin de los antiquísimos patriarcalismos, barridos por la rebelión de los potentes movimientos feministas (y con ello también se indica el fin de la familia tradicional).

—Esta sí que es una revolución, pues se hace carne en nuestros sentimientos más íntimos. En ella participan el cuerpo, el sexo, los afectos y el trato más cotidiano de hombres, mujeres y niños.

—Una duodécima transformación sería la que está ocurriendo en el escenario histórico geopolítico, donde el "socialismo real" se colapsó y donde han aparecido nuevos e importantísimos agentes o actores de la historia: empresas privadas transnacionales gobernando la economía del mundo, miles de organizaciones no gubernamentales (ONGs). Tanto las empresas multinacionales como las ONGs internacionales disponen de una influencia en sus respectivos ámbitos muy superior a las de cualquiera de los 180 Estados naciones del mundo.

Y por último ocurre una décimotercera gran transformación: el surgimiento de nuevos paradigmas científicos. Por el momento éstos no se expresan en realidades concretas, en pensamiento político, en visiones de mundo o en la emergencia de nuevas filosofías de vida, pero, sin lugar a dudas, tal como ya ocurriera en el pasado, trastocarán profundamente las antiguas percepciones y certezas acerca de la realidad y del mundo.

Estas trece grandes transformaciones están íntimamente entrelazadas, son causas y efectos simultáneamente unas de otras, y hago estos distingos entre las trece exclusivamente por razones pedagógicas. Se trata de un proceso global único, pero con tres caras diversas: la de la mundialización de la economía capitalista, la de la posmodernización de las sociedades europeas y la de la modernización u occidentalización de las restantes sociedades del mundo.

—Lo que usted llama occidentalización de las restantes sociedades, esa pérdida de identidad en el resto del mundo, ha resultado del carácter hasta hoy hegemónico de la expansión occidental

moderna. Ha sido y es un hecho moderno. Sin embargo, un signo posmoderno de la actual planetarización (un proceso cultural posmoderno que no es lo mismo que la globalización económica) es una fuerte tendencia a la revaloración de la pertenencia cultural. Por ejemplo, en América vemos que los pueblos históricamente dominados empiezan a revalorar cada vez más su cultura. Lo que digo es que en este tema hoy asistimos a un proceso tan complejo como la misma transición epocal: por un lado opera esta pérdida de identidad y por otro emerge una revaloración de la cultura local y regional, aunque sumida en una nueva conciencia de identidad humana planetaria.

—No niego la existencia del diálogo entre las diversas culturas, al que tú te estás refiriendo. No se trata de una calle con una sola dirección. Sin embargo, el impulso fundamental lo visualizo viniendo del mundo occidental, léase Estados Unidos y Europa. Al resto de países del mundo sólo cabe reaccionar frente al impacto occidental. Nunca antes un movimiento histórico había poseído tal dinámica universal. Si China experimentaba algún cambio, éste producía sus efectos sólo en su área de dominación. Igual ocurría, en mayor o menor medida, con las civilizaciones griegas, persas, romana o azteca. Lo nuevo de hoy es que ninguna civilización o cultura, china, hindú, etcétera, logrará escapar a este potentísimo movimiento de carácter planetario.

—¿Cómo se expresa este movimiento?

—Presenta múltiples expresiones. Una de las principales es la expansión del nuevo sistema capitalista. Sin duda, el proceso de expansión de la economía capitalista viene de mucho antes, en los hechos nace en 1492. La gran diferencia con los procesos colonialistas e imperialistas anteriores reside en que, esta vez, no se trata de una imposición militar de las potencias centrales. Esta vez no llegan destacamentos de "marines" norteamericanos ni cuerpos expedicionarios belgas, franceses o ingleses a imponer la aceptación de valores o instituciones de matriz occidental ni a exigir que se permita el ingreso de sus capitales ni de sus tecnologías.

—La singularidad del actual proceso de integración mundial, junto a la existencia de un mercado mundial que deviene desde hace larga data, radica en aspectos propios de la cultura, de lo comunicacional, de la conciencia humana. Por primera vez el ser

humano está enredado en una red comunicacional y, como usted decía, hemos entendido que no vivimos en culturas que son compartimentos estancos, sino que adquirimos conciencia planetaria sobre desafíos y problemas que son globales (la ecología, la sobrepoblación, por ejemplo). Éste sí que es un dato nuevo y el que realmente importa cuando hablamos de planetarización.

—Estoy de acuerdo en la enorme importancia de esta red comunicacional universal. Sin embargo, insisto que lo más sorprendente, como ya lo dijera Toynbee, radica en la fascinación y seducción ejercida por la civilización occidental moderna sobre el resto de las culturas y pueblos del planeta. México, a pesar de sus históricos conflictos con Estados Unidos y de sus sentimientos profundamente antinorteamericanos, se ha precipitado a pedir su incorporación al Nafta. Turquía, ex capital del Imperio turco otomano, de cultura islámica, en guerra por más de quinentos años con Occidente, está solicitando ser admitida en la Comunidad Europea. Y en este extremo del sur del mundo, Chile ha insistido en ser admitido al Nafta, y no han faltado países, como Ecuador, que "dolarizaron" su economía, vale decir, en renunciar a la soberanía monetaria. La nueva ola expansiva, a diferencia de la iniciada en 1492, exhibe como característica central el hecho de no estar fundada en una imposición de carácter militar, sino en la libre aceptación de la hegemonía occidental.

—La civilización occidental moderna tal como se ha entendido en los últimos siglos, cuyas características hoy defienden los integristas modernos, también tenderá a experimentar "transformaciones tan profundas y radicales". Digo integristas, porque a los neoliberales, hoy día dominantes, los asocio a los integristas musulmanes. En lo sustantivo son lo mismo: en la actual complejidad del cambio epocal, pretenden defender cosas que están necesariamente cambiando.

—Por las mismas razones, pienso que asistimos a la posmodernización de las modernas sociedades europeas y norteamericana. La vieja querella entre "modernos y antiguos" ha cambiado sustancialmente. Lo moderno hoy ha pasado a ser lo antiguo y, por lo mismo, los conservadores han devenido en defensores de la modernidad. El *elan* que motivara a los hombres del Renacimiento —Miguel Ángel, Leonardo, Maquiavelo, Gutenberg y Colón, a Lutero y Calvino, a Copérnico, Galileo, Newton y Descartes, a Erasmo y Locke, a los Enciclopedistas del siglo XVIII, a los burgueses capitalistas pioneros

de la revolución industrial inglesa y a los liberales impulsores de la revolución política francesa—, ese espíritu y esas ideas fundadoras de la Época Moderna, se encuentran ya a nuestras espaldas y carecen de futuro.

Un nuevo espíritu, nuevas dinámicas, nuevos actores históricos, nuevos valores y creencias, nuevos sistemas productivos, nuevas tecnologías, nuevos movimientos sociales y políticos, nuevas formaciones familiares, han venido surgiendo del oscuro y confuso magma histórico del presente y son quienes conformarán el nuevo mundo de la Posmodernidad. Pero la emergencia de todas estas nuevas realidades y fenómenos no nos está anunciando la decadencia y fin de la civilización occidental. En mi opinión, ésta se halla aún muy distante de haber cumplido su periplo histórico y, cuanto más, se encontraría en una "huida hacia adelante".

—Me parece contradictoria esa reflexión: por una lado afirma que la civilización moderna occidental es lo antiguo y a renglón seguido que está en proceso de expansión y en una "huida hacia adelante".

—La Época Moderna occidental se halla comprometida en un fortísimo proceso de expansión hacia su periferia, pero simultáneamente se encuentra inmersa en una gran transformación interna. Por esta razón hablo de la existencia de dos procesos históricos: la occidentalización de los países no occidentales y la posmodernización de los Estados naciones modernos. Aunque se hallan inextricablemente entrelazados, son, sin embargo, dos procesos con orientaciones distintas.

Uno, los países no occidentales parecen ansiosos y obsesionados por modernizarse; dos, los modernos parecen cansados y hastiados de tanta modernidad. Los grandes logros y espectaculares éxitos de la modernidad la están simplemente asfixiando. Son espectaculares los éxitos en el aumento de las fuerzas productivas, en la instalación de una red comunicacional de dimensión planetaria, en el logro de altos promedios de vida, en la aventura espacial, etcétera; pero los principios e ideas que concluyeron en la invención de la Época Moderna se han ido agotando y no están en condiciones de dar respuestas a los nuevos desafíos que han sido producto, precisamente, de los brillantes éxitos mencionados.

Porque fue sin duda un éxito llegar a un promedio de vida de ochenta años; pero éste crea a su vez innumerables problemas nacionales y

mundiales. Fue un éxito el inmenso aumento de las fuerzas productivas, pero la ecología de Europa ha quedado cruelmente devastada por el atroz crecimiento de esta máquina de producción. Fue un éxito la construcción de maravillosas y amplias autopistas, de trenes de 350 km por hora, de larguísimos túneles bajo los Alpes y bajo el mar, de bellos y grandiosos aeropuertos; pero la juventud de Europa se ha cansado de esta feroz y descontrolada urbanización. Fue un éxito reemplazar los antiguos reinos absolutos parcelados en centenas de feudos por sólidos Estados naciones; pero éstos a su vez desembocaron en terribles y destructivas guerras fratricidas.

En fin, todos estos éxitos están exigiendo una transformación profunda de las viejas sociedades europeas: los inicios de este nuevo milenio los encuentra comprometidos en un impresionante esfuerzo de radical reestructuración de sus Estados, de sus naciones, de su ecología y de su sistema económico, de sus ideologías y de sus valores éticos. Europa está repensándose a sí misma. En este sentido he calificado de antiguas a las sociedades modernas. Pero al mismo tiempo, sociedades que se encuentran en tan crucial y creativo estado de repensarse y de reconstruirse a sí mismas, no pueden considerarse en proceso de decadencia y de extinción. Y de aquí me ha venido a la mente la imagen de una "huida hacia delante". Terminar con sus viejos Estados, sus antiguas fronteras nacionales y con sus economías compartimentadas revelan un acto de suprema audacia. Para medir las enormes dificultades que importa la actual reconstrucción del viejo continente europeo, debemos pensar por algunos momentos en nuestra pobre realidad iberoamericana, apegada aún a sus fronteras nacionales, defendiendo soberanías criminales y anacrónicas y nacionalismos destituidos de real sustento histórico.

Esta situación no es comparable con la del Imperio romano, que a fines del siglo v d. C. se hallaba inmerso en una objetiva descomposición, entre otras muchas causas debido a las continuas invasiones bárbaras; ni tampoco con la Edad Media, feudal y cristiana, de finales del siglo XIII y comienzos del XIV, que atravesaba por una dramática crisis de ineficacia, impotencia y corrupción. El hambre y las pestes habían diezmado a la población europea. Ni el ocaso del Imperio romano ni el fin de la Edad Media admiten comparación con la actual situación de la civilización occidental europea en estos inicios del tercer milenio.

—Dos comentarios. Primero, en rigor no son las sociedades europeas en abstracto las que se están repensando a sí mismas; son hombres y mujeres inspirados por un nuevo modo de vida crítico a

la Época Moderna quienes, no sólo en Europa y en un complejísimo proceso histórico, están cambiando su antiguo mundo moderno. Por eso, y ahora lo digo, no comparto así a secas lo que usted dijo al inicio de este capítulo, que "antes de haber alcanzado su plena madurez" la Modernidad inicia su autotranformación. No, pienso que la Modernidad ya tiene siglos de existencia, ya alcanzó su madurez (un botón son sus actuales presiones hacia la insustentabilidad), y desde ahí se autotransforma tanto orgánicamente como por el encuentro con otras culturas.

Y segundo, difiero radicalmente de su última apreciación respecto a que el presente no es comparable con otras transiciones epocales. Hay una cantidad enorme de indicadores, de presiones hacia la insustentabilidad, que expresan una descomposición de la Época Moderna y el orden social por ella creado. Si asumimos que el mundo moderno se ha globalizado, no podemos dejar de atender los hechos de violencia, genocidio y hambre que se viven en África y América Latina por ejemplo, precisamente como resultado de la evolución de un sur "integrado" con sus "venas abiertas" —parafraseando a Galeano— desde hace siglos al mundo moderno y hoy al mundo global. En Europa y Estados Unidos temen la amenaza de la emigración de la pobreza y de los "bárbaros" del sur; el surgimiento de nuevos virus y enfermedades inmanejables; el desencantamiento de la juventud; las drogas, el narcotráfico; los desbordes de la industria armamentista hacia la química y la biología; la crisis ambiental y ecológica que nos tiene ad portas de la autodestrucción como especie; el riesgo de accidentes tecnológicos y biotecnológicos; el estrés síquico del habitante de las megalópolis (al respecto, es muy sugerente el estado de ánimo que trasunta el buen cine norteamericano, sólo mencionaré una película reciente y trágicamente notable: Magnolia). *En síntesis, el mundo actual tiene un conjunto de características que podrían ser perfectamente materia para un símil (aumentado incluso) con lo que ocurrió en esos otros períodos históricos de decadencia.*

—Admito que puedan existir argumentos y razones para pensar en la declinación definitiva e inexorable de la civilización occidental moderna. Aun más, estoy de acuerdo con parte de tu enunciación acerca de las catástrofes y horrores que han venido acumulándose sobre los cielos de la Modernidad.

Pienso, sí, que te equivocas al dar por concluido el proceso de globalización mundial. En mi opinión, las grandes transformaciones

a que nos hemos venido refiriendo recién se estarían iniciando; por lo mismo, me resisto a hablar de una globalización ya concluida o de haber ya ingresado a la nueva época posmoderna o incluso de haber terminado la modernización de los países no propiamente occidentales. La colosal reestructuración del sistema capitalista, sus múltiples adquisiciones, fusiones y *OPAS*, cada una de ellas evaluada en miles de millones de dólares están realizándose recién en estos días, a nuestra vista; la mayor de todas ha alcanzado a los 180.000 millones de dólares (Vodafone-Mannesmann). La globalización, provisoriamente definida como la expansión del capital y de la tecnología industrial al resto de los países del mundo, aun se encuentra en pañales. Internet acaba de aparecer, su masificación y sus efectos recién comienzan a ser conocidos; por lo menos será necesario esperar un par de generaciones para apreciar su real potencialidad de transformación. El día que, por decir una cifra, un 30 por ciento de las escuelas, universidades, hospitales, servicios públicos y empresas privadas de los principales países del mundo cuenten con estas redes comunicacionales y estén conectados con Internet podremos hablar de la real globalización de las comunicaciones en el mundo. Muy poco o nada sabemos de los resultados de la aventura espacial emprendida por los grandes países industriales y de sus efectos en múltiples dominios humanos. El hombre ha abierto una inmensa ventana al universo y recién se están enviando sondas al resto de los planetas. Sólo en estos años se ha iniciado la clonación. En biogenética también nos encontramos en pañales. Estas nuevas experiencias, espaciales, biotecnológicas y telecomunicacionales, recién están comenzando a madurar y a ser conocidas. Sin duda el siglo XXI podrá ver y conocer la aparición de nuevas y aun más deslumbrantes tecnologías.

—Respecto al devenir histórico es imposible profetizar. Seguramente las conquistas tecnológicas que usted menciona tendrán continuidad, aunque no sabemos qué conciencia humana devendrá con ellas.

Tampoco pienso que la planetarización esté terminada; por el contrario, recién se inicia, lo que sí pienso que debe ser (y está siendo) criticado en el actual cambio épocal es la globalización economicista, característica de la Modernidad y cuyo presente es su máxima expresión. Lo que sí pienso es que la Época Moderna occidental está desapareciendo (en ruptura y continuidad), en el sentido de que en el actual cambio epocal también ella está siendo fecundada por la emergencia de nuevos valores y prácticas humanas. Por ejemplo, el Imperio romano vivió una decadencia y

simultáneamente hubo ruptura y continuidad. No olvidemos que la civilización medieval se llama civilización medieval cristiana, y el cristianismo ya se había instalado en el seno del Imperio. Del mundo romano se hereda la ley romana y la tradición griega, que va a ser recuperada más tarde por el mundo occidental. Y en el caso de la Edad Media, ésta se descompone, surge lo moderno, pero ciertas conquistas, ciertas tradiciones del mundo medieval, pasan a la Época Moderna.

En el actual cambio de época, es cierto que la civilización occidental se ha expandido hacia el mundo y le legará algunas de sus conquistas; pero prefiero marcar la diferencia y decir que en el futuro la civilización occidental no va a ser la misma —ya nacieron los valores y sujetos sociales que la están criticando—, que ha entrado en decadencia, y será otra cosa.

—Estoy de acuerdo con que en el futuro la civilización occidental ya no será la misma. Toda mi argumentación apunta precisamente a sostener la existencia de un cambio civilizacional. Claro que por el momento la civilización occidental moderna no se encuentra asediada por un enemigo exterior, como ocurriera hasta la caída del muro de Berlín en 1989.

—Está asediada por sus propios demonios interiores (entre paréntesis, en todo caso, como ya vimos, el marxismo también fue una creación de la civilización occidental moderna).

—Mi hipótesis fundamental, aunque pudiera parecer contradictoria, consiste en pensar que los grandes desafíos a los cuales están enfrentadas las sociedades modernas, o si así quieres llamarlos, los "demonios", no provienen tanto de sus fracasos, como de sus éxitos. La dinámica del mundo moderno ha conducido a multiplicar por mil las fuerzas productivas, a quintuplicar la población en sólo un siglo, a duplicar los promedios de vida, a urbanizar gran parte del planeta, a comunicarse con cualquier punto de la Tierra en sólo fracciones de segundo. Es ésta la mayor de las paradojas: las victorias de la civilización moderna la estarían conduciendo a su sepultura.

—El moderno Carlos Marx dijo que el capitalismo generaba sus propios sepultureros: el proletariado; hoy podríamos decir que "los éxitos de las tareas que la Época Moderna se propuso han sido sus sepultureros".

—Simplemente no es posible continuar con el gran éxito de quintuplicar la población en sólo un siglo; no existe sistema alguno de previsión que tolere estos nuevos éxitos. La Tierra carece de las materias primas y de los combustibles necesarios para alimentar un sistema productivo en tan dramática expansión. Ha sido tan asombrosa la creación de riquezas y, a su vez, su gigantesca concentración, que ello está exigiendo crear nuevos mecanismos de distribución global de los ingresos. Y el notable éxito del hombre en el dominio de la naturaleza está alterando en forma irreversible los equilibrios ecológicos y dañando gravemente la integridad de la biosfera.

—Cada época histórica se acaba cuando al ser humano ya no le resulta viable vivir en ella, cuando el ser humano ya no soporta las presiones hacia la insustentabilidad. Eso está ocurriendo en los finales de la Época Moderna. Sin duda que la soberbia (el desprecio por las demás culturas y una adoración por su propia excelencia), tan común a la humanidad moderna, no se ha apoyado en la nada, sino que se apoya en esas realidades que usted llama éxitos. Pero llega un momento en que esos "éxitos epocales" se agotan y nos damos cuenta de que ese modo de vida no puede seguir y tiene que generarse un modo distinto.

La Época Moderna ha sufrido una dramática paradoja: la eficiencia de la modernidad realmente existente, su utopía de la alta productividad (si incluso, según el filósofo Ernst Jung, la Modernidad se inicia con la masificación del uso del reloj mecánico que nos habría dotado de la capacidad de medir más exhaustivamente el tiempo para así autodotarnos de una mayor eficiencia productiva); bueno, esa eficiencia productiva niega la más imprescindible eficacia vital: la reproducción de la vida en la biosfera. Y eso, simplemente, es la decadencia de una época.

—Tú piensas el período actual como una expresión de la decadencia de la civilización moderna occidental. En cambio yo visualizo el actual período como una época de transición y, en consecuencia, de grandes transformaciones. Sitúo el acento del proceso actual en la potente dinámica de estos grandes cambios económicos, políticos, tecnológicos y morales. No se trata en consecuencia de una civilización en imparable decrepitud, sino de una civilización en veloz, radical y violenta transformación. Por cierto, ella devendrá en otro tipo de civilización, de muy distinta naturaleza. Procesos económicos,

nuevas fuerzas sociales, descubrimientos científicos y tecnológicos, cambios sustantivos en el orden geopolítico mundial: todo ello se halla en el origen de este cambio de mundo. No es el hambre, como podría decirse, la causa del cambio. Tanto en Europa como en Estados Unidos se paga a los agricultores para que reduzcan sus cuotas de producción de carne, leche, mantequilla, pollo y cereales. El sistema agroindustrial está en condiciones de alimentar a los 6.000 millones de seres humanos; la mala distribución de los alimentos causa las hambrunas en algunos países. Tampoco son las pestes y las enfermedades lo que estaría diezmando la población de Europa o del mundo, aun cuando hallan aparecido nuevas y mortales enfermedades, porque en los hechos la mortalidad infantil ha continuado disminuyendo y en todos los países la población ha continuado creciendo a pesar del fuerte control de la natalidad. No deberíamos olvidar que desde hace más de siglo y medio el pensamiento de izquierda viene anunciando el colapso del sistema capitalista, pero éste continúa exhibiendo una asombrosa vitalidad.

Tal vez la mejor forma de explicar mi idea acerca de esta dualidad y contradicción de la Modernidad sea recurriendo a la imagen de la metamorfosis. La oruga que habita dentro de la crisálida se va desarrollando lentamente hasta romper su envoltura y transformarse en mariposa. En mi visión, la modernidad está experimentando un proceso semejante al de la metamorfosis, está rompiendo su crisálida y experimentando una transformación radical; seguramente no llegará a convertirse simbólicamente en mariposa, pero la oruga no está muriendo, ni siquiera se encuentra aquejada por una grave dolencia, sólo está en proceso de transformación, reencarnándose en un nuevo tipo de civilización, universal o espacial o comunicacional, no lo sé, pero no viene al caso darle nombre.

—Su imagen de la metamorfosis es interesante en tanto se entienda como autotransformación, en el sentido de que esta civilización occidental moderna se muta a sí misma y en interacción con otras culturas, y así desaparece como modo de vida; en ese proceso nacerá otro modo de vida.

—Por eso mismo he hablado de un cambio civilizacional. Pero todavía la fuerza propulsora reside en el centro civilizacional moderno euroamericano. Ni los hindúes ni los latinoamericanos ni los africanos estamos aportando mayormente a este cambio epocal.

—Me parece que usted subvalora enormemente la influencia de ciertas concepciones de mundo, como el budismo y el tao, por ejemplo, y su diálogo con el pensamiento científico contemporáneo.

—No subvaloro esas influencias. Pero, por el momento, China está totalmente influida, dominada y seducida por el modelo occidental de vida, tal como está India. Es claro que en el mundo occidental ya muchas personas adoptan formas de pensamiento orientales, aunque son expresiones periféricas.

—No discuto su carácter periférico. Sin embargo, recuperemos la analogía del cambio de época actual respecto a lo que fue la transición Edad Media-Tiempos Modernos. Aquélla duró más de tres siglos. Y los primeros que empezaron a atreverse con la nueva racionalidad, a pintar seres humanos —o Da Vinci, que se escondía a hacer tajos en cuerpos humanos y así desarrollaba la medicina alópata— eran hombres absolutamente marginales. Ahora estamos hablando de un nuevo cambio epocal al que si hubiera que ponerle fecha de inicio sería la década de los sesenta del siglo pasado, momento en que hubo una sincronía "renacentista" de transformaciones en distintas esferas. Entonces nacen nuevos movimientos sociales y contraculturales y hay importantes descubrimientos científicos. Ahí empezó a morir la Época Moderna.

Ahora, usted me dice que el pensamiento moderno racional instrumental y sus valores sigue siendo hegemónico. ¡Claro que sigue! Pero eso no significa que no esté surgiendo algo nuevo que va a ir creciendo como una marginalidad dinámica, aumentando hasta llegar a ser, ojalá, una nueva sensibilidad compartida más allá de las diversidades que se expresarán.

—Como ya adelanté, veo dos procesos fundamentales en la dinámica de las sociedades contemporáneas. Por un lado, el proceso de posmodernización de las sociedades modernas —Europa y Estados Unidos— y por otro, el proceso de modernización de las sociedades no modernas. Dos procesos entrelazados e imbricados, al punto que podríamos hablar de uno: la posmodernización del mundo. Dos caras de una misma moneda.

Europa se posmoderniza al dejar de creer en los valores fundantes de la Modernidad. Llamo posmodernización o desoccidentalización de Europa al proceso crítico a que aludes. Por tal entiendo al conjunto de procesos y acontecimientos que están conduciendo o bien a negar

o al menos a superar las creaciones e ideas fundantes de la Modernidad. La enorme mayoría de la intelectualidad europea ha asumido un juicio crítico de su realidad y está dando pasos hacia la nueva idea de que no es posible establecer graduaciones valóricas entre las diversas culturas. Por otra parte, la creencia profundamente arraigada en la cultura europea acerca del necesario dominio y control de la naturaleza ha llevado a pagar un altísimo precio por la devastación ecológica, y se están estableciendo rigurosas normas a este respecto. El Estado, su rol y soberanía, el concepto de nación y el sentimiento patrio se hallan en radical reformulación. Los países europeos, con la creación de la nueva identidad "Unión Europea", han ido renunciando a parcelas cada vez más importantes de su soberanía e incluso han llegado a establecer un solo banco central y una moneda única; con ello, entre otras, han abdicado a la apreciada soberanía monetaria. El concepto y la realidad de la familia patriarcal prácticamente han desaparecido, y el campesinado está en virtual extinción; el proletariado también se ha reducido drásticamente y el trabajo, en sus muy diversos aspectos, atraviesa por cambios muy significativos; la idea de progreso y el endiosamiento de la razón se hallan seriamente cuestionados. Son éstos sólo algunos de los signos que nos permiten prever que la brillante civilización occidental moderna está transitando por caminos sin retorno.

Por lo demás, no sólo se trata de cambios en los sistemas valóricos y de creencias de la civilización occidental. La economía capitalista también se halla en profundas transformaciones. Los nuevos paradigmas científicos están difiriendo de los establecidos por Galileo, Newton y Descartes. Las sociedades europeas se estarían reencantando, pero no por la reevangelización de la antigua religión cristiana, sino por la aparición de una amplísima constelación de creencias y disciplinas de las más diversas naturalezas. Los abismos que existieran entre las dos grandes categorías políticas, derecha e izquierda, tienden a ir desapareciendo. Y en particular, me atrevo a hablar de la Posmodernidad europea, porque fue ésta quien inventó las instituciones del Estado y la nación, proclamó la libertad y estableció los derechos del hombre y del ciudadano, descubrió el método científico e imaginó la construcción de múltiples nuevas tecnologías, fundó su nueva civilización en el principio de la razón y no en la idea de un Dios omnipotente, adhirió incondicionalmente a la idea de progreso y creó el nuevo modo de producción industrial.

Sin embargo hoy todas y cada una de estas grandes invenciones están siendo seriamente cuestionadas. El prefijo "pos" sólo nos indica que estaríamos transitando a otra época histórica cuya naturaleza

aún nos es desconocida. Sabemos además que la Historia no está escrita por ningún tipo de determinismo; "la sociedad está abierta", como diría Popper. Ninguno de los grandes pensadores europeos ni tampoco los complejos servicios de inteligencia de los diversos gobiernos previó, por ejemplo, la revolución bolchevique en la Rusia de 1917 ni menos su enorme expansión posterior, ni tampoco las aberraciones del nazismos, ni el cataclismo económico de los años treinta. Tampoco los estrategas civiles y militares de la CIA y del Pentágono pudieron prever el colapso del comunismo en noviembre de 1989. La historia es impredecible. Pensar, como hoy ocurre en ciertos medios conservadores, que la historia llegó a su fin y que de hoy en adelante sólo cabría administrar el sistema capitalista y la democracia representativa, constituye en mi opinión una simple ignorancia del devenir histórico.

—Desde un punto de vista descriptivo comparto su idea del doble proceso: la modernización de las sociedades del sur y la posmodernización de las del norte. Y reconozco que usted pone mucho énfasis en su entrelazamiento. Sin embargo, a mi juicio hoy estamos asistiendo definitivamente a un solo proceso: una dinámica histórica planetaria, con conflictos políticos fundamentales de la transición epocal que aquí, en Europa y en Asia, en lo sustantivo son los mismos. El proceso histórico de larga duración recién se ha iniciado. Es inequívoco que el norte del mundo —la modernidad profunda— va más adelante en el proceso de crítica a la Modernidad, así como el sur y el oriente del mundo —la modernidad trunca e inconclusa— va más atrás y sus elites reivindican aún aquel modo de vida. Lo que irá ocurriendo será la confluencia de este proceso de cambio epocal en todo el planeta, en especial de los desafíos de supervivencia que nos son comunes y es imposible compartimentar entre norte y sur. Por ejemplo, el desafío ecológico es mundial y torna absurda la tesis de algunos líderes y empresarios de nuestros países que dicen que aún podemos "contaminarnos" ya que tenemos "derecho" a privilegiar el desarrollo. Un absurdo, porque cualquier descalabro ambiental local tiene físicamente efectos globales. Por ejemplo, si Chile destruye sus recursos en el mar o su bosque nativo templado, incide negativamente en las redes atmosféricas y oceánicas mundiales. Así de simple. Lo mismo ocurre con la superpoblación, con la biotecnología y el comercio transgénico, con la pobreza y desigualdad mundial —pues los pobres del sur en cualquier caso irán como bárbaros a rodear a los ricos del norte—; lo

mismo sucede con la reivindicación de la mujer y con la aceptación de la diversidad cultural versus la "macdonalización" cultural. En suma, son conflictos mundiales que obligan a hombres y mujeres a asumir una posición u otra, a definir qué futuro desean.

—Coincido en un 80 por ciento con lo que acabas de expresar, pero discrepamos en un detalle no menor. En mi opinión, las consecuencias de todas las grandes transformaciones a que hemos venido aludiendo están recién manifestándose, se encuentran en sus etapas iniciales —las espaciales, biotecnológicas, nucleares, comunicacio-nales— y también lo están los procesos de globalización como los de modernización y posmodernización. Estamos atrapados en una misma dinámica mundial, pero en tiempos y ritmos muy diferentes. Y de aquí la extrema complejidad que presenta el mundo actual. Existen por una parte países con treinta mil dólares per cápita y otros, en cambio, no llegan a los trescientos. Los hay unos colosalmente ricos y otros dramáticamente pobres. Millones de niños están obligados a trabajar en condiciones de semiesclavitud; millones y millones de mujeres continúan viviendo bajo el antiguo y cruel sistema patriarcalista, destituidas de derechos. No son pocos los miles de millones de seres humanos que aún habitan en sociedades premodernas, esto es preindustriales; otras, según el decir de Drucker, son sociedades posindustriales a las cuales también se les llama posmodernas. A Chile, por lo dicho, podríamos calificarlo como un país semimoderno. Se encuentra a varios años luz por sobre Pakistán, Nigeria o Sudán, pero también está a varios años luz de Francia, Suiza o Estados Unidos.

Es cierto, estamos entrampados en el mismo proceso pero en etapas de desarrollo absolutamente diversas, y en esto reside la extraordinaria complejidad a la hora de analizar los tiempos presentes. Las respuestas y soluciones no son iguales para todos los países. Después de todo, sólo quince países de Europa más Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, podrían ser considerados propiamente modernos. Los demás, simplemente no somos modernos.

—Mi problema con decir a secas que Chile no es un país moderno —cosa que comparto en lo descriptivo— es que podría parecer que el objetivo político necesario para el país es cumplir con su proceso de modernización y alcanzar la Modernidad. Pienso que es imposible que así ocurra, ya que ése fue un movimiento históricamente orgánico de las sociedades europeas. Si el desafío de nuestro país es ése, ¡a dónde vamos a llegar! Si llevamos a extremo nuestro

proceso de modernización, terminaremos ahogados en las ciudades, estresados todos, sin bosques, sin cielos y sin mares. Chile ha sido parte de la Modernidad, repito de su parte frustrada, y hoy está también cruzado e influido por los conflictos globales. En el Chile actual son inéditas y crecientes —como oposición política a la farándula modernizadora— las sensibilidades que están planteando construir un país ajeno y distinto a lo que ha sido la sensibilidad moderna. Tal vez en lo político, el desafío de América Latina es cómo acceder al futuro recuperando su especificidad —social, étnica y cultural— y construyendo imaginativamente propuestas que superen el viejo intento imitativo y siempre frustrado de modernizarnos. Nicanor Parra lo simplifica en extremo y lo sabe resumir con su habitual ironía: "Muchos los problemas, Única Solución: Economía Mapuche de Subsistencia".

—Para mí el mayor interrogante se desprende de tus propias afirmaciones: Habríamos nacido a la independencia en la época de las grandes revoluciones modernas; seríamos un "producto de lo moderno" y también "parte de esa modernidad". Pero entonces, ¿cómo explicar este dramático retraso? ¿Por qué Estados Unidos, y más tarde Japón, lograron pasar a la cabeza de los países modernos partiendo ellos y nosotros en fechas relativamente similares? ¿Y por qué Taiwán y Corea del Sur están acortando rápidamente la distancia con los países modernos, cuando nosotros ya habríamos completado 200 años de modernidad inconclusa? Por otra parte, pareces creer que todo nuevo proceso de modernización necesariamente deberá ser depredador del medio ambiente y socialmente inigualitario.

—Sólo digo que ésa ha sido la modernización real en todos lados, y cuando deja de ser así, es cuando podría ser ya históricamente otra cosa.

—Bueno, la idea de modernización depredadora e inigualitaria es precisamente la posición de los representantes de la derecha empresarial, como tú bien recuerdas. Pero sin duda es una idea equivocada. Si hoy sabemos dónde conducen las viejas políticas del capitalismo depredador, ¿por qué habríamos de repetirlas?

—Sin duda, que hoy ese proceso de modernización en nuestros países es dominante. Por lo mismo, he dicho que comparto su planteamiento del doble proceso como una buena descripción *del*

mundo actual. Sin embargo, insisto que lo que ocurre es una dinámica histórica profunda planetaria en la que termina una época y una sensibilidad —la moderna— y nace otra, aún embrionaria — la posmoderna.

Ahora, en nuestro presente como Historia no es que termina una época y "casi por decreto" empieza otra; no; la Historia y sus transiciones son, como usted sabe, procesos complejísimos y largos: cada uno de nosotros somos hombres y mujeres cruzados por valores modernos y posmodernos; también los países, las empresas, todo. Mi énfasis, distinto al suyo, viene de que no me quiero quedar en el plano de la descripción. Tengo la convicción de que las urgencias para la humanidad son enormes y de que los plazos se acortan: si no se da un giro a la Historia, un fuerte giro en el modo de vida epocal, el futuro es muy grave.

—Bien sabes que me inquietan las mismas urgencias. Para mí ya se ha iniciado la historia de la posmodernización europea y norteamericana, y también de la modernización del resto de los países no modernos del mundo. Ambos, los modernos y no modernos, estamos transitando a una nueva época histórica. Los pueblos de Europa vienen de vuelta de la "gloriosa Época Moderna". Ninguno de sus grandes pesadores desea continuar por el camino del llamado progreso moderno. Están hastiados de la construcción de más autopistas, de más aeropuertos, de más líneas de trenes de gran velocidad. Cada cierto tiempo se congregan multitudes de jóvenes para oponerse a la instalación o prolongación de una autorruta o línea ferroviaria, en Francia, Inglaterra o Alemania.

Una simple anécdota viene a confirmar esta realidad. Un joven familiar mío decidió irse a vivir a un pequeño pueblo a 60 kms. de París. Se trataba de elegir al alcalde de esa localidad y las fuerzas políticas se dividieron entre modernos y "conservadores", pero lo extraño fue que los "conservadores" eran principalmente los jóvenes y en cambio los modernos eran las personas de mayor edad. Los jóvenes se oponían decididamente a que se prolongara la línea de metro que venía de París y que llegara a esa localidad, o que pasara por las proximidad del pueblo una autopista o cruzara un tren de alta velocidad. También se oponían a que se subdividieran aún más las propiedades en el pueblo o que se pavimentaran sus calles. Venían huyendo del progreso de París y no querían recrearlo en ese pueblo. Este caso no es una excepción. Ninguna ciudad importante de Europa continúa creciendo. Por el contrario, la tendencia es abandonar la ciudad y

refugiarse en el campo, proceso inverso al que hubo en los inicios de la Modernidad. Pero en América Latina el cuadro es opuesto.

—Relativamente opuesto. Una vez más insisto que no discuto la especificidad de cada uno de los procesos. Pero quiero destacar la unidad del proceso mundial. Por ejemplo, cuando usted relataba su anécdota de París, yo pensaba en la teleserie chilena Oro Verde, *emitida hace algunos años en el canal 7, un éxito de audiencia, una ficción inspirada en conflictos ambientales. En la serial televisiva un grupo de jóvenes se organiza y despliega una lucha en un pueblo del sur para evitar que el "progreso" de las madereras corte los árboles nativos. Ellos son "conservadores" en el sentido que quieren conservar el bosque nativo. Y debe saber que los empresarios de la madera hicieron incluso lobby ante las autoridades del canal para que el argumento de la teleserie se suavizara y no fuera tan lapidario con su "progreso". Una teleserie así era inimaginable sólo hace veinte años.*

—Sin duda y en buena hora han ido surgiendo estas protestas, pero se dan en un rango menor y rara vez logran triunfar. Además, sería muy difícil oponerse a la construcción de al menos una sola autopista entre Santiago y Puerto Montt o de un solo tren, aunque fuera con una velocidad promedio de ochenta kms. por hora.

—Tal vez a eso no. Pero sí con seguridad en cada lugar discutirían cuál va ser su trazado. O bien en Santiago se juntan para oponerse a nuevas autopistas, porque le quitan ciudad al peatón. El pueblo mapuche defiende sus territorios ancestrales, en sintonía con no pocas personas y movimientos de Chile, América Latina, Europa y Estados Unidos, oponiéndose a la construcción de la central hidroeléctrica Ralco. Y esa oposición choca con la empresa generadora de electricidad e incluso con no pocas autoridades políticas chilenas, que son adalides del "progreso". El ex presidente Frei lo dijo sin rodeos: el desarrollo económico no se detendrá por consideraciones medioambientales y menos por un grupo de indígenas.

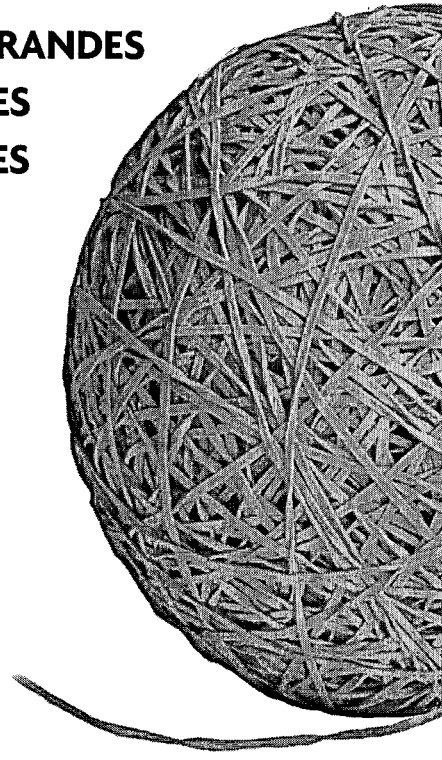
Bueno, lo inédito es que este conflicto actual es sincrónico con el de los hombres y mujeres, pueblos y etnias que en el mundo quieren dar continuidad a su cultura y que las generaciones futuras vivan en un medio ambiente apto para la vida humana. En consecuencia, los lazos, las redes, los entrelazamientos hay que pensarlos en esa perspectiva.

—Estamos de acuerdo en la absoluta legitimidad de las reivindicaciones mapuches y de que ellas se encuentran insertas en un potente y extendido movimiento global, el cual está tomando cada día más fuerza, desde luego en todos los países de América, siendo uno de los primeros el movimiento de Chiapas, en México. La globalización no es sólo un proceso económico, como pretende el pensamiento de derecha, como tampoco lo es el de la modernización. El afán de modernizarse implica una aspiración a imitar la identidad de otro, para lo cual es necesario también recrear una historia ajena, en este caso, la de Europa. Importar modernidad como se importan autos o televisores ha resultado un desafío muy difícil de lograr.

La modernidad euronorteamericana responde a una historia de cinco siglos en que se fueron fundiendo las más diversas razas y mezclando las más diversas culturas y religiones. Cada valor y cada institución de la Europa moderna tiene una larga y compleja historia. Cuando los países de América Latina importaban de Europa las ideas de república, de nación de sufragio universal, importaban ideas y concepciones sin historia ni raíces en nuestros países. Las ideas liberales, por ejemplo, florecieron en Europa íntimamente asociadas con la situación particular de cada país de ese continente; en cambio, en Chile, el desarrollo del liberalismo obedeció a una importación efectuada en las últimas horas del siglo XVIII y de inmediato entró en una seria disputa con las creencias de la Iglesia española no reformada que dominaba por ese entonces en el Imperio colonial hispánico. Aquí, al liberalismo le faltó una mayor densidad histórica y cultural para poder desplegarse plenamente, y, además, el país carecía de una auténtica burguesía industrial con la cual asociarse. La clase dominante era la oligarquía agraria, por antonomasia una clase conservadora de inspiración definitivamente antimoderna. Y así nos fue.

segunda parte

LAS GRANDES TRANSFORMACIONES EPOCALES



7

LA GRAN TRANSFORMACIÓN ECOLÓGICA

CARLOS ALTAMIRANO: —Tal vez la comprobación más dramática de los últimos años sea el gravísimo daño inferido al planeta Tierra y a su biosfera por el ser humano. El planeta es un sistema único; para algunos, un organismo vivo: la hipótesis Gaia, de James Lovelock y Lynn Margulis. La Tierra es el único planeta conocido que ha engendrado vida en su evolución varias veces milenaria.

HERNÁN DINAMARCA: —Según los astrofísicos, conocer la existencia de vida en otros lugares es sólo un problema de tiempo y de tecnología: hay millones y millones de galaxias y de sistemas como el solar en esas galaxias; nuestro sol es el tipo de estrella más común y la vida se basa en la química del carbono, que también es el elemento más común en el universo.

—Por el momento, el único hogar de que disponemos en el cosmos se halla seriamente amenazado de destrucción por la actividad del ser humano. Paradójicamente, este particular ser vivo que somos ha adquirido tal fuerza de dominio sobre la naturaleza que está colocando en gravísmo peligro el precioso y triple patrimonio de la evolución: el ecológico, el biológico y el cultural. La evolución de la vida ha producido una asombrosa variedad de ecosistemas junto a una rica diversidad de culturas. Pero la devastación ecológica está gravitando muy pesadamente en el porvenir de todas ellas, un hecho inédito en la larguísima historia del planeta. En los últimos cien años la destrucción causada por el hombre moderno es inconmensurable. La

expansión del capitalismo industrial ha producido estragos quizás irreparables en océanos, ríos, desiertos, tierras, montañas, aguas y selvas del mundo.

—¿Qué factores han generado esta crisis ecológica?

—En primer lugar, el crecimiento de la población. En segundo lugar, la globalización del megacapitalismo industrial. La Tierra se estaría transformando en una gigantesca fábrica. A mediados del próximo siglo seguramente no existirá un solo lugar en los cinco continentes donde no esté instalada una de ellas consumiendo miles de toneladas de materias primas, quemando energía y produciendo a su vez cantidades enormes de gases tóxicos. El nivel de polución se ha multiplicando exponencialmente. Y agrego, por último, la nueva fórmula económica neoliberal, que ya está administrando y gobernando al megacapitalismo. Estos tres factores, sumados a otros, tornan en una tarea casi imposible evitar la destrucción de la biosfera, la que podría acarrear la virtual desaparición del ser humano y de las demás especies vivientes.

—Algunos autores buscan la razón última de la devastación ecológica en la singular comprensión del ser humano moderno como un ser separado de la naturaleza. El teólogo cristiano Thomas Berry va incluso más allá y reconoce una causa profunda en la propia cosmovisión cristiana. Según él, la tradición cristiana occidental instituyó "la idea de un Dios separado de la creación, o trascendente", generando así las condiciones para la separatividad humana de la naturaleza. En cambio, los pueblos originarios "creían que lo divino penetraba (era inmanente a) todo el mundo natural y en él se revelaba". El problema, según Berry, radica en que esta significativa idea de inmanencia divina en la naturaleza fue postergada en la teología occidental por la idea de la trascendencia. De esa manera, en Occidente, primero los hebreos y luego los cristianos comenzaron a ver a Dios en forma singular, masculina, separado de la naturaleza, en algún lugar arriba o más allá de la Tierra. Para Berry, "el énfasis en la trascendencia debilitó nuestro sentido de lo sagrado en el mundo natural y se convirtió en el contexto para nuestro uso y abuso del planeta".

—Hoy la madre de todas las guerras se está librando entre quienes están destruyendo consciente o inconscientemente la naturaleza y quienes, en forma un tanto difusa e inorgánica, están denunciando los

horrores y crímenes cometidos en contra de ella. Batalla crucial que incidirá decisivamente en la supervivencia de la especie humana y de las demás especies vivas.

Durante miles y miles de años se combatió por razones políticas o religiosas, tribales y étnicas, y recientemente por motivaciones económicas y de carácter nacionalista. Pero esta otra guerra es absolutamente nueva, diríamos posmoderna, es una guerra sin ejércitos, sin armas, sin causas religiosas, sin estados rivales; su razón central es nada menos que la supervivencia de la vida y del planeta Tierra. La correlación de fuerzas es tremendamente desigual: los recursos de quienes pretenden continuar "dominando" la naturaleza —mejor dicho devastándola— son de una aplastante superioridad. La tecnología, una de las mayores creaciones de la Modernidad, se ha transformado en un megapoder que hoy se halla en una implacable lucha con la naturaleza.

—Hay que decir que el actual megapoder tecnológico para maximizar la producción y dominar todo, incluso los genes, es sólo la nueva cara productivista de la ciencia aplicada, que ha sido siempre el sueño moderno. Sin embargo, la ciencia y la tecnología en el devenir posmoderno encierran también otras posibilidades más evolutivas, una vez que ya se han expandido increíblemente en la Modernidad.

Muchos pensamos que una nueva tecnociencia, inspirada en un paradigma científico sistémico, aplicada a la supervivencia y mejor calidad de vida, contribuirá a crear una nueva cultura: 1) una nueva economía del conocimiento, no analógica, digitalizada; 2) una nueva economía desmaterializada, en el sentido de su mínimo impacto material-natural a través de un máximo reciclaje; 3) una nueva economía sustentada en una red de tecnologías de punta generadoras de energía limpia y renovable; 4) y todo mediante el uso y expansión responsable de las redes de telecomunicación, de la biotecnología, de la nanotecnología y otras ciencias, etcétera. De lo contrario, las opciones son una brutal regresión material o bien la autodestrucción.

—Creo muy pertinente tu comentario y también tu opinión respecto a la necesidad de una nueva tecnociencia. Antes, en lenguaje marxista, la contradicción fundamental se daba entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Hoy, en cambio, la contradicción básica se está dando entre el desarrollo colosal

de las fuerzas productivas —previsto por Marx— y la consiguiente degradación acelerada de la naturaleza y de la biosfera.

Las riquezas del mundo y los conocimientos se han multiplicado por mil. Pero ellos son propiedad de una proporción relativamente ínfima de la población, cuanto más de un 25 por ciento, pero ese 25 por ciento es el virtual dueño del mundo, es el detentor del capital, de la tecnología, de los transportes y sobre todo de los medios de comunicación. Ése es el poder último que está causando la destrucción de la naturaleza.

En contra de esta masiva y acelerada devastación de la Tierra han ido surgiendo una multiplicidad de fuerzas sociales, políticas, culturales y morales. El Club de Roma, en 1972, dio el primer grito de alarma a través de la publicación de un célebre informe que daba a conocer las dimensiones de la destrucción ecológica y llamaba a cambiar el rumbo del moderno sistema industrial.

—Ésa fue la primera vez que una generación de pensadores llamaba a torcer el rumbo al antes incuestionado crecimiento económico y productivismo industrial. Más allá de lo poco que se ha avanzado (aunque si se han incorporado muchos correctivos ambientales a los procesos productivos), sin duda, para la historia larga ese primer llamado será un hito —o uno de los primeros gritos— del actual cambio epocal, al menos en lo económico.

—Y veinte años después, en 1992, se realizó la llamada Reunión Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro, a la que concurrieron más de 160 estados. Nunca se había concretado una conferencia mundial de tal importancia y significación. Entre ambos hitos hubo múltiples encuentros, manifiestos y declaraciones, tanto de jefes de Estado como de dirigentes políticos, de famosos científicos y de notables intelectuales. Un solo ejemplo, en abril de 1989 se publicó una declaración firmada por los presidentes de Francia, Jordania, República Federal Alemana, Canadá, España y Egipto, a la que adhirieron otros 24 estados. Se titulaba "Nuestro país es el planeta" y apareció en toda la prensa de Europa y Estados Unidos. Ahí se convocaba a crear una autoridad mundial con poderes ejecutivos para "salvar a la Tierra". En esa declaración se reconoce que "la mayor parte de las emisiones que afectan a la atmósfera se debe a las naciones industrializadas", (siendo) "más alta la posibilidad de cambio en estas naciones, pues disponen de mayores recursos para enfrentar eficazmente estos problemas". Y aun va más lejos al expresar: "la comunidad internacional

y especialmente las naciones industrializadas tienen la obligación de dar asistencia a los países en desarrollo que están muy severamente afectados por los problemas atmosféricos y el debilitamiento de la capa de ozono. Y en consecuencia, deberían recibir una ayuda justa y equitativa a título de compensación".

—Usted evoca esa declaración de 1989 y hace patente lo poco que se ha hecho después. Incluso en la Cumbre sobre el Cambio Climático, en Kioto, en 1997, Bill Clinton, presionado por el lobby de las transnacionales y por la postura de no pocos países del sur que alegan que no se puede poner freno regulador al crecimiento económico, planteó recién el 2010 como fecha para un cese significativo de la emisión de gases contaminantes a la atmósfera.

—Así es. Y aún existen otras incoherencias. Por ejemplo, en 1989, numerosos intelectuales latinoamericanos, como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Onetti, Carlos Fuentes e Isabel Allende, entre otros, enviaron una durísima carta al presidente brasileño José Sarney, manifestándole la urgente necesidad de poner término a la destrucción de la selva amazónica; el ecocidio y el etnocidio, decían, no puede justificarse mediante el recurso de un lenguaje patriótico, pues en Brasil y otros lugares del mundo se cometían actos bárbaros invocando la soberanía nacional. "Creemos —decían— que la responsabilidad de la destrucción de la Amazonia es gravísima y que las generaciones futuras no nos perdonarán no haber hecho nada por evitar esta destrucción." Terminaban proponiendo la creación de una institución superior que, por sobre los Estados, resguardara la integridad y la seguridad del planeta.

Esta carta provocó una dura polémica, agravada, además, porque poco antes habían asesinado al líder ecologista Chico Méndez. El presidente José Sarney recurrió a los viejos tambores del nacionalismo, expresando que jamás aceptaría que nadie interviniera en un territorio bajo soberanía de Brasil. La respuesta de quienes hoy defienden la mundialización económica fue apelar a los nacionalismos; otra incoherencia. Por esos días apareció una valiente declaración de Fernando Henrique Cardoso, que entonces no era Presidente de Brasil, donde decía: "la devastación es intolerable, no hay dudas", y proponía "reemplazar el nacionalismo de ocasión, el oportunismo nacionalista, por una verdadera conciencia nacional, comprometida en el desarrollo económico, que no destruya las bases de la vida y reconozca la dimensión del desafío ecológico que tiene la humanidad". Estos hechos

indican cómo se están alineando las fuerzas en este conflicto. También podría mencionar los innumerables artículos y libros de intelectuales europeos que insisten en la gravedad de esta situación. En cambio, no he leído jamás una sola publicación seria que desmienta la crisis del medio ambiente.

—El conflicto está operando en el nivel de las respuestas políticas ante la crisis ambiental. El tema ecológico, entonces, parece un conflicto propio del actual cambio cultural.

La manera de pensar moderna, antropocéntrica, aún mayoritaria, ha inspirado la racionalidad instrumental que concibe todo lo existente como algo que está ahí para ser explotado por los humanos. Así se ha generado esta crisis ecológica. Mientras esta concepción sea hegemónica, el problema seguirá. Hay signos de cambio, sin embargo, tanto la mirada del desarrollo sustentable como la de la sociedad sustentable, promueven la incorporación de correctivos favorables al medio ambiente en los procesos productivos. Aunque también hay reflexiones inquietantes, por decir lo menos.

Por ejemplo, un informe del Fondo Monetario Internacional, de 1997, divide el mundo en tres tipos de países —desarrollados, en desarrollo y en transición (los ex socialistas)—. El informe proyecta que a partir del 2007 los países en desarrollo comenzarán a aventajar a los desarrollados en la participación global del producto mundial bruto. Nunca había ocurrido algo así. Siempre ha sido considerablemente superior la participación de los países desarrollados, pese a su menor número. Entonces, como usted ha dicho, si se piensa en el daño ambiental causado en sólo un siglo por el capitalismo industrial del área europea, que logró determinados patrones de consumo para sus habitantes —sólo cientos de millones—, uno se pregunta qué puede ocurrir dentro de veinte años cuando todo el sudeste asiático, China y países de América Latina, como se desea y se quiere, emulen los actuales patrones de crecimiento económico y consumo de esos países del norte. En este contexto, hay que debatir muy seriamente la irresponsabilidad de los gobernantes de nuestros países. Me refiero a ese discurso petulante y agresivo, convertido en lugar común en nuestros gobiernos y en sectores empresariales: ¡Qué vienen ahora los ecologistas y países del norte a exigir que frenemos con regulaciones ambientales nuestro crecimiento económico! Los países del sur necesitamos crecer para alcanzar los niveles del norte, y ¿por qué vienen ahora ellos, que ya se desarrollaron, a prohibirnos el desarrollo? Esa lógica es absurda e irresponsable, pues omite

que el desafío ambiental es un problema local-global que requiere respuestas locales-globales: la biosfera no está compartimentada en países ni regiones, los chinos respiran del Amazonas y los bosques del sur de Chile influyen en los pulmones de los niños de Europa.

—Estoy de acuerdo con tus observaciones. Y para mí, entre otros temas, también es preocupante el comportamiento asumido por el mundo católico frente a esta situación. Desde los siglos XVIII en adelante, el pensamiento conservador católico ha sido el más encarnizado enemigo de los postulados esenciales de la época ilustrada; sin embargo hoy, aparecen depositando su fe en la capacidad de la ciencia y de la tecnología para resolver los problemas derivados de la destrucción ecológica. La razón tecnológica, endiosada por librepensadores ateos, masones y liberales del siglo XVIII, es hoy defendida y reivindicada por las fuerzas conservadoras y católicas de fines de la Época Moderna. Han ido asociando la idea de progreso a la idea de crecimiento económico, al punto de convertir ambos conceptos en una especie de sinónimos.

—Esta identificación que ha hecho la Época Moderna entre progreso y crecimiento económico es una de las causas fundamentales del descalabro ambiental. Sin embargo, hay que matizar para que no quede la impresión errónea de que es contradictoria la actitud ecológica de concordancia entre la especie y la naturaleza con una buena calidad de vida y un óptimo bienestar material. En ese sentido, son un modelo las actuales sociedades nórdicas, como Suecia, Finlandia, Dinamarca, que están consiguiendo un notable desenvolvimiento ecológico, manteniendo una muy buena calidad de vida. Esos países del norte hoy con sus regulaciones ambientales y productivas, con su reciclaje y sus nuevas formas de energía, y en especial con una nueva actitud responsable y consciente de las personas al momento de consumir, están demostrando que es viable conciliar la calidad de vida y el bienestar material con la preservación ambiental. Por ejemplo, Suecia tiene como meta de Estado que el 2005 todos los productos no orgánicos sean reciclados.

El gran desafío actual es un cambio cultural en el comportamiento económico, esto es: 1) tomar las decisiones económicas sobre la base de criterios que articulen la sustentabilidad social y ambiental, 2) en cada uno de nosotros autoinhibir el exceso de consumo, esa búsqueda y renovación interminables de cosas materiales, 3) Por último, el empresariado productivo y de servicios debería

autoinhibir la búsqueda de acumulación y ganancia, y poner su emprendimiento económico en función de la sustentabilidad y no sólo en función de esta carrera loca por producir y vender mediante el incentivo del consumismo.

—Concordamos plenamente en la imprescindible necesidad de conciliar la calidad de vida, el bienestar material y la preservación del medio ambiente, y en negarnos a ver estos objetivos como contradictorios o antagónicos. En cambio, una vez más discrepo de tu opinión cuando atribuyes "al alma de la Modernidad" haber sobredimensionado el crecimiento económico, el consumismo y el afán de lucro. La modernidad no tiene una sola alma. Las fuerzas de izquierda jamás han compartido esos criterios y por el contrario este ha sido uno de los puntos medulares que ha dividido a derechas e izquierdas desde los años de la Revolución francesa. Una de las almas de la Modernidad es la expresada por las fuerzas políticas y culturales de derecha, pero también la otra alma la integran los pensamientos y las ideologías de izquierda.

—Es muy polémico lo que usted afirma. Con todo el respeto que tengo a la ya histórica izquierda moderna, que hizo a la cara solidaria de la Modernidad, no puedo dejar de reconocer que hasta hace unas décadas ésta fue una acérrima defensora al menos del crecimiento económico y del productivismo. Y respecto a la apropiación de la plusvalía, en vez de ser acumulada por el individuo-propietario, en el otro modelo lo hacía el Estado. La herencia de descalabro ecológico en el socialismo real fue un ejemplo de esta constante economicista y del ensimismamiento en torno al "poder de la técnica", común a cualquier Modernidad.

—Sin duda, ha sido un profundo y lamentable error el de aquellos que consideran viable un crecimiento económico universal, masivo e ilimitado. Este tipo de pensamiento supone la idea de que las materias primas y las fuentes energéticas del mundo serían inagotables y que la naturaleza puede continuar perfectamente soportando agresiones y traumas aún más devastadores que los que se han venido produciendo en Chernobyl, en los derrames de petróleo de Alaska, en las devastaciones de las selvas amazónicas y de otros lugares de la Tierra, en las explosiones nucleares de Muroroa, en las emanaciones de gases invernadero y en la distribución por la mayor parte de países de desechos nucleares.

—Afortunadamente esa ceguera que propone el crecimiento económico ilimitado, sin considerar al ambiente, se encuentra en vías de extinción. Hoy nadie públicamente diría tal barbaridad, lo que se hace es poner un velo (y muchos lo hacen muy honestamente) a la irracionalidad del productivismo-consumismo, mediante la inversión en tecnologías ambientales; sin duda, un gesto económico muy correcto, pero insuficiente si no va acompañado de un cambio en los altos patrones de producción y de consumo propios de la lógica interna al crecimiento económico.

—Lo que quiero por mi parte destacar es que ha surgido una renovada fe laica, esta vez de matriz conservadora, que confía ciegamente en la capacidad de la ciencia y de la tecnología para resolver las catástrofes producidas por emanaciones de gases, destrucción de selvas, erosión de suelos, por deshechos tóxicos y nucleares, por contaminación de las aguas, por derrames de petróleo, por incendios de gigantescas áreas en diversos lugares de la Tierra. Además, junto con el neoliberalismo ha resurgido un antiguo dogma: cualquier intervención destinada a regular la actividad económica provoca mayores daños que los que se pretende evitar. Se intenta así restablecer en gloria y majestad el antiguo enunciado del *laissez faire*, muchas veces proclamado por el pensamiento liberal pero jamás practicado en los estados modernos. De acuerdo a este enunciado, la mejor de las políticas es la ausencia de toda política y el mejor Estado sería aquel reducido a su mínima expresión. De haberse aplicado estos postulados, desde luego, no habría existido la Época Moderna.

—Lo grave de la satanización neoliberal del Estado es que hoy más que nunca se requiere de su acción, a nivel local, nacional y mundial, como actor democrático y regulador. Por ejemplo, en Chile, cuánto podría hacer un neo Estado *empresario —ya que los privados en su brutal lógica económica moderna de corto plazo no se interesan por lo que no es rentable de inmediato— si se decidiera a incentivar una economía ambiental, la reciclabilidad, nuevas fuentes de energía (eólica, geotermia, solar, de biogas, entre otras), campañas comunicacionales para generar cambios de hábito de consumo y de tratamiento de desechos. Éste es un rol ineludible. No olvidemos que fueron empresas del Estado las que, ante la ausencia de privados, ayer industrializaron al país; hoy, el Estado debe promover una nueva economía ambientalmente sustentable.*

—Es muy cierto lo que dices. Además han sido Estados quienes han descubierto las principales tecnologías de este fin de la Modernidad: energía nuclear, Internet, investigaciones biotecnológicas, experimentación espacial. Pese a ello, las potentes tecnoburocracias de los grandes conglomerados transnacionales están prescindiendo de los Estados o, mejor dicho, favoreciendo la permanencia de uno solo: Estados Unidos de Norteamérica. No debemos olvidar que sólo doce megaempresas ubicadas en Estados Unidos, Europa y Japón producen más del 80 por ciento de los "gases invernadero".

—Esas empresas alimentan un mercado mundial muy ligado a la vida cotidiana moderna: a los aerosoles, refrigeradores, autos, a un sinfín de actividades. Este modo vida es una cadena. Por lo mismo, en relación a una opinión anterior suya en que responsabilizaba al 25 por ciento de los que detentan el poder por el descalabro ecológico, me pregunto: ¿es responsabilidad sólo de las empresas o también del consumidor que no busca ni exige recursos energéticos alternativos o bien consume sin cuestionarse, por ejemplo, aerosoles suntuarios o perfectamente evitables?

—Indudablemente, las responsabilidades son compartidas. Pero también existe un gran ocultamiento de información. Por ejemplo, la propuesta norteamericana en la "Cumbre del Clima" realizada en Kioto ofrecía estabilizar, entre los años 2008 y 2010, las emisiones de gases invernadero en los niveles existentes en 1990 y prometía una importante recompensa a las empresas pioneras en la reducción de emisiones. Pero me pregunto, ¿en qué ha quedado la famosa aseveración "el que contamina paga"? La Comisión Europea, por su parte, desechó la propuesta norteamericana, porque no constituía un mayor avance en la resolución de los complejos desafíos del cambio climático. Estados Unidos, con sólo el 4 por ciento de la población del mundo, aporta el 20 por ciento de la emisión de gases invernadero. ¿Por qué la humanidad ha de cargar con la cruz de la contaminación norteamericana y con su enorme despilfarro de energía? Los países de la Unión Europea, en cambio, proponían una rebaja, para el año 2010, de un 15 por ciento en la producción de gases invernadero, lo que, de paso, implicaba una notoria disminución del consumo de combustibles fósiles y con ello una reducción del calentamiento de la Tierra. El propio departamento de energía del gobierno norteamericano reconoció que la emisión de gases había aumentado un 3,4 por ciento en 1996, lo cual sólo confirmaba la impresión generalizada de que el gobierno de

Estados Unidos no duda en sacrificar los equilibrios ecológicos al crecimiento económico. ¿Podrá continuar Estados Unidos obligando al mundo a pagar, o al menos a hacernos compartir, su despilfarro de energía y su emisión de gases y deshechos tóxicos? ¿Podrá el gobierno de Brasil continuar destruyendo uno de los pulmones del mundo, invocando para ello su egoísmo nacional?

En América Latina se encuentra el 60 por ciento de las selvas tropicales, en el sudeste de Asia el 20 por ciento y en África el resto. Según numerosos estudios, al ritmo actual de explotación, en no más de cincuenta o sesenta años habrán desaparecido los bosques tropicales, dado que anualmente se están destruyendo aproximadamente 200 mil kilómetros cuadrados. Y esto sin mencionar la extinción de la rica biodiversidad que puebla esos bosques, amén de las no pocas sociedades humanas existentes en esas regiones. ¿Con qué lógica justificar esta devastación inmisericorde del hábitat de la Tierra? Las respuestas del pensamiento conservador y de sus correspondientes intereses a este tipo de interrogantes son muy sencillas: se estaría exagerando y dramatizando los daños; la tecnología está en condiciones de resolver estos problemas; el "progreso" tiene su precio; la naturaleza ha pasado por cataclismos peores y no por ello la Tierra y la vida se extinguieron.

—No sólo la complacencia y el optimismo del reaccionario en nada contribuyen a corregir estos absurdos. Hay un contingente nada despreciable de gente lúcida y sensible, que proviene fundamentalmente del mundo de izquierda moderna, de ese mundo que quería cambiar el mundo pero que cuando se queda sin ideas y proyectos cae en una anomia muy fuerte. Ante la crisis ecológica, han terminado por caer en la otra cara de la complacencia: un fatalismo pragmático o un pesimismo cínico, que afirma que el problema está en el corazón del hombre, que el ser humano no tiene remedio. Reconocen la gravedad de la crisis que nos lleva a un despeñadero; pero dicen que nada podemos hacer. Se trata de una subjetividad difícil, agotada, que no va a cambiar si no se difunden con energía las miradas alternativas.

—No dejan de existir razones para albergar un profundo pesimismo.

—Sin duda, existen fundadas razones, pero hay que recordar el valor gramsciano: "Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad". En este sentido soy un entusiasta partidario de recuperar la

rebeldía inherente a la izquierda moderna (el deseo de cambiar el modo de vida), aunque con nuevos motivos.

—Estados Unidos hoy ejerce un poder indisputable a nivel mundial; establece las reglas de juego, ya lo hemos recordado; en Kioto fueron los países europeos, y no algunas "mentes de ecologistas afiebrados" quienes propusieron reducir en un 15 por ciento la producción de gases, y fue Estados Unidos quien se opuso con el consiguiente fracaso de la propuesta. Me imagino que en algún momento —y espero que no sea demasiado tarde— se incorporará a la categoría de delito contra la humanidad el continuar emitiendo gases tóxicos. No veo gran diferencia entre una empresa cuyo barco derrama miles de toneladas de petróleo en el mar y cuyos responsables son penalizados y multados por ello (o el caso de las tabacaleras, que también deben pagar indemnizaciones multimillonarias a fumadores que hayan contraído enfermedades del pulmón) y estas otras empresas que producen tantos o mayores daños en los equilibrios ecológicos de la biosfera. La respuesta a este doble estándar me la imagino simple y brutal. La reducción de estos gases afecta muy seriamente la globalidad del sistema capitalista y entre la buena marcha de éste y la defensa de los equilibrios ecológicos se opta por lo primero. Y es así aunque importantes científicos han arribado a un diagnóstico deplorable acerca del estado ambiental del planeta. Por lo demás, si no fuera así, Estados Unidos no estaría dispuesto a gastar más de cinco mil millones de dólares en incentivar la reducción de esas emisiones.

—Debido a tanto contrasentido, la crisis ecológica es casi un callejón sin salida dentro del sistema. Se requiere de medidas radicales que, como usted dice, alterarían la "buena marcha" de la economía. Por ejemplo, introducir masivamente automóviles de energía limpia y renovable en desmedro del combustible fósil generaría el colapso de grandes empresas, desempleo, crisis en cadenas de producción de otros bienes y servicios. Medidas así, necesarias, parecen insostenibles dentro del sistema económico actual.

—Claro que, por suerte, algunos de estos correctivos radicales están siendo propuestos por gobiernos de países tan serios como los europeos.

—En las conferencias de Cambio Climático se vive una puesta en escena casi delirante, si nos atenemos a la gravedad de la crisis

ambiental: Por un lado están las ya mencionadas posturas de los países centrales. En otra posición están China, India y la mayoría de los países de la periferia moderna —entre ellos Chile—, que no quieren limitar su crecimiento económico. En los pasillos, haciendo lobby, están las empresas transnacionales con un arsenal de informes hechos por sus "mercenarios equipos de científicos": las transnacionales de seguros, preocupadas por el aumento de desastres naturales —en 1998 hubo la mayor cantidad de huracanes de la historia— que podrían erosionar sus millonarias ganancias, enfrentan a las transnacionales de combustibles fósiles que, amparadas en sus propios "papers", alegan que el calentamiento del clima no está probado ni que ellas serían activas causantes del mismo. A su vez, tras bambalinas, se escucha al grupo de aterrados países isleños del Pacífico Sur, implorando medidas radicales, pues saben que en treinta años más sus territorios podrían desaparecer de la faz de la tierra debido al aumento del nivel de los océanos.

En fin, la importancia de estas reuniones muy poco se condice con el diálogo de sordos en que se han convertido.

—En un artículo publicado en 1989 por Harlem Brundt Lang, la ex primera ministra de Noruega y jefa de la comisión del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, se puede leer el siguiente párrafo: "se creía que la conocida 'mano invisible del mercado' llevaba inconscientemente al interés privado a servir al bien común. Pero, en nuestro mundo moderno se siente la tentación de sugerir que hay un pie invisible que lleva al interés privado a emprenderlas a patadas con el bien común". Por su parte, el historiador inglés Eric Hobsbawm afirma en su obra *Historia del Siglo XX*: "Nunca la historia del mundo se había tornado tan problemática como está ocurriendo hoy, ni más incierta, ni más cambiante, ni más inestable... los dos problemas centrales y a largo plazo decisivos son de tipo demográfico y ecológico... Un índice de crecimiento económico similar al de la segunda mitad del siglo XX, si se mantuviese indefinidamente (suponiendo que ello fuera posible) tendría consecuencias irreversibles y catastróficas para el entorno natural de este planeta, incluyendo a la especie humana que forma parte de él". Y aún más: "el ritmo con que la tecnología moderna ha aumentado nuestra capacidad de modificar el entorno es tal, que el tiempo de que disponemos para afrontar el problema no debiera contarse en siglos sino en décadas".

Convendría también comparar estas opiniones de Hobsbawm con la de uno de los gurúes más importantes de la economía norteamericana.

Lester Thurow, en su libro *El futuro del capitalismo*, afirma que no existe en el horizonte histórico un problema de tanta gravedad como el del "ecologismo mundial" y, a renglón seguido manifiesta que "la respuesta capitalista a la decisión de lo que se debiera hacer hoy para prevenir el calentamiento de la tierra o la disminución del ozono es muy clara: no hacer nada". La razón dada por él es que la adopción de cualquier medida "no tendría efectos apreciables sobre lo que está ocurriendo hoy, sino dentro de cincuenta o cien años". Y si entonces la crisis ambiental ya fuese muy negativa, no tendría mayor sentido intentar mejorar la situación ahora. Luego de esta argumentación circular, confusa y un tanto ambigua, él expresa: "finalmente llegará una generación que no podrá continuar sobreviviendo en el medio ambiente alterado de la Tierra, pero entonces será demasiado tarde para que la humanidad pueda hacer algo a fin de evitar su propia extinción [...] cada generación toma buenas decisiones capitalistas, pero el efecto neto es un suicidio social colectivo". La opinión de Thurow expresa un extremo fatalismo frente a cualquier decisión.

—Dicho así, Thurow parece el ideólogo de un suicidio colectivo. Su argumento evoca la historia de un alcohólico que conscientemente se estuviera suicidando poco a poco, un individuo comparable a la borrachera economicista que describe y sugiere a nivel social. Impresionante.

—En mayor o menor medida, es éste el pensamiento generalizado del sector económico que comanda la economía mundial. Como dije antes, ni Estados Unidos ni Thurow niegan la existencia de tales gases ni sus efectos extraordinariamente nocivos, pero concluyen declarándose incapaces de dar respuestas a un tema de la más alta trascendencia para el curso futuro de la humanidad. Las opiniones de Hobsbawm no son más optimistas que las de Thurow, aun cuando no presentan el cariz cínico de las de este último. Hobsbawm no considera realista la famosa propuesta de "crecimiento cero"; primero, porque los países ricos no están dispuestos a reducir sus niveles de vida, y segundo, porque para los países pobres sería terriblemente injusto y además impracticable. Tampoco ve posible una política de desarrollo sustentable, por lo ambiguo de la expresión. "El término es convenientemente impreciso", dice Hobsbawm. Aunque "a largo plazo se tendrá que buscar alguna forma de equilibrio entre la humanidad, los recursos renovables que consume y las consecuencias que su actividad produce en el medio ambiente, nadie sabe y pocos se atreven a especular

acerca de cómo se producirá este equilibrio y qué nivel de población, de tecnología y de consumo será posible. [...] Los expertos científicos pueden establecer lo que será necesario para evitar una crisis irreversible, pero desde luego la solución de este problema es fundamentalmente social y política más que científica y tecnológica. Y además este equilibrio sería incompatible con una economía mundial basada en la búsqueda ilimitada del beneficio económico".

En fin, siendo razonable la posición de Hobsbawm, él mismo lamenta carecer de una propuesta viable.

—Agregaría a Hobsbawm que la solución del problema no sólo es social y política, sino principalmente cultural. El verdadero desafío es cambiar nuestra concepción de mundo.

—Sin duda que por la simple y banal afirmación de que "no se puede coartar el desarrollo económico..." pasará uno de los principales meridianos que irán dividiendo a las fuerzas de derecha y de izquierda, en particular en los países no modernos. Colocar el valor material de una tasa de crecimiento económico por sobre el valor social, humano y ético de velar por la supervivencia de la especie humana y demás especies vivientes en el planeta, me parece una simple aberración moral. ¿Qué diferencias podrán existir entre los nuevos conversos al presunto materialismo de Marx y los antiguos, quienes creían ver en "las relaciones de producción" el factor determinante del curso histórico? Para los nuevos convertidos al pensamiento de Marx, ese factor determinante sería la tasa de crecimiento del producto. ¿En qué difieren ambas posiciones? Desde esta perspectiva, las dos creencias sitúan lo económico en el más alto rango de los valores y objetivos a lograr por una sociedad. Pero, debemos hacer una aclaración: toda la colosal obra de Marx, a pesar de su visión declaradamente "materialista histórica", estuvo orientada a lograr la emancipación de la especie humana precisamente de ese determinismo economicista, y por lo mismo, su utopía política consistió en la construcción de una sociedad sin Estado, sin clases y sin dinero.

—Cuando usted sistematiza algunas de las posiciones reaccionarias ante el tema más decisivo de nuestro tiempo, no puedo dejar de recordar la analogía que ha inspirado toda nuestra conversación: reconocer los signos del actual cambio de época y compararlos con otras transiciones históricas. Tal como hicieron en Roma los privilegiados del Imperio y luego, entre los siglos XV y XVIII, la nobleza

laica y religiosa que quería conservar sus privilegios feudales, hoy, los reaccionarios que quieren conservar el modo de vida moderno no tienen problemas en inventar y jugar con argumentos delirantes e irreflexivos. La propia anomia de los grupos e individuos que defienden el status quo, asociada a la complacencia y exitismo común al ejercicio del poder, les llevan a usar ideologizaciones que defienden lo indefendible, cínicas y escépticas, pesimistas y triunfales, ciegas y seguras.

—Para el pensamiento de derecha no existirían mayores motivos de inquietud porque, según se afirma: "la verdad es que la naturaleza siempre ha estado sometida a grandes perturbaciones, como son las inundaciones, los cambios climáticos y las erupciones volcánicas". Ciertamente la Tierra exhibe una larga historia de grandes desastres, pero éstos no fueron provocados por la acción gratuita e innecesaria del ser humano, ni mucho menos, en la gigantesca escala del día de hoy.

—Es absurdo calificar como "perturbaciones" lo que son movimientos inherentes a la propia naturaleza. Me molesta cuando en nuestro provinciano país, cada vez que llueve un poco más de lo que querríamos, y hay dramas colectivos como resultado de nuestras miserables prácticas economicistas e imprevisiones urbanísticas, empiezan los "líderes" del espectáculo televisivo a culpar a la naturaleza por sus supuestos "excesos, que a ella se le paso la mano", cuando el único responsable es nuestro modo de vida que aún se niega a asumirse en concordancia con el ambiente natural.

—En una materia tan crucial como ésta, la derecha acude a simples descalificaciones; intenta hacer una caricatura de la llamada "ecología profunda", sin sospechar siquiera de qué se trata; relativiza la destrucción del bosque nativo y cualquier descalabro ambiental evidente y probado; y, finalmente, pretende ridiculizar las opiniones de los ecologistas calificándolas sin más ni más de apocalípticas, catastróficas o fundamentalistas.

—Es muy decidora la manera vulgar con que en Chile los medios de comunicación tratan a la ecología profunda. Tanta es la descalificación que a no pocos declarados ecologistas les da pudor autoidentificarse con esa sensibilidad. Cuando hoy, cualquier persona informada y con sentido ético se podría decir que es un ecólogo

profundo. Veamos. Algunas ideas básicas de la ecología profunda son: 1) que la riqueza y diversidad de las formas de vida son valores en sí mismos y contribuyen al florecimiento de la vida humana y no-humana en la tierra; 2) que los humanos no tienen derecho a reducir esta riqueza y diversidad, salvo para satisfacer necesidades vitales; 3) que la interferencia humana actual en el mundo es excesiva y empeora a cada momento; 4) que el cambio ideológico consiste fundamentalmente en apreciar la calidad de vida viviendo en situaciones de valor inherente, más que adherirse a un nivel de vida cada vez más alto. Como se lee, todas estas ideas hoy son compartidas, en especial, por las nuevas generaciones.

—Las ideas y los pensamientos de los numerosos grupos de ecologistas son aún muy recientes, pero, a pesar de ello, rara vez una religión o una ideología política se había propagado con igual velocidad. Y no son promovidos por vanguardias políticas organizadas ni por algún importante poder financiero. Han ido brotando casi espontáneamente. En todo el mundo han surgido múltiples organizaciones de ecologistas y ambientalistas. Entre los cientos de ONGs de todos los países de la Tierra se ha destacado Greenpeace por sus oposición a las pruebas atómicas y a la instalación de plantas nucleares y a ciertas formas de explotación del petróleo en el Mar del Norte; por sus denuncias en contra de la producción de alimentos transgénicos; por sus valiosos aportes, fundados en documentos científicos, sobre los efectos desastrosos provocados por la emisión de los gases invernadero, y por otras innumerabes acciones emprendidas en todos los mares de la Tierra, de gran eficacia.

Pero no sólo está emergiendo esta poderosa y vital conciencia ecológica, sino que además, y en íntima asociación con ella, está naciendo una valiosa preocupación por pueblos y culturas que hasta ahora se habían despreciado por no ser suficientemente "modernos".

—Este encuentro entre la mirada ecologista occidental y las culturas originarias aún vivas es muy interesante. Se está produciendo una singular sincronicidad histórica. El mundo ecologista respeta e intenta emular estas culturas indígenas, en tanto ellas representan un testimonio cultural viviente de lo que fueron y aún son modos posibles de una relación más concordante entre la naturaleza-humanizada y la humanidad-naturalizada. Diversos autores hoy estudian el sugerente vínculo entre las cosmovisiones de los pueblos originarios y el emergente paradigma científico de occidente. Este

vínculo, ambos comprenden a sujeto y objeto como una realidad holística, aparece como inexplicable para un observador sin capacidad de asombro.

—Y tal vez lo más significativo sea que esta nueva valoración de los pueblos y culturas originarias difiere de la simple mitificación del "buen salvaje", del primitivo ser humano incontaminado por la civilización, hecha por Rousseau en los inicios de la Modernidad.

—Rousseau reivindica al buen salvaje desde una idealización moral, así como también fue uno de los pocos grandes modernos que negó el egoísmo como rasgo constitutivo de lo humano. En cambio, ahora hay una valorización colectiva de un modo de vida cultural.

En el caso de los movimientos políticos y artísticos indoamericanos, se trataba de una actitud reivindicativa, liderada políticamente por blancos que querían que esos indígenas lograran un estándar de vida propio de la modernidad. En cambio, ahora se intenta reconocer y valorar a la cultura indígena en sí misma.

—Valorar la existencia de la diferencia y reconocer la extrema importancia de la diversidad, son dos temas de enorme actualidad contemporánea. El ecologismo trasciende la exclusiva preocupación por los problemas ambientales; en buenas cuentas, en él se haya el germen de una nueva visión de la vida y del cosmos.

—Esto que señala es fundamental, ya que ignorantemente muchos asocian el pensamiento ecológico, en el peor de los casos, a una "moda Verde" o, en el mejor, a una legítima preocupación por el medio ambiente; sin embargo, la ecología es mucho más, es una nueva mirada, es una de las expresiones ideológicas centrales de una nueva cosmovisión.

El haber repuesto la sola idea de que los humanos somos naturaleza (y no seguir con el curioso sentido común moderno de comprender a lo humano como algo ajeno a ella), que somos hijos del devenir natural y, en consecuencia, debemos desplegar nuestra creatividad para no pulverizar la misteriosa y bella conciencia del propio Universo que somos, es de una importancia increíble y cuyos ecos aún estamos incapacitados para sentir e imaginar.

—Por esto es tan inquietante la trivialidad y superficialidad con que los representantes del bloque conservador nacional tratan de

desacreditar esas trascendentes ideas y propuestas. Un caso paradigmático en esta materia ha sido el de Douglas Tompkins. Él y su mujer compraron una enorme extensión de terreno en el sur del país para transformarla en el parque natural más grande y bello del mundo. Sin embargo, desde el día mismo de la compra se fueron alineando en su contra los sectores más retardatarios del país. No cabía en la cabeza de los dirigentes del empresariado, aún inmersos en el sofocante clima intelectual de la dictadura, que un norteamericano multimillonario adquiriera terrenos no para explotarlos y reducir sus bosques a chips, sino para convertirlos en un hermoso parque natural.

Todos sabemos de la existencia de otros grandes consorcios económicos que poseen igual o superior superficie de tierra que la del señor Tompkins, pero en esos casos se trata de explotar y talar el bosque, y esto, por cierto, para la mentalidad oficial es perfectamente legítimo y conveniente. En su cruzada en contra de Tompkins, la derecha sacó a relucir situaciones absolutamente falsas: estaría despojando de sus tierras a algunos colonos chilenos, lo que irónicamente resultaba intolerable para quienes por siglos habían venido despojando de su tierra a los indígenas y para quienes, en ese mismo instante, estaban desposeyendo de las suyas a los pehuenches en el alto Bío Bío. Para otros, Tompkins pretendía cortar en dos el territorio nacional, motivo por el cual de inmediato saltaron a la palestra los nacionalistas criollos y algunos jefes de las fuerzas armadas, aunque, también irónicamente, poco tiempo después, en una desvergonzada negociación, se transfería gran parte de la producción y distribución de la energía eléctrica nacional a un consorcio extranjero, sin que nadie dijera ni una sola palabra. Tompkins habría cometido un crimen de lesa majestad: se había declarado partidario de la ecología profunda y además se decía que financiaba organizaciones ecologistas. El caso Tompkins no sólo no habría tenido mayores repercusiones en algún otro país de mentalidad moderna, sino que su actitud habría sido extraordinariamente bien recibida; en cambio en Chile se transformó en caso límite entre quienes estaban a favor de la defensa del medio ambiente y quienes estaban en contra.

El surgimiento de una nueva conciencia ecológica trascenderá sin duda la mera defensa de la naturaleza y de su biodiversidad; ella está exigiendo concebir una nueva manera de mirar el mundo y las relaciones de éste con los seres humanos; importará cambios copernicanos en creencias tales como la sacralización de la idea de crecimiento económico. Esta idea, la de un crecimiento económico ilimitado, sin regulación de ningún orden ni sometida a principio ético o moral alguno, es

simplemente perversa. Responde a una exclusiva inspiración materialista, apela al egoísmo humano, estimula un individualismo desenfrenado, fomenta el consumismo y, por último, concentra gigantescas riquezas en una ínfima minoría de la población de la Tierra.

También es una idea falsa aquella que sostiene que los recursos naturales y energéticos serían inagotables. Encaja perfectamente con la creencia en la viabilidad o sustentabilidad de un crecimiento económico universal e ilimitado. Pero el cuento no concluye aquí. El crecimiento económico se halla íntimamente asociado a la férrea lógica de la productividad, y esa lógica, a su vez, exige nuevas y mayores innovaciones tecnológicas, y así la vida humana va quedando atrapada en una enorme prisión de aparatos tecnológicos, de ciudades de cemento y de edificios colmena, lo cual —y con razón—, motivaba las angustias de Heidegger. Pero aún más: la lógica productivista acarrea, a su vez, como corolario inseparable, la lógica del consumismo y ésta, para lograr su completo despliegue, demanda colosales gastos en publicidad y propaganda, los cuales terminan transformándose en la causa principal del florecimiento de todas las vanidades humanas, de los individualismos exacerbados y de las ostentaciones innecesarias.

La tarea faraónica de la emergente conciencia ecológica es romper con este monstruoso encadenamiento de supuestos, creencias y certezas que están conduciendo a una completa alienación al ser humano, por lo menos al occidental.

La misma gran transformación ecológica está siendo, a su vez, la causa de la aparición de una completa y renovada visión de mundo, así como de la emergencia de un nuevo pensamiento social y político. Y hoy aparece como la única posibilidad real de evitar el destino imaginado por Oses. De aquí que ella sea una de las grandes transformaciones del fin de la Modernidad. Al ecologismo se está arribando desde muchas vertientes ideológicas diferentes y también desde diversas tradiciones culturales; antiguos militantes desilusionados de una izquierda en vías de desaparición y de toda una vasta corriente intelectual crítica y desencantada de la Modernidad.

8

LA GRAN TRANSFORMACIÓN DEMOGRÁFICA

CARLOS ALTAMIRANO: —Junto a la gran transformación ecológica, un segundo gran cambio histórico es el producido por la explosión demográfica de mediados del siglo XX. Ambas son transformaciones de alcance planetario y exigen, por tanto, respuestas planetarias. El aumento explosivo de la población del mundo en los últimos cincuenta años está causando problemas de difícil solución. Que la población haya aumentado de 1.500 millones a 6.000 millones en algo más de la mitad de un siglo ha repercutido en todos los dominios humanos. El aumento de la población es una de las fuentes principales de contaminación y de degradación del medio ambiente. ¿Podrá el planeta soportar este crecimiento aunque se cumplieran las reducciones previstas? Diez mil millones de seres humanos habitarán en la Tierra a mediados del siglo XXI, en el contexto de un acelerado proceso de industrialización y de la consiguiente contaminación mundial; enormes desplazamientos de emigrantes de una latitud a otra; envejecimiento creciente de la población, incluso en las sociedades más pobres.

HERNÁN DINAMARCA: —Siendo tan serio el problema, ¿por qué, cuando se plantea una regulación del crecimiento de la población, en Occidente aparece de inmediato la jerarquía de la Iglesia, por ejemplo, en una oposición muy fuerte?

—Es un hecho incomprensible. El Papa también debería pedir perdón por esta política suicida. ¿Cómo puede pensar la Iglesia que

resolverá este problema sólo con la predica de la abstinencia? Aun cuando tal consejo fuera aceptado por la población católica del mundo, ésta sólo llega a 700 u 800 millones de personas. ¿Intenta la Iglesia simplemente dar un exclusivo testimonio de su verdad aunque ella carezca de toda viabilidad?

Según las predicciones del Banco Mundial, de los diez mil millones de habitantes que poblarán el planeta en este siglo XXI, ocho mil millones vivirán en los países pobres. A pesar de todo lo exitoso que pudiera ser el crecimiento económico de aquí a esa fecha, el aumento de los pobres se transformará en un problema inmanejable. En el 2025, Ibero América alcanzará aproximadamente a los mil millones de habitantes; hoy, en el 2000, nos acercamos a los quinientos millones, de los cuales doscientos millones son pobres. Un alto representante del Banco Mundial, Alfredo Sfeir-Younis, viene hablando de la desastrosa herencia económica, cultural, social y medioambiental con que hemos ingresado al siglo XXI. Según su informe, existen 1.300 millones de seres humanos que sólo ganan un dólar por día. En África tropical, por ejemplo, la provisión de alimentos ha quedado muy rezagada ante el espectacular crecimiento de la población y el ingreso per cápita es hoy aún más bajo que a mediados de los años sesenta. Por su parte, Thurow afirma algo digno de ser considerado: si la población de los Estados Unidos hubiera crecido a razón de un 3,5 por ciento anual durante el siglo XIX, su ingreso per cápita actual sería más bajo que en tiempos de la guerra civil, ya que su ritmo de crecimiento económico durante los últimos cien años fue sólo de 3,1 por ciento anual; en otras palabras, el notable crecimiento económico de Estados Unidos se debe, a lo menos en parte, a la relativamente modesta tasa del crecimiento vegetativo. Dicho directamente: las personas que nacen en países pobres con rápido ritmo de crecimiento poblacional morirán también en países pobres.

—*A menos que se desplacen a países ricos.*

—Que es precisamente lo que está ocurriendo: gigantescas migraciones se trasladan de países pobres a países ricos, e incluso de países pobres hacia países menos pobres. El desplazamiento de poblaciones entre diferentes latitudes alcanza a varios millones de seres humanos. ¿Cómo se las arreglará el antiguo primer mundo para continuar evitando o controlando estas migraciones, por ejemplo, la de México hacia Estados Unidos o del norte de África hacia Europa, o incluso de Europa oriental hacia Europa occidental? ¿Y por cuánto tiempo nuestro país continuará a salvo de este fenómeno?

—Ya no está a salvo: desde hace unos años estamos viviendo en Chile una compleja inmigración de bolivianos y peruanos.

—Si Chile continúa con el actual crecimiento económico, varios miles de personas llegarán a golpear nuestras puertas. En el siglo pasado los grandes desplazamientos de población de países europeos hacia América Latina eran de personas con cierta formación cultural que llegaban a lugares poco poblados. Hoy, en cambio, las emigraciones están integradas por enormes masas humanas de muy escaso nivel cultural.

—Agreguemos a este cuadro demográfico el envejecimiento de la población.

—La población pasiva de los países europeos ha ido aumentando notablemente, y este aumento acarrea gravísimos problemas en el orden previsional. La posmodernidad deberá prepararse para enfrentar una proporción de personas ancianas sin precedentes; y al referirnos a los ancianos estamos hablando de personas que en la actual lógica económica no contribuyen a la creación de riqueza, sino que, por el contrario, gastan enormes recursos en salud y en diversos tipos de cuidado. En el conjunto de los países en desarrollo se calcula que la población pasiva pasará de doscientos a seiscientos cincuenta millones en el año 2025.

—Es decir, si la población total se duplica, la tercera edad se triplica.

—Y en un muy breve plazo. El aumento de la población en los países más pobres se está tragando el hipotético mayor crecimiento del producto. En los hechos, el aumento de la clase pasiva, tanto en Europa como en Estados Unidos y Japón, está conduciendo a una virtual quiebra a los sistemas previsionales públicos y privados. El catecismo neoliberal insiste en culpar por los enormes déficit producidos en esta materia a los "ineficientes sistemas públicos"; pero oculta o ignora el aumento exorbitante de la clase pasiva y la consiguiente reducción proporcional de la población activa. En Chile, concretamente, deberemos esperar que el grueso de los imponentes de las Administradoras de Fondos Previsionales comience a cumplir su edad de jubilar para emitir un juicio acerca de las bondades del sistema. Ni siquiera en Estados Unidos los sistemas previsionales privados están funcionando con mayor eficacia que los públicos.

—¿No ha mencionado la calidad de vida de estos enormes contingentes de población?

—Hacia allá voy. Como la explosión demográfica está asociada en particular en los países en desarrollo al exorbitante aumento de habitantes en las grandes ciudades, producto además de las corrientes migratorias del campo a la ciudad, los problemas engendrados en estas gigantescas megalópolis simplemente carecen de soluciones viables. Incluso una ciudad como Santiago, con sólo cinco millones y medio de habitantes, y con aproximadamente ocho millones en el 2005, difícilmente podrá resolver los problemas derivados de la dramática contaminación atmosférica, los enormes atochamientos de vehículos en la vía pública y el rápido aumento de la inseguridad. La ciudad de México, con unos treinta millones de habitantes en esta primera década del siglo XXI, necesariamente se irá transformando en un infierno viviente. En la actualidad son veinte las megalópolis de más de diez millones de habitantes, y casi todas ellas se encuentran en los países de escaso desarrollo económico. Las numerosas megalópolis que pueblan África, América y Asia se han constituido en verdaderos "mundos de miedo".

—Cabe aquí una imagen del escritor Eduardo Galeano: "Nuestras ciudades cada día se convierten en espacios 'urbanos' internamente amurallados: a un lado de la muralla sobreviven quienes tienen hambre y en el otro sobreviven quienes tienen miedo...", aunque cotidianamente, en una desconfianza recíproca, se amenazan los unos a los otros.

Los nuevos condominios privados ofrecen sobre todo la seguridad del encierro. Por lo mismo, en los países del norte hay una creciente emigración al "campo" para fundar las nuevas "tecnotribus" que describen algunos sociólogos, y también allá y en nuestros países, en relación al tema de la (in)seguridad ciudadana, sin negar a veces el necesario disciplinamiento represivo, muchos proponen recuperar la ciudad para los peatones y los ciudadanos, activar los espacios convivenciales de cultura popular y la organización ciudadana para autodotarse de seguridad colectiva.

—Los países ricos también deberán portar su propia cruz, a medida que vaya transcurriendo el siglo y la globalización neoliberal de la economía convierta al mundo en un infierno ecológico y demográfico. Ellos tendrán inexorablemente que aportar al financiamiento de

estos desafíos. La "placa tectónica poblacional" —como la denomina Thurow en *El Futuro del Capitalismo*—, es una de las causantes de la tremenda contaminación y de la acelerada degradación del medio ambiente; de la existencia de migraciones descontroladas; del envejecimiento creciente de la población, y de graves alteraciones en los equilibrios entre países ricos y pobres. Las grandes transformaciones ecológica y demográfica está cambiando en forma irreversible el paisaje humano del planeta.

—No es trivial entonces la imagen que usábamos al inicio de nuestra conversación: la especie humana como una plaga.

—No me parece una imagen carente de todo fundamento. En India la población alcanzará a los 1.200 millones de habitantes en un plazo relativamente breve; y China, ya anda en los 1.300 millones y se espera que alrededor del 2030 logre estabilizar su población en 1.500 millones. ¿Y cómo ha conseguido China esta relativa disminución del ritmo de crecimiento de su población? Mediante la práctica, casi en dimensión industrial, del aborto, y también a través de castigos muy severos a los matrimonios que tengan más de un hijo e incluso el asesinato de recién nacidos. Y para qué vamos a continuar refiriéndonos a los problemas que deberán enfrentar países como Indonesia, Pakistán, Nigeria o Brasil, cada uno de los cuales tendrá un número de habitantes muy superior a los 150 millones y en sólo pocos años más.

—Requerirán de mucha imaginación o sobrevendrán rupturas sociales aún impensables.

—Es ésta una realidad cada vez más visible y aterradora.

—Una realidad que ya se nos vino encima. Ahí están las muertes masivas por guerras civiles y hambrunas en África; el drama de los europeos y norteamericanos con las migraciones de los pobres del sur, el problema de la tercera edad en Europa. ¿Qué harán los miles de millones de pobres que tienen hambre y los millones de opulentos que tienen miedo?

9

LAS GRANDES TRANSFORMACIONES CIENTÍFICO-TECNOLÓGICAS

CARLOS ALTAMIRANO: —En la Época Moderna los avances científicos y tecnológicos transformaron radical e irreversiblemente la vida de las sociedades occidentales —vapor, electricidad, ferrocarriles, cine, aviones, televisión etcétera. Hoy estamos asistiendo a nuevas y aún más cruciales transformaciones: el "fin del trabajo" causado por la informática y la robotización; la biotecnología; la exploración del espacio; la energía nuclear; y la revolución en las telecomunicaciones.

HERNÁN DINAMARCA: —La técnica ha sido muy bellamente definida como la extensión de los sentidos del hombre y la mujer. Desde siempre la técnica maximiza la fuerza humana, extiende nuestra visión, nuestra memoria, nuestros sueños, nuestras manos...

Así entendido el proceso histórico de la ciencia-técnica, sin duda, que las nuevas tecnologías que usted ha destacado y la nueva ciencia implican una ruptura con ese pasado humano, pues, por un lado, éstas ya no sólo extienden nuestros sentidos sino que ahora son capaces de crear nuevos sentidos y, por otro, ellas son sinónimo de un macro poder que nos interpela a una inédita responsabilidad como seres vivos que formamos parte de la red cósmica.

Por lo mismo, el devenir de la nueva sociedad y modo de vida posmoderno dependerá de la reflexividad y sabiduría que apliquemos en todas nuestras necesarias innovaciones tecnológicas, o, dicho en clave de interrogante, dependerá de la manera como nos relacionemos con la tecnología: ¿si la continuamos fetichizando a la

manera moderna —nos fascinamos acríticamente— o bien la asumimos con serenidad y responsabilidad?

—Así es. La poderosa quilla del barco moderno está constituida por una acerada y compacta trilogía: ciencia, tecnología, industria. Europa y Estados Unidos inauguran el siglo XX siendo aún sociedades semiagrarias —el 50 por ciento de la población trabajaba en la tierra— y concluyen el siglo convertidas en sociedades urbanas industriales —con sólo el 3 o 4 por ciento de la población trabajando en labores más propiamente agroindustriales.

Hoy todos los presupuestos públicos de educación e investigación científica de los países modernos han venido creciendo en porcentajes exponenciales; sin considerar a las grandes transnacionales que también están haciendo enormes inversiones en ciencia y tecnología.

—Las empresas transnacionales saben de la importancia de la apropiación de la tecnología. Y más aún: al apropiarse de ella, abusan de su poder; un poder que, sin embargo, ha sido un logro de toda la humanidad y en especial de la moderna. Usted ya lo dijo antes: fueron los Estados los que financiaron e incentivaron a científicos y técnicos para la creación y marcha de la carrera espacial, Internet, el Genoma Humano, etcétera. En fin, han sido los impulsores de esas innovaciones y, más tarde, esas empresas privatizan esos saberes y tecnologías, se los apropian, los reutilizan y no pocas veces los reorientan.

—Sin duda, los más importantes descubrimientos científicos y tecnológicos del siglo pasado se han hecho bajo patrocinio del Estado. A pesar de ello, hoy muchos hablan de su ineficacia, aunque en las horas de amenazas o peligros son los Estados, y no las empresas privadas, los que contribuyen a paliar los efectos de una hecatombe económica.

—Hablemos del "fin del trabajo" como corolario de la tecnología que sustituye la energía humana.

—Hace más de veinte años André Gorz escribió un libro profético, *Adiós al Proletariado*. En él preveía la gradual e inexorable reducción del trabajo manual y una futura "sociedad del paro" —así la llamó—. El antiguo proletariado de la sociedad industrial no sólo se está reduciendo en términos relativos sino absolutos; según diversos pronósticos caerá a un porcentaje bastante inferior al 10 por ciento de la

población activa antes de finalizar este siglo. Ante esta realidad, según Gorz, existían dos opciones básicas: o la sociedad del paro (que en parte ya existe en Europa) o la de tiempo libre, que también ha comenzado a emerger. Esta última se basaría en el nuevo principio valórico: "trabajar menos para poder trabajar todos".

Hoy la tecnología está modificando decisivamente la maldición bíblica ("ganarás el pan con el sudor de tu frente"), pero, a su vez, se ha transformado en una maldición la falta de trabajo. Marx tampoco estuvo más acertado que la Biblia; para él, el motor de la historia era la lucha de clases —en lengua moderna, entre burgueses y proletarios—, pero resulta que el actual sistema de producción, informatizado y robotizado, ha ido eliminando al obrero y de paso también al viejo burgués; en los países de Europa ya hay 18 millones de desocupados. Algunos hoy están hablando de la "sociedad del ocio"; en Francia la semana laboral se ha reducido a 35 horas, y también se están institucionalizando una multiplicidad de otras formas de trabajo. La informatización y robotización no sólo ha devaluando el trabajo sino que incluso lo está eliminando. Marx, en sus visiones milenaristas, imaginaba una sociedad sin clases, sin Estado y sin dinero; pero nunca pensó en una sociedad sin trabajo.

—El tema de fondo es que hoy se requiere un cambio cultural para resolver la siguiente contradicción: las fuerzas productivas permitirían una sociedad en la cual los hombres podrían trabajar de una manera novedosa, creativa y libre; pero las relaciones de producción siguen exigiendo un embrutecimiento laboral productivista y orientado al sobreconsumo, así como aún existen lógicas que imponen que unos acceden al empleo y otros no. Por otra parte, la brutal desigualdad en la distribución del ingreso según los trabajos, en una sociedad que mide el "éxito" en función del ingreso de los sujetos, es causa en gran medida de que no se puedan realizar cambios orientados a una sociedad del tiempo libre.

—Sobre todo cuando la revolución informática en las comunicaciones ha aumentado aún más las fuerzas productivas y, en consecuencia, permite producir un volumen notablemente superior de bienes y servicios empleando menos horas de trabajo. En Estados Unidos y Japón, a comienzos de este siglo, cada obrero trabajaba aproximadamente 3.500 horas por año y ahora sólo lo hace 1.600 horas y produce mucho más. En otras palabras, el trabajo está dejando de ser factor fundamental en la producción de bienes y servicios. La riqueza

mundial se halla en notorio aumento; en cambio, el trabajo en franca disminución. Las nuevas tecnologías están devaluando por igual las materias primas y el trabajo. Cuando nos referimos al trabajo, estamos pensando en los miles de millones de seres humanos que viven del trabajo; en las organizaciones sindicales de los trabajadores; en los partidos políticos que aspiraban a representar el interés de la clase trabajadora, y también, en las identidades y culturas que se fueron conformando en torno a estas diversas formas de trabajo: campesina, obrera, minera, pesquera, empleados de cuello blanco, etc. En la misma medida en que se vaya transformando la naturaleza del trabajo, también deberán ir cambiando y adaptándose las organizaciones sindicales, los partidos políticos y sus ideologías, las instituciones educacionales, en definitiva, la propia sociedad. Vivianne Forrester, en *El Horror Económico*, nos advierte, con razón, que el viejo concepto de trabajo se está vaciando de contenido, y originando así un tipo de sociedad donde sólo algunos pocos tendrán trabajo y altos ingresos mientras la enorme mayoría carecerá de él o lo tendrá muy "precarizado".

—¿Es sustentable una sociedad así? ¿Qué estructura social podría contener la furia de los millones y millones de pobres que sólo mirarían las vitrinas?

—Son preguntas inquietantes y casi sin respuestas si se conserva el actual sistema productivo y su racionalidad. La Forrester nos entrega la siguiente información: "En 1958 había 25 mil desocupados en Francia, mientras que en 1996 hay casi 3 millones y medio... además hay unos 120 millones de desocupados en el mundo, de los cuales 35 millones corresponden a los países industrializados y 18 millones a Europa".

—En nuestros países las cifras aún no son tan alarmantes, salvo que se considere el "empleo informal" y los altos índices de cesantía juvenil.

—La anterior información nos lleva a formularnos la siguiente pregunta: si recién ha comenzado el proceso de mundialización de las tecnologías que llevan a la reducción del trabajo, y ya existen 120 millones de desocupados, ¿cuál será la suerte de éstos dentro de veinte o treinta años más? En vista de las cifras que antes daba sobre la explosión demográfica, ¿cuál será el porvenir de centenas de millones de jóvenes en el mundo? ¿Deberán caer aún más los ingresos de enormes

masas de trabajadores —aun cuando nadie pueda afirmar con certeza que este mecanismo haga crecer el empleo— y también deberá aumentar correlativamente la delincuencia en grados incontrolables? ¿Cómo resuelven los "profetas" del pensamiento único —del neoliberalismo transnacionalizado— este círculo vicioso? Su respuesta es muy sencilla: más competitividad y más productividad, pero al mismo tiempo —agrego yo—: más desempleo y menores salarios.

—En Estados Unidos y Europa, el Tercer Sector (ni estado ni gran empresa), asociativo e inspirado en una lógica sin fines de lucro, está plantando desde la sociedad civil los primeros gérmenes de una nueva manera de producir y relacionarse. Jeremy Rifkin afirma en su libro El Fin del Trabajo *que "el tercer sector juega un papel social cada vez más importante en el mundo... ha crecido sensiblemente en los últimos años... y es la única opción con futuro ante la actual crisis económica y laboral causada por la actual revolución tecnológica y las desigualdades sociales". Y entrega cifras para 1990: 350.000 organizaciones en Reino Unido con un 4 por ciento de participación en el PBI. El 39 por ciento de la población norteamericana participa en actividades del tercer sector. En Francia, en sólo un año —finales de los ochenta— se crearon 43.000 asociaciones en la sociedad civil y el empleo en el tercer sector ha crecido en forma irregular mientras disminuye en la economía formal. El tercer sector en Alemania crece más rápido que el público y el privado. El 15,4 por ciento de la población adulta de Italia dona su tiempo libre a actividades de ese tipo. En Japón ha crecido de manera espectacular: 23.000 organizaciones de caridad, 12.000 de bienestar social, 130.000 "rozin" para los adultos mayores, entre otras organizaciones "no profit". 70.000 ONG en la ex Unión Soviética y Europa central. En Asia existen 20.000 asociaciones de la sociedad civil. En África 4.000 y en América Latina, sólo en Brasil había, en 1990, 100.000 asociaciones comunitarias.*

El Tercer Sector, según Rifkin, es la alternativa societal para enfrentar el fin del trabajo y redistribuirlo, es una nueva organización social, una coartada de la ciudadanía para ocupar el espacio redistributivo que abandonó el Estado y que la gran empresa nunca ha creado, es una nueva relación social inspirada en valores como la cooperación y la solidaridad. En Estados Unidos, por ejemplo, ya hay ciudades enteras donde circula un nuevo papel dinero que se usa como un "trueque" para intercambiar valores de trabajo socialmente necesario, dinero que incluso aceptan algunas entidades

financieras. Yo agregaría que el Tercer Sector es uno de los más potentes indicadores de lo que deberá ser una Nueva Economía en un sentido integral (y no sólo como propagandísticamente se suele asociar el concepto de nueva economía de manera unilateral a las empresas tecnológicas y al comercio electrónico).

—Volviendo a los descubrimientos científico-técnicos del siglo XX, hablemos de uno de los más importantes, la energía nuclear. De haberse realizado este magno descubrimiento con alguna anticipación, por Hitler o Stalin, el curso de la historia habría cambia radicalmente. La Alemania nazi o el comunismo soviético serían hoy los dueños del mundo, y muy poco le faltó a Hitler para hacerse primero que los norteamericanos con el poder atómico. Felizmente, por el momento se ha reducido el terror de una conflagración nuclear inminente; pero la espada de Damocles encarnada en la energía nuclear continuará suspendida en el subconsciente colectivo de la humanidad. Los cinco países poseedores del secreto nuclear ya han aumentado a siete y, aun cuando el resto ha renunciado a fabricar bombas atómicas, no existe una real garantía de que ello ocurra así. E incluso, ¿por qué no prever la existencia de ciertos grupos terroristas en estado de fabricar algún tipo de arma nuclear?

—O bien alguna corporación transnacional, ahora con más poder que muchos Estados, perfectamente podría construir la bomba.

—Sin duda, las grandes empresas transnacionales especializadas en la producción de equipos nucleares están en perfectas condiciones de fabricarlas. Por lo mismo, no es irracional pensar en grupos terroristas capaces de dotarse de estas armas. Los procesos de fabricación ya son suficientemente conocidos y el financiamiento está al alcance de más de alguna de esas organizaciones. Además, más allá de la no descartable amenaza de guerra entre países, se halla siempre latente un estallido accidental de alguna de las miles de ojivas conservadas en deplorable estado en Ucrania o en Rusia. Y también está la posibilidad de nuevos accidentes en alguna de las múltiples plantas nucleares diseminadas por el mundo. Chernobyl, con sus 300.000 muertos, dio la primera y más dramática de las señales de alarma. Más de alguna de estas plantas, incluso en Estados Unidos y Japón, ha experimentado serios desperfectos. ¿Y dónde se están ocultando los desechos nucleares? La humanidad deberá acostumbrarse a convivir con esta poderosa y mortal espada de Damocles.

El descubrimiento de la energía nuclear constituye sin duda un caso más de la paradigmática ambigüedad moderna; en ella se refleja fielmente la doble cara del progreso. Progreso, si se la usa para fines pacíficos, aun cuando su sola existencia entrañe grave peligro; o destrucción y muerte si se la emplea con fines bélicos. Más de doscientos mil muertos y miles de heridos y condenados a muerte hubo en Nagasaki e Hiroshima, y sólo se trataba de bombas de escasa potencia. La era nuclear se ha iniciado. Es probable que en un tiempo más se descubra la energía por fusión del oxígeno y, cuando eso suceda, el hombre dispondrá de una capacidad destructiva aún muy superior a la actual, y casi sin costos.

—En rigor, el arma nuclear fue la primera espada de Damocles. Ahora tenemos armas químicas y biológicas. Confío, sin embargo, en la regulación ética del ser humano. Estos son poderes de tal magnitud que terminaremos por entender que no se los puede usar destructivamente. Son el signo cultural y ético persuasivo más poderoso para terminar con las guerras globales. Clausewitz, teórico moderno, decía que "la guerra es la continuación de la política por otros medios". Esa frase valía para la Época Moderna, cuando las armas aún permitían el "juego de la guerra como paroxismo de la política"; pero, con los armas nucleares, biológicas y químicas de destrucción global, esa frase o no dice nada o en el mejor de los casos podría incentivar una conducta de mayor responsabilidad, al menos en el escenario mundial, ya que "si la guerra realmente continuara la política por otros medios, hoy sería para instaurar el imperio de la muerte global".

Hace sólo cuarenta años la frase de Clausewitz era un lugar común en la política; ahora, nadie en su sano juicio la sustenta.

—Nos encontramos frente a una realidad inédita. Como ya lo he expresado, por primera vez en la historia habitamos en una época de dimensiones universales y también, por primera vez, algunos seres humanos disponen de la capacidad suficiente para destruir íntegramente el planeta. Estamos bajo la amenaza de un nuevo terrorismo posmoderno que, como tú recordabas, posee armas biológicas, químicas y nucleares. No es casual que el cine de ciencia ficción especule con la existencia de un mundo posdestrucción nuclear, de posterrorismo biológico o posdominio de las máquinas. Entramos al tercer milenio de la era cristiana y a la primera era de la civilización planetaria en una situación de extrema inestabilidad, inseguridad e

incertidumbre, tanto por motivaciones sociales, como ecológicas, demográficas, económicas y nucleares, agravadas porque se trata de un período de transición civilizacional; y en toda transición se producen vacíos de poder, pérdida de sentidos de vida y corrupciones de todo orden. Para muchos, el descubrimiento de la energía nuclear ha importado los inicios de una nueva era, de un antes y de un después, pero sólo el tiempo nos dirá si existirá o no ese después.

LA MÁS TRASCENDENTE DE TODAS LAS REVOLUCIONES: LA BIOTECNOLÓGICA

—Varias veces en nuestra conversación ha relevado a la biotecnología como el gran hito de la actual transición epocal.

—Es que entre todos los avances, la biotecnología me parece el más espectacular, pero al mismo tiempo el más aterrante. Estas tecnologías están violando fronteras morales, humanas y sociales hasta ahora prohibidas: manipulación genética, fecundación artificial de animales y seres humanos, congelamiento de embriones, bancos de semen, arriendo de vientres, clonaciones (por el momento de animales). La ingeniería genética está permitiendo que la humanidad cree nuevas especies animales y vegetales. Hasta hace poco este poder estaba exclusivamente reservado a Dios. De esta manera, el hombre asume el poder demiúrgico de engendrar nuevas especies vivientes en los reinos vegetales, animales y también humano. En un tiempo más será posible transformar y manipular el genoma humano, "fabricar" un ser humano con o sin ciertas predisposiciones físicas o mentales, incluso conforme a un modelo ideal. Los avances en materias médicas y biotecnológicas están planteando problemas morales de carácter inédito; por lo mismo se han creado comisiones de bioética en casi todos los países del mundo.

—En los países europeos y Estados Unidos éste es un debate político de primer orden y, por lo mismo, están regulando la práctica biotecnológica a partir de discusiones bioéticas: uno de los límites hasta ahora acordados es la clonación humana y otro es la divulgación de antecedentes genéticos sin consulta a la persona. También están regulando el comercio de productos transgénicos e incluso en algunos casos prohibiendo su comercialización. En todo el mundo

nacen asociaciones de consumidores que los están rechazando por su eventual impacto negativo sobre la biodiversidad y sus posibles consecuencias no deseadas.

Pongo énfasis en lo anterior, porque sin duda es fundamental y necesaria la exploración científica en la trama de la vida —la expresión es de Fritjof Capra— y también lo son sus aplicaciones en la biotecnología; pero asimismo es importante relevar que uno de los ámbitos humanos más necesitados de regulación, por sus eventuales impactos no deseados, será la biotecnología. Afortunadamente los sectores responsables de la especie así lo exigen y cada vez lo tienen más claro: en 1999, por ejemplo, en la Conferencia Mundial de Cartagena, Colombia, se discutió políticamente acerca de la biotecnología y el comercio transgénico, y en enero del 2000 en Montreal, Canadá, en el Convenio sobre la Biodiversidad de las Naciones Unidas se firmó un "Protocolo de Bioseguridad" que regula el movimiento transfronterizo de los organismos genéticamente modificados (OGM).

—La batalla por el control biotecnológico y de la ingeniería genética recién está comenzando con las clonaciones y con la aparición de los nuevos alimentos transgénicos. Nos encontramos sólo en el preludio de la más trascendente y la más definitiva de las revoluciones que han venido cambiando la vida de los seres humanos. La revolución biotecnológica impacta directamente en la vida de cada individuo. Te refieres a diversos intentos de regulaciones en las investigaciones biotecnológicas y sobre todo en sus posteriores aplicaciones. ¿Pero hasta cuándo podrá prohibirse la clonación de seres humanos? ¿Hasta cuándo se impedirá divulgar antecedentes genéticos de una persona sin su autorización? ¿Hasta cuándo se regulará el comercio de productos transgénicos?

—Dependerá de cómo se vaya resolviendo este nuevo desafío cultural. Otra dimensión que genera gran inquietud y debate político en Estados Unidos y Europa es la posibilidad que gigantes transnacionales de la biotecnología como Monsanto, Dupont, Novartis, privaticen (patenten) el patrimonio genético de la vida, humana y no humana. El último libro de Jeremy Rifkin, "El siglo Bioetic", *ha motivado intensas polémicas. Rifkin reconoce que el conocimiento de los genes es capital para la evolución humana; por lo mismo apela a la "urgente necesidad de un tratado internacional que declare que todos los genes son patrimonio de toda la humanidad", recogiendo como*

ejemplo la experiencia del tratado respecto a la Antártica. También en su obra Rifkin evalúa que hay dos maneras de desarrollar la biotecnología: una es la aplicación "hard", que él critica por ser reduccionista, cartesiana, no integrada, que busca transformar las semillas en armas y una comercialización indiscriminada de los OGM; y otra es la aplicación "soft", que él propone y defiende con el objeto de que la genética ayude a integrar mejor las culturas a sus ecosistemas. Según Rifkin, la tendencia "hard" es creerse un Dios ajeno a la naturaleza y la sensibilidad soft quiere convertir a la humanidad en un compañero integrado a la coevolución. Rifkin pronostica que ésta será una de las grandes contradicciones de la nueva época histórica y que por eso ya están apareciendo tantos movimientos ciudadanos pro derechos genéticos

—Participo plenamente de la necesidad de introducir estos controles, pero soy pesimista acerca de sus resultados. Por ejemplo, pese a las oposiciones, hace algunos meses el gobierno británico habría dicho que "daría luz verde a la clonación de embriones humanos con fines de investigación médica". Pienso que el hombre terminará haciendo todo lo que esté en condiciones de hacer. El mundo moderno ha concluido comercializando o mercantilizando todo cuanto existe.

—Incluso en Chile hace un par de años se inició entre personas agobiadas por problemas económicos "la moda" de poner a la venta riñones y córneas, en un dramático "ganarás el pan subastando los órganos de tu cuerpo".

—¿Acaso médicos y clínicas católicas no realizan fecundación asistida o *in vitro*, a pesar de que la Iglesia las ha prohibido? En general, la respuesta del mundo católico ha sido apelar al origen divino del ser humano; en consecuencia no se podría atentar en contra de su dignidad ni someterlo a manipulaciones genéticas o permitir la venta comercial de sus órganos. Sin embargo hasta ahora estas prohibiciones sólo han tenido el carácter de meras recomendaciones.

Con la fertilización asistida han nacido nuevas categorías de madres: la madre genética y la biológica; la segunda arrienda su vientre para permitir el desarrollo del embrión.

—Otro tema muy serio es el de la medicina genético predictiva, pues podría causar una irreversible forma de discriminación. Ésta, a diferencia del ayer, ya no será étnica ni económica ni sexual ni por

lugar de nacimiento, sino que por disposición genética. Sería la primera discriminación absoluta e irreversible en la historia humana: podría gestar ciudadanos de distintas categorías según su predisposición genética.

De ahí que en Europa y Estados Unidos se esté regulando en aras del derecho al secreto personal y se discuta prohibir la práctica de no pocas grandes empresas que para contratar a alguien exigen un examen genético que descarte la disposición a contraer determinadas enfermedades. Por ejemplo, científicos norteamericanos que trabajan en el "Consejo de una Genética Responsable" han documentado miles de casos de personas sanas a quienes se ha negado seguro o empleo por "predicciones" genéticas. La Unión Estadounidense por las Libertades Civiles ha promovido, estado por estado, leyes para la reducción o eliminación de la discriminación genética. Unos quince estados ya han aprobado algún tipo de regulación. Existe, además, la ley federal Kennedy-Kassebaum, que limita la discriminación genética en ciertos tipos de seguros médicos, aunque no se aplica a los seguros de vida ni al empleo. A su vez, el presidente Clinton anunció un proyecto federal que prohibiría a las compañías de seguros utilizar cualquier tipo de información genética.

Sin embargo, más allá de la amenaza de la discriminación absoluta, esta fascinación acrítica (y además científicamente infundada) por el determinismo genético, tiene otras consecuencias sociales. Cito al profesor Philip Bereano, de la Universidad de Washington: "un énfasis excesivo sobre el papel de los genes en la salud humana descuida los factores ambientales y sociales. Por ejemplo, existen pruebas que vinculan la contaminación ambiental (y el estrés vital) con el cáncer. No obstante, las investigaciones tienen como prioridad la identificación de predisposiciones genéticas al cáncer. Si esta enfermedad se considera principalmente de origen genético, los legisladores podrían abandonar los esfuerzos por limpiar el ambiente de agentes cancerígenos en favor de una búsqueda de 'genes cancerígenos'. En efecto, estimulamos la actitud de culpar a la víctima por sus genes defectuosos, mientras condiciones sociales como la pobreza y la contaminación ambiental, que se relacionan directamente con enfermedades y altos índices de mortalidad, se vuelven menos importantes".

—Los problemas que se generarán por estas nuevas y revolucionarias experiencias serán imponderables. Los mayores conglomerados transnacionales del mundo se encuentran empeñados en una

durísima competencia de compras y de fusiones por lograr controlar el mercado biogenético del futuro. La mayor de estas OPAS viene de realizarla Pfizer, al pretender la compra hostil de otra de las mayores empresas norteamericanas, en algo así como 80 mil millones de dólares. La carrera por adelantarse en el conocimiento y decodificación del genoma humano exige inversiones de millones de millones de dólares. Y ya muchos de los descubrimientos en esta materia han sido patentados; por el momento exhibe el mayor número de patentes el departamento de salud del gobierno norteamericano. Por esto veo muy difícil, viviendo en un capitalismo salvaje, que se limiten o prohíban descubrimientos que pueden generar miles de millones de dólares de utilidad.

—Usted lo ha dicho, las cosas seguirán así si seguimos viviendo en el "capitalismo salvaje" propio de la modernidad tardía. Hay excesos tecnócratas muy singulares: Stephen Hawking, en una reunión convocada por Clinton para proyectar el siglo XXI profetizó que el ser humano del futuro será mejor porque resultará de la ingeniería genética. Es curioso: la idea moral del "hombre nuevo" guevarista y de tantas utopías es recuperada en clave biotecnológica.

Hay que decir, sin embargo, que científicos más profundos, menos tecnócratas y autocomplacientes, ven en ese arrebato de manipulación determinista de los genes un riesgo inconmensurable, ya que se interviene, de modo irresponsable e ignorante, en una evolución biológica milenaria y complejísima. Quizá sea éste el debate más profundo de la bioética.

—En la década de los ochenta, el gobierno de Estados Unidos resolvió encomendar al Instituto Nacional de Salud un proyecto de impredecibles consecuencias: definir el mapa y la secuencia del genoma humano. Cada célula contiene la historia y los secretos de la evolución de la vida en la Tierra. Y sólo el día 26 de junio de 2000 ha salido una histórica declaración de numerosos científicos, del presidente de Estados Unidos y del Primer Ministro de Inglaterra anunciando haber decodificado el 97 por ciento del mapa del genoma humano.

—Es, sin duda, un salto cuántico, cuyas consecuencias en una medicina gestionada con sabiduría y responsabilidad son un escenario abierto. Además, uno se pregunta de qué manera el develamiento del "libro de la vida" incidirá en la conciencia humana. Por ejemplo, Jon Seger, biólogo evolutivo y genetista de la

Universidad de Utah, Estados Unidos, ha escrito: "El genoma nos pone cara a cara con el resto de la naturaleza... (y) se ven los mismos genes en moscas, gusanos, monos, plantas, ratones y personas. Es la evolución desplegada para que todos puedan verla. No hay nada peculiar o distintivo en nosotros... ". En fin, nos interpela a la fraternidad de todo lo vivo. Y entre la especie humana la hòmogeneidad genética es impresionante: un 99.9 por ciento, pues sólo el 0.1 por ciento hace nuestras diferencias físicas como individuos singulares.

—En estos instantes decenas de científicos buscan en los lugares más apartados del planeta el ADN de los pueblos primitivos, para así lograr conocer más acerca de nuestros antecesores. En Inglaterra se está instalando un banco de datos genéticos, algo que hasta hace poco parecería un tema de ciencia ficción. A través del estudio de los genes de unos 500 mil británicos se pretende conocer la influencia tanto de los factores genéticos como la del medio ambiente en la conformación de un ser humano. En Estonia, Suecia e Islandia ya se han realizado investigaciones de este tipo. La autoridad sanitaria del Reino Unido pretende mantener bajo estricto control público los datos acumulados en este banco y al mismo tiempo, las donaciones serán totalmente voluntarias. El objetivo es analizar la historia genética de los habitantes de Inglaterra, así como la correlación entre los factores hereditarios y los culturales en el desarrollo del pueblo inglés y, por último, analizar los tipos de enfermedades más corrientes, así como sus posibles tratamientos. Por cierto, la instalación de este banco ha motivado una enorme polémica. En todo caso, estas investigaciones están abriendo horizontes insospechados en el conocimiento de la evolución humana.

—La busqueda del ADN entre los indígenas vivos a que usted hacía mención ha generado una controversia política y una reacción de los propios pueblos originarios. En 1997, por ejemplo, se reunieron las organizaciones de pueblos indígenas y emitieron la Declaración de Ukupseni, Kuna Yala, sobre el proyecto de Diversidad del Genoma Humano. Ahí decían: "teniendo evidencia que intensas investigaciones ya se han realizado y se continúan haciendo en nuestras comunidades, exigimos la devolución completa de las colecciones genéticas almacenadas [...] los pueblos indígenas no nos oponemos al desarrollo y usos de nuevas tecnologías, siempre y cuando esto no atente contra las relaciones armónicas y los principios de solidaridad y derechos fundamentales universalmente reconocidos [...]

nuestra existencia milenaria se ha basado en el principio de respeto, solidaridad y armonía con los elementos naturales. En este contexto nuestra declaración es un aporte, a toda la humanidad".

—Este nuevo y asombroso conocimiento nos permitirá prevenir enfermedades hasta ahora incurables y manipular, por ejemplo, los genes de las vacas para que unas produzcan más leche y otras más carne según las necesidades del mercado. Al animal se lo transforma así en una verdadera "fábrica biológica". Iguales experimentos se están realizando en muy diversas especies de animales, peces, pájaros y vegetales. Se están produciendo los llamados alimentos transgénicos, esto es, vegetales o frutas modificados genéticamente: tomates, trigo, maíz, aceite, algodón, y diversas clases de frutas alterados genéticamente.

Pero los problemas éticos, filosóficos, políticos, antropológicos y económicos derivados de la ingeniería genética tendrán consecuencias decisivas en la organización de la sociedad futura; desde luego, como ya advertimos, los sistemas de producción agrícola, ganadera, etc., experimentarán cambios radicales y se están presentando como una solución definitiva para evitar el hambre en el mundo. Lo más afectado por estos sorprendentes descubrimientos parece ser el mundo católico; de aquí la decidida oposición de la Iglesia a este tipo de investigaciones. La adopción del pensamiento racional en los inicios de la moderna civilización europea condujo también a un conflicto entre las verdades divinas proclamadas por la Iglesia y las nuevas verdades enunciadas por la ciencia. Hace sólo un año que la Iglesia católica ha reconocido el grave error cometido con la condenación de Galileo y también por el rechazo de la teoría de la evolución de Darwin. Los actuales argumentos de la Iglesia para oponerse a estas investigaciones no son muy distintos a los de ayer. La ingeniería genética en seres humanos sería inmoral porque estaría invadiendo dominios "reservados a Dios"; además sería "antinatural" y atentaría contra "la dignidad humana". Como siempre, estos juicios tautológicos de la Iglesia se apoyan en afirmaciones rotundas y dogmáticas. ¿Cuáles son los dominios reservados a Dios y quién ha definido sus límites? ¿Cuál es el concepto de "lo natural", que permite establecer el carácter "antinatural" de estos experimentos? ¿En qué medida estas investigaciones atentarían contra la dignidad humana? También Leonardo Da Vinci, hace cinco siglos atrás, habría atentado contra el carácter "sagrado del cuerpo humano" por haber realizado estudios anatómicos en cadáveres; más tarde se llevaría a la hoguera a Giordano Bruno por una situación semejante. Descartes también fue sometido a fuertes

presiones por sus concepciones, consideradas contrarias a las impartidas por la Iglesia y, por años se postergó la publicación de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alambert porque se la estimaba contraria a las verdades de la Iglesia.

Por cierto, mis dudas acerca de los posibles efectos de estas investigaciones biogenéticas no son las mismas que las de la Iglesia. Por ejemplo, no advierto razones para que alguien se oponga a recurrir a la ingeniería genética si su hijo por nacer tiene alta predisposición a contraer cualquiera de alguna de las enfermedades incurables; y por qué podría ser "más natural" tratar un cáncer después de ser diagnosticado y no mediante la manipulación genética antes de que aquél se desarrolle. Dados los avances prodigiosos de la ciencia médica, los trasplantes de órganos, los marcapasos, las operaciones a corazón abierto, la inseminación artificial, los cambios de sexo, el arriendo de vientres, los bancos de óvulos y espermatozoides, ¿cuáles serían los límites de lo natural?. En cambio, sí me parecería altamente dudoso aceptar la reproducción de seres humanos mediante el mecanismo de la clonación: personalmente no confío en nuestra sabiduría para decidir acerca de cuáles son los tipos ideales de personas que merecen reproducirse. Ya Hitler intentó hacerlo, y podemos fácilmente suponer cuál habría sido su modelo ideal o cuál habría sido el de Stalin.

—Usted ha mencionado las objeciones de la Iglesia y cuán difícil es compartirlas, por sus incoherencias y porque prolongan una actitud que históricamente se ha mostrado equivocada. Sin embargo hay otras objeciones éticas más profundas que son coherentes con una nueva concepción de mundo posmoderna; éstas no niegan ni entorpecen la aventura de la ciencia, sino que la asumen desde otra mirada. Al respecto mencionaré sólo dos aspectos cualitativos relevantes.

Primero, hay un debate muy intenso entre los biólogos acerca de lo insuficiente que es la creencia en una absoluta y lineal determinación genética en los organismos vivos. Hay importantes biólogos —diría que los más prestigiosos, los que están en la frontera de la biología de sistemas— que relativizan la supuesta linealidad causal de los genes. Reconocen en los genes y en sus interacciones a modeladores de potencialidades de los organismos vivos; pero no aceptan —avalados por sus experimentos— la supuesta e inexistente linealidad determinista: para cada gen específico un rasgo complejo. Estos biólogos privilegian la plasticidad del organismo, porque cada vida es un sistema autopoiético —una organización que se

regula y recrea en un todo que articula sus elementos constitutivos— y que mantiene interacciones sistémicas con el entorno natural y social. Por eso muchos se oponen a la enorme cantidad de recursos que se entrega al proyecto del Genoma Humano y cuestionan las expectativas que se han puesto en su develamiento; ellos, sin negar la investigación y la importancia de conocer el genoma, ponen una señal de alarma sobre los riesgos de una intervención irresponsable en esos sistemas complejos, se oponen a la ideologización de sus supuestos beneficios y en especial a los intereses comerciales del proyecto.

En segundo lugar, también muchos científicos y pensadores creen que hoy podríamos asistir a una nueva amenaza, desconocida e incontrolable, debido a lo inmanejable que puede resultar una manipulación genética que se efectúa en una evolución natural milenaria, de asombrosa belleza y complejidad, en que la naturaleza tardó mucho en generar la diversidad de especies y sus complejas formas de organización de la vida; mientras que ahora nosotros, en un acto emulador de lo que antes habíamos llamado "divino", pese a desconocer todas las variables de nuestra intervención, creemos tener el conocimiento para poder cambiar la vida.

En este contexto, es necesario reflexionar serenamente respecto a que una instrumental intervención biotecnológica podría escapar de nuestras manos, en tanto desconocemos todas las variables implicadas en organismos complejos y frutos de una larga evolución. Con esto, insisto, no quiero negar la belleza y potencialidad de nuestro conocimiento acerca de la vida y la biotecnología.

—A no dudarlo, los colosales avances biotecnológicos se encuentran plagados de amenazas, peligros, miedos y dudas, pero también de esperanzas para millones y millones de seres humanos.

LA REVOLUCIÓN EN LAS TELECOMUNICACIONES

—La revolución ocurrida en el campo de las comunicaciones viene desarrollándose desde comienzos del siglo XX, con el teléfono, la radio, el cine, y más tarde la televisión, hasta llegar a Internet. En cada una de estas áreas, a su vez, se han realizado avances prodigiosos: de la telefonía fija a la telefonía móvil, y de ésta a los celulares con pantallas de televisión y acceso a Internet; de la televisión en blanco y negro a la

televisión en colores, de la televisión abierta a la satelital, y de la televisión analógica a digital y de alta definición; desde el fax a los correos electrónicos. Lógicamente, estas tecnologías están influyendo en las ediciones de libros y en la prensa escrita. Dos compañías norteamericanas han editado los primeros "libros electrónicos": Rocket Book, con capacidad para contener 55 mil páginas de textos y gráficos en un aparato de pocos centímetros y de sólo 600 gramos de peso; y Soft Book Reader, el cual podrá tener hasta 85 mil páginas conectadas directamente a la web, sin necesidad de mediar un computador; digamos, una biblioteca de mediana dimensión guardada en un solo "libro". ¿En qué medida el libro electrónico sustituirá al antiguo libro impreso clásico? No lo sabemos, pero en mi caso encontraría una desgracia la desaparición de las bellas bibliotecas que han existido hasta ahora.

—Para su tranquilidad, en general las innovaciones tecnológicas en comunicaciones suelen a la larga complementarse. Es cierto que hoy se da una suerte de fascinación acrítica por las nuevas tecnologías, pero confío en que, al menos en lo que a libro eléctrónico y libro impreso se refiere, vendrá la calma.

—La novedad de estas tecnologías es que están confluyendo en un mismo momento, interconectándose y potenciándose unas con otras. Ésta es una verdadera revolución en el ámbito comunicacional con incidencias fundamentales en la vida cotidiana de la gente, en el fenómeno de la globalización de la economía y en las grandes transformaciones que están ocurriendo al interior de la empresa capitalista.

Difícilmente el fenómeno de la globalización habría alcanzado tal potencia si no fuera por las nuevas tecnologías que permiten comunicarse al instante de un extremo al otro del mundo. Pero, a su vez, el proceso de globalización ha ido difundiendo por todos los países de la Tierra estas nuevas tecnologías. Las nuevas técnicas de la telecomunicación están incidiendo en los modos de producir y distribuir los bienes y servicios a través del mundo.

Quiero hacer sólo una breve reseña de los cambios generados por esta revolución telecomunicacional.

Está contribuyendo al nacimiento de un nuevo mundo de dimensiones planetarias.

Está emergiendo una "nueva economía", fundada en un nuevo tipo de empresas llamadas tecnológicas, valorizadas en cifras inconmensurables, funcionando a través de mercados electrónicos y empleando correos electrónicos.

Nacerán nuevas formas de democracia, democracias electrónicas, plebiscitarias, directas y participativas.

Nacerán nuevos Estados dotados de soberanía muy limitada, más pequeños pero más eficaces y menos burocratizados, provistos de nuevos marcos regulatorios de acuerdo a las nuevas realidades económicas, sociales y ecológicas emergentes.

Nacerán nuevas formas de "educación computarizada" y "a distancia", el conocimiento se masificará mediante toda la parafernalia de artefactos comunicacionales: videos educativos, software didáctico, conferencias y foros televisivos, correos y libros electrónicos y, sobre todo, aprovechando las enormes potencialidades que ofrece la reciente tecnología de Internet.

Irá naciendo una nueva cultura de carácter universal, más plural y cosmopolita y, en consecuencia, menos tradicional y provinciana. Las culturas conservadoras serán sometidas a un intenso asedio. Inevitablemente visiones políticas y éticas más amplias y tolerantes irán imponiéndose en los distintos países de la Tierra.

Nacerán nuevas formas de convivencia. En un comienzo, éstas podrán provocar serios traumas en las vidas individuales.

Nacerán nuevas formas de hacer política, utilizando la panoplia que ofrecen los medios de comunicación, especialmente Internet. Un movimiento político como el de Chiapas ha logrado resonancia mundial debido, precisamente, a las dotes comunicacionales de su Comandante Marcos.

—Internet y su incidencia en la vida cotidiana es la manera más visible de recordarnos que hoy somos un poder tecnológico enredado planetariamente, lo cual por si sólo es ya un cambio cualitativo y epocal. Es un gran poder que nos interpela a una nueva responsabilidad.

Usted destaca los múltiples ecos en el modo de vida generados por la revolución telecomunicacional. Agregaría a su lista un inédito riesgo: entramos a una nueva época de posibles accidentes tecnológicos generales. El pensador francés Paul Virilio lo explica diciendo que el accidente tecnológico que en la Modernidad fue el hundimiento del Titanic, por ejemplo, afectó a un contingente puntual en un espacio local; en cambio, lo inédito de la Posmodernidad es que un accidente tecnológico en Internet ahora podría desencadenar impactos globales (cuando hoy circulan virus por la red tal vez estamos recién palpando sus aún inmedibles y catastróficos resultados).

El mismo Virilio dice que asistimos a una virtualización de lo real: el tradicional ágora y la plaza pública como reales espacios

comunicación cara a cara se transforman en la plaza virtual que es la TV y la red. A veces conocemos más al personaje virtual de una teleserie que a nuestro cercano y real vecino. El próximo, el prójimo, se transforma en la espectralidad de lo lejano.

—Internet no es ajeno a todo esto. Cuando se creó la red en 1969 comunicaba a los científicos y técnicos del Pentágono. No han transcurrido aún veinte años desde que esta invención se expandiera al resto de los países, y ya una población cercana a los 400 millones de cibernavegantes está conectada a esta invisible red mundial. Los "cibernautas" pasan largas horas en la red, sin cuidarse de respetar fronteras nacionales, a pesar de haber ido a buscar datos en bibliotecas lejanas, a leer diarios de otros países o asistir a un concierto en Tokyo o Nueva York.

Para algunos apologistas de Internet esta nueva invención es sólo comparable a los tres momentos estelares de las comunicaciones humanas: la aparición del lenguaje, el descubrimiento de la escritura y la invención de la imprenta. Internet es, a no dudarlo, la máxima creación en la seguidilla de invenciones comunicacionales.

—El biólogo evolutivo británico John Maynard Smith afirma que el devenir de lo vivo es la historia de la transmisión de información, y en esta historia reconoce seis momentos claves: 1) la aparición de las moléculas replicadoras de información (el ADN y el ARN); 2) el intercambio de información genética entre bacterias que se acercan físicamente en una especie de "sexo no reproductivo"; 3) la aparición de organismos multicelulares que transmiten información intergeneraciones a través del sexo reproductivo, y también esa información transmitida es capaz de diferenciar celulas que funcionarán cooperativamente en un organismo más complejo; 4) (y aquí entramos ya en el devenir vital de lo humano), la aparición del lenguaje, que transmite más experiencia (información) entre generaciones y coordina conductas culturales; 5) el surgimiento de la escritura, que potencia el lenguaje oral al fijar esa información; e 6)Internet, porque al digitalizar la información la convierte en "tiempo instantáneo" que nos interconecta en el espacio.

—Hace un tiempo, en un foro, Felipe González preguntó a Fernando Flores qué opinaba sobre Internet, la respuesta de éste fue lacónica: "Internet no es una tecnología, Internet es una Era."

Para la mayoría de los expertos, la empresa transnacional que no esté conectada a Internet simplemente desaparecerá. Por eso las mayores multinacionales del mundo —entre ellas General Motors, las petroleras y las distribuidoras de autos— están creando empresas propias para utilizar sus servicios tanto para sus adquisiciones como para las ventas al público. Internet, a semejanza de Dios, está en todas partes. No es propiedad de nadie. Para Marx habría constituido un gran dilema el análisis de esta gigante telaraña: pero que no tiene propietario y no podría ser expropiada.

—Lo último que usted dice lo relaciono con el primer rasgo revolucionario que podría traer Internet en la producción de sentidos. Si Internet continúa operando como una red abierta (de libre acceso) de computadores, podría dejar de tener vigencia la propiedad tradicional de los medios tecnológicos de comunicación (no obstante podrían surgir otras formas de propiedad, de portales y de nodos, por ejemplo); pero la propiedad tradicional de los medios productores de significados sería subvertida (o diversificada) en tanto cualquier "alfabetizado informáticamente" podría generar sentidos desde su computador a través del diseño de su propia web (portal). En fin, podría ser una inimaginada democratización de las comunicaciones, en tanto se cautele una democratización en el acceso "alfabetizado" a la red.

—Internet es un espacio público y también privado, de estudio y de información, lúdico y de trabajo; es el mayor mercado de compra y venta de todos los bienes y servicios imaginables, es escuela y universidad, puede servir para consultar a un médico fuera del país, es taller de arquitectura y también estudio de abogado; es sala de cine y biblioteca simultáneamente; lugar de lectura de diarios, revistas, artículos, documentos y libros de la más diversa naturaleza y procedencia; en su pantalla pueden leerse las proclamas políticas de los guerrilleros de Chiapas y también los manifiestos de ecologistas, feministas y pacifistas; es exposición de pinturas y sala de conciertos; y es un lugar de información sobre toda clase de productos y servicios: espectáculos, asuntos bancarios, restaurantes, vestimentas, seguros, viajes turísticos, pasajes de avión, etc. Resulta difícil imaginar cómo, a través de una pequeñísima pantalla se puede tener acceso a tantos mundos diversos.

—Todo lo que usted enumera me remite a un segundo rasgo revolucionario de Internet. La red es la memoria total de la humanidad en el tiempo y en el espacio. Es la palabra, en cualquiera de

sus formas, puesta ahí, con su grandeza y miseria humanas. La red nos trae a la mano la memoria de la humanidad y nos interconecta a la vez con los saberes del presente; es curioso, actúa casi como un intercambio de información parecido al modo como las bacterias intercambian entre sí su información genética.

Para decirlo en clave bella y poética, y parafraseando a Maquiavelo cuando se refería a su amor por los libros, cada uno hoy podría afirmar que "en la noche (al ingresar a la red) me pongo las mejores ropas para entrar en un coloquio con los grandes espíritus que han existido". Que han existido y que existen, agregamos ahora, además de que ese coloquio puede ser con miserias antes impensadas. En fin, como todo lo humano es tan ambigua y tan incierta esta nueva Era de Internet.

—En Chile, una empresa este años ha hecho un experimento con un joven estudiante que, encerrado en una casa absolutamente vacía, sólo con Internet, deberá comprar los muebles y todos los artículos necesarios para alimentarse y vestirse, además de informarse de lo que está ocurriendo en el exterior; la experiencia duró varios meses, período durante el cual el joven no pudo salir de la casa, incluso debió buscar a su "polola" a través de Internet.

—Sí, pero hay que decir que el caso de ese joven es sólo un provinciano show a la manera chilena, donde nos caracterizamos por la acriticidad para tratar con la tecnología. Acá se abusa de ese gesto como si fuera una novedad, se lo trata como una noticia que está muy bien, casi como un ¡qué modernos somos!; mientras que en Europa y Estados Unidos, por ejemplo, hay debate público porque ya son miles y miles los que viven encerrados en una pieza, sin muebles y sin cocina, sólo con la red, casi autocondenados a ser amebas en una celda, sin cercanía física con el otro, dejando de lado la muy humana proximidad.

Por último, quiero agregar un tercer rasgo revolucionario de Internet que suelen destacar algunos comunicólogos: la red posibilita una nueva manera de pensar no lineal, a través del hipertexto y de sus hipervínculos, superando así el pensamiento lineal asociado a la escritura y a la imprenta. Es como un regreso a la cultura oral, que también era una manera de pensar no lineal.

—Por otra parte, en lo estrictamente económico, las cifras de negocios ligadas a las industrias de Internet alcanzarían a 507 mil millones

de dólares, en tanto que las del sector aeroespacial sólo llegarían a los 350 mil millones. Ésta sería "la nueva economía" que está surgiendo ante nuestra vista. Constituye una revolución sin precedentes en la historia económica universal. Ni la energía eléctrica ni el ferrocarril provocaron transformaciones y cambios tan definitivos en sectores tan dispares. Así como la humanidad moderna abandonó la antigua economía basada en la explotación de la agricultura, hoy está abandonando a la vieja sociedad industrial, fabricante de productos textiles, de acero y cemento y provista de enormes fábricas donde se empleaba a miles de obreros y, por lo general, de propiedad de un empresario individual. El núcleo de la nueva economía posmoderna está conformándose en torno a las multinacionales de tecnología avanzada o de punta y entre ellas ocupan un lugar preferente las comunicacionales.

Estas empresas están desempeñando un papel semejante a las fábricas de textiles de fines del siglo XVIII y a las productoras de autos de comienzos del siglo XX; Bill Gates sería el equivalente al Ford del año 1900, con la diferencia que su empresa Microsoft exhibe un valor de bolsa muy superior al de la Ford. Sus fábricas carecen de chimeneas, no producen bienes de mayor valor material y no emplean obreros; su producción consiste en la fabricación de programas computacionales. Según los valores de bolsa, estas empresas se avalúan en cifras estratosféricas: entre 300 y 500 mil millones de dólares. Un simple ejemplo: entre las industrias comunicacionales, en Estados Unidos la cinematográfica ocupa el segundo lugar en valores de exportación, tras el sector aeroespacial. Yahoo, Microsoft, Cisco, IBM, Amazon, etc., son las nuevas estrellas de esta nueva construcción económica.

—Hoy por hoy sólo son un nuevo sector que levanta la cabeza en la vieja economía. Con todo, sin duda que sus potenciales son muchos como actores de una radical nueva economía digital (no analógica, en el sentido de no industrial-material) si se complementan con la sustentabilidad ambiental, la reciclabilidad radical hasta desmaterializar los flujos económicos que en la vieja economía eran industriales y extractivos y, especialmente, si asumen una lógica de colaboración social por sobre la simple especulación en aras de la ganancia y el lucro.

—Dos procesos están convergiendo en el mundo de las comunicaciones: el que lleva a integrar las tecnologías de los teléfonos con la televisión y de éstas con Internet, y el proceso de fusiones y compras de las empresas especializadas en estas tecnologías.

Las adquisiciones y fusiones de las empresas telecomunicacionales han alcanzado cifras simplemente estratosféricas. Hace ya algún tiempo, General Electric, una de las mayores multinacionales del mundo, compró la cadena nacional de televisión NBC, una de las tres grandes de Estados Unidos; y la Sony, japonesa, adquirió uno de los estudios de cine más emblemáticos de Estados Unidos, Columbia Pictures, lo cual fue considerado casi un atentado al orgullo y dignidad de Norteamérica. On Line compró a Warner Time en 130 mil millones de dólares y Vodafone a Mannesmann en 180 mil millones, con lo cual pasó a ser el mayor imperio telefónico de Europa. Todas estas cifras duplican el Producto Nacional Bruto de un país como Chile.

En este comienzo de siglo todo lo que toca el amplísimo espectro de las telecomunicaciones se convierte en oro. Tres grandes creadores de cine, de música y de dibujos animados —Spielberg, Geffen y Katzenberg— se han unido para convenir una alianza con Bill Gates destinada a producir una nueva generación de juegos interactivos, con cifras de negocio muy superiores a las de cualquier gran industria tradicional. Un personaje emblemático del mundo de las comunicaciones es Rupert Murdoch, australiano nacionalizado norteamericano, dueño de un imperio que se extiende a través de una multiplicidad de países y controla más de cien diarios y revistas de enorme circulación en Australia, Inglaterra y Estados Unidos; posee importantes editoriales y estaciones de televisión en Europa y en diferentes países de Asia y América Latina; es dueño además de varios satélites. En India ha tenido serias dificultades con el gobierno, debido al exagerado poder alcanzado por sus medios de comunicación. De Murdoch podría decirse lo mismo que de Carlos V: en su imperio no se pone el Sol. También Murdoch ha incursionado en la producción de cine y es propietario de la 20th Century Fox; una de sus últimas películas ha sido *Titanic*. Pero aun no satisfecho con todo este colosal imperio, compró el equipo de béisbol Los Angeles Dodgers en algo más de 300 millones de dólares y el equipo inglés de fútbol Manchester United. De paso es uno de los mayores productores de videos musicales. Algunos de sus diarios y revistas tienen gran prestigio, pero otros se dedican a explotar el escándalo y la pornografía. Como podrá apreciarse, en un solo hombre radica el poder de conformar la mente de millones de millones de seres humanos a través del cine, la prensa escrita, canales de televisión, satélites y equipos deportivos.

En suma, el poder de crear, reproducir y difundir imágenes por el mundo se halla casi enteramente concentrado en algunas de las gran-

des multinacionales occidentales de las comunicaciones, aun cuando resten algunos pequeños nichos regionales o locales para transmitir programas nacionales de televisión.

En el poder de las comunicaciones reside en la actualidad el mayor poder universal. Esta colosal telaraña se ha convertido en el sistema neuronal del mundo y sus propietarios determinan buena parte de las ideas, creencias, sentimientos y esperanzas de los habitantes del planeta. En unos veinte años más no serán más de quince Murdoch quienes gobiernen el pensamiento y las emociones de los seis mil millones de habitantes de la Tierra.

—Es una integración de empresas tecnológicas con el objeto de vehiculizar el hecho comunicativo a través de distintos medios y soportes. Se trata de una integración vertical ya que se decide hacer una película, por ejemplo, y se filma en un estudio X, se distribuye en cines de la misma empresa X, se da por video también de X, la música del film se hace y se distribuye en estudios e industrias musicales de X, y así suma y sigue.

Ahora, para no ser tan pesimista, hay que decir que junto a esta concentración e integración, también las nuevas tecnologías han posibilitado, al menos en los países más democráticos, por ejemplo, un auge de emisoras locales y regionales; la masificación de nuevos creadores en Internet en tanto red que facilita la democracia comunicacional, etcétera. Quiero decir, al hacer este matiz, que en esto, como en todo, el futuro dependerá del modo de vida que a la larga logre la sustentabilidad humana; y pienso que esa concentración tan orwelliana no será capaz de lograrlo.

TECNOLOGÍA ESPACIAL

—La tecnología espacial, por el momento, carece de un efecto notorio y visible en las prácticas humanas; sin embargo, ha importado un paso gigantesco en el conocimiento de la realidad de nuestro propio planeta y en la comprensión de los grandes misterios cósmicos. Hoy todo nos parece muy natural: alunizar en la Luna, sueño inimaginable para los habitantes de todos los siglos; viajes por los espacios cósmicos y a miles de kilómetros de distancia de la tierra; enviar sondas a las galaxias más distantes y robots a los planetas más cercanos. Las investigaciones y descubrimientos espaciales

son también acontecimientos de la mayor trascendencia, con ellos se está iniciando la nueva "época espacial".

—*Sin duda, se inicia una aventura fascinante para la especie. Arthur C. Clarke (autor de* 2.001, Odisea en el Espacio) *en el libro* Predicciones *(con pronósticos de diversos intelectuales para el siglo XXI) sugiere un escenario en que nuevos sistemas de propulsión "permitirán que las velocidades se acerquen a la luz. Los primeros exploradores se marcharán a los sistemas solares (extragalácticos)... y entonces la historia empezará de verdad".*

—Por lo mismo cuando el hombre alcanzó la Luna en 1969 debió comenzar a regir un nuevo calendario histórico, el de la era posmoderna. Si para nosotros constituyeron hechos históricos de enorme relevancia los viajes y descubrimientos de Cristóbal Colón, y motivaron el nacimiento de la Época Moderna, ¿cuánto más trascendente no ha de ser la aventura del hombre por los espacios cósmicos? Aunque, por el momento, no conozcamos las consecuencias prácticas de estas maravillosas experiencias espaciales.

—*Creo que simbólicamente el conocimiento del cosmos ya tiene efectos en la vida cotidiana. Hay una anécdota que a mí me evoca muchas cosas. Uno de los astronautas que llegó a la luna decía que en realidad el mayor descubrimiento no fue la luna propiamente tal, sino que, al llegar allá y voltear su cabeza, la verdadera revelación, mágica y misteriosa, fue la imagen en el horizonte de una esfera azul, suspendida en la negrura del cosmos, que estaba viva y con vida. Esa esfera era la Tierra, nuestra única casa. Siempre me he preguntado lo sincrónico que resulta ese hecho y esa imagen con la emergencia de la nueva conciencia ecológica de pertenencia planetaria.*

—Son múltiples y esenciales las interrogantes que los científicos podrán descifrar a través de las experiencias espaciales. En primer lugar, saber a ciencia cierta si existe o no vida en otros planetas, y de haberla, si esa vida es consciente. No será un desafío menor para la humanidad tener la certeza que existen otros seres vivos en algún lugar del universo o, por el contrario, que somos la única especie inteligente poblando la infinitud del cosmos.

—*Esta dimensión de la aventura en el cosmos es apasionante y sin duda ensanchará nuestra conciencia. Usted se pregunta qué*

ocurrirá al conocer otros modos y formas de vida, si es que los hay. ¿Y por qué no habría de haberlos?, me pregunto yo, cuando sólo en los últimos años las nuevas tecnologías para escudriñar el cosmos han logrado por primera vez en la historia humana revelar cincuenta planetas —y día a día se conocen muchos más— que permanecían ocultos en su oscuridad. Es hoy cuando los "vemos" girando alrededor de sus propias estrellas, en una danza tan cerca y "apasionada" como la de la Tierra con el sol para engendrar nuestra vida. Ya antes lo dije, hoy sabemos que las estrellas iguales a nuestro sol son las más comunes en todo el universo y la vida está fundamentalmente formada por el carbono que es también uno de sus elementos más comunes.

—Los potentes observatorios astronómicos y los gigantescos telescopios en órbita nos permitirán ver y saber mucho más sobre las maravillas del universo. Y también aumentará el conocimiento acerca de nuestra propia realidad terrestre; además, por los satélites espías, accederemos a las causas que determinan los cambios climáticos, las mareas, el estado de la biosfera; cada centímetro de la Tierra será fotografiado con una sorprendente precisión; se conocerán con certeza absoluta la extensión de los bosques y selvas, la calidad de las tierras y las riquezas del subsuelo.

MARTÍN HEIDEGGER Y EL DESASIMIENTO ANTE LA TÉCNICA

—Al reflexionar sobre este espectacular mundo tecnológico y sus potencialidades, no puedo sino recordar algunas de las reflexiones de Martín Heidegger, el notable y controvertido filósofo alemán. Heidegger, en una conferencia dictada en 1953, refiriéndose a la técnica en la era atómica, hizo un distingo básico entre dos tipos fundamentales de pensamiento: el calculador y el reflexivo. El pensamiento calculador no se detiene a reflexionar, no es un pensamiento que medite sobre el sentido que impera en todo cuanto existe. En cambio, el pensamiento reflexivo reclama un mayor esfuerzo y exige un adiestramiento más profundo. El filósofo nos recuerda que "a la época que ahora comienza se le ha llamado era atómica... [pues] en el negocio atómico se mira la nueva felicidad... y la ciencia proclama esta dicha públicamente...". Pero luego se pregunta: "¿Se está reflexionando

cuando se hacen estas afirmaciones? ¿Ha meditado alguien acerca del sentido de la era atómica?". Ésta fue el resultado de un proceso iniciado "hace algunos siglos y que ha subvertido todas las principales ideas precedentes... en virtud de ello el hombre ha sido transportado a una realidad diferente... a la concepción de mundo de la Edad Moderna... desde ahí el mundo se nos aparece como un objeto sobre el cual el pensamiento calculador inicia sus ataques... La naturaleza se convierte en una única y gigantesca 'estación de servicios', en fuente de energía para la técnica y la industria modernas. Esta relación fundamentalmente técnica del hombre con el universo surgió primero en el siglo XVII, sólo en Europa, y permaneció oculta por mucho tiempo en las otras latitudes del globo... El poder que se esconde en la técnica moderna determina la relación del hombre con lo que existe y ese poder domina la Tierra toda...". Después afirma que estos colosales avances tecnológicos sólo se hallan en un "tosco estado inicial... nadie puede saber por el momento qué destino nos depararán... En todas las esferas de la existencia el hombre va siendo cercado, cada vez más estrechamente, por la fuerza de los aparatos técnicos y los automatismos... éstos lo atan, lo arrojan y desplazan... Hemos perdido totalmente el control de estas técnicas". Me he detenido en esta reflexión de Heidegger, porque albergo la misma inquietud: el hombre creador de la técnica moderna ha terminado siendo un sirviente de ella y, en gran medida, ha perdido la capacidad de control sobre estos portentosos avances tecnológicos. Y cuando Heidegger, en 1955, manifiesta su preocupación y angustia por estos avances tecnológicos, recién se estaba tomando conciencia de la veloz degradación de los equilibrios ecológicos, y aún muy poco se sabía de las futuras revolución informática, telecomunicacional, espacial, biotecnológica, ni tampoco había ocurrido la explosión de Chernobyl. En los cuarenta y cinco años que han transcurrido desde esta memorable conferencia de Heidegger, se han venido amontonando fenómenos mil veces más inquietantes y peligrosos que los conocidos por él. Y su pesimismo se expresa palmariamente cuando se pregunta: "ningún individuo, ningún grupo humano, ninguna comisión de importantes estadistas, investigadores y técnicos, ninguna conferencia de personalidades directivas de la economía y de la industria es capaz de frenar o de orientar el curso de la historia de la era atómica; ninguna organización exclusivamente humana está en situación de apoderarse del mando de esta nueva época histórica... el hombre de esta era quedará entregado inerme y sin amparo a la irresistible preponderancia de la técnica, si renuncia a poner en juego en

la partida decisiva al pensamiento reflexivo frente al pensamiento meramente calculador". Hablando de la necesaria meditación y reflexión en los asuntos humanos, nos convoca a no permanecer aferrados a una sola idea, a no continuar "corriendo por un solo carril y en una sola dirección". Lamentablemente, no ha sido escuchado. Cuando se refería tan críticamente al pensamiento calculador tal vez no sospechaba que éste se haría carne en el "pensamiento único neoliberal", interesado exclusivamente en el crecimiento económico y en el desarrollo del productivismo y del consumismo.

¿Está perdiéndose la vieja autoctonía, el arraigo, la pertenencia? ¿No podría ser ofrecido al hombre y su obra un nuevo suelo propio? Éstas son las angustiantes preguntas formuladas por Heidegger.

—La pregunta de fondo es si es posible reencantar o re-significar la vida. La misma pregunta que, treinta años más tarde, se hizo Morris Berman en el Reencantamiento del Mundo.

—Por otra parte, Heidegger se niega a "a condenar ciegamente el mundo técnico". Según él, debemos aceptarlo, "servirnos de él, pero manteniéndonos tan libres de él que permanezca siempre en nosotros el desasimiento". Y cree que esta aceptación y simultáneo desasimiento del mundo técnico se puede lograr manteniendo "la serenidad ante las cosas". Pero la serenidad ante las cosas no ha sido la principal característica de la civilización occidental moderna. Hemos visto al pueblo teóricamente más culto de Europa, el que ha producido los más grandes filósofos, científicos y compositores, entregarse a una terrible carnicería y cometer el mayor genocidio de la Historia; hemos visto al gobierno de los Estados Unidos lanzar la bomba atómica y asesinar en sólo algunos minutos a miles de miles de seres humanos y a continuación librar una guerra implacable, devastadora y cruel contra el pueblo vietnamita, para, al cabo de algunos años, terminar reconociendo, en la voz de su ex ministro de defensa, MacNamara, que había sido una guerra inútil e injusta. El hombre moderno ha carecido sin duda de una visión serena y reflexiva ante las cosas.

Heidegger llega incluso a plantearse la posibilidad del total aniquilamiento de la humanidad; aunque él no lo ve como resultado de una explosión nuclear, sino de lo que llama el pensamiento calculador, hoy transformado en el pensamiento único, pero esta vez armado de nuevas y más potentes tecnologías y parapetado tras un

capitalismo aun más expansivo y vital. Al aceptar la soberanía absoluta del pensamiento calculador, "el hombre estaría negándose y arrojando lo más propio de sí mismo, su naturaleza de meditador".

—Respecto a este tema, es interesante reproducir una opinión del prestigioso neurobiólogo chileno Francisco Varela, coautor, junto a Humberto Maturana, de la revolucionaria teoría científica de la "autopoiesis". Varela, en Francia, trabaja en las más avanzadas experiencias que estudian el cerebro humano y la conciencia, y ha llegado a una conclusión asombrosa acerca del pensamiento meditativo.

Es asombrosa, porque destaca la belleza y potencia biofísica del acto meditativo en el ser humano y así coincide con aquella intuición de Heidegger. Mediante estudios de "imagen cerebral" (resonancia magnética y otras), Varela escudriña el funcionamiento del cerebro de las personas cuando están viviendo una experiencia ordinaria cualquiera, desde decir hola, asustarse, leer. "Lo que hemos observado —dice Varela— es algo muy lindo: que todos estos 'pedazos', que en un momento determinado tú tienes en el cerebro (uno que responde a la visión, otro que tiene que ver con la memoria, en fin), entran en consonancia para constituir lo que tú eres aquí y ahora, como una entidad única, a través de un proceso que es una verdadera armonía musical. Literalmente, lo que se observa en el cerebro son resonancias de frecuencias oscilantes. Esos grupos neuronales o pedazos de cerebro se ponen de acuerdo, como músicos en una orquesta, y por un momento tocan juntos para luego disolverse."

Pero más asombroso aún, agrega Varela, es que cuando se observa a una persona en ese singular y extraordinario momento en que vive un acto de meditación y tiene conciencia de sí misma (pues ordinariamente uno hace las cosas, podríamos decir sin conciencia), "lo que hemos visto es que esta capacidad de los grupos neuronales para entrar en armonía simplemente se torna más eficaz y rápida. Es decir, en vez de la melodía flotante y vaga de la experiencia cotidiana, el acto de meditación, introspección y reflexión, produce una música muy potente. Por tanto, la capacidad que tiene el hombre de mirarse a sí mismo no es un desdoblamiento, sino una manera de hacer de un proceso común y corriente algo más fuerte y coherente, profundizar en algo que ya tenía. Bueno, estudiar y ver eso ha sido una tremenda sorpresa".

—Por mi parte, si me he detenido a recordar las profundas reflexiones de Heidegger, es porque ellas expresan mis propias dudas y angustias ante el fascinante y terrible tema de las nuevas megatecnologías: nucleares, biogenéticas, espaciales, comunicacionales, robóticas. También me pregunto si ellas aportarán mayor felicidad al mundo o por el contrario nos arrastrarán a un catastrófico apocalipsis.

10

LA GRAN TRANSFORMACIÓN DEL SISTEMA CAPITALISTA

CARLOS ALTAMIRANO: —Están ocurriendo tres procesos históricos simultáneos, entrelazados e interconectados: la globalización de la economía capitalista occidental; la penetración y difusión de valores, estilos de vida y concepciones políticas e instituciones occidentales en el resto de los países del mundo, y, por último, la posmodernización de los países modernos. Globalización-occidentalización y posmodernización constituyen un mismo y único proceso histórico con caras y énfasis distintos. La globalización de la economía industrial está provocando transformaciones irreversibles tanto en los países occidentales como en el resto del mundo.

HERNÁN DINAMARCA: —Hablemos de la gran transformación capitalista.

—El capitalismo industrial descrito, analizado y criticado por Marx, en la actualidad se encuentra en desaparición. En estas sociedades, el sector servicios ocupa los dos tercios de la población activa y exhibe cifras de negocio superiores al sector productor de bienes materiales. La lucha de clases prevista por Marx, entre burgueses y proletarios en las fábricas productoras de bienes industriales se ha ido reduciendo y no se repite en las áreas industriales de servicios. De esta manera, categorías esenciales de la teoría marxista han perdido gran parte de su vigencia. Una de las últimas creaciones del capitalismo industrial ha sido la empresa multinacional de alcance global; con ella ha aparecido una nueva clase social transnacionalizada y una nueva ideología

mundialista, cuyo poder es decisivo en el mundo contemporáneo; sin ir más lejos, aproximadamente el 30 por ciento del producto mundial bruto es producido y comercializado por estos grandes conglomerados transnacionales.

—Comparto la actual relevancia de este actor económico y los cambios que implica. Sin embargo, en lo sustantivo hay una continuidad cualitativa, tanto en el modo como en los valores para organizar la vida económica, que ha sido propia de la Época Moderna. ¿Podría entonces sistematizar más los cambios que está experimentando el capitalismo?

—En opinión de uno de los economistas de mayor prestigio de Estados Unidos, John. K. Galbraith, la actual empresa multinacional constituye una novedad cualitativa. La globalización del capitalismo industrial no sería concebible sin estos nuevos gigantes de la economía mundial. En cuanto a las grandes transformaciones experimentadas por el sistema industrial, podría enumerar al menos seis términos claves que explican esas transformaciones: despersonalización, desmaterialización, desnacionalización, deslocalización, desregulación y privatización.

—¿Qué significado económico tiene cada una de esas palabras?

—La despersonalización del capitalismo es un fenómeno nuevo; en general, ya no es el antiguo burgués el propietario exclusivo de la empresa ni tampoco quien asume su administración y dirección; complejas estructuras técnicas la administran. Obviamente me estoy refiriendo a las novedades del capitalismo industrial desarrollado, esto es, el existente en Europa, Estados Unidos y Japón. En el nuevo contexto del capitalismo mundial, la definición de clase propietaria y clase dominante se ha ido complejizando extraordinariamente. Hoy forman parte del "jet set" de multimillonarios del mundo los jugadores de tenis, rugby, fútbol, las estrellas del cine y de telenovelas, los escritores y pintores "best seller", los artistas del espectáculo. Los ingresos de los Rolling Stones son, por cierto, notablemente superiores a los de cualquier burgués del pasado productor de bienes físicos. En vista de esta nueva realidad, ¿se podría aplicar entonces el concepto "burgués" a estos nuevos ídolos modernos? ¿Son burgueses los Picasso, los Rolling Stone, los García Márquez, los Marlon Brando o las estrellas del rugby, cuyos nombres desconozco?

En el pasado, un Rockefeller y un Ford eran los propietarios y administradores de sus empresas. En la actualidad los grandes conglomerados multinacionales, entre ellos el del propio Ford, son administrados por amplísimas estructuras técnicas, a las cuales Galbraith llama indistintamente "tecnoestructuras" o "tecnoburocracias", para acentuar su carácter técnico. Y los dueños de los capitales han pasado a ser miles de miles de pequeños accionistas, los cuales carecen de influencia en la dirección de la empresa.

Además, la mayoría de las veces, las inversiones de capital provienen básicamente de las nuevas organizaciones Administradoras de Fondos: de Fondos de Seguros, de Fondos Mutuos, de Fondos Previsionales (AFP). Estos inversionistas, llamados "institucionales", disponen, por su cuantía, del mayor poder de ahorro e inversión de la actual economía mundial. En Chile, los Fondos de Pensión, administrados por las empresas conocidas con el nombre de AFP, alcanzan aproximadamente los 35 mil millones de dólares; y cinco millones de trabajadores son los propietarios de estos fondos, los cuales a su vez se invierten en múltiples otras empresas nacionales y extranjeras. ¿Podría afirmarse que estos trabajadores también pertenecen a la clase de los burgueses capitalistas? Peter Drucker, en su obra *Más allá del capitalismo,* se refiere a un capitalismo "sin capitalistas", esto es: capitalistas sin el poder de administrar sus capitales y administradores del capital sin capital. El capitalismo se ha despersonalizado y masificado en proporciones gigantescas; además, millones de millones de trabajadores de los diversos países occidentales del mundo han accedido a la propiedad de las empresas, aunque, como ya lo hemos dicho, no disponen del poder de administrarlas. Corrientemente, estas gigantescas empresas transnacionales han adoptado nombres de fantasía: IBM, General Motors, ATT, General Electric, Walt Disney, Coca Cola; antes tenían el nombre de sus propietarios.

—La despersonalización es real. Aunque no lo es menos que las decisiones las siguen tomando, en las juntas de accionistas y en consecuencia en los directorios, aquellos socios cuyo capital, en relación con todo el capital de la empresa, es el superior. La novedad es que se ha complejizado el sistema en forma extraordinaria. Las empresas han inventado exitosos procedimientos para fusionarse, transnacionalizarse, diversificarse, atraer capitales (entre ellos el más potente ha sido el de los inversores institucionales, que ha significado un cambio de la mayor importancia).

Por otra parte, desde la teoría económica y política no se ha sabido prestar atención a esos cambios. Por ejemplo, sería interesante promover y debatir un tema nada trivial para la democracia: la necesaria regulación de la forma como participa, en las decisiones económicas y políticas de las grandes empresas, la propia gente que es "dueña" de esos capitales; esto es, ¿cómo participan esos "trabajadores capitalistas" o la miríada de individuos que son "inversores institucionales" en la administración de su capital? Pues hoy la "delegan" en gerentes administradores que en última instancia, para sus decisiones técnicas, dependen de correlaciones de fuerzas que en los directorios imponen los actores y grupos que controlan el poder económico.

—Lo que afirma Galbraith y numerosos otros economistas es algo distinto a lo que tú afirmas: la administración de las empresas se ha divorciado de su propiedad y no son las juntas de accionistas las que adoptan las decisiones fundamentales, sino estas complejas tecnoestructuras, a cuya cabeza se encuentra un director ejecutivo o "managers"; y tanto los integrantes de estas tecnoestructuras como sus ejecutivos no poseen acciones de la empresa o su número es irrelevante.

—No conozco en detalle la obra de Galbraith; pero más que divorcio prefiero hablar de complejización de la relación entre propiedad y administración, así como insisto en que, si bien el día a día lo gestionan tecnoestructuras, las decisiones últimas pasan por directorios que se desprenden de relaciones de poder económico al interior de la juntas de accionistas; y lo que no existe es una manera de hacer participar democráticamente a los individuos que hacen de "inversores institucionales", cosa que al menos en Europa ya se está debatiendo.

—Como acabas de afirmar, los "inversores institucionales" han significado un cambio de mucha importancia en el sistema, a lo menos por tres razones fundamentales. Primero, por la cuantía gigantesca de recursos acumulados por estas instituciones (y no daré cifras para no cansar a los lectores); sólo puedo asegurarte que varias de ellas disponen por separado de capitales superiores al producto nacional de Chile e incluso tres o cuatro alcanzan cifras superiores al producto nacional de Brasil, décima potencia económica del mundo. Segundo, porque ellas deciden dónde invertir y cuándo y cuánto invertir. Y tercero, porque, al provenir esos fondos de millones de pequeños y medianos ahorrantes e incluso también de millones de trabajadores y al ser

invertidos esos fondos en otros gigantes transnacionales, en teoría esos ahorrantes y esos trabajadores pasan a ser en parte propietarios de esas empresas. En buenas cuentas se ha ido creando un auténtico capitalismo popular; y por lo mismo no importa mayormente quiénes son los propietarios de estas empresas.

¿Y cómo participan "las miríadas de accionistas en la gestión de la empresa"?, te preguntas tú. La única respuesta veraz sería que la administración de estas empresas se ejerce de manera muy compleja, desde luego, porque existen inumerables mediaciones. Para comenzar tendríamos que preguntarnos cómo se adoptan las decisiones al interior de esas administradoras institucionales de fondos. En estos mismos momentos, en Chile se ha producido un complicado conflicto entre una AFP y la antigua Endesa, cuyo directorio habría decidido la venta de su activo a empresarios españoles, sin el consentimiento y sin consultar a la AFP correspondiente.

—Usted habló de desmaterialización también...

—Sí, hasta hace poco las tres cuartas partes de la producción del sistema capitalista estaban destinadas a fabricar bienes materiales y en especial industriales; igual ocurría con el número de trabajadores contratado por este sector, que era muy superior al de los empleados en servicios. Hoy sucede exactamente lo contrario. Dos tercios de la actividad económica del capitalismo desarrollado se ha concentrado en el sector de servicios, el que a su vez ha comenzado a producir una variedad fantástica de bienes no propiamente materiales: cine, televisión, prensa, publicidad y propaganda, clínicas médicas, espectáculos deportivos y artísticos, Internet; productoras de bienes de muy escaso valor material, pero de gran utilidad e importancia, como son las empresas farmacéuticas, los estudios de abogados —en Estados Unidos hay estudios donde trabajan más de mil abogados—; igual sucede con los servicios prestados por médicos, ingenieros, calculistas, arquitectos y técnicos de la más diversa variedad, al igual que un número incalculable de artistas y creadores. En todas estas actividades y en otras más se producen bienes o servicios, virtualmente sin valor material, sin emplear mano de obra, sin consumir materias primas, sino básicamente con conocimiento y "know how".

—Sin duda es relevante en la circulación de bienes y servicios el valor agregado por el conocimiento acumulado y por las informaciones "seductoras" asociadas a los productos. Sin embargo, en el

caso que usted destaca, la expresión desmaterialización de la producción a mi juicio no es la más idónea, pues oculta realidades más complejas. Hoy, más que nunca, es gigantesca la producción de bienes materiales, y es ésta la razón de ser de las empresas que incentivan y alimentan el exceso de consumo. Lo que ha ocurrido es que con este objeto se ha sofisticado la poderosa conjunción entre dos fuerzas que se alimentan mutuamente: la creciente capacidad de producción material del sistema económico, en tanto es ahora potenciada por la producción inmaterial de las industrias culturales o "industrias de los sentidos" (los medios de comunicación de masas y los centros de marketing). En éstos coexisten la socialización de contenidos simbólicos junto con la publicidad, cuyo eje es precisamente incentivar el consumo de los bienes materiales que el propio sistema genera.

Todo lo que usted llama "producción desmaterializada" (sentidos inmateriales) está permanentemente orientada a elevar el estándar de sobreconsumo de la hiperproducción de objetos materiales, que son los que a su vez incorporan valor inmaterial. Si se mira la industria de la música, la editorial, del deporte, la audiovisual, todas están asociadas a la industria del marketing, y esta última no es otra cosa que una forma de comunicación aplicada a incentivar el consumo de los bienes materiales que produce en cantidad excesiva el sistema capitalista. Nunca antes se había producido tantos productos materiales, y éstos, para ser vendidos, requieren de la producción inmaterial de la industria de bienes culturales. Un dato muy interesante es que hoy en Estados Unidos el número de publicistas (150 mil) supera al de periodistas (120 mil).

—Podríamos cambiar el término "desmaterialización" por otro más adecuado, pero lo importante para mí es el nuevo fenómeno al que me estoy refiriendo. La dimensión económica y social adquirida por el sector servicios es lo nuevo. Las dos mayores adquisiciones entre empresas multinacionales acaba de realizarse en el inicio de este año 2.000. En el capítulo precedente di el ejemplo de On Line que adquirió la Warner Time y de Vodafone, que se fusionó con Mannesman, en cifras que superan a los productos nacionales de varios países de América Latina, siendo empresas que producen bienes inmateriales. La cadena informativa norteamericana CNN, de la Warner, vende noticias e informaciones durante las 24 horas del día y su audiencia e influencia es de tal magnitud que difícilmente el gobierno de Estados Unidos puede decidir una intervención militar o

prestar cierto socorro humanitario si previamente la CNN no ha mostrado alguna fotografía o exhibido una escena de niños o de personas en estado de lamentable desnutrición o cruelmente torturados por alguna dictadura —Irak, Irán, Serbia—. El factor principal en una parte muy significativa de la producción capitalista ya no está siendo, como lo he expresado, ni el capital ni la materia prima ni el trabajo, sino el conocimiento. Por esta misma razón algunos han comenzado a hablar de una futura "sociedad del conocimiento". En los hechos estas industrias de servicios ocupan un número de empleados muy superior a las productoras de bienes materiales, y si bien parte de estos servicios están destinados, como afirmas, a incentivar el consumo de bienes materiales, otra importantísma parte tiene por objeto promover el consumo de otros servicios no materiales. Por ejemplo, la publicidad está destinada a aumentar el consumo de los bienes materiales y de los servicios inmateriales.

—Todo esto en un contexto de globalización...

—Otra característica del nuevo capitalismo es, efectivamente, su desnacionalización y la enorme deslocalización de la producción industrial. Con esto se está produciendo una nueva revolución de alcances tan trascendente como fueron los de la primera revolución industrial de 1780. El capitalismo, al desnacionalizarse y deslocalizarse, se está mundializando o globalizando. Actualmente el capital de una gran empresa transnacional no es de propiedad de los accionistas de un determinado país, sino que está conformado por aportes de capital de inversionistas de los más diversos países. Asimismo, en su gestión y dirección están interviniendo ejecutivos y técnicos de las más distintas nacionalidades. Y, por último, el proceso propiamente productivo de este capitalismo transnacionalizado ya no se realiza sólo en el país de origen, sino que se ha deslocalizado. La General Motors, por ejemplo, no produce sus automóviles exclusivamente en Estados Unidos, sino en varios países del mundo.

—Hay que decir, sin embargo, que la actual deslocalización continúa con el mismo carácter inequitativo que en la Época Moderna ha tenido la división mundial del trabajo. En el periodo del colonialismo e imperialismo tradicionales, la explotación de las riquezas naturales de los países del sur se localizaba en estos países y era propiedad de empresas de los países centrales. Y hoy es cierto que empresas manufactureras se localizan en algunos países del sur: por

ejemplo, las grandes compañías de vestuario tienen sus plantas en el sudeste asiático y en América Central; pero en general son propiedad de transnacionales que aprovechan las condiciones laborales y ambientales no reguladas de esos países y, en consecuencia, hay una fuerte explotación de la mano de obra y se deja la herencia trágica que son los daños ambientales. Es decir, es una deslocalización que perjudica enormemente a los países donde ahora se localizan estas actividades industriales.

—Tal vez, debido a mis años, ya no miro las cosas en blanco y negro. La deslocalización no es la causante de las inequidades e injusticias que existen en el mundo, es el funcionamiento del sistema capitalista el que crea enormes desigualdades y produce una gigantesca concentración de las riquezas. Claro que es necesario inventar políticas y estrategias destinadas a impedir las inequidades. Pero la respuesta no podría ser o no debiera ser "cerremos el país a la deslocalización de las industrias y busquemos una forma de desarrollo autárquica". No todo aporte de capital, inversión extranjera o deslocalización industrial, como quiera llamárselo, "perjudica enormemente a los países", como tú dices, porque si fuera así no se entendería que un país comunista como China esté tan interesado en los aportes de capital y tecnologías del mundo occidental; incluso me atrevería a asegurar que ni siquiera Cuba se opondría a ello. Además, las multinacionales extranjeras suelen cumplir en mejor forma que las nacionales con las leyes laborales, con salarios más altos. Es tarea de las fuerzas políticas y sociales nacionales impedir esas exacciones e injusticias a las que te has referido. Desde luego, son los distintos países del mundo los interesados en industrializarse; a nadie se le está imponiendo la industrialización. En China se están fabricando Volkswagen en cantidades superiores a las que se producen en el mundo propiamente occidental; y es el gobierno comunista chino quien está solicitando que se instalen nuevas industrias. Igual ocurre en otras regiones del mundo: Rusia, India, Brasil y, por cierto, Chile.

—Usted tiene razón en la complejidad del presente. No pocas veces algunas empresas transnacionales no sólo son más solidarias socialmente, sino también son más evolucionadas ambientalmente, pues participan del cambio cultural y de la atmósfera propia de los países centrales. Pero también es cierto que siempre el argumento de algunos gobiernos del sur o del oriente es que las actividades de industrias deslocalizadas "dan empleo", soslayando no pocos

problemas ambientales y sociales que generan. Por ejemplo, son acríticos ante un empleo otorgado en condiciones como los de la transnacional Nike, que mantiene a sus operarias prácticamente en esclavitud y con sueldos ínfimos en Indonesia y México. El problema ambiental que generan los japoneses en Chile llevándose el bosque nativo no es una cuestión trivial. Y tanto es el impacto de esta deslocalización en la toma de conciencia de la inequidad laboral y de los perjuicios ambientales para el planeta, que cuando se ha discutido en Estados Unidos la incorporación de Chile al Tratado de Libre Comercio, los opositores allá han sido los demócratas, ligas de ciudadanos y grupos ambientalistas, quienes señalaron, en coincidencia con chilenos, que estos tratados tienen que discutirse hasta lograr garantías ambientales y laborales que hagan que las cosas sean justas y sustentables para todas las partes. En este sentido, el mundo global plantea nuevos desafíos para la ciudadanía global.

—Hoy es el propio capitalismo central el que al expandirse está convirtiendo al mundo en una gran fábrica. Y Estados Unidos y los países europeos están perdiendo el monopolio de la producción industrial, nuevos países, como Taiwán, Corea y China, y también Brasil y México, han logrado producir artículos industriales altamente sofisticados.

La gran transformación capitalista es muy diferente a la analizado por Marx y Engels. El sistema se ha transformado en una gigantesca, complicadísima y diabólica realidad histórica; cada día se ha ido autonomizando más y más de toda dirección política y de cualquier regulación estatal y, por cierto, de toda decisión democrática. Es un monstruo autonomizado que, al expandirse a todos los países del mundo, subordina las diferentes esferas de la vida humana a su único y soberano *dictat.* Nada ha logrado escapar al dominio de esta nueva realidad, ni el arte ni las investigaciones científicas ni las elecciones de un presidente de la república ni la conformación de un parlamento supuestamente democrático. En consecuencia, para una nueva izquierda no resultará tan fácil declararse sin más ni más anticapitalista.

—Es muy importante complejizar este debate sobre la nueva economía. En Chile, por ejemplo, algunos nuevos usuarios del concepto han dicho que el actual desafío económico del país ya no es pasar de una primera fase exportadora sólo de materias primas a una segunda fase exportadora, que incorpore valor industrial agregado. Eso no, argumentan, pues ése sería un tránsito históricamente

anacrónico. El nuevo desafío sería transitar de la vieja economía moderna (exportadora, ya sea de materias primas y/o industrial) a la nueva economía emergente, aludiendo así a la necesidad de incentivar en el país las empresas tecnológicas (la economía digital).

Considero muy interesante esas opiniones, en tanto intuyen bien que hay que romper con el modelo de industrialización moderno y rediseñar una nueva economía acorde a los desafíos posmodernos. Claro que para hacerlo integralmente habría que agregar algo que estos usuarios del concepto aún en Chile no hacen. Éstos suelen reducir la Nueva Economía al Comercio Electrónico, es decir, a digitalizar empresas que siguen operando con la misma lógica de la vieja economía.

Sin embargo, la Nueva Economía Posmoderna, según la comprenden los sectores más lúcidos de Estados Unidos y Europa, deberá tener varios rasgos centrales: 1) ser digital y telecomunicacional; 2) ambientalmente sustentable; 3) desmaterializada en el sentido de tender al máximo reciclaje de los productos materiales; 4) incentivadora de pequeñas y medianas empresas asociativas y cooperativas; 5) incentivadora del Tercer Sector de la economía, solidario y sin fines de lucro, etcétera.

En fin, hoy, cuando se habla tanto del bicentenario, me pregunto por qué no puede ser ése el desafío país: autodotarnos de una Nueva Economía integral que supere la lógica de la vieja economía productivista, industrial (analógica), orientada unilateralmente al lucro y ambientalmente insustentable; es cierto que es un desafío enorme, por todo lo que hay que imaginar, pero es lo único histórica y éticamente viable.

—En Chile, como lo hemos hablado, los debates son casi siempre insuficientes y es muy interesante revelar esta discusión acerca de esta nueva economía y su viabilidad en el país. Chile se estaría incorporando a los procesos actuales pero de una manera peculiar: a partir de la transnacionalizacion de la industria, el agro, las minas, los bosques y la banca, de todo. No somos nosotros los capaces de incorporar tecnología, bienes de producción. Lo hacen otros por nosotros. No serían fuerzas nacionales endógenas las que producen la transformación del país sino las transnacionales de acuerdo con sus intereses. Me pregunto entonces para qué seguir conservando las ideas de patria y nación si todo lo que constituye la riqueza en bienes y cultural de un país está siendo transferida a los grandes consorcios internacionales.

11

LA MUNDIALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA CAPITALISTA: LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES

CARLOS ALTAMIRANO: —Las transformaciones indicadas en el capítulo anterior por cierto que no agotan la complejidad del nuevo sistema capitalista mundial, del nuevo "estado industrial", como lo llama Galbraith, hoy en vías de universalizarse, o del nuevo "poscapitalismo", como lo piensa Drucker. En los últimos treinta años se ha producido una concentración acelerada del poder económico en manos de empresas transnacionales. No son más de cinco o seis las grandes empresas editoriales del mundo que acaparan la publicación de los principales bestsellers; son sólo dos o tres las grandes firmas fabricantes de aviones comerciales; las productoras de autos y camiones no exceden a más de seis o siete; las principales agencias de noticias a nivel mundial son cinco; y no son más de diez las cadenas hoteleras que cubren la ancha superficie del planeta; y así podríamos continuar mencionando la extraordinaria concentración del poder económico.

HERNÁN DINAMARCA: —Hay autores que ven también una diferencia entre distintas maneras de realizar el capitalismo...

—Efectivamente, Michelle Albert, por ejemplo, publicó un libro célebre, *Capitalismo contra Capitalismo*, donde opone dos modelos de capitalismo, el norteamericano y el renano, originado este último en la región de Renania, Alemania, y adoptado básicamente por los países de Europa occidental. El capitalismo norteamericano busca beneficios a corto plazo, éxito individual, Estado mínimo, reducción del gasto público así como del gasto social, desregulación y desprotección

total del mercado mundial, disminución drástica de impuestos. Reagan, en Estados Unidos, redujo la tasa máxima de impuesto a la renta de 75 por ciento a 33 por ciento; y Margaret Thatcher, en Inglaterra, de 98 por ciento a 44 por ciento. Los líderes del capitalismo angloamericano consideran que el pobre es responsable de su situación y que el gasto social sólo contribuiría a favorecer la pereza y la irresponsabilidad de las clases subordinadas; en cambio, para el capitalismo renano, el pobre es más bien una víctima de la sociedad y el gasto social sería una inversión y un factor de desarrollo. En los países renanos, el ahorro se sigue considerando una valiosa virtud ciudadana, en tanto que en Estados Unidos el ahorro es extraordinariamente bajo y se privilegian la especulación y las manifestaciones externas de la riqueza. En este último, la desregulación de la economía ha pasado a ser el principal artículo de fe del catecismo neoliberal y se asigna a la empresa un objetivo muy preciso: obtener el máximo de ganancias. No así en la cultura europea, en que el rol de la empresa y sus objetivos son bastante más complejos que la mera maximización de las utilidades. Indudablemente, el modelo renano ha logrado resultados muy superiores a los del anglosajón, sobre todo si consideramos la colosal riqueza natural de los Estados Unidos y la escasez de recursos naturales de los países europeos, en particular de Alemania y Japón. Chile, en los últimos años, se ha inspirado en el modelo norteamericano.

—Estas diferencias son similares a las que establece Lester Thurow, en La Guerra Económica del siglo XXI, *entre el capitalismo norteamericano y el modelo japonés.*

—El modelo japonés, tanto en sus normas como en sus objetivos, está muy cerca del capitalismo europeo. La transformación y expansión de los viejos capitalismos industriales nacionales en un nuevo capitalismo planetario no sólo importa un radical cambio de escala, sino que afecta la naturaleza misma del capitalismo, aun cuando el objetivo de ambos, el nacional y el global, siga siendo el mismo: maximizar ganancias. Las transnacionales se han constituido en el vehículo por excelencia de esta arrasadora tendencia contemporánea a expandir y deslocalizar el modo de producción industrial. Los capitalismos nacionales, con sus antiguas clases obreras, burguesías y estados nacionales, están tocando a su fin: ha llegado la hora del capitalismo industrial planetario, gestionado por tecnoburocracias multinacionales, con estados-nacionales de soberanía reducida, y portadoras, estas tecnoburocracias, de una ideología de carácter cosmopolita y mundialista.

—Y en este capitalismo planetario, ¿cuál de los dos modelos, el norteamericano o el europeo, resultará hegemónico?

—La victoria de uno u otro de estos dos capitalismos, el norteamericano y el europeo, se encuentra aún bajo interrogante. Por el momento el modelo norteamericano es indudablemente el hegemónico. Diversos fenómenos y acontecimientos han venido confluyendo para que así sea. El colapso del proyecto comunista histórico ha unificado al mundo bajo el dominio del capitalismo occidental y casi simultáneamente se ha producido el paulatino debilitamiento del Estado de Bienestar. Los países europeos no han logrado aún dar cima a la construcción de una nueva identidad política, permitiendo así el predominio de Estados Unidos. En los países de Europa las fuerzas políticas socialdemócratas, socialistas y laboristas habían conquistado un significativo espacio, logrando en parte corregir y moderar los excesos del mercado, aprobando una amplia legislación del trabajo, estableciendo el pleno empleo y creando extensos sistemas previsionales, además de una distribución más equitativa de los ingresos. El Estado limitaba y regulaba al mercado, era el protector de los sectores desposeídos y, en medida importante, asumía tareas significativas en la producción de bienes y servicios. Ésos fueron los llamados treinta gloriosos años de la economía europea.

—Claro que ese Estado de Bienestar desapareció...

—Diríamos más bien que todo aquel *elan* humanitario, solidario y equitativo, de inspiración socialista y, más tarde, también demócrata cristiana, ha sido erosionado, aunque no ha desaparecido, por la nueva ideología de los gerentes del mundo, para la cual el Estado es un parásito ineficaz y los impuestos un lastre excesivo, y ambos un obstáculo para el ahorro y la inversión privada. Hasta ayer los Estados eran portadores del bien común y se encargaban de la mantención de los servicios públicos, de la educación, de la salud, correos y telégrafos, locomoción colectiva, ferrocarriles y de las líneas de aviación comercial, así como de otras importantes actividades públicas. La nueva ideología ha planteado como objetivo central y prioritario el traspaso de los bienes públicos al sector privado, en otras palabras, la privatización de los bienes del Estado en aras de una presunta racionalidad económica y de una mayor eficiencia social. La desregulación de los mercados y la privatización de las empresas públicas han entregado un poder gigantesco y desmedido básicamente a las corporaciones

privadas multinacionales. Además, los cuantiosos fondos previsionales se han entregado a la administración de corporaciones privadas. En realidad, no existen cálculos ni siquiera aproximados de lo que puede haber significado para el sector privado esta colosal transferencia de riqueza pública y de poder. El capital está sustituyendo y destruyendo al Estado nacional; antes era éste quien fijaba normas y reglas al capital, hoy es el capital quien establece los límites de la soberanía de los Estados. La riqueza pública de los diferentes Estados naciones se ha privatizado y concentrado en no más de mil gigantescos conglomerados transnacionales. Entramos, insisto, en una nueva fase del capitalismo histórico: la del dominio de estas grandes corporaciones transnacionales. Ellas están asumiendo la real dirección de la economía mundial y constituyendo un nuevo y raro poder, desterritorializado, desnacionalizado y desarmado.

—Al globalizarse el mundo, las transnacionales gobiernan la Tierra. Lo subrayo, porque, sin duda el signo relevante de la globalización neoliberal ha sido la globalización de esos actores privados que son las transnacionales. Por lo mismo, la globalización del capitalismo ha implicado un socavamiento de los estados nacionales. Pero, y este pero importa, simultáneamente esas mismas transnacionales, haciendo lobby *en los grandes estados nacionales modernos, han ido constituyendo de manera informal una especie de mega Estado mundial que conserva las características centrales del Estado moderno: un todavía embrionario Estado planetario que opera como factor ordenador del mercado mundial. Este mega Estado se expresa, por ejemplo, en instituciones económicas como el Fondo Monetario Internacional, una especie de Banco Central Mundial; en el G-7 o grupo de las siete grandes economías, una especie de "legislativo censitario" en función del poder económico, al que concurren los poderes ejecutivos de los países ricos para regular y planificar la vida del mundo; y en el Banco Mundial, que, pese a su nombre, se ha ido convirtiendo en un ministerio planetario de Educación y Salud, asesorando a los gobiernos en políticas públicas inspiradas en la ideología del mercado único.*

Así pues, en la tardomodernidad las transnacionales manejan los hilos de un poder invisible que las convierte en el "Hermano Mayor" de finales del siglo XX e inicios del XXI, y bajo una lógica totalizante determinan las pautas del consumo, del comportamiento, de los consensos, y empiezan a uniformizar la humanidad. Pues bien, todo esto es en la práctica un nuevo Estado mundial, inspirado

en una estructura formalmente moderna, aunque carente del ejercicio democrático, en tanto es regido por las empresas transnacionales con poca o nula presencia institucional de ciudadanía.

—En lo personal atribuyo a las corporaciones transnacionales una decisiva influencia en la dirección del actual curso histórico, pero no sé si han llegado a constituir lo que llamas "un mega-Estado mundial". Son varios y diversos los factores que están contribuyendo a la creación de una civilización universal e indudablemente uno de esos factores es la aparición de estos gigantescos dinosaurios modernos.

—El Estado nación vive las presiones de estos actores resultantes de la globalización y además, como dije antes, vive las presiones causadas por la reivindicación de la diversidad cultural en su propio seno y por la demanda hacia una biorregionalización a que obliga la sustentabilidad ambiental.

—Lo que aquí destaco es que estas nuevas y complejas entidades económicas, destituidas de dioses, de patrias y de lenguas, decidirán acerca de la vida y comportamientos de miles de millones de seres humanos. No deja de ser extraña la identidad de estos nuevos sujetos de la Historia, puesto que carecen de la presunta sanción divina que había acompañado a reyes y emperadores en la antigüedad; y también están destituidos de la legitimidad que otorga el sufragio universal. Su poder no proviene ni de Dios ni se funda en la voluntad del pueblo; y, ni siquiera, se han impuesto por la fuerza. A diferencia de las otrora grandes religiones o de los nacionalismos modernos, no son portadores de ningún mensaje moral, espiritual ni ideológico. Hasta ahora habíamos conocido poderes ejercidos sobre un determinado territorio, mediante la fuerza de las armas o bien legitimados por alguna creencia religiosa o por una ideología laica. En cambio, esta nueva y potente estructura de poder exhibe características absolutamente originales: es dueña de gran parte de los conocimientos y de las tecnologías más avanzadas; dispone de parte significativa del poder financiero; posee los más poderosos y eficaces medios de comunicación y las mayores agencias de publicidad; se hallan en condiciones de movilizar miles de millones de dólares en sólo fracciones de segundo. Su fuerza expansiva y su capacidad de seducción arranca de ser la única organización privada dotada de poder global y capaz de satisfacer la aspiración dominante de los pueblos, cual es, disponer de un mayor confort material.

Estas enormes corporaciones son, sin duda, el más alto producto de la modernización capitalista en su fase más avanzada y, al mismo tiempo, el motor principal de un nuevo salto al oscuro vacío de una posmodernidad desconocida. Se han constituido en el vehículo insustituible de la nueva expansión occidental y, a su vez, han devenido el agente principal del nuevo cambio histórico, esta vez de dimensión planetaria. Desde el año 1 de la Época Moderna, 1492, los pueblos de Occidente habían venido conquistando y colonizando el mundo a sangre y fuego, basándose en la superioridad de su organización y de sus armas. Las potencias occidentales habían sido las responsables de la virtual desaparición de culturas enteras; practicado sin tasa ni medida el tráfico de esclavos; hecho la ignominiosa guerra del opio en China (1840) y obligado a abrir, bajo la presión de sus cañones, los herméticos puertos de Japón. Pero la diferencia entre ese pasado belicoso y colonialista y la época presente reside en que la abrumadora mayoría de los países aún no modernos han caído deslumbrados por la espectacular tecnología occidental y por el esplendor, riqueza y variedad de sus productos y servicios. En 1492 llegaron los conquistadores provistos sólo de algunos collares y de muchas cruces, espadas y arcabuces. Quinentos años más tarde vuelven exhibiendo aviones, satélites espaciales, viajes a la luna, bombas nucleares, computadores, cine, televisión, comunicaciones de uno al otro extremo del mundo en sólo segundos, pero también desertificación, gases invernadero, corrupción en aumento exponencial, drogas; y así sigue la historia. Pero esta última parte es omitida por los gerentes del mundo.

—¿Por qué dice que vuelven? Si desde que llegaron nunca más se fueron.

—Es sólo una forma simbólica de decirlo.

—Pero relevante: si nunca se han ido me interesa destacar la continuidad moderna entre las primeras empresas occidentales de 1492 y las actuales empresas transnacionales y su relación con los pueblos del mundo.

—En mi opinión, lo realmente destacable es la diversa forma de dominación y hegemonía de esta nueva expansión occidental. Ayer constituyó una simple y brutal ocupación militar, mientras que hoy día los propios gobiernos nacionales y sus elites dirigentes desean incorporarse a esta ambigua modernidad. Las corporaciones multinacionales

vienen a ser los equivalentes a los ejércitos conquistadores de ayer, pero su forma de colonización es y será absolutamente diversa.

En tu reflexión destacas la continuidad del proceso. A mí, en cambio, me parece más significativa la ruptura que está ocurriendo, entre otras razones, por lo que acabo de expresar: la muy diversa forma de dominación.

—Destaco la continuidad del proceso porque las transnacionales son la realización suprema de la modernidad tardía, e históricamente tendrán que cambiar su misión para ponerse a tono con los tiempos y desafíos culturales posmodernos que sí implican un cambio histórico (con todo, hay que reconocer que muchas ya lo están haciendo, al menos cuando incorporan tecnologías limpias a sus procesos).

Ahora, es indiscutible la descripción que usted hace acerca de los cambios en curso en el sistema capitalista. Es inequívoco también el hegemónico carácter transnacional o mundial que hoy tienen las grandes empresas. Sin embargo, desde el punto de vista cultural, valórico, el actual momento es la continuidad y la culminación del espíritu descrito por Marx y, antes y después, por tantos otros pensadores acerca del hombre moderno occidental: con ansia de dominio y control, muy confiado en el progreso y en el desarrollo de las fuerzas productivas, productivista y orientado al sobreconsumo, movido por afán de lucro y acumulación, con fe ciega en el poder de la técnica y en su capacidad demiúrgica para transformar el mundo, autoconsiderándose un actor solitario y separado de la danza de la vida; pues bien, esos valores en la tardomodernidad han sido llevados a su máxima expresión y difundidos como sentido común en especial por la mayoría de los managers *de estas grandes empresas. Y esa continuidad es muy relevante, ya que a mí en nuestra conversación me interesa destacar los nuevos valores y prácticas que plantean una ruptura con esos viejos valores y prácticas modernas; ruptura que si es un hecho cualitativo y culturalmente muy reciente, tres o cuatro décadas, y en el proceso histórico, donde coexisten lo viejo y lo nuevo, están marcando los signos emergentes de lo que será una posmodernidad profunda (una nueva concepción de mundo).*

—Ambas afirmaciones pueden tener su parte de verdad, la tuya en orden a que el actual momento es la continuidad y la culminación del viejo espíritu moderno, y la mía en cuanto a que se trata de una ruptura y de un inicio. La culminación del proceso moderno está concluyendo en los inicios de un nuevo proceso que de momento llamamos

posmoderno. Si caricaturizáramos el devenir de los últimos cinco siglos, al menos en Occidente, tendríamos tres momentos históricos diversos: el feudal, el de los Estados naciones y el de la aldea planetaria, cada uno con sus respectivos sistemas económicos.

En cuanto a las diferencias que puedan existir entre cambios cuantitativos y cualitativos, creo que la mejor explicación la da Marx con un ejemplo muy gráfico: cuando se hierve agua al nivel del mar, ésta, al alcanzar la temperatura de cien grados, se transforma en un nuevo elemento físico, el vapor; esto es lo que está ocurriendo con la mayor parte de los procesos a que nos estamos refiriendo. Ellos vienen gestándose desde hace mucho tiempo, pero es ahora cuando se está experimentando el cambio cualitativo, de agua a vapor, de empresa nacional a empresa multinacional, de un mundo de Estados naciones a un mundo planetario.

—No polemizo con la realidad de un cambio histórico, por el contrario, junto a usted comparto que hoy vivimos en un cambio épocal. Sólo ocurre que reconozco otros signos y actores como Sujetos *del actual cambio histórico en curso, entendido éste como superación cualitativa de la época histórica precedente.*

Para clarificar mi mirada es importante destacar que establezco una diferencia sustantiva entre la globalización —como continuidad moderna— y la planetarización —nueva realidad posmoderna—. La actual planetarización (concepto distinto a la globalización economicista de la modernidad tardía) no resulta, a diferencia de la globalización, de la existencia de las transnacionales como espacios económicos centrales del sistema capitalista mundial. No. Las transnacionales operan e inciden en la globalización; pero en cambio la planetarización es un hecho histórico y cultural nuevo, que, más allá de ser sincrónico con las innovaciones tecnológicas en los medios de transporte y en las telecomunicaciones, en lo fundamental también se asocia a algo que usted mismo planteó: los nuevos desafíos culturales posmodernos, la ecología y la demografía (por nombrar sólo dos), cuyo rasgo inédito es que sólo se podrán resolver a escala planetaria (planetaristas son precisamente las organizaciones y movimientos ciudadanos que se oponen a la globalización neoliberal desde una perspectiva también mundial). Y el dramático problema, en mi opinión, es que si ante la realidad de esta ineludible planetarización colegimos lo que están aduciendo las empresas transnacionales globalizadas, es decir, toda una humanidad afiebrada de productivismo, consumismo y a nuestra casa planeta bajo la égida

de un pensamiento único, el futuro se nos aparece, por decir lo menos, bastante complicado.

En ese contexto es que me pregunto: ¿por qué afirma que las empresas transnacionales están destinadas a colonizar el futuro del mundo? Si la realidad es que ya están consolidadas como instancias rectoras de la vida económica mundial y son en gran medida inspiradoras de casi un mega-Estado que promueve un mismo modo de vida a nivel mundial; es decir, la influencia de las transnacionales es un dato del presente.

Más aún me preocupa lo que usted ha dicho: "las empresas transnacionales son un actor central de la historia futura universal y motor principal del cambio histórico actualmente en curso". ¿Por qué? Si estas empresas son, en lo sustantivo, una complejización de la empresa capitalista que ya existía hace un par de siglos.

—Intentaré responder con cierto orden a tus observaciones. En primer lugar, nunca he afirmado que las corporaciones transnacionales sean el único factor en el gran proceso de globalización de la economía capitalista. Este fenómeno obedece a numerosas causas y ya tendremos oportunidad de conversar sobre ellas. En segundo lugar, cuando he dicho que estas grandes corporaciones están destinadas a colonizar el futuro del mundo, ha sido sólo en forma metafórica, puesto que en mi opinión no existe en la actualidad un proceso de colonización semejante al iniciado en 1492. En mi concepto estamos frente a otro tipo de colonización, a una nueva forma de invasión del imaginario colectivo de los pueblos; además, es otro el contexto histórico y otros los actores. Como ya creo haber expresado, se trata esta vez de una invasión sin armas y sin ejércitos. Aun cuando no comparto tu opinión tan categórica en orden a que ya estarían consolidadas estas transnacionales, dado que en mi personal visión el proceso de globalización recién se está iniciando, sí estoy de acuerdo en que estas corporaciones desempeñan un papel decisivo en la vida económica contemporánea y en la construcción de un futuro "mega-Estado planetario", el cual tampoco existe por el momento. Son éstas, precisamente, las funciones estelares de estas transnacionales, las que me permiten atribuirles un papel de actor central en el proceso histórico en curso. Y me refiero a la "historia futura universal", porque, como acabo de expresar, desde mi punto de vista recién está comenzando este proceso de globalización de la economía capitalista industrial, de modernización de las sociedades no occidentales y de posmodernización de las sociedades modernas. Concretamente, en Chile, sólo en esta última década hemos presenciado la

invasión de estas grandes corporaciones multinacionales, que se han ido adueñando de un importante porcentaje de la riqueza nacional: electricidad, teléfonos, vinos, cobre, bosques, azúcar, etcétera.

En tu opinión pareciera no existir una gran transformación cualitativa en el sistema capitalista, porque ésta solo sería continuación y culminación del desarrollo de las primeras empresas capitalistas aparecidas hace dos o tres siglos. En esta materia estamos en abierto desacuerdo. Para mí existe una diferencia cualitativa entre las antiguas empresas burguesas y las modernas corporaciones transnacionales. Cuando éstas se "complejizan" están experimentando cambios fundamentales. No basta la permanencia de una misma misión original para negar la diferencia cualitativa entre las empresas de ayer y de hoy. Maximizar ganancias, obligando a trabajar a millones de millones de obreros catorce horas diarias y en condiciones deplorables, y maximizar ganancias casi sin explotar mano de obra y trabajando sólo 35 horas por semana en condiciones relativamente aceptables es cualitativamente distinto. Y la diferencia crece más cuando existen miles de empresas produciendo bienes inmateriales sin ocupar mano de obra y sin un único propietario burgués. Hoy día uno de los grande debates que se está llevando a cabo en Europa y Estados Unidos es si conviene o no promover el acceso de la clase trabajadora a la propiedad de las empresas estimulando la compra de acciones a través de los ahorros de los trabajadores o de sus fondos previsionales. En el caso concreto de Francia, una parte de la dirección socialista estima positiva esta alternativa; otros, en cambio, apegados a las viejas concepciones anticapitalistas, la rechazan categóricamente.

—No niego ni los importantes cambios en el sistema capitalista en las últimas décadas. Lo que intento es cartografiar los signos que implican novedad histórica cualitativa al menos para la historia occidental de los últimos siglos. Por ejemplo, en la "nueva coloniza ción" que hacen estas empresas transnacionales. Es cierto que ayer hubo dominio militar explícito de los estados centrales para garantizar la colonización y que hoy aquél no se repite en la influencia de las empresas transnacionales en el resto del mundo. Sin embargo, no olvidemos que en China, India, África y América, también ayer se tejieron lazos de interés y convencimiento ideológico entre los estados centrales y los liderazgos criollos. No todo fue brutalidad militar. Entonces, y en el supuesto de que las actuales transnacionales sean el "equivalente" de poder a los países centrales del ayer, sin darse hoy ese dominio militar explícito (salvo cuando es "necesario",

porque ahí sí que las fuerzas militares de los países centrales operan bajo el lobby *de las transnacionales), continúa siendo importante, y cada vez más, la capacidad de estos conglomerados para incidir en las conciencias del mundo ahora vía la parafernalia de medios de comunicación que precisamente incentivan valores y pautas de comportamiento acordes a lo que quieren esas mismas transnacionales. El poder militar ha sido complementado por el poder comunicacional, que "seduce" en pro de los mismos fines y a través de una red mundial de publicidad y sentidos.*

—Lo que expresas confirma lo que estoy tratando de explicar. Ya no es el dominio fundado básicamente en la fuerza de las armas, sino un dominio de otra naturaleza, comunicacional si quieres llamarlo así. Las multinacionales vienen a sustituir a los antiguos ejércitos; en otras palabras, serían simbólicamente los nuevos ejércitos, las nuevas fuerzas de ocupación, las nuevas potencias colonizadoras, aún cuando se trate de otro tipo de ocupación y de otra forma de colonizar. Si tomamos como ejemplo el caso de las grandes religiones monoteístas, o las propias ideas marxistas laicas, las unas intentaron unificar el mundo tras una creencia en la existencia de fuerzas sobrenaturales, las otras mediante la promesa de construir una sociedad justa, equitativa y feliz. Pero ninguna de ellas alcanzó un nivel de aceptación universal como en cierta medida han logrado quienes sólo ofrecen un crecimiento económico expresado en bienes y servicios múltiples.

—No hay tal nivel de aceptación universal, pues cada vez son más las sensibilidades que en el mundo se oponen al modo de vida moderno ahora globalizado. Y además esa oferta también alega instaurar una sociedad mejor a través del discurso de la "religión del consumo" —permítame la analogía—, de la "religión del productivismo y del progreso material" que hoy domina el mundo. Así como el marxismo fue una oferta ideológica laica y moderna, ésta también es laica y brutal o descarnadamente hipermoderna, despojada de los oropeles más políticos, estructurada de manera inorgánica, y que a finales del siglo XX se expresa en las enormes catedrales del consumo que son los "Shopping Center", que reemplazaron a la plaza pública y a otros espacios societales y de convivencia. Esta "religión" no es de nuevo cuño, no tiene cuarenta años, sino que por larga data ha sido la expresión central de la concepción de mundo de una Época Moderna que hoy ha llegado a su paroxismo ritual.

—Si quieres, esa "religión de antiguo cuño" está seduciendo y deslumbrando ahora al mundo con sus enormes y espectaculares descubrimientos. En los comienzos de este tercer milenio del calendario cristiano, el comercio podrá vanagloriarse de estar logrando la unificación de todos los pueblos y, en consecuencia, superando gradualmente la época de las guerras religiosas, de las violentas confrontaciones ideológicas y de las pugnas nacionalistas. Las ideologías laicas y los nacionalismos intentaron imponer su dominación mediante la guerra; en cambio esta especie de adicción al consumo capitalista se expande en forma exponencial, voluntaria y pacífica.

—Sin duda que algunos de esos cambios que usted ha sistematizado como trece grandes transformaciones subvierten esta época. Insisto, nuestra diferencia radica en que a mí me inquieta que vea en las trasnacionales motores de la Historia, en el sentido de que promoverían el cambio epocal entendido como superación de una época histórica, cuando lo que ellas hacen es radicalizar la Modernidad. Desde el punto de vista histórico son una continuidad llevada al paroxismo y, por lo mismo terminal, de lo que ha sido la misión productiva material de la Época Moderna. Así como teóricamente no me parece apropiado, tampoco es lo que deseo (ni deseamos muchos) como ser humano, salvo que en el proceso de cambio epocal estas empresas reformularán completamente su misión, lo que algunas, afortunadamente, están haciendo.

—"Una continuidad llevada al paroxismo", como afirmas, es lo que en mi opinión está produciendo la ruptura de esa misma continuidad. Ningún estado de paroxismo es sostenible en el tiempo, él anuncia el fin o el cambio de una determinada situación.

—En eso estamos muy de acuerdo.

—Considero a estas corporaciones transnacionales "motores de la historia" porque en la actualidad sirven de vehículo del magno proceso de globalización del antiguo capitalismo histórico; porque son ellas las interesadas en difundir por el mundo las concepciones del neoliberalismo, hoy transformando en "pensamiento único"; porque defienden e impulsan un sistema que está destruyendo los Estados y sus soberanías, devaluando el trabajo, desprestigiando la política y la democracia; porque se encuentran en condiciones de arruinar a países como México, o más recientemente, a los países asiáticos; porque están

realizando las investigaciones científicas y tecnológicas más avanzadas en las diversas actividades del saber humano; porque están conformando y orientando a gran parte de la opinión pública mundial a través de sus colosales estructuras telecomunicacionales; porque han posibilitado el flujo casi instantáneo de miles de millones de dólares al día; porque nos facilitan el acceso a Internet. En fin, creo que por todo esto constituyen una de las fuerzas principales en el actual acontecer histórico.

Y agrego algo más. La inquietud mía no reside tanto en si son ellas agentes o motores de la Historia; mis temores y mis dudas apuntan a preguntarme por la naturaleza y la orientación de los cambios promovidos por ese motor o agente. Me resulta muy difícil concebir y aceptar que se pueda entregar la dirección del movimiento histórico a estas nuevas identidades, por así decirlo, sin Dios ni Ley, a estas identidades que no obedecen a poder alguno ni se hallan legitimadas por alguna decisión democrática, que se han colocado por encima de los Estados, con la única y exclusiva oferta del crecimiento económico pero sin responder acuciantes preguntas: ¿Crecimiento para quiénes? ¿Crecimiento al costo de tres mil millones de pobres e indigentes deambulando por el mundo, de millones de desocupados, de una mayor e incontenible devastación de la naturaleza? Para mí ésta es la gran amenaza y el gran peligro: si no tuvieran el papel de motores no tendríamos por qué inquietarnos ni estaríamos refiriéndonos a ellas. Por cierto y afortunadamente, no son el único motor, también existen otros que en alguna medida compensan sus poderes, y éstos son las ONGs de ecologistas, defensores de derechos humanos, pacifistas, feministas, en fin, una larga y multifacética serie de ONGs.

—Permítame hacer una caricatura: cuando el capitalismo se queda sin su enemigo-hermano en la modernidad (el socialismo real), los intelectuales del capitalismo suponen, a la manera de Fukuyama, un triunfo histórico e inician una reflexión cómoda y acrítica acerca de cómo está cambiando la sociedad e incluso llegan a bautizar esta "nueva sociedad": la sociedad del conocimiento, que emergería en un continuum *(sin ruptura) dentro del mismo sistema. No veo en ninguno de ellos una reflexión crítica para cambiar la vida y convertirla en otra cosa. Lo que anuncia Drucker como sociedad del conocimiento, o sociedad posindustrial o poscapitalista, lleva implícito el alma de la antigua humanidad moderna.*

Obviamente que en las últimas décadas hay cambios en la manera de producir, en la estructura de clases de la sociedad, en el

trabajo, en la manera de organizarse y operar de las empresas y en su actual carácter transnacional; en fin, hay un conjunto de cambios indudables. Pero también la misión que la humanidad se asignó en la Modernidad sigue siendo básicamente la misma (y discúlpeme por insistir una vez más): anhelo de dominio, fetichización de la tecnología, incentivo al consumo, sobrevaloración del tener y de las cosas materiales, confianza en el progreso ilimitado.

—En mi concepto el "alma de la antigua humanidad moderna" es una disquisición demasiado abstracta. No alcanzo a entender por qué, cada vez que puedes, asignas a la Época Moderna un designio preestablecido, rígido e inexorable. La humanidad se habría asignado en la Modernidad determinadas tareas. Como creo haberlo expresado, no es pertinente atribuir al conjunto de la Época Moderna una determinada misión o un designio fatal. En ella han existido, combatido y luchado fuerzas sociales y políticas de signos muy diversos, unas han sido liberales, otras socialistas y también las hubo conservadoras; y se han venido dando múltiples movimientos sociales de aspiraciones diversas. Sin ir más lejos, en el día de hoy las fuerzas que están impulsando la globalización en su versión neoliberal son perfectamente identificables y, por cierto, no comprenden ni a toda la humanidad ni son expresión de toda la Modernidad. Debe tratarse de identificar y de responsabilizar, por los efectos de sus acciones, a cada una de las distintas fuerzas que operan en los respectivos momentos históricos. Desde mi punto de vista, la Modernidad no ha estado regida por un solo espíritu, un solo designio o una sola misión, ni tampoco por un solo determinismo económico o cultural. Quienes "fetichizan la tecnología", "incentivan el consumo" y "sobrevaloran las cosas materiales" son determinadas fuerzas económicas, políticas y culturales, perfectamente identificables, y es un error pensar que *toda* la humanidad o *toda* la Época Moderna es responsable de esas graves desviaciones políticas y éticas.

—En este punto, igual que como ocurrió en los primeros capítulos, también debatiendo sobre la Modernidad, creo que más que una diferencia, sucede que estamos hablando de cosas distintas.

Estamos de acuerdo en que en el seno de la Época Moderna han actuado distintas fuerzas, y ya dijimos que ésta, como toda época histórica, tiene grandes logros (por favor, si yo no olvido lo que tan bellamente escribió Nietzsche en Genealogía de la Moral: *"A veces no recordamos cuánto dolor, cuánto esfuerzo, cuánta sangre, nos*

han costado las cosas buenas") y también tiene grandes carencias. Sé de los logros de la Modernidad, pero hoy pienso que es una obligación ética y política criticar sus carencias a la luz de la actual crisis de sobrevivencia en que nos encontramos producto de sus excesos (y por eso pienso que está agotada, que ya cumplió su misión).

Quiero responder a como cierra su planteamiento, pues esa sí que es una legítima diferencia nuestra: para mí el ecologismo es un movimiento cultural posmoderno (porque niega radicalmente los valores de la Modernidad); en cambio para usted sería una expresión más de una Modernidad "buena". No lo veo así, la cara solidaria de la Modernidad (libertad, justicia y fraternidad) ha sido heredada por el ecologismo y por toda la humanidad (son valores que nadie discute, aunque aún no se practiquen); pero el ecologismo y la nueva cosmovisión y prácticas que hoy se incuban trae elementos históricamente nuevos, al menos para Occidente.

—Tú piensas que no son precisamente estas grandes corporaciones transnacionales quienes estarían cambiando el mundo, pero si le preguntaras a uno de sus directores ejecutivos te diría: "no es que nosotros queramos cambiar el mundo, en los hechos lo estamos cambiando, estamos cambiando la sociedad china, estamos cambiando la manera de ser y de pensar de un hindú, y estamos cambiando, a pesar de las dificultades, a las sociedades africanas; y estamos empeñados en la conformación de un solo mercado mundial que indudablemente llevará a la creación de una forma de Estado universal, destruyendo el Estado nación".

—A ese gerente se le podría responder: "No sea cínico, usted dice que no es partidario del Estado nación moderno, pero en los hechos está construyendo un nuevo Estado informal y planetario, hipermoderno en su estructura global, claro que no quiere que yo participe como ciudadano del mundo. Si usted realmente quisiera cambiar la forma de organización política de la humanidad y de verdad actualizarla según la más profunda planetarización, tendría que imaginar y contribuir a crear una sociedad organizada y regulada democráticamente a nivel planetario; pero a la vez organizada políticamente vitalizando los espacios de la democracia y la singularidad local y regional.

—Estoy de acuerdo contigo en que llegó la hora de reivindicar los localismos y defender lo específico y singular, la cultura de cada pueblo

frente a la aplastante mundialización homogenizadora. En este sentido, no me deja de extrañar lo que he denominado la "traición conservadora". Antes éstas eran las fuerzas nacionalistas por excelencia, los más decididos defensores de los localismos y, por cierto, de los valores e instituciones tradicionales. Pero hoy se han embarcado con el fanatismo propio de los conversos en la idea de la mundialización y modernización de las sociedades, y han abandonado casi enteramente sus antiguas posiciones conservadoras. Y por esta misma razón, y en sentido inverso, debe haber un cambio en las izquierdas; éstas nunca prestaron mayor atención a la defensa de las tradiciones, hábitos locales ancestrales o realidades específicas de cada país. Y habría que hacerlo, en aras del principio de la diversidad. Tanto la diversidad biológica como las diversidades culturales constituyen una enorme riqueza para el conjunto de las sociedades y para cada país en particular.

—Imaginar formas de organización política y social del futuro es muy complejo. Hará falta mucha imaginación, porque la ciega carrera actual es inviable. Tal vez este futuro sea lo más complejo e inédito que ha enfrentado la humanidad: el desafío de vivir enredados tecnológicamente a escala planetaria. Ya nunca más dejaremos de vivir en el límite, salvo que ocurra una regresión de la especie. En tanto somos poder planetario de aquí en más transitaremos en la cuerda floja, pero ya no por accidentes naturales sino que por nuestro propio poder; cada decisión humana tendrá que ser reflexiva ateniéndonos a la variable de los potenciales riesgos de nuestros actos. No podemos continuar en una lógica de globalización desregulada y acrítica.

—Comparto plenamente tu idea acerca de la necesidad de introducir normas regulatorias en el proceso de globalización. No es concebible ni aceptable aplicar el mismo modelo a todos los países del mundo, a los que tienen 300 dólares per cápita y a los que disponen de treinta mil. Y ésa no es la única pregunta que flota en el aire. ¿Qué margen de maniobra resta a los gobiernos nacionales frente a un sistema mundial tan rígido o, dicho de otra forma, cuáles son las posibilidades de gobernar de las distintas fuerzas políticas de cada país, disidentes de la fórmula única? ¿O todas, de izquierda y de derecha, nacionalista o internacionalistas, católicos o islámicos, necesariamente deberán concluir aplicando la misma fórmula económica? ¿Cuál sería la razón de ser de las actuales ideologías y de sus correspondientes fuerzas políticas?

¿Cuál será el futuro de los países aún no industrializados? ¿Continuar produciendo materias primas y recursos naturales o esperar que alguna corporación multinacional decida invertir en ellos?

¿Será posible, a esta altura de los tiempos, cerrar las fronteras nacionales y dar la espalda a la globalización, intentando repensar un proyecto de desarrollo autárquico?

En atención a los valores de la competitividad y de la eficiencia económica, ¿debemos preferir un mundo gobernado por estas nuevas identidades transnacionales a uno donde los Estados nacionales continúen manteniendo su autonomía? ¿O son viables alternativas intermedias?

Si de lo que se trata es lograr un mayor crecimiento y una mayor eficiencia en la producción y distribución de bienes y servicios, y estos objetivos son mejor satisfechos por las corporaciones multinacionales, ¿por qué no permitir e incluso estimular el traspaso de las riquezas nacionales a estas eficientes corporaciones multinacionales, como por lo demás ya ha estado sucediendo en Chile? ¿Por qué, en un sistema globalizado y de matriz capitalista, debiéramos preferir al débil e incompetente empresario privado nacional por sobre el poderoso y eficaz empresario multinacional?

Y en este mundo en marcha forzada hacia la globalización, ¿por qué no colocarnos bajo la protección militar de Estados Unidos y así evitar seguir gastando un 6 o 7 por ciento del producto nacional —el doble de lo destinado a educación— a la mantención de Fuerzas Armadas por lo demás privatizadas por un solo sector del país?

¿Y por qué se ha preferido el esquema de globalización a la manera norteamericana y no nos hemos inspirado en el modelo europeo, en el cual se han adoptado diversos mecanismos para favorecer a los países de menor desarrollo dentro de la Comunidad Europea —España, Portugal, Grecia—, donde se continúa protegiendo y subvencionando a ciertos sectores considerados claves de la economía nacional, donde existe una preocupación preferente por la defensa de los ámbitos culturales de cada país y donde se apoya decididamente el establecimiento de normas de regulación a los cuantiosos flujos de capital especulativo, entre otras el "impuesto Toby", destinado a aplicarse a los miles de millones de dólares en transacciones diarias de divisas?

A propósito de la conferencia convocada por la Organización Mundial de Comercio, realizada en Seattle, Estados Unidos, en diciembre de 1999, ha surgido un potente y abigarrado movimiento antiglobalista con nuevos líderes mundiales de enorme carisma. No creo que las ideas y pensamientos de una nueva izquierda debieran

inscribirse en posiciones antiglobalistas: ello vendría a oponerse a toda una larga y valiosa tradición histórica de las izquierdas occidentales. De lo que se trata es de adoptar una forma correcta, justa, solidaria, equitativa y equilibrada de globalización; y estos objetivos no son meramente utópicos. La experiencia europea y la antigua organización del Comecon ofrecen muy interesantes alternativas.

—Muchas de las fuerzas de la sociedad civil que participaron en Seattle son antiglobalización porque se oponen al sentido económica, social y ambientalmente inequitativo e insustentable que ha adquirido la actual globalización; pero son profundamente partidarias de la planetarización en lo cultural y no tienen los ojos cerrados ante la evidencia de que el mundo de hoy es una red tecnológica, cultural y ambientalmente planetaria. Para ellas el desafío del futuro es cómo nos interrelacionamos.

—Sin duda que ése es un desafío. Pero volviendo al tema de los grandes interrogantes: ¿podrá funcionar un mercado único donde deberán concurrir habitantes de países de tan diverso nivel de desarrollo? ¿Acaso los países que abarcan el 70 por ciento de la población mundial deberán acudir también a ese mercado único, libre y desregulado sólo para vender sus materias primas y productos naturales, que por lo demás, en gran medida, son también producidos por las transnacionales? Y si los economistas están de acuerdo en que la demanda de materias primas continuará cayendo y, en consecuencia, los precios también irán disminuyendo, ¿cómo funcionará ese mercado planetario con productores y consumidores de tan distintas condiciones?

—Los teóricos del liberalismo responden que cada país debe participar con su propia ventaja comparativa en la división internacional de la economía.

—Esa respuesta no es suficientemente convincente cuando lo que se afirma es que la ventaja comparativa fundamental en la época contemporánea la da el conocimiento, la tecnología, el "know how" o el "savoir faire"; y en función de esa ventaja comparativa Estados Unidos, Europa y Japón son en la práctica los principales productores de bienes y servicios industriales.

Otra gran interrogante se refiere a cómo se conciliará el proceso de modernización de las sociedades no modernas con el proceso de posmodernización de las modernas, porque, si bien ambas tendencias

históricas están profundamente imbricadas y entrelazadas, tienen sin embargo énfasis y lógicas distintas e incluso contradictorias. ¿Será sostenible el desarrollo de dos mundos cada vez más polarizados? Digamos, el del 30 por ciento de ricos y satisfechos y el otro, el del 70 por ciento de pobres y excluidos. Surge aquí una nueva pregunta: ¿quiénes son los ganadores y quiénes los perdedores con la globalización desregulada y desprotegida de la economía capitalista? Aparentemente los ganadores son sólo dos países, Estados Unidos y China. Durante treinta gloriosos años fueron ganadores los países de Europa occidental y en ellos no sólo el 25 por ciento de mayores ingresos; pero hasta ahora no han logrado superar sus períodos recesivos. En los años de esplendor asiático, no menos de ocho países de esa área lograron crecimientos económicos espectaculares para luego precipitarse en una grave crisis. América Latina, por su parte, no exhibe hasta el momento crecimientos sostenidos y estables superiores a los de los años anteriores a la llamada década perdida. Si bien Estados Unidos estaría beneficiándose con la globalización económica, no menos del 50 por ciento de la población norteamericana ha visto severamente reducidos sus ingresos y su calidad de vida.

Crisis de regiones enteras vienen sucediéndose casi sin interrupción, y acarrean enormes tragedias humanas y sociales. El potente aparato publicitario neoliberal las hace aparecer como episodios menores, ajenos al modelo económico propiamente tal y sin responsables. La inestabilidad financiera del nuevo modelo económico desregulado ha pasado a ser una constante del sistema. En definitiva, la actual globalización sólo esta favoreciendo a sectores reducidos de la población mundial. Los perdedores netos son, primero, los pobres, los excluidos, cada vez más numerosos y desamparados; los países medianos y pequeños, reducidos a simples furgones de cola de un proceso incontrolable; las culturas y las identidades nacionales, ya que las fronteras han caído perforadas; las democracias, porque las políticas nacionales resultan inviables; los Estados, porque están bajo el fuego graneado de las fuerzas conservadoras neoliberales y de los "lobbies" de las multinacionales; las izquierdas, porque organizar estructuras de dimensión planetaria exige mucho tiempo y recursos; y las fuerzas conservadoras, porque ya nada les quedará por conservar, salvo sus enormes fortunas.

12

OCCIDENTALIZACIÓN O MODERNIZACIÓN DEL MUNDO

CARLOS ALTAMIRANO: —¿Cómo explicar esta verdadera pasión y obsesión por la modernización de los últimos diez años? ¿Por qué japoneses y filipinos se operan los ojos para parecer occidentales? ¿Por qué algunos hombre de color se estiran el pelo o se someten a tratamientos para blanquear su piel? ¿Por qué, incluso en nuestra América mestiza, las principales modelos que aparecen en televisión y en la publicidad son casi todas blancas, rubias y de ojos azules?

HERNÁN DINAMARCA: —El atractivo que hoy tiene Occidente es enorme e impone su realidad cultural a través de los medios de comunicación. Pero lo que usted describe no es reciente. En la Época Moderna el drama de todos los pueblos no occidentales ha sido su negación a asumirse como lo que son, debido a la reverencia que se tiene ante ese blanco poderoso que apareció y los conquistó. José Donoso resumió este estado de ánimo diciendo que siempre hemos tendido "un tupido velo a nuestra condición mestiza" e intentado blanquearnos. En cambio, y esto sí que es un rasgo nuevo, estamos asistiendo, entre estos pueblos, a una revalorización de su cultura. La mayoría de los negros mira con rabia cuando Michael Jackson se blanquea. Los indígenas se asumen como tales. Marcelo Salas, por ejemplo, reivindica orgulloso su apellido mapuche Melinao, cosa impensable no hace mucho.

—Más allá de lo reciente o no, estoy tratando de explicarme y explicar el por qué de esta nueva fascinación por los logros de la cultura

occidental. Y no es casual: estamos asistiendo al proceso de globalización o, dicho de otra manera, de occidentalización del mundo no occidental; en buenas cuentas, a la difusión de instituciones, modos de producir y de pensar de la cultura occidental moderna. La occidental es la primera cultura que ha extendido su hegemonía a nivel planetario. Los resultados de este proceso dependerán de los valores morales y políticos en torno a los cuales se centren.

—Claro que es visible el proceso de occidentalización a que usted se refiere, y es la manera predominante de entender la globalización. En las últimas décadas ha aumentado vertiginosamente la velocidad de ese proceso y la fuerza y la supremacía material de la cultura occidental parecen hegemónicas e incontrarrestables. Pero, como he adelantado, me gusta diferenciar entre dos conceptos: planetarización y occidentalización-globalización. La planetarización es un proceso de toma de conciencia de una humanidad que por primera vez asume al planeta como hábitat global: no puede ser de otro modo desde que nos intercomunicamos como una red y desde que sabemos que la biosfera es nuestro único hogar. La planetarización no es una calle de una sola vía que lleva productos e instituciones occidentales modernos al resto del mundo; también tiene caminos que vienen a Occidente. Apunta a un sentido posmoderno de integración de la especie humana en su diferencia; por lo que es distinto al sesgo de dominio desde lo blanco occidental que siempre han tenido esos otros términos. Se caracteriza por la fusión de culturas, la mezcla, y que el propio occidente ha recepcionado valores, concepciones de mundo de oriente y de otras culturas, que han impactado aquí y alimentado incluso la crítica a la propia modernidad occidental. Lo último es tan relevante como lo primero, si entendemos la planetarización en el contexto de un cambio epocal.

—Estoy de acuerdo con la imagen que empleas en el sentido de que sería una calle de doble vía y que Occidente también ha recepcionado valores y visiones de otras culturas; pero, en este proceso de globalización que ha comenzado, la fuerza hegemónica proviene de Occidente.

—¿Por qué situar tan recientemente el inicio del proceso de moder-nización real del mundo? Si desde antes, como usted mismo lo reconoce, el mundo ya estaba inmerso en la lógica de dominio moderna, que se expresó en conquista y colonización. Irónicamente

el "drama" de estos pueblos es que serían modernos, es decir se modernizarían, sólo cuando "incorporan" lo bueno (lo políticamente correcto) de la Modernidad. La verdad es que no comparto históricamente esa mirada, y menos cuando los blancos modernos, precisamente, obligaron a estos pueblos a sufrir los guiños de la "cara fea" de la brutalidad expansiva originaria de la Modernidad.

—Sólo podemos hablar de una Europa relativamente moderna a contar de 1800, es decir, después de la doble revolución: la económica inglesa y la política francesa. Los conquistadores españoles y portugueses del siglo XVI y XVII no eran hombres de cultura propiamente moderna ni venían tampoco de un país moderno; en consecuencia, mal podrían haber iniciado entonces la modernización de nuestra América. Sólo a comienzos del siglo XVII, los primeros peregrinos que llegaron a poblar Nueva Inglaterra y que venían escapando de persecuciones religiosas, eran portadores de ciertas ideas y principios modernos, dado que Inglaterra ya había emprendido su proceso de modernización. De esto derivarían consecuencias cruciales para la exitosa evolución de Estados Unidos.

En segundo lugar, sólo en los años sesenta del siglo XX vino a culminar la descolonización del hombre blanco. Durante los siglos de colonialismo, las metrópolis no tuvieron interés en modernizar a sus colonias; al contrario, en general conservarían sus instituciones y sus antiguas culturas. Más tarde, cuando estalla la revolución industrial, las potencias coloniales impidieron la industrialización en sus dominios. En India, por ejemplo, fue prohibido manufacturar el algodón que producían. La descolonización es el punto de partida de la modernización de la gran mayoría de los países.

La modernización de Europa resultó de transformaciones profundas y radicales ocurridas en el seno de las estructuras sociales, políticas y culturales de esos países. Lo mismo, pienso yo, ocurrirá con las sociedades asiáticas, africanas e iberoamericanas si pretenden industrializarse y modernizarse. No es posible hacerse del sistema productivo industrial y tecnológico occidental prescindiendo de las transformaciones estructurales y de los valores e instituciones que hicieron posible esa industrialización. El caso de Japón es el más emblemático. La lucha entre las antiguas clases sociales y las modernas, entre las antiguas instituciones imperiales monárquicas y las modernas, entre los antiguos valores agrarios y patriarcalistas y los modernos se irá repitiendo en cada una de estas sociedades aún no suficientemente occidentalizadas: India, China, Afganistán, Nigeria, Brasil.

Esta vocación por la universalización de sus paradigmas, albergada ya en la cultura cristiana y en la ilustrada moderna, sólo hoy está en condiciones de desplegarse y sólo hoy se puede iniciar la construcción de la bíblica torre de Babel, pero bajo los principios y valores de la moderna civilización occidental. Por el momento no existe otra cultura o civilización dotada de voluntad y capacidad para intentar universalizar sus ideas, creencias e instituciones. Tal vez las únicas animadas de tales propósitos universalistas serían algunas sectas islámicas, pero la ley del Corán es inviable como principio organizador de una sociedad moderna y planetaria. La occidental es la única cultura gravitante en el mundo contemporáneo. Podríamos incluso pensar que estaríamos ingresando a la época de las primeras civilizaciones universales. De no sobrevenir una catástrofe apocalíptica, las culturas actuales se encontrarán en este siglo XXI bajo la dominación del racionalismo económico industrial elevado a la categoría de panacea universal. Y, en mi particular visión, se han de producir en todos los pueblos de la Tierra movimientos de cambio histórico semejantes a los que llevaron a la transformación de las tradicionales sociedades católicas, feudales y monárquicas europeas en modernas sociedades laicas, democráticas e industriales.

—Usted resume una de las tensiones más inquietantes del presente: ojalá que la diversidad de culturas no se encuentre todo el siglo XXI "bajo la dominación del racionalismo económico industrial como panacea universal". Sé que usted tampoco lo quiere. Aceptando que por primera vez la humanidad puede construir una cultura planetaria, la pregunta política pertinente es cómo será esa cultura. ¿Homogénea o diversa?

—Para ser franco, al menos en lo estrictamente cultural, afirmo la radical transformación de las antiguas culturas no modernas y su progresiva sustitución por subjetividades y objetividades de matriz occidental moderna. Vuelvo a repetir, el caso de Japón es muy aleccionador al respecto: si bien conserva muchos de sus antiguas costumbres, hábitos y ritos, en lo sustantivo se ha instalado en el gran marco de la Modernidad.

—¿Usted cree que el budismo, el taoísmo, el hinduismo, matrices culturales de tres mil millones de personas, más que todo Occidente, que existen desde hace milenios, desaparecerán como concepciones de mundo y se fascinarán tan acríticamente con Occidente?

Piense, por ejemplo, que en China la principal amenaza actual a su marxismo-maoísmo-neoliberal de matriz moderna es el movimiento espiritual Falung Lang de raíz budista.

—No desaparecerán, pero mi impresión es que estas concepciones religiosas y éticas se verán profundamente impactadas por la expansión de la Época Moderna occidental, tal cual ya ocurrió con la religión católica, apostólica y romana. No es concebible una modernización de tipo capitalista fundada en valores e instituciones de orígenes premodernos. Sin duda, esas religiones no desaparecerán, como tampoco desapareció el cristianismo, a pesar de sus quinientos años de permanente conflicto con los valores e instituciones modernas; pero su papel y peso en la sociedad se irá reduciendo. La Modernidad no es compatible con las creencias y costumbres culturales que tienen por ejemplo los hindúes, donde miles y miles de vacas deambulan por campos y ciudades, a pesar de tratarse de un país con enormes problemas alimentarios, donde subsisten las jerarquizaciones sociales en castas y donde la explosión demográfica continúa devorando las tasas de crecimiento económico.

—Estoy de acuerdo con usted en que con la globalización terminarán de cambiar como tales todas las antiguas culturas no modernas (de hecho lo vienen haciendo desde los inicios de la Modernidad); pero, insisto, no estoy de acuerdo en que los valores del occidente moderno reemplazarán a todas las culturas y uniformarán el mundo.

Definitivamente, lo que ocurra es un escenario abierto, más aún cuando cada vez más las nuevas generaciones empiezan a compartir una planetarización inspirada en la sustentabilidad de la bio y de la sociodiversidad. Por ejemplo, a usted no le dice nada que hoy día una de las corrientes espirituales más expansivas, tanto en Estados Unidos como en Europa, sea de matriz oriental: la budista. Nada le dice que encuestas de opinión en nuestro países indiquen que cerca del 50 por ciento de los chilenos acude a formas de medicina distintas a las de matriz occidental alópata. Nada le dice que la Iglesia Católica cada vez más se ocupe ideológicamente de entregar opinión crítica acerca de lo que denomina pensamiento New Age, cuyo origen es una compleja fusión entre ciencia de Occidente, espiritualidades de Oriente y otras cosmovisiones. Claro que en el futuro surgirán sociedades distintas; pero no podemos afirmar taxativamente que van a ser absolutamente de matriz occidental,

porque Occidente también está siendo subvertido, revolucionado internamente.

—Yo no he dicho ni pienso que los valores de las demás culturas serán "absolutamente" de matriz occidental. Suelo usar las expresiones "en lo fundamental" o "principalmente" para referirme a los parámetros más generales que rigen o han de regir en una sociedad.

—De la fusión y de la intercomunicación saldrá algo nuevo. El propio mundo occidental moderno está cambiando sus concepciones fundamentales. Es cierto que el Banco Mundial promueve la industrialización tecnologizada de Asia, pero lo hace destinando también crecientes recursos para que los países asiáticos se doten de una base energética que no sea la tradicional del mundo moderno, que descansó en el carbón, en la electricidad de grandes centrales o en los combustibles fósiles.

—Me parecen de suma importancia estas iniciativas destinadas a ir sustituyendo el uso de energías provenientes de combustibles fósiles; pero, una vez más, debo recordar que estas invenciones e iniciativas no vienen propiamente de China ni de los países de Asia ni de los iberoamericanos, sino de los modernos estados industriales.

— Vienen del propio Occidente, pero de su nueva matriz de pensamiento, que ha recibido influencias de otras culturas y es posmoderna en tanto critica a la Modernidad: me refiero a la matriz ecológica, la que también está influyendo en dirigentes políticos que hoy saben que no se puede seguir construyendo el mundo del modo como hicieron sus antepasados.

—Si bien todavía no existe una matriz nueva, estamos de acuerdo en que ella está surgiendo, lo cual presenta una enorme importancia.

—Lo que importa es que haya cambios en la matriz valórica central de la Época Moderna y que se compruebe que esos cambios están ocurriendo.

—Los países del mundo no moderno continuarán orientándose por la matriz de origen occidental moderno, entre otras razones porque todavía no existe un tipo de modelo alternativo al de las

sociedades occidentales que pudiera convertirse en una idea fuerza central en los países en desarrollo.

—Dice usted que no hay modelo alternativo. Está bien, no lo hay a la manera como había cuando el mundo estaba escindido entre comunismo y capitalismo; pero sabemos que está emergiendo una sensibilidad distinta. Creo que el siglo XXI va a ser un siglo de tensión entre la matriz moderna y una concepción de mundo que es cualitativamente diferente, y que esto cruzará con su especificidad a todas las sociedades humanas.

—Estoy de acuerdo con tu última afirmación en orden a que, producto de las trece grandes transformaciones, surgirá en el mundo una concepción cualitativamente diversa de la actual, léase la moderna.

—Ya hoy, en Chile mismo, los valores modernos comienzan a ser vividos con tensión. En 1997 el informe sobre desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo activó el debate nacional con la "paradoja de la modernización". La población chilena. de manera muy contundente según el estudio, se siente infeliz y disconforme con la modernización. La gente percibe que el crecimiento económico y el progreso no es todo; que traen efectos no deseados y que hay que conciliar el bienestar material con una mejor calidad de vida. Y también aspira a mayor integración social, a mejores redes comunitarias y de afectos. Esa paradoja expresa un estado de ánimo colectivo que empieza a negar esta manera de modernizarse. Ahora, usted tiene razón: hoy esos objetivos modernizadores son mayoritarios, pero proyectarlos como una idea fuerza hegemónica en el siglo XXI es demasiado. Prefiero reconocer lo inédita que está siendo la crítica a este presente.

Pero algo no me queda claro en esta reflexión suya. Siempre habla del fin de una época histórica, del fin de la Modernidad, pero a renglón seguido proyecta sus valores centrales al siglo XXI. En la Historia hay ruptura y continuidad. ¿En qué momento y ámbitos reconoce la ruptura de esta época?

—Debo recordar que la decadencia del Imperio romano duró por lo menos dos siglos, sin que los romanos la previeran, y que muy pocos cristianos supieron en los siglos XV y XVI que su mundo medieval estaba en completa declinación; ni menos percibieron los hombres de la Época Moderna las profundas fracturas producidas en torno a

los años 1500. Sólo dos o tres siglos más tarde sabrían que estaban habitando en otra época histórica. A pesar de lo dicho, intentaré dar una respuesta a tus preguntas. "¿En qué momentos y ámbitos reconocer la ruptura?". Desde luego percibo los inicios de la ruptura en las últimas décadas del siglo XX, pero no sabría precisar fechas. ¿Tal vez en la década de los sesenta? No lo sé. ¿Y en qué ámbitos? En todos los ya mencionados, sería la respuesta: ecológicos, demográficos, tecnológicos, comunicacionales, en los procesos de globalización y occidentalización del mundo, en las grandes transformaciones de los valores éticos y morales, tanto cristianos como burgueses, en el agotamiento de las ideologías políticas modernas, en la fuerza de los feminismos, en la transformación de la familia.

Y ahora, ¿cómo explicar que refiriéndome yo al fin de la Época Moderna, sin embargo proyecte sus valores e instituciones al resto de los países del mundo? Distingo, como ya lo he dicho, dos procesos simultáneos y profundamente imbricados: la modernización de los países que pertenecieran al segundo y tercer mundo y la posmodernización de las actuales democracias modernas. En realidad son los países modernos los realmente impactados e incluso traumatizados por el uso excesivo de la tecnología; por la urbanización salvaje de sus campos y ciudades; por estar invadidos de autopistas, líneas de trenes y de metro y aeropuertos; por haber infectado las aguas de sus ríos, lagos y mares; por la explosión demográfica de ayer, que hoy se encuentra en plena involución en una Europa cuya población disminuye y envejece. Por estas razones y varias más, los habitantes de estos países están iniciando la huida de la Modernidad y pensando en dotarse de nuevas instituciones, en recrear otras ideologías y otros valores éticos.

Los países no modernos, en cambio, desean apoderarse de esta especie de lámpara de Aladino que es la tecnología moderna, y aspiran a lograr mayores tasas de crecimiento económico y a disponer de mejores hospitales, escuelas, universidades, autopistas, aeropuertos y puertos. Pero para ello necesitan modernizarse, lo cual les exige cambios radicales en la forma de ver el mundo y de organizar sus sociedades. Casi todos los historiadores han hecho un distingo al referirse a la cultura griega y a la cultura helénica. La primera sería la surgida en la época del nacimiento y esplendor de las grandes ciudades griegas; en cambio la segunda habría sido la que continuó dominando tanto en Europa como en Asia menor, pero ya las magníficas ciudades estado de Grecia habían ido declinando e incluso desapareciendo. Algo similar pudiera ocurrir con la civilización occidental.

—Más allá de lo prematuro y muchas veces bizantino de fechar el inicio de una transición epocal, ¿en qué signos se reconoce que una época termina y cuáles son los de la época que empieza a emerger?

—Los signos son múltiples: aquellos lanzados por la degradación de la biosfera; los signos de locuras múltiples: de niños cometiendo crímenes atroces, el uso desorbitado de drogas y anfetaminas, la proliferación de sectas religiosas, las especulaciones diarias avaluadas en miles de millones de dólares; locuras en las vestimentas, hábitos, derroches y lujos de los multimillonarios del "jet set" mundial; locuras provocadas por la desesperación, soledad, angustia e incertidumbre en que habitan millones de seres humanos de las propias sociedades modernas que han quedando marginados y a la vera de la "gloriosa modernidad" pero no por su condición de pobres o indigentes, sino por sentirse completamente ajenos y extraños a sus sociedades. Pero también el cambio se percibe en lo que tú mismo más de una vez has recordado, esto es en una multiplicidad de expresiones, objetivas y subjetivas, en ideas y sentimientos difusos e incluso contradictorios, anidados en lo más profundo del consciente y del inconsciente del imaginario colectivo de los pueblos modernos; en una *malaise* persistente e inquietante que ha invadido el clima moral de las modernos sociedades europeas; todo lo cual concluye manifestándose en un claro rechazo a sus actuales formas de vida y sus consiguientes valores.

—Ahora, bien: ¿Cuánto hay de marketing comunicacional en esta reciente pasión modernizadora? Hasta 1989, cuando cae el comunismo, el capitalismo se deja de llamar a sí mismo capitalismo y se empieza a llamar Modernidad, o, dicho con ironía, se proclama la Modernidad Realmente Existente. Y casi todos, incluso gran parte de la izquierda, muy desorientada, empieza usar los términos moderno, modernización, etcétera, para cualquier cosa.

—Compartiendo tus opiniones, agrego otros argumentos más. Ni Europa ni Estados Unidos eran propiamente modelos de sociedad para el resto de los países hasta hace un par de décadas. Las potencias europeas habían sido protagonistas de dos atroces guerras mundiales, del holocausto judío y de tres siglos de explotación colonial. Algo parecido ocurría con Estados Unidos, el cual realizaba periódicas intervenciones militares en América Central y apoyaba todas las dictaduras del continente y era además un elocuente símbolo del imperialismo.

—Pero igual nuestras sociedades y sus liderazgos, de uno u otro signo, querían imitar uno u otro modelo de modernización y asumir los valores centrales de la Época Moderna.

—Así era, pero sólo en parte, porque por otra no debemos olvidar que la totalidad de los principales líderes mundiales del resto de los países alzaban las banderas del anticolonialismo y del anti-imperialismo y, no pocos, del anticapitalismo: Mahatma Gandhi y Nehru, en India; Mao, en China; O Chi Min, en Vietnam; Sukarno en Indonesia; Ben Bella, en Argelia; Nasser, en Egipto; Nkruma, en África; Salvador Allende, Cárdenas, Haya de la Torre, Fidel Castro, Che Guevara, en América Latina. En buenas cuentas, dos tercios de la humanidad combatían en contra de Occidente.

—Era así porque se lo asociaba con el capitalismo moderno, cuando esos líderes y las masas del mundo eran seducidos por el comunismo moderno. Por eso, tras la derrota del comunismo, el capitalismo se cambia de nombre. En estrategia de marketing, esto se llama reposicionamiento de imagen.

—Pero además varias otras razones explicaban el origen de la profunda fosa existente entre los países occidentales modernos y el resto de pueblos del segundo y tercer mundo. Incluso en ciencias sociales era hegemónica la teoría de la dependencia, la cual sostenía que los países capitalistas centrales eran los directos responsables de nuestro retraso económico. Y como entonces pocos hacían el distingo entre cultura occidental y sistema económico occidental, todos aparecían haciendo una condena global. En realidad, no existía un rechazo a la Época Moderna como tal, sino a los imperios colonialistas modernos y a sus prácticas intervencionistas y opresoras. Al luchar India por su independencia de Inglaterra, su enemigo principal era Occidente; al combatir Vietnam en contra de los ejércitos de Francia y posteriormente de Estados Unidos, su adversarios concluían siendo las potencias occidentales. Nuestra izquierda latinoamericana, por su parte, alzaba las banderas del antiimperialismo y del anticolonialismo.

Los actuales procesos de occidentalización y modernización han pasado a ejercer influencia decisiva en la vida de nuestros pueblos, entre otras razones porque ya las potencias centrales no aparecen directamente asociadas a políticas de violencia y agresión. Por último, hasta hace sólo diez años, el mundo aparecía inexorablemente dividido entre socialistas y capitalistas. El colapso del "socialismo real" nos

ha situado en un escenario histórico diverso, donde se ha comenzado a apreciar la cara positiva del mundo occidental: sus éxitos tecnológicos, sus grandes adelantos materiales, sus sistemas democráticos y sus estilos de vida.

En fin, en sólo veinte años nos encontramos en un escenario nuevo. La modernización u occidentalización es, en mi opinión, un proceso llamado a perdurar largo tiempo. Mientras el capitalismo conserve su dinamismo vital y se continúen realizando prodigiosas innovaciones tecnológicas, la unificación del planeta se realizará bajo el signo de la civilización occidental. Tanto fuerzas exógenas a nivel mundial como fuerzas endógenas dentro de cada sociedad, están impulsando la mundialización de la política, la economía y la cultura occidentales. La occidentalización del mundo permea cada país en alas de Internet; en los programas de televisión; en las películas; en informativos de audiencia mundial; en espectaculares montajes de conferencias cumbres; en la enorme publicidad que acompaña a los campeonatos mundiales de deportes; en los espectáculos musicales de los Rolling Stones y las Madonas; en diarios, revistas y publicaciones de circulación planetaria; y en los millones de turistas que deambulan a diario por el mundo. En realidad, no diviso en un plazo breve un cambio histórico de la magnitud y el sentido que nosotros pudiéramos desear, capaz de cuestionar esta nueva fase de planetarización de la civilización occidental moderna.

—Menciona algunas bellas obras de arte y tecnologías que hoy circulan por el mundo; bellezas que ya no son sólo de la modernidad occidental, sino que patrimonios humanos. Ahora, claro que es pesimista en el sentido histórico, pues, insisto, no reconoce algunos signos que indican la emergencia de un cambio valórico y cultural que, junto a la autodestrucción de la actual civilización, llevará a un cambio profundo.

—Te equivocas, reconozco esos signos, pero cosa distinta es que no les atribuya, por el momento, la posibilidad de provocar un cambio histórico en el sentido deseado. Tú estás apostando a que las actuales minorías sociales, culturales y políticas se convertirán en mayoría; yo, por mi parte, tengo mis aprensiones acerca de la velocidad con que ocurran estos fenómenos.

—No es una apuesta. Es ponerse a pensar y actuar en función de la humanidad que deseamos. Mi invitación es a asumir esta consciencia

histórica del cambio epocal y participar activamente y tomar partido por los nuevos valores y prácticas, pues sólo al criticar los antiguos valores modernos y convertir en obra a los nuevos se acelerará el cambio. La viabilidad de la civilización occidental moderna y sus desafíos ecológicos, demográficos, sociales, culturales y bioéticos, entre otros, son los verdaderos desafíos de sustentabilidad de la especie humana. Es la única pregunta histórica que tiene sentido, ya que apunta a las contradicciones de la época que se ha abierto. Y hoy nuevos y diversos actores van fraguando otro futuro con sus nuevas concepciones de mundo, sus gestos y sus conversaciones. Eso es lo que a mí me importa.

—Sí, pero cuando Marx llamaba no sólo a estudiar la realidad sino también a transformarla, simultáneamente iniciaba un examen profundo, lúcido y exhaustivo de esa realidad. No debiéramos, una vez más, tomar nuestros deseos e ilusiones por hechos y realidades.

—Son deseos, sí, pero no ilusiones. Le aseguro que si hace una encuesta en China, en Chile, en Estados Unidos y en Europa, y pregunta a la gente de carne y hueso, en especial a los jóvenes, si quiere un mundo secularizado o quiere un mundo encantado, si quiere un mundo que destruya la naturaleza o uno que tenga una relación respetuosa con la naturaleza, si quiere un mundo con una economía más solidaria y menos productivista y consumista o quiere seguir con la actual economía, si quiere la diversidad cultural o la homogenización cultural, le aseguro que las respuestas van a ser mayoritariamente favorables al mundo encantado y con espiritualidad, al mundo con una relación respetuosa con la naturaleza, al mundo solidario, al mundo de la diversidad. Esos valores se asumen sin notarlo ni tampoco verbalizando que son una crítica al occidente moderno, pero en los hechos predisponen a construir un mundo distinto. Éste es un proceso histórico recién iniciado, largo y complejo, que espero que a la larga —si aún tenemos futuro— termine por superar el ya antiguo paradigma o concepción de mundo del occidente moderno.

—Estoy de acuerdo con tu párrafo final, donde anuncias el nacimiento de un proceso histórico destinado a superar la antigua concepción de mundo del occidente moderno. En cambio, coloco un gran signo de interrogación a los posibles resultados de la hipotética encuesta que propones, entre otros temas, acerca de las preferencias por

privilegiar el respeto a la naturaleza o el crecimiento económico. Como habrás visto, y hemos comentado, las más altas autoridades del país, de ayer y de hoy, se han manifestado categóricamente por priorizar el crecimiento económico por sobre cualquier otro objetivo. Y también tengo mis dudas sobre cuál sería la respuesta a la aspiración a tener una economía más solidaria en vez de más consumista. Creo que nos encontramos en una sociedad profundamente herida y dañada por valores negativos y perversos como el consumismo, el éxito personal y el individualismo. En estas circunstancias dudo mucho acerca del triunfo de posiciones más solidarias, pero en todo caso es necesario luchar por cada una de estas alternativas indicadas por ti.

—Usted añora que estos nuevos actores se articulen en una sola fuerza político social al modo moderno; pero es probable que eso no ocurra. No en vano hablamos de un cambio epocal que tal vez también se expresa en inéditas formas de "organización y articulación política". Lo importante es que son sensibilidades emergentes que penetran cada vez más en distintas dimensiones de la vida social y pueden generar, por qué no, impredecibles cambios culturales.

—Bueno, dejémoslo como una diferencia entre quién ve con optimismo la emergencia de esas nuevas sensibilidades y quién, como yo, las observa con cierto pesimismo, dada la dispersión y confusiones de sus propuestas. Creo interesante recordar el caso concreto de Chile. En sus últimas elecciones presidenciales, los llamados candidatos alternativos, entre los cuales estaban los humanistas, los ecologistas y los comunistas, abiertamente críticos del sistema, en conjunto no alcanzaron ni siquiera al 5 por ciento del electorado. En buenas cuentas, el 95 por ciento de los votos útiles de este país estuvo por mantener el sistema con algunas mayores o menores rectificaciones.

—No me convence su último ejemplo. Todos los analistas chilenos saben que gran parte de esas sensibilidades críticas posmodernas terminaron votando por Ricardo Lagos (más allá que algunos votaran por Lavín, pues la política actual es muy confusa), porque, como resumió Humberto Maturana en una entrevista, Lagos era quien mejor abría un escenario de gobernabilidad democrática para que siguieran fluyendo esas sensibilidades. Además, hoy en el actual gobierno se viven esas tensiones entre una tecnocracia modernizante acrítica y quienes son sensibilidades críticas. Más aún, la presidencia de un partido como el PPD está en manos de Guido

Girardi, el sujeto de la nueva generación de políticos más conectado con estas nuevas sensibilidades; y así también hay otros dirigentes en otros partidos institucionales: en el socialismo, en la Democracia Cristiana, sin hablar de la dispersión de estos liderazgos y sensibilidades en los nuevos y antiguos movimientos sociales y en ONGs, universidades, etcétera.

—Sin duda que existe un importante contingente que aspira a un cambio radical, pero éste aún no adquiere suficiente peso, perfil e identidad. En una palabra, no es todavía una alternativa clara.

13

CAMBIOS EN EL ESCENARIO GEOPOLÍTICO MUNDIAL: NUEVOS Y VIEJOS ACTORES DE LA HISTORIA UNIVERSAL

CARLOS ALTAMIRANO: —Uno no puede dejar de ver en las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) a otro nuevo actor fundamental en el quehacer histórico contemporáneo. Cito un ejemplo contundente: en el año 1992, en Río de Janeiro, se celebró la conferencia "Cumbre de la Tierra". Allí llegaron ocho mil organizaciones no gubernamentales sin fines de lucro, a proponer alternativas a la dramática devastación ecológica.

HERNÁN DINAMARCA: —La cumbre de Río ha sido la más grande conferencia mundial jamás realizada. Junto a las ocho mil ONGs participaron aproximadamente ciento ochenta jefes de Estado.

—Por otra parte, la organización "El Observatorio de la Mundialización", una especie de coordinadora de intelectuales, científicos y sindicalistas, obtuvo una importante victoria cuando denunció los graves inconvenientes del "Acuerdo Multilateral de Inversiones" (AMI) y logró su retiro de la discusión entre los Estados. Son muchas las victorias de estas nuevas organizaciones.

El "derecho de ingerencia", hoy tan de actualidad, fue inventado por uno de los dirigentes de estas organizaciones defensoras de los derechos humanos —Mario Bettati— y la convención condenando la tortura fue también una gran victoria de Amnistía Internacional. Y esto ha sido así, porque los estados nacionales no están capacitados ni disponen de voluntad política para librar estas batallas. En estricta verdad, el rostro de la futura sociedad planetaria está siendo diseñado

por estas múltiples y potentes ONGs: al oponerse a la destrucción de la naturaleza; al defender los derechos humanos y la creación de una corte penal internacional, al luchar por la no discriminación de la mujer; al abogar por intercambios comerciales equitativos; al proponer un impuesto al capital especulativo; al exigir ayudas humanitarias; al proponer normas de protección al consumidor; al denunciar la explotación y maltrato de mujeres y niños; al luchar por el principio de la diversidad; y al alzar como bandera de lucha la "excepción cultural", entre otras reivindicaciones.

—Sin duda, la emergencia de estas organizaciones es uno de los signos sociales más poderosos del cambio epocal: también a partir de los años sesenta la sociedad civil ha tendido a un proceso de autonomización de los partidos políticos (que en la consolidación de la Época Moderna actuaron como sus representantes). Y al autonomizarse, desde la propia sociedad civil han emergido las ONGs, por la creatividad cultural que usted destaca, tal vez podrían jugar el papel histórico que en la transición a la Modernidad, hace un par de siglos, correspondió a los clubes ilustrados, a la masonería y otros espacios de encuentro de los revolucionarios modernos.

—Sólo en los últimos años han venido surgiendo como callampas estas nuevas organizaciones sin fines de lucro. Muchas han llegado a disponer de un enorme prestigio y poder de difusión y publicidad. Las grandes batallas de carácter humanitario que se están dando en el mundo son, por lo general, promovidas por estos nuevos actores de la historia. Las conferencias cumbres han sido en medida significativa impulsadas por las ONGs. Sin la presencia de estas organizaciones humanitarias difícilmente se habría creado con tanta rapidez una "conciencia planetaria y ecológica"; tampoco la defensa de los derechos humanos habría alcanzado tal amplitud. El dictador omnipotente de Chile, Augusto Pinochet, fue detenido en Londres, por la presión de estas organizaciones y no, como estúpidamente argumentara la derecha chilena, debido a un "complot socialista". Si ha fracasado estruendosamente la Conferencia de Seattle, convocada por la OMC a fines del año 1999, se debió, entre otros actores y factores, a la multitudinaria movilización de las ONGs. Existe gran variedad de este tipo de organizaciones. Muchas disponen de cuantiosos recursos económicos y de activistas en todos los países. Una red de dimensión planetaria está apoyando y coordinando a los movimientos indigenistas

de América e incluso de países asiáticos. En China e India se han creado ONGs encargadas de proteger la biodiversidad, la no discriminación de la mujer, denunciar actos y comportamientos racistas, impedir el traslado de desechos tóxicos, la siembra de minas personales y la difusión de plantas nucleares. En Suecia, por ejemplo, ha surgido una organización llamada "Paso Natural", que aspira a crear un consenso nacional en torno a la idea de convertir a Suecia en "modelo de economía sustentable", reciclando en un 100 por ciento los metales, eliminando los residuos descompuestos, conservando la biodiversidad y promoviendo la utilización de la energía solar. Cientos de profesionales, agricultores, estudiantes e incluso ejecutivos de empresas participan en ella.

—Además, ésa es una nueva tarea país que se ha impuesto el Estado sueco de aquí a la primera década de este siglo. ¿Por qué en Chile no se hace lo mismo, en vez de seguir aspirando a un unilateral crecimiento económico, supuestamente a desarrollarnos a la manera moderna, un objetivo tan añejo que por estos lares tiene más de doscientos años? Pues, como ya dije, esa sustentabilidad, junto a la digitalización, es también la Nueva Economía.

—Esta es la diferencia entre nuestro mundo y el que se está posmodernizando. En Finlandia, Holanda y Brasil también se ha creado una interesante gama de este tipo de organizaciones. Han centrado la batalla de hoy en impedir la producción y comercialización de alimentos y plantas transgénicos —maíz, arroz, algodón, tomates, soja— y, a manera de transacción, se ha obligado a algunas gigantes empresas transnacionales, como Monsanto, a colocar etiquetas visibles en este tipo de productos.

—Todo lo que enumera es lo que en otros momentos de nuestra conversación me ha llevado a pensar con optimismo acerca de nuestro presente como historia, y estoy cierto que poco a poco estas ideas fuerza y valores también serán asumidos por nuestras sociedades.

—Es cierto, con algún optimismo podríamos llegar a pensar en cambiar el título del célebre best seller: *Cuando las Transnacionales Gobiernen el Mundo,* por el de "Cuando las ONGs Gobiernen la Tierra".

—Más que instaurar un gobierno de facto, el norte ético es que los nuevos valores o concepción de mundo que inauguran estas organizaciones posmodernas sean los que en un futuro "gobiernen" la Tierra.

—El llamado de las empresas transnacionales con fines de lucro es a producir y consumir más y a transformar el crecimiento económico en aspiración única y suprema de los pueblos; en cambio, el mensaje de las organizaciones transnacionales sin fines de lucro es a vivir en concordancia con la naturaleza, a respetar los derechos humanos, a no aceptar como fatalidad histórica la existencia de miles de millones de pobres y excluidos del sistema, a no continuar fabricando armas de destrucción masiva; a no dilapidar las energías no renovables y a crear nuevas fuentes de energía; a limitar las emisiones de gases invernadero y a no arrasar los últimos pulmones vegetales (bosques) del mundo, a no discriminar a la mujer, al negro, al indígena, y a reconocer los derechos de los homosexuales.

—Es muy interesante que la diferencia entre ambas organizaciones planetarias radique en ser Con o Sin fines de lucro. La nominación coincide muy bien con el eje valórico que, al menos en lo económico, separa a la antigua época histórica de lo nuevo que quiere emerger.

—Hoy nos encontramos en un tipo de globalización marcada por el pensamiento neoliberal. Contra esta forma específica de globalización ha surgido una amplísimo espectro de fuerzas políticas y culturales conocidas como "antiglobalistas". Y se están conformando dos tipos de antiglobalistas: los antiglobalistas paseístas-tradicionalistas y los progresistas. En los casos de Europa y Estados Unidos, entre los antiglobalistas llamados "paseístas" por los españoles, porque su condena surge desde "posiciones pasadas", están los de izquierda y de derecha. En la derecha se hayan ubicadas las creencias religiosas que consideran que se estarían propagando por el mundo ideas y concepciones contrarias a las verdades reveladas a sus respectivas religiones, así como también las antiguas fuerzas conservadoras partidarias de los valores tradicionales y de mantener intacta la soberanía de sus Estados. Además están los paseístas de izquierda: algunos partidos comunistas que quedan en Europa y que basándose en un conjunto de motivaciones, unas ideológicas y otras prácticas, están en contra, no sólo de la globalización, sino incluso del proceso de unidad de Europa. Por otra parte están los antiglobalistas progresistas, entre los cuales también existe una importante escisión: los que están categóricamente contra la globalización y los que están contra la específica y concreta forma de globalización neoliberal impulsada por Estados Unidos y sus portaaviones multinacionales.

—No entiendo la supuesta diferencia entre quienes usted unifica como antiglobalistas progresistas. Pues, compartiendo con usted que hay dos proyectos de globalización, el neoliberal y el de las organizaciones humanitarias, como llama a las ONGs, estas últimas serían uno de los antiglobalistas que se oponen a la globalización neoliberal. Luego, ¿cuáles serían los otros antiglobalistas progresistas?

—Existen dos formas de oposición a la globalización, una específica, por ser esta de carácter neoliberal y otra de tipo fundamentalista expresada en el ecologismo radical, es decir, por grupos y sectores que rechazan la globalización "in totum" por tratarse de un sistema económico intrínsicamente perverso por su carácter depredador, inigualitario e insolidario.

—Por eso rechazan la globalización neoliberal. La verdad es que el tema es muy complejo debido al uso equívoco que se suele hacer de los conceptos. Con todo, pienso que es una caricatura decir que los ecologistas son fundamentalistas en su oposición a la globalización, sin explicitar de qué globalización se trata y sin agregar que ellos sí son partidarios de la planetarización. Me atrevería a decir que casi no hay ningún movimiento ecologista que se oponga a vivir enredados planetariamente, en ese sentido no se oponen "in totum" a la globalización. Ellos se oponen sólo a la globalización neoliberal. Desde el momento que cualquier sensibilidad ecológica tiene como máxima "pensar globalmente, actuar localmente", mal podrían ser ajenos a la posmoderna planetarización cultural de la especie.

—El tema es muy complejo. Robert Musil, en su famosa obra *El Hombre sin Cualidades* habla de "una época en que había cientos de preguntas sin respuesta, y todas de la mayor importancia"; esa opinión de Musil es perfectamente aplicable al proceso de globalización, sobre el cual se escriben a diario toneladas de artículos, pero ninguno da respuestas a los interrogantes planteados. El gran debate acerca de la globalización efectuado en Europa y en Estados Unidos, en Chile se ha ocultado o ha pasado inadvertido. Acá los medios de comunicación dan a conocer exclusivamente las opiniones favorables a la desnacionalización de la economía, a su desindustrialización y a justificar la apertura indiscriminada de ella a los conglomerados multinacionales.

La agresividad de este nuevo fundamentalismo económico ha tenido como virtud el contribuir al surgimiento de un extendido movimiento "antiglobalista", el cual ha hecho en 1999 sus primeras armas en Seattle y a inicios del 2000 ha continuado promoviendo un gran escándalo en Washington con motivo de la celebración de la reunión conjunta del BM y del FMI. Aun cuando las denuncias, condenas y escándalos promovidos por estas organizaciones multinacionales humanitarias carezcan de la necesaria coordinación y coherencia, sin embargo ya han surgido conceptos, ideas y principios de enorme importancia: "desarrollo y/o sociedad sustentable", "excepción cultural", "principio de precaución", "impuesto Tobin", "Carta internacional del trabajo", "defensa de la diversidad", "seguridad alimentaria", "calidad de los alimentos", "perdón de las deudas de los países más pobres", "crímenes contra la humanidad". Es ésta una muy importante batería de ideas y conceptos para oponer a la globalización de las empresas que persiguen fines de lucro. En adelante, ni las políticas del Banco Mundial ni las del Fondo Monetario Internacional, continuarán aplicándose con la impunidad del pasado. Varias ONGs y otras organizaciones están intentando constituir un "Foro Mundial Plural" como alternativa al "Foro de los Ricos", término que utilizan para referirse al de Davos. Este quehacer está destinado a crear una especie de "contrapoder" surgido directamente de las diversas sociedades civiles del mundo, en vista de la incapacidad de los Estados y de los partidos políticos para oponerse a esta supuesta fatalidad histórica que es la globalización de la economía capitalista.

—Agregaría que, en gran medida, estas organizaciones sin fines de lucro (ONGs y/o académicas), en la actual transición epocal están "sustituyendo" el rol creativo y transformador que ayer jugaron los antiguos partidos políticos de izquierda moderna y que antes habían jugado los clubes ilustrados. Esto ocurre a nivel nacional y planetario en lo que a generar ideas y prácticas alternativas se refiere, es decir, en su quehacer propositivo del cambio histórico. De ahí la importancia de que los partidos políticos abiertos a las sensibilidades posmodernas (y de izquierda, en el sentido de impulsar el nuevo cambio histórico) se vinculen activa y respetuosamente con estas organizaciones.

EL NUEVO BLOQUE POLÍTICO EUROPEO

—Los países europeos no sólo se hallan empeñados en una reestructuración de sus Estados, naciones, sino que también están transformándose en el núcleo dinámico del más potente bloque político y económico mundial, sólo equiparable al bloque norteamericano.

Europa y Estados Unidos son dos bloques que conviven en el mismo ámbito cultural y están unidos por fuertes lazos históricos; sin embargo, sus proyectos y visiones de mundo han ido disintiendo cada vez más. Las fuerzas políticas europeas —y no me refiero sólo a los socialdemócratas, sino también a los propios partidos de derecha, exceptuando tal vez a un sector del partido conservador inglés—, están en decidida oposición al proyecto neoliberal de las multinacionales norteamericanas. En Europa el gasto público en relación al producto nacional no ha dejado de crecer; los Estados no se han reducido; el número de empleados públicos en relación a la población activa no ha diminuido y en Francia alcanza el 25 por ciento del empleo total, en Suecia al 30.7 por ciento, en Italia al 18 por ciento y en Gran Bretaña al 15 por ciento; todos estos países han conservado en gran parte el poder de regulación de sus economías y se han negado sistemáticamente a desmantelar su muro proteccionista; y si bien los beneficios del Estado de bienestar se han ido reduciendo, esto ha sido lento y moderado; la llamada flexibilización del trabajo no se ha aprobado y los impuestos en lo sustantivo se han mantenido. En una sola materia los países europeos han seguido la política neoliberal: en las privatizaciones de las grandes empresas públicas.

El *lobby* neoliberal de los "Chicago boys" argumentaría que ésta ha sido, precisamente, la causa del muy lento crecimiento de las economías europeas. La respuesta de los europeos conscientes ha sido: "queremos una economía al servicio del hombre y no a la inversa, el hombre al servicio de la economía, como es el caso de Estados Unidos".

—No me convence esta supuesta disputa entre neo Estados naciones "federados": Estados Unidos versus Europa. Tengo la impresión de que la globalización neoliberal impulsada por las transnacionales tiene adalides en ambos mundos: las empresas son transnacionales porque cuentan con capitales de ambos mundos, y de otros también. Si bien ambos capitalismos tienen diferencias y en las conferencias cumbre, por ejemplo, los estados europeos a

veces tienen políticas más evolucionadas que los Estados Unidos, no es menos cierto que los más progresistas suelen ser las ONGs norteamericanas.

—Sin duda, los defensores de la globalización en su versión neoliberal se encuentran en ambas orillas del Atlántico; pero el impulso inicial y más fuerte está en Estados Unidos. En Europa, entre otros motivos, por el hecho de estar gobernados esos países por partidos socialdemócratas y por tratarse de un capitalismo de diversa inspiración ideal, el neoliberalismo enfrenta adversarios más potentes.

—Es muy grande la complejidad de un cambio epocal y exige repensar todas nuestras viejas categorías. Por ejemplo, en relación a lo que usted dice no podemos olvidar que Clinton, Blair y Schroeder, de Estados Unidos, Inglaterra y Alemania respectivamente, encabezan la internacional de la Tercera Vía socialdemócrata. Yo no pienso que sean neoliberales, ni tampoco modernizantes a secas; es más, creo que son líderes abiertos a inquietudes propias del cambio epocal, pero a la vez administran la inercia del sistema económico moderno. En fin, es todo muy complejo.

—Así es. Los países de Europa fueron constituyendo una fuerte y creativa unidad cultural, precisamente debido a sus diversidades, pero los mal entendidos intereses imperiales y más tarde nacionales los condujeron a librar permanentes guerras entre ellos y también con el resto de los pueblos del mundo. Sólo en los últimos cincuenta años han logrado articular un proyecto de vida en común. Las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, la amenaza que importaba el comunismo soviético, el poder económico de Estados Unidos y el que estaba apareciendo en Asia, llevaron finalmente a Europa a intentar unificarse. A comienzos del siglo XX existían allí no menos de quince imperios, reinos y repúblicas de enorme poderío militar y económico, y cada uno poseía extensos territorios coloniales; en cambio, en los inicios de este siglo ha emergido otra Europa, destituida de imperios y de reinos, carente de colonias y con sus estados naciones en radical recomposición. Esta Europa conformará un nuevo sujeto histórico, con nuevos intereses universales y muy difícilmente volverá a agredir al resto de los pueblos con guerras de conquista o con intentos de recolonizar los distintos países del mundo.

Además, deberá resolver su ampliación; desde luego, están las peticiones de siete u ocho países de Europa central, según se incluya o

no a los de los Balcanes, con lo cual recrearía un bloque de Estados de riqueza y población mayores que las de Estados Unidos. Y también han solicitado incorporarse algunos países islámicos, como Turquía y Marruecos; por el momento Rusia, Bielorrusia y Ucrania se hallan a la expectativa.

—Podría ejemplificar con algunos logros de esta Europa unida.

—España, por ejemplo, hasta la muerte de Franco en 1975, había permanecido distante o ajena al resto de los países de Europa. Se decía que Europa llegaba hasta los Pirineos. Fue el gobierno socialista, presidido por Felipe González, el que en junio de 1985 firmó el acta de incorporación de España a la Unión Europea, cerrando así definitivamente el largo ciclo de la "España negra", inquisitorial, oscurantista y antimoderna. España había comenzado mal su siglo XX, al perder la guerra con Estados Unidos en 1898; pero, en cambio, aparece emergiendo en el siglo XXI nueva y remozada, desprendida ya de su pesado lastre histórico y portadora de una lengua que promete transformarse en la segunda del mundo después de la inglesa. Gran Bretaña también ha experimentado un proceso de rejuvenecimiento con la elección de Blair, que además de haber realizado significativas reformas en la vida institucional, lidera originales y renovadas posiciones ideológicas en el socialismo europeo. Francia y Alemania, enemigos irreconciliables, constituyen hoy los dos pilares fundamentales sobre los cuales se está construyendo la nueva identidad europea. Y tanto Holanda como los países nórdicos —Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia— han logrado organizar sociedades de alto nivel de bienestar. De existir algún modelo de sociedad justa, equitativa y solidaria, sería éste y no la sociedad norteamericana, que se encuentra en sus antípodas. Soy un convencido partidario de las ventajas del bloque europeo, de su capitalismo y de su cultura, tan distinto del bloque norteamericano y su capitalismo de inspiración anglosajona.

—Con todo, Europa no tiene el peso de superpotencia que Estados Unidos.

—El bloque europeo aún está en construcción. Estados Unidos es la única superpotencia mundial; ningún otro país o bloque de países está en condiciones de disputar a EE.UU. su hegemonía planetaria. La única tabla de salvación para los adversarios de esta hegemonía se halla en una muy improbable crisis económica catastrófica, semejante

a la de los años treinta del siglo xx. Pero, aun cuando la economía norteamericana exhibe serios talones de Aquiles, es muy improbable una crisis de tal envergadura.

En realidad, ninguno de los antiguos imperios o de los modernos Estados naciones había logrado acumular una suma de poderes de tan extraordinaria dimensión. Es la única potencia dotada de poder global en su sentido geográfico y también global por la amplitud de las áreas en que exhibe un poder superior. Sólo los enumero: militar, económico, nuclear, político, tecnológico, espacial, financiero, cultural, comunicacional, y la cantidad de sus multinacionales y la amplitud de sus investigaciones científico-técnicas —físicas, biotecnológicas, espaciales y las realizadas por el complejo militar-industrial. En los últimos diez años ha sido el único país de cierta consideración que ha logrado tasas de crecimiento del orden del 4 por ciento anual. El valor de las acciones de las empresas llamadas tecnológicas ha alcanzado aumentos exponenciales. La capitalización bursátil de varias de ellas supera los 400 mil millones de dólares, esto es, cifras sólo comparables con las cinco o seis primeras economías del mundo.

—Usted suele criticar a Estados Unidos. ¿Reconoce algo positivo en su actual liderazgo?

—Por cierto, Estados Unidos no sólo exhibe carencias y vicios; también posee enormes cualidades. Por ejemplo, en relación a nuestra región, desde la caída del muro de Berlín, Estados Unidos ha venido dando un fuerte vuelco en sus políticas tradicionales y al mismo tiempo han ido surgiendo claras contradicciones entre los sectores políticos conservadores y empresariales del sur y del norte. En Chile esta confrontación ha sido más visible, debido a la asociación existente entre la derecha y el mundo militar. Tanto la cúpula empresarial, como los jefes militares y la derecha política continúan viviendo de los recuerdos y fantasmas de la Guerra Fría.

Su cruzada contra la droga y su actual preocupación por las continuas interferencias de las fuerzas armadas en los gobiernos del sur de América también deben ser valoradas. Difícilmente Estados Unidos podría volver a crear escuelas donde se adiestre a militares latinoamericanos en prácticas de crimen y tortura. Las nefastas figuras de los Somozas, Trujillos, Duvalier y Pinochet sólo permanecerán como vergonzosos recuerdos del pasado.

—Curiosa historia: primero los cría y después los cuestiona.

—Así ha sido. Por lo mismo, pienso que Estados Unidos está llamado a jugar un papel histórico muy distinto al que desempeñó en el siglo XX. En los últimos años, en Washington se ha elaborado un plan para crear un "Centro de Estudios de Defensa Nacional". En dicho centro se pretende realizar seminarios con los expertos de los países del sur, con el objetivo de preparar figuras civiles especializadas en temas militares, ya que, según los estrategas norteamericanos, es altamente inconveniente que los temas de defensa nacional queden en los países de América Latina bajo exclusivo control de las Fuerzas Armadas. Es éste, en cierta medida, un cambio extraordinariamente significativo. Ha concluido la época de la doctrina de la "seguridad nacional" y del adiestramiento de los militares en la comisión de crímenes y de torturas en las llamadas "escuelas antiguerrilleras".

—Estados Unidos viene planteando reiteradamente a los ejércitos latinoamericanos que reorienten su eje estratégico: desde la defensa —pues es cada vez más improbable la amenaza de otros países de la región— hacia amenazas concretas como el narcotráfico o el deterioro del medio ambiente.

—Y en estos temas, entre otros, han chocado frontalmente con las Fuerzas Armadas chilenas. No así, por ejemplo, con las argentinas, cuyos mandos han asumido los errores del pasado.

—El factor Pinochet ha jugado un papel clave. Tal vez en algunos años haya cambios que acerquen a Chile a las nuevas políticas de Estados Unidos.

—Tal vez. Cuando Clinton visitó Chile, en 1998, pronunció un discurso donde en forma explícita condenó las violaciones de derechos humanos ocurridas durante la dictadura militar, causando con ello las molestias y protestas consiguientes del mundo de la derecha chilena. El gobierno de Estados Unidos ha intentado, aunque con cierta timidez, lograr la aprobación de normas laborales y ambientales mínimas para el conjunto de los países latinoamericanos. Se ha declarado en contra de censuras abiertas o encubiertas en los medios de comunicación. Ha defendido el control de la natalidad, aceptado el divorcio e incluso el aborto en determinadas circunstancias, y se opone a la discriminación de la homosexualidad. Todos estos temas son tabú para las fuerzas de la derecha chilena. En plazos medianos, no les será fácil a los empresarios de esta latitud hemisférica continuar pre-

tendiendo ser competitivos a costa de la explotación del trabajador, de las fáciles riquezas naturales y de la devastación de la naturaleza. Se ha venido produciendo una distanciamiento muy marcado entre el pensamiento conservador, tan profundamente arraigado en el imaginario colectivo de los sectores dirigentes de América Latina, y los sectores gobernantes de Estados Unidos. En Chile el problema reviste mayor gravedad, porque, como he expresado, la derecha se sitúa a la derecha de cualquier derecha del mundo occidental. Bastaría detenerse en cualquiera de los temas políticos, ecológicos, de derechos humanos, laborales, constitucionales, culturales y éticos, para poder confirmarlo.

—A lo que usted dice en relación a la complejidad (comparada con el ayer) del actual papel de Estados Unidos, agregaría que entre los nuevos movimientos culturales y sociales críticos a la Modernidad, también en Estados Unidos se encuentran los más lúcidos y los más radicales. Junto a los peores excesos y a los más grandes logros de la Modernidad, por ejemplo, en especial en la costa oeste, se encuentran los centros más avanzados del pensamiento posmoderno históricamente constructivista; ahí está el Tercer Sector —ONGs y otros— que participa del 7 por ciento de su PNB; ahí existen las mayores tecnotribus y experiencias económicas que han institucionalizado en importantes ciudades "el dinero y los bancos frutos de un neo trueque" de competencias y habilidades sociales; ahí están las más avanzadas legislaciones y debates sobre biotecnología; ahí tiene la mayor expansión en la economía el sector ambiental; ahí es candidato a la presidencia un ecologista reconocido como Al Gore; ahí cada vez más conviven respetuosamente en su diferencia la diversidad sexual y cultural, etc. En Estados Unidos, el país aluvional de la Modernidad, como usted dice, emergen colectivos y prácticas que hacen de punta evolutiva en la actual transición epocal hacia una incierta posmodernidad histórica. Por lo mismo, no me cabe la menor duda de que tarde o temprano se derrumbará el entarimado de la Modernidad.

—La sociedad norteamericana constituye un fiel anticipo, un prediseño de la futura sociedad planetaria, donde han de convivir dentro del mismo marco histórico todas las etnias, religiones y lenguas de la Tierra. Hoy no se encuentra dentro de las prioridades de algún país invadir, conquistar o colonizar nuevos territorios, o apoderarse de sus riquezas básicas. Así, Estados Unidos quedará al margen de

cualquier tentación de aprovecharse de su gigantesco poderío militar y tecnológico. EE.UU. cree en los derechos humanos y, dentro de ciertos márgenes realistas, trata de respetarlos e incluso de imponerlos a otras sociedades. Su cultura es plural, abierta y creativa; por ejemplo las alcaldías de siete de las más importantes ciudades de Estados Unidos están ocupadas por hombres de color.

LOS RIESGOS DEL LIDERAZGO MUNDIAL NORTEAMERICANO

—¿Habrá, sin embargo, riesgos en este liderazgo?

—También observo con alguna aprensión el liderazgo asumido por Estados Unidos en la esfera económica. El modelo capitalista anglosajón es el más duro e integrista en materia de política económica y el más desigual e inequitativo en lo social.

En la prestigiosa *The New York Review* de abril del 2000 se publica un artículo de Jeff Madrick. El autor cuestiona la idea tan generalizada acerca del actual boom económico norteamericano. Bajo el título "Qué de nuevo tiene la nueva economía", Madrick destaca que lo único nuevo son los resultados sociales catastróficos de esta "nueva economía". La renta mediana familiar en Estados Unidos sería hoy de 46.000 dólares al año, cifra casi idéntica a la de 1989, a pesar del importante crecimiento económico de los últimos diez años; los salarios del trabajador medio se hallarían un 10 por ciento por debajo de los salarios medios de 1973, y si bien, en 1969, el 5 por ciento más rico acaparaba el 15 por ciento de la renta nacional, en 1996 concentra el 20.3 por ciento, y como el producto duplica al de Japón y supera al de todos los países de Europa occidental juntos, podríamos concluir que ese 5 por ciento de norteamericanos percibe ganancias superiores a la de países como Inglaterra, Francia o Alemania. Estas cifras revelan el asombroso nivel de concentración y la injusta distribución de la riqueza en Estados Unidos.

Junto con imponer a raja tabla su proyecto de mercado único mundial, sin consideración alguna por los diferentes niveles de desarrollo de cada país y prescindiendo absolutamente de los graves efectos sociales de su modelo, en las conferencias mundiales sobre medio ambiente y clima, Estados Unidos ha sostenido posiciones más conservadoras que las propuestas progresistas de los países europeos.

—Siendo Clinton y Gore líderes asociados al ambientalismo, sin duda que debe ser fuerte la capacidad de presión de los grupos de interés económicos norteamericanos, así como del neoconservadurismo ideológico que incluso en no pocos Estados aún hoy prohíbe la enseñanza escolar de la teoría de la evolución de Darwin.

—Así es, pese a que la filosofía inspiradora del modelo americano es el darwinismo social, discriminatorio, excluyente y elitista. Por lo mismo, los espacios privilegiados de la sociedad están reservados para los triunfadores, para los que han logrado éxito material; los pobres y excluidos del sistema, lo serían debido a su exclusiva responsabilidad, falta de empuje y carencia de iniciativa. Éste es un modelo concentrador por excelencia. Estados Unidos acapara la mayor parte de las riquezas mundiales y consume cerca del 60 por ciento de la energía con sólo el 6 por ciento de la población del mundo. De las doscientas empresas multinacionales más grandes, el 40 por ciento son norteamericanas, el 14 por ciento japonesas y el 10 por ciento británicas.

—¿Británicas, no europeas?

—Y si se agrega las de los otros países de Europa, entre esos tres bloques llegan prácticamente a disponer del 100 por ciento de las doscientas empresas más grandes del mundo. Pero volvamos al tema de las debilidades del modelo norteamericano. No sólo es extraordinariamente concentrador de la riqueza, además es altamente inigualitario e insolidario. A nuestra reciente afirmación en orden a la desigual distribución de ingresos en Estados Unidos, podemos agregar la aparecida en The *Economist*, revista por excelencia del pensamiento neoliberal: entre los años 70 y 92, el 60 por ciento de la población norteamericana ha disminuido sus ingresos y en cambio el 20 por ciento de mayores ingresos los ha aumentado notablemente. Lo mismo ha venido ocurriendo a nivel mundial: según la ONU, hace veinte años, el 49 por ciento de la riqueza de la Tierra la acumulaba el 20 por ciento más rico, en tanto que hoy acumula nada menos que el 70 por ciento. Los países pasarán a ser un gran fundo, cuyos propietarios no serán más de unas doscientas multinacionales y la función de los Estados nacionales no será otra que facilitar y garantizar su actividad. ¿Por cuánto tiempo más el 80 por ciento de la población del mundo va a continuar tolerando estas brutales e injustas desigualdades? ¡Y aún así los medios de comunicación de propiedad de estas multinacionales pretenden hacer creer que todos estarían participando de los

beneficios del maravilloso sistema de economía de mercado! En fin. Un trabajador norteamericano goza de remuneraciones y mecanismos previsionales sustancialmente inferiores a los de un obrero europeo. 41 millones de norteamericanos carecen de cobertura social y más de 30 millones viven bajo el umbral de la pobreza; y ello ocurre en el país más rico y poderoso del planeta.

—¿Pero la desocupación es más alta en Europa que en Estados Unidos?

—Así es, pues para nadie es un misterio que la causa principal de la reducción del desempleo en Estados Unidos se debe a la "precarización del trabajo", esto es, a despidos masivos y a la recontratación del trabajador por sólo tiempo parcial, con drástica reducción del salario, sobre todo al trabajador no calificado, y con frecuente supresión de las imposiciones previsionales.

—Ése es el modelo que inspira al empresariado y a la derecha chilena cuando se oponen a que haya acuerdos entre gobierno y trabajadores, por ejemplo, para aumentar el salario mínimo. Argumentan que aumentar el salario mínimo redundaría en menos empleo.

—Los sistemas de previsión social y las garantías laborales han sido denunciadas por el enorme aparato publicitario neoliberal como un estímulo al ocio, a la irresponsabilidad y a la falta de iniciativa; los impuestos estarían desalentando la poderosa dinámica capitalista y las regulaciones impedirían la expansión de un mercado auténticamente libre. Los grandes servicios públicos de salud y de educación deberían ser desmantelados en beneficio de una educación y una salud privatizadas.

Las nuevas banderas y consignas del fin de la Modernidad son más mercado y menos Estado, más competencia y menos regulaciones, más empresa privada y menos empresa pública. Todas las viejas ideas de mediados del siglo XVIII —"laissez faire"— han sido recicladas en el nuevo escenario histórico, dando origen a las ideologías neoliberales y neoconservadoras; Estados Unidos, junto a Inglaterra, pasaron a ser sus nuevos mesías. En 1980 triunfaba Ronald Reagan en Estados Unidos y Margareth Thatcher en Gran Bretaña, transformándose ambos en profetas de esta nueva ideología de derecha y en hitos importantes en la configuración del nuevo escenario histórico. Además, el colapso del proyecto comunista multiplicó y potenció decisivamente este vuelco histórico.

LA GUERRA ECONÓMICA

—En este nuevo escenario geopolítico, las guerras del siglo XXI serán económicas, parafraseando al ya clásico libro de Thurow.

—Ésa será una guerra entre las tres locomotoras de la economía mundial: Estados Unidos, Europa y Japón y reducida básicamente al campo tecnológico: quienes posean las mejores tecnologías o una mayor información o hayan incorporado más conocimiento en su producción y distribución, serán los vencedores en este nuevo tipo de guerra. Y su resultado final no cambiará en lo esencial el curso de la historia humana: es una guerra entre dos capitalismos (el anglosajón y el renano) y, de cualquiera que fuera la victoria, sería un triunfo más del sistema capitalista mundial. Sin embargo, el problema no es tan sencillo como parece, porque, como ya hemos advertido, tras cada uno de estos dos capitalismos se encuentran valores y principios notoriamente diferentes.

—¿Cuál saldrá vencedor?

—Los teóricos del neoliberalismo norteamericano piensan, desde su perspectiva exclusivamente economicista, que la partida estaría ganada por anticipado, dada la "excesiva reglamentación existente en las economías europeas": la escasa "flexibilidad" en la contratación y despido de trabajadores, los "altos impuestos" y el "elevado gasto social". Para nada se consideran en esta visión neoliberal factores como la calidad de vida, seguridad en el trabajo, mejores sistemas de salud, mayores oportunidades en la educación, excelencia en los niveles educacionales y culturales.

Sin embargo, las cosas no andan mejor por la casa norteamericana. La productividad del trabajo no ha aumentado en los últimos años; se han reducido los salarios reales; la baja del poder de compra ha sido compensada trabajando más horas diarias; desde la era de Reagan el aumento de los empleos se ha radicado exclusivamente en el área de servicios, de muy baja calificación, y con contratos de trabajo parciales y precarios y en la mayoría de los casos sin previsión social. En un muestrario de cien personas, trece son pobres, setenta y siete pertenecen a la clase media, y diez son riquísimas; las tasas de ahorro son ínfimas y el déficit en la balanza comercial alcanza cifras siderales aun para Estados Unidos; y el endeudamiento general de la población ha llegado a límites extremos. Además, son escasas las normas del recetario

neoliberal que cumple la economía norteamericana. Por cierto, todas estas realidades no revisten mayor importancia para EE.UU. Los diversos países del mundo contribuyen con sus enormes flujos o fugas de capital a financiar esos déficit y a mantener los altos niveles de consumo del pueblo norteamericano. Hasta Chile ha aportado, en cifras oficiales, aproximadamente 5.000 millones de dólares; por cierto, en cifras extra oficiales una cantidad muy superior.

—¿Cuáles son las expresiones visibles de este conflicto?

—Hasta el momento las causas más visibles de esta guerra económica son las emisiones de gases invernadero, la engorda de aves y animales con hormonas, la producción de vegetales transgénicos, las políticas antidumping implementadas por Estados Unidos, las subvenciones a la agricultura, la protección a ciertos servicios.

En definitiva, en este conflicto entre los dos proyectos de globalización capitalista, el modelo europeo defiende la aplicación de normas regulatorias a los flujos monetarios especulativos; el derecho a proteger sus llamados "bienes culturales", a subvencionar ciertos productos de su agricultura, a salvaguardar la calidad y gusto de sus alimentos y a incluir en sus acuerdos "cartas sociales" a favor de los trabajadores. Ya se está aproximando la batalla en el área audiovisual. Europa aspira a quedar con las manos relativamente libres para apoyar y subvencionar su cine, los programas televisivos, ediciones especiales de libros, espectáculos musicales. La industria cinematográfica norteamericana es la segunda, después de la aeroespacial, en valores de exportación, lo cual nos da una medida del enorme poder mediático de Estados Unidos.

En estricta verdad, todos los países de Europa y Estados Unidos se han dado maña para proteger y subvencionar sus sectores económicos más débiles. Los europeos han apoyado resueltamente su industria aeroespacial (Airbus) y Estados Unidos ha hecho otro tanto con Boeing. Y en más de alguna ocasión ejercen presión sobre otros países, entre ellos Japón, para convenir cuotas extraoficiales de importación y exportación de ciertos productos, autos entre otros.

—Es difícil, con estas descripciones, pensar una evolución aproblemática...

—Nada más distante de mis creencias que pensar la evolución futura de las diversas sociedades y culturas en paz y tranquilidad,

gobernando las democracias liberales en lo político y el sistema capitalista en lo económico.

Transitamos un mundo esencialmente inestable, entre otras razones porque su economía ha venido cayendo en una serie de crisis periódicas y no hay ninguna razón para creer en su estabilidad futura; existen numerosos conflictos políticos, algunos de ellos de alta intensidad; nadie puede garantizar que no vuelva a producirse un Chernobyl ni tampoco existen mayores garantías acerca del debido mantenimiento del colosal arsenal atómico de Rusia y Ucrania; y, sobre todo, no son previsibles los inquietantes procesos que resultan de la crisis ambiental: recalentamiento de la Tierra, destrucción de la capa de ozono, cambios repentinos en el clima.

—Esto último es lo duro. Pues, de no mediar un cambio profundo y rápido, a veces tengo la convicción de que sólo "accidentes" ambientales, tecnológicos u otros, con enorme y dramático eco en nuestras sociedades, en el presente serán los equivalentes a las "revoluciones sociales y a las pestes y hambrunas" de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII... Quiero decir que en esta transición epocal esos "accidentes" tal vez nos obliguen a revisar el modo de vida moderno, hiperproductivista, consumista y separado de la naturaleza, apresurando, en la reconstrucción, el cambio cultural hacia un nuevo modo de vida (la reconstrucción no será desde la nada, pues ese nuevo modo de vida está siendo reflexionado y muchos van asumiendo sus propuestas).

—Habitamos un mundo inestable e imprevisible en lo económico, político, ecológico, nuclear; incluso en lo moral la crisis se expresa de múltiples maneras, entre otras, en la progresión acelerada de la corrupción y en un terrorismo en plena actividad. Me pregunto si la Historia habrá sido siempre tan cambiante e imprevisible como en el siglo XX. ¿Qué nuevos factores han estado estimulando esta dinámica de cambio? ¿Fue acaso la revolución moderna o, como creyó Marx, el capitalismo industrial? ¿También en este siglo XXI volveremos a presenciar transformaciones tan profundas como las ocurridas en el siglo anterior? ¿Qué razones pueden existir para que esta violenta ola de transformaciones —económicas, políticas, culturales, tecnológicas y éticas— se detenga sorpresivamente con el nuevo milenio?

—Respecto a sus primeras preguntas, sin duda que el espíritu de la Época Moderna —su compulsión hacia una racionalidad instrumental

que todo lo manipula y altera, su desequilibrio hacia el cambio en desmedro de la también necesaria memoria y conservación— ha gatillado este imparable proceso expansivo. Por lo mismo, respecto a sus últimas preguntas, lo único que hoy sería capaz de detener esta "autodestructiva huida hacia delante" es la toma de conciencia histórica del riesgo y el despliegue consecuente de un cambio cultural que abra la Historia hacia un nuevo espíritu que instale la reflexividad y la búsqueda de un equilibrio cotidiano y en nuestras conciencias entre cambio y conservación, entre expansión e integración.

—Por mi parte, he vuelto a la idea de que la Historia no está escrita ni regida por ningún "determinismo" ni menos por presuntas leyes históricas, como creía Marx. Pienso que la Historia está abierta, como decía Popper.

—Y la hacemos hombres y mujeres, inspirados quizá por qué misteriosa complejidad.

—La Historia no es predecible. ¿Nos podremos habituar los seres humanos a vivir en incertidumbre constante, en la relativización de los valores y en la inseguridad de la vida cotidiana? Gran parte de las neurosis, del estrés, de las angustias y del refugio en la droga en las sociedades contemporáneas occidentales, se debe a esta sensación de inestabilidad permanente y a la desaparición de referentes ciertos y sólidos. Las sociedades han quedado privadas de su historia y están viviendo sólo su presente. En definitiva, el mundo cambió y nosotros hemos cambiado con él. Por lo mismo, una de las preguntas más tontas que suelen formular los periodistas es "¿usted ha cambiado?".

14

AMÉRICA LATINA Y LA OCCIDENTALIZACIÓN DEL MUNDO

CARLOS ALTAMIRANO: —Los distintos nombres dados a nuestra América revelan las dificultades para definir su esencia y su identidad; América Latina es el nombre que terminó imponiéndose. Fue una denominación inventada por los franceses para oponerla a la de América anglosajona, cuando Francia pretendía influir en la vida política mexicana. Los católicos hispanistas han insistido en el nombre Hispanoamérica y los indigenistas acuñaron la expresión Indoamérica. Actualmente también se está usando el término Iberoamérica.

HERNÁN DINAMARCA: —Iberoamérica, para incluir a España y Portugal en una comunidad lingüística y cultural.

—Así y todo, el nombre de América fue confiscado por los norteamericanos. En cualquier lugar del mundo cuando se habla de América se entiende por tal Estados Unidos. Extraño caso el de América Latina: en quinientos años no hemos logrado constituir una unidad orgánica, aun cuando seamos hijos de una misma cultura, lengua y religión. En un libro de entrevistas a diversos y conocidos intelectuales latinoamericanos, cuyo autor es Sergio Marras, todos coincidían en que aún no hemos logrado conformar una realidad cultural perfilada y densa, pese a que nuestras creaciones artísticas y literarias exceden con mucho los logros políticos, científicos, empresariales y sociales. Desde la independencia nuestras naciones han actuado como menores de edad, imitando a nuestro hermano mayor, Estados Unidos, o a nuestros padres biológicos y culturales, los europeos.

—Precisamente es una de las principales razones por la que no hemos asumido de manera integral nuestra realidad cultural.

—Es ésta una de las grandes injusticias históricas cometidas por nuestras sociedades. Además jamás hubo real voluntad política para actuar conjuntamente frente a circunstancias determinadas. Hemos sido y somos una América escindida. ¿De qué nos ha valido heredar un mismo imperio colonial y tener una misma lengua y religión si desde el día mismo de nuestra independencia las elites locales partieron poseídas por fuertes delirios autarquistas? Como recalca Octavio Paz, "fuimos hijos de la desintegración del imperio español; en cambio, los norteamericanos han alcanzado parte de su grandeza por haber ido integrando en el transcurso del tiempo a pueblos, culturas y religiones muy diversas".

—Es curioso el destino español: a pesar de que inauguran la expansión geográfica que es la Modernidad, después se refugian en lo que fue la Contrarreforma.

—Se encierran, según Octavio Paz, en su Contrarreforma como reacción o respuesta al moderno modelo protestante. Por esto, no me canso de insistir en la extrañeza que me causa la actual pasión de las fuerzas conservadoras católicas en la defensa de una Modernidad que tanto combatieron en sus inicios. Otra razón que vendría a explicar el abismo existente entre ambas Américas serían sus orígenes como Estados. Las repúblicas hispanoamericanas y su clase dirigente fueron hijas de la desintegración del Imperio español a raíz de la invasión napoleónica; en cambio, Estados Unidos nace dotado de gran unidad política y gobernado por un compacto grupo dirigente culturalmente homogéneo. América Latina, en cambio, estuvo gobernada por las oligarquías propietarias de la tierra y por innumerables caudillos militares. Estados Unidos no conoció el latifundio ni tampoco tuvo caudillos militares ni iglesias no reformadas. Lo cierto es que estas veinte repúblicas no han logrado encontrar paz, orden ni tranquilidad hasta el día de hoy, abril del año 2000. Los despotismos militares han seguido constituyendo la peor pesadilla de nuestra historia.

—Esos personajes, entre dictadores y patriarcas, son muy latinoamericanos; sin embargo, los referentes supremos, al menos en la Historia moderna, son dos europeos, Hitler y Stalin.

—Stalin no puede incluirse entre los referentes europeos.

—Bueno, euroasiático.

—Concuerdo con tu opinión acerca de que una de las características definitorias de nuestros pueblos ha sido engendrar esos personajes tan típicos de nuestro paisaje político y cultural: dictadores, caudillos, patriarcas, tiranos. Por lo demás, la descripción y vida de estos personajes ha sido tema recurrente de prácticamente todos los principales escritores latinoamericanos. Además, producto de nuestro caos y de la casi absoluta incapacidad de organizar Estados naciones estables y responsables, durante el siglo XIX y parte del XX sufrimos continuas intervenciones, primero de los imperialistas ingleses y más tarde de los marines norteamericanos.

—Volviendo a los Estados Unidos, hubo allí una integración de iguales —salvo los negros, que son dominados, y los pueblos originarios, a quienes prácticamente se exterminó—; en cambio, nuestra América se funda sobre la base del dominio intercultural. Podríamos decir que hay un vicio de génesis: la tragedia histórica ha sido una relación cultural de amo y esclavo entre los blancos y las mayorías indígenas, ha sido una relación de ocultamiento. No olvidemos que en Chile la pacificación de la Araucanía y la expropiación del territorio de los mapuches por nuestro moderno Estado nación, ocurrió en la década de los setenta del siglo XIX. Ahí se terminó de sojuzgar y reducir a un pueblo mapuche que todavía era numéricamente igual a la población mestiza y blanca europea.

—Efectivamente, sólo en los años sesenta del siglo XIX se logró la mal llamada "pacificación de los indios", pero ya a contar de los años treinta, bajo el liderazgo de Diego Portales, se había constituido un núcleo duro y sólido, dotado de capacidad de dirección; y ése habría sido, según el decir de Francisco Encina, la aristocracia castellana vasca.

—Pero era una unidad institucional blanca y para peor "pelucona", es decir, conservadora y oligárquica; no incorporó ni ahí ni después la diversidad cultural del país. En ninguno de nuestros países de América del Sur, con excepción de Uruguay —donde, para lograrla, se aniquiló a los indios charrúas—, ha habido unidad e integración social y cultural: nuestro drama ha sido la soberbia blanca, que ha desconocido la existencia de una base cultural de

otras lenguas y cosmovisiones que fueron y son dominadas. Siempre nos hemos narrado la historia, el espejismo, de que somos unidades nacionales, pero no lo somos. Cómo vamos a serlo, si hemos negado sistemáticamente una presencia indígena hasta hoy mayoritaria: en Guatemala, los indígenas alcanzan al 80 por ciento de la población total, en Bolivia al 70 por ciento, en Perú al 50 por ciento, en Ecuador al 50 por ciento; en Chile hay un 10 por ciento según el último censo, pero la presencia indígena en el mestizaje es muy grande.

—No sólo no hubo integración con los segmentos indígenas de nuestras poblaciones, sino que tampoco la hubo entre las elites dirigentes blancas y las masas mestizas del campo y la ciudad.

Las fuerzas políticas y sociales de izquierda, junto con las provenientes del mundo intelectual, han demostrado la mayor y más permanente preocupación por una real integración de nuestros Estados naciones. Hoy día las cosas han ido cambiando y la llamada integración nos está siendo impuesta desde el exterior a través del fenómeno de la globalización.

—El desafío del presente es aprovechar los procesos de integración económica, para reactivar y avanzar también en una integración cultural.

—Lamentablemente, quienes impulsan la integración económica no están animados por el mismo afán en temas culturales y políticos. América Latina se halla en una difícil encrucijada histórica. Bajo el conjuro de la mundialización, otra vez se está planteando el tema de la unidad. Pero ya México ha hecho una opción distinta, al incorporarse al Nafta. Argentina y Brasil lideran su propio proceso de integración a través del Mercosur. Chile, en definitiva, deberá optar entre incorporarse al Nafta, con Estados Unidos, o al Mercosur, con Brasil y Argentina, o permanecer solo y resolver por la vía bilateral sus problemas.

—Más allá de lo estrictamente comercial —que es el énfasis entre los gobiernos—, si hay proyectos conjuntos empresariales y diversas iniciativas en la sociedad civil: los espacios de coordinación entre organizaciones sociales, culturales y educativas cada vez son más, aunque desarticulados.

—Existen dos propuestas de integración o mejor dicho, de globalizaciones, superpuestas: la primera, está liderada por las empresas

multinacionales y su objetivo es la creación de un mercado único mundial, desregulado y desprotegido, y la segunda, aún no suficientemente explicitada, se inspira más bien en el modelo europeo de integración y proyecta realizarse bajo una dirección política como es la unión europea, con protecciones y desregulaciones de diversa naturaleza.

Una vez más aparecen en contradicción los dos modelos o concepciones de desarrollo capitalista. Deberíamos agregar al título de "capitalismo contra capitalismo" este otro de "globalización contra globalización". Lamentablemente, en Chile las fuerzas políticas y los sectores empresariales han optado por el modelo norteamericano de globalización.

La integración de las economías en un solo mercado mundial me parece altamente irreal y casi una trampa. En ese mercado sólo podrán competir con probabilidad de éxito las empresas transnacionales. Ellas poseen los capitales, las tecnologías de punta y organizaciones de redes mundiales. Los empresarios pequeños y medianos de los diversos países sólo podrán continuar compitiendo en la producción de recursos naturales y materias primas o en sus modestos nichos locales. A nosotros, como país, sólo nos queda "integrarnos" a las transnacionales o, dicho con mayor precisión, que alguna de esas empresas desee comprar parte o la totalidad de la empresa nacional. Esto, por lo demás, ha venido ocurriendo en Chile con la compra de un gran porcentaje de las empresas locales, en todos los sectores económicos: electricidad, bancos, seguros, AFP, Isapres, agua, vinos, cobre, acero, editoriales, televisión, telefónicas y muchos más. Nuestra incorporación a la economía mundial se ha materializado en el traspaso de empresas y recursos naturales a consorcios multinacionales, los que sí están conformando el mercado único planetario.

—Con independencia de su reflexión más global, hoy el empresariado debería tener interés en impulsar procesos de integración integral —valga la redundancia—, porque le amplían y consolidan los mercados y le evitan pasar malos ratos. Por ejemplo, los inversionistas chilenos pasan malos ratos en Bolivia y Perú; si hubiera un proceso de acercamiento cultural, no tendría por qué ser así. ¿Qué poder fáctico aún mantiene la ya tradicional política desintegradora?

—Opera todo un lastre histórico. En un proceso de integración económica regional y mundial, ¿qué sentido tiene disputar kilómetros más o

menos entre países? ¿Cuándo la identidad de los países está siendo simplemente arrasada por la norteamericanización del mundo?

—¿Brasil también? No se ha referido a la singularidad que es Brasil.

—Brasil es lejos el país de mayor importancia y gravitación en nuestra América. El fuerte componente étnico portugués y negro le ha otorgado su propio sello distintivo. Brasil es un "país continente", ocupa la mitad del territorio de América Latina y produce aproximadamente la mitad de su producto. Su población alcanzará rápidamente 150 millones y los desniveles sociales son los más altos del mundo. Su época de dictaduras también conservó algunas especificidades; desde luego, fueron dictaduras institucionales y de claro corte nacionalista, a la inversa de la dictadura chilena, personalizada y desnacionalizadora. Según Jorge Amado, Brasil poco o nada tendría que ver con el resto de las culturas hispanoamericanas: "a ustedes los descubrió el español, a nosotros el portugués; el español es dramático, ahí tiene usted a Santiago de Compostela sobre su caballo cortando las cabezas de los moros; cómo pudo ser santo alguien que cortaba cabezas; después tiene usted la Semana Santa de Sevilla, con esa noción de que la menor alegría es un pecado mortal. Esta interpretación española de la religión es terrible; por eso, cuando encontró en América grandes culturas como la maya, la azteca y la inca, tuvo que destruirlas para imponer su visión de la cruz y de Cristo. El portugués, en cambio, halló indios que pescaban y cazaban y guerreaban entre ellos, y no necesitó exterminarlos; después el portugués se mezcló. Brasil es el fruto de esas mezclas y de ese sincretismo".

Son tres los países más característicos en nuestra América. Brasil, por su dimensión geográfica, por su gran población, por sus enormes riquezas naturales y por la particular idiosincrasia de su pueblo, donde habitan no menos de cuarenta millones de negros. México, por estar asentado en una de las más antiguas, desarrolladas y ricas culturas indígenas de América y, por otra parte, por la opulencia de su período colonial. Tanto la etapa precolombina, la colonial y la moderna muestran logros muy extraordinarios. Una de las plazas más emblemáticas de Ciudad de México tiene el nombre de "plaza de las tres culturas", una antiquísima ruina azteca, una majestuosa iglesia barroca católica y un edificio moderno de cristal y acero. Y por último Argentina, a la inversa de las anteriores, es un país casi enteramente blanco, por cierto después de haber exterminado a los indios de esa región.

En realidad somos países muy distintos, pero al mismo tiempo muy iguales en múltiples defectos y vicios así como también en algunas virtudes. Hemos vivido desde nuestra independencia dentro de una misma y rígida problemática histórica: "Civilización o Barbarie", como dijera Domingo Faustino Sarmiento en el siglo XIX en su gran obra *Facundo*. Si por "civilizado" entendemos el mundo urbano, fundado en principios democráticos y con avanzados procesos de industrialización, y por "bárbaro" a las sociedades agrarias patriarcalistas, dominadas por oligarquías de la tierra y caudillos y militares, el drama de fondo que plantea Sarmiento está distante de haberse resuelto en la enorme geografía de América del Sur. A períodos de avances civilizacionales se han ido contraponiendo otros de franco retroceso y de crueles barbarismos. El caso de Chile resulta emblemático. Pasábamos por ser la Suiza de América y se nos instaló una dictadura tanto o más bárbara que cualquiera de las que han existido en el continente. En mi opinión, estamos lejos de lograr las condiciones necesarias para lograr la unidad económica y política latinoamericanas y también para merecer el título de países modernos, democráticos e industrializados.

—En el actual cambio epocal me pregunto: ¿Por qué no mirar hacia otro horizonte histórico, reconociéndonos y asumiéndonos en nuestra rica diversidad cultural? Mi opinión es que más que no ser modernos, simplemente nos tocó vivir esta Modernidad real, frustrada e hija de las desiguales relaciones internacionales de la Época Moderna.

—No es un buen consuelo, pienso yo, contentarnos con vivir en una Modernidad frustrada porque eso sería lo que nos tocó.

—No digo contentarnos, digo asumir que así fue y ahora imaginar creativamente cómo participamos en el nuevo horizonte histórico que se abre.

—En este penoso destino común existe una enorme responsabilidad de las elites gobernantes de América Latina. En esta latitud del mundo no se dieron las revoluciones liberales y democráticas tal como ocurrió en las sociedades europeas; ni tampoco hubo burguesías urbanas con capacidad empresarial. Nuestra escasa modernización provino más bien de fuerzas exógenas, en tanto que en Europa y Estados Unidos la Modernidad respondió a profundos y complejos procesos

endógenos. Su carácer exógeno ha significado que nuestros esporádicos y convulsivos impulsos modernizadores hayan sido parciales y débiles, truncos y contradictorios. Y hoy estamos de nuevo hablando de una fuerte corriente modernizadora porque ella nos viene impuesta desde el exterior en el vientre del caballo de Troya de la globalización.

Las cristalizaciones esenciales de la modernidad euronorteamericana están casi por completo ausentes en nuestras sociedades. La palabra moderno se ha transformado en un simple fetiche manipulado por las elites del subcontinente iberoamericano; pero como se trata de una modernidad nunca definida, acomodaticia, amañada, fraudulenta, carente de densidad histórica y de valores sobre los cuales sustentarse, concluye por ser un simple "baile de máscaras", como diría Octavio Paz, un juego de artilugios publicitarios destinados a ocultar una fría realidad: las enormes ganancias de algunos pocos y la miseria de millones. Y en este "baile de máscaras" hemos consumido nada menos que ciento ochenta años de vida supuestamente independiente. Tal vez no sea exagerado recordar en este momento la dramática afirmación de Simón Bolívar: "hemos arado en el mar".

—Sin embargo, cuando se reúnen nuestros presidentes y líderes, hablan sobre su sueño actual: la modernización. Un sueño trasnochado: hubo monarcas españoles ilustrados que aplicaron políticas modernizadoras a finales de la Colonia; los procesos de independencia de hace doscientos años fueron intentos de modernización política inspirada en principios modernos; y, al menos en Chile, Balmaceda, Alessandri Palma, Aguirre Cerda, Frei, Allende, e incluso los "Chicago boys" neoliberales, intentaron distintos procesos de modernización social y económica.

—Hasta el año 2000, ha seguido siendo un sueño, entrecortado por agudas y violentas pesadillas. El promedio per cápita de los países de América Latina no alcanza ni siquiera a los dos mil dólares (en Chile son 4.500). Cuanto más, éste podría ser el sueño del 20 por ciento de mayores ingresos, quienes están concentrando más del 60 por ciento del ingreso continental.

América Latina viene de atravesar por un período de grandes conflictos sociales, de masivos movimientos campesinos, de revoluciones violentas en México, Bolivia, Cuba, Nicaragua y Salvador y de una original revolución pacífica en Chile, ahogada en sangre por la represión militar. Y han sido también tiempos de populismos irresponsables.

En casi todas las repúblicas, la segunda década del siglo XX marcó el fin del largo período oligárquico e incluso de la persistencia de vestigios legados por el pasado colonial. Sólo en la tercera y cuarta décadas del siglo XX las fuerzas del progreso y del cambio lograron imponerse, al menos parcialmente, al "peso de la noche" y al dominio de las oligarquías agrarias y mineras. Ingresaron en el escenario histórico las nuevas clases medias, las masas campesinas, a quienes se reconocieron algunos derechos, y también el emergente proletariado industrial y minero. Surgieron las fuerzas políticas de izquierda luchando por banderas de indesmentible factura moderna: industrialización, democratización, sindicalización, fin del latifundio, extensión del sufragio universal —voto a la mujer y a los mayores de 18 años—, ampliación de los servicios de educación y salud pública. Las clases medias, de mayor formación moderna, sustituyeron a la antigua clase conservadora terrateniente, por definición antimoderna, en el gobierno de los países. Se produjo un segundo despertar intelectual y artístico. Estallaron movimientos estudiantiles en casi todas las capitales. La Iglesia Católica dio a la luz una novedosa Teología de la Liberación. Cientistas sociales reflexionaron acerca de nuestro retraso económico e intentaron explicar, desde una perspectiva propiamente latinoamericana, las razones de nuestros quebrantos y frustraciones.

—¿Podría sistematizar cuáles han sido los impulsos modernizadores más relevantes?

—El primero se produjo con motivo de la independencia de nuestros países. El segundo salto modernizador, el de mayor envergadura, ocurrió entre los años veinte y sesenta del siglo XX al termino del periodo oligárquico y con el advenimiento de nuevas clases sociales y nuevas ideas; pero, en definitiva, la antigua clase agraria y conservadora continuó manteniendo gran parte del poder; era el equivalente de la antigua clase feudal europea y, en consecuencia, radicalmente antimoderna. Y por último, el tercer salto se está dando en estos años, aunque este salto viene catapultado casi exclusivamente desde el exterior por la globalización de la economía, por la exigencia norteamericana en orden a consolidar las democracias y a respetar los derechos humanos, por las presiones derivadas de las "conferencias cumbres" en materias de medio ambiente, control de la natalidad y no discriminación de la mujer.

—Una vez más nuestra reiterada diferencia: esto último que usted menciona, a mi juicio, ya son procesos propios de idealidades

y tendencias históricas posmodernas, en tanto son realidades inéditas y en tensión con lo que fue la modernidad histórica.

En las dos primeras olas, ¿sólo las fuerzas de izquierda actuaron como modernizadoras?

—Hago equivalente el término izquierda con el de fuerzas de cambio y progreso. En los países europeos, esas fuerzas impulsaron las "gloriosas revoluciones" políticas democráticas y la revolución económica industrial. Tanto el pensamiento conservador de la vieja clase feudal europea como el de la relativamente nueva clase oligárquica de América Latina se opusieron violentamente a los procesos modernizadores. En Iberoamérica fueron las izquierdas políticas, sociales y culturales las que en los años veinte promovieron cambios de claro signo moderno.

—Paradójicamente, como usted ha insistido, hoy es el pensamiento reaccionario conservador el que más habla de modernidad...

—Así ocurre. Pero ayer se opusieron, incluso por la vía armada, a los procesos modernizadores conducidos por líderes como Lázaro Cárdenas en México, Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú, Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos en Venezuela, Víctor Paz Estensoro en Bolivia, Fidel Castro y Che Guevara en Cuba y Aguirre Cerda, Frei y Allende en Chile. A fines de los sesenta comenzó a producirse un nuevo vuelco histórico y en América Latina se sucedieron los golpes militares promovidos por Estados Unidos y por las derechas del continente: Santo Domingo, Guatemala, Brasil, Argentina, Uruguay, Chile. Ya aparecían los primeros signos de agotamiento del modelo soviético. Estados Unidos venía de experimentar la derrota en Vietnam y su presidente Nixon acababa de ser destituido. América Latina volvió a poblarse de dictaduras, aun más bárbaras que las anteriores. En un reiterativo cliché, este militarismo de derecha se declaraba "defensor de la civilización occidental cristiana", aunque en los hechos constituía una negación brutal y flagrante de esos principios.

—Insisto, ¡la Época Moderna ha sido muy bárbara y ha disociado el decir del hacer!

—No comparto tu insistencia, pero volvamos al tema del momento. Hoy percibo un enorme cambio en la atmósfera política, intelectual y moral de nuestro continente. Desde luego, observo una

América Latina casi indefensa ante las grandes tendencias mundiales. Pienso que pocas veces ha estado nuestro continente tan desamparado de fuerzas sociales, políticas y culturales endógenas. Somos simples espectadores del acontecer planetario. Seguimos dócilmente las instrucciones de los nuevos profetas del neoliberalismo. En muchas ocasiones somos más papistas que el Papa. Incluso, en los países modernos existen fuertes rechazos a las políticas neoliberales. Ya vimos como en Europa han surgido nuevos movimientos antiglobalistas, de derecha e izquierda.

Pienso que siempre hemos sido dependientes, pero nunca tanto como ahora. Las grandes batallas del siglo XIX entre liberales y conservadores sólo eran una réplica de las europeas, pero tenían acento y características propias. Las luchas políticas y sociales, estudiantiles, religiosas y artísticas del siglo XX también tuvieron fuerte impronta latinoamericanista. La izquierda exhibía grandes líderes, con banderas propias de lucha, antiimperialistas, democratizadoras e industrializantes. Pero desde hace unos veinte años las viejas izquierdas han ido desapareciendo, o bien se han mimetizado o perdido su impulso originario. En síntesis, en América Latina penan por su ausencia las fuerzas políticas dotadas de programas y de capacidad de liderar proyectos alternativos. La estabilidad política y social del subcontinente americano es, en mi opinión, más aparente que real y se debe casi exclusivamente a condicionamientos venidos del exterior, a las nuevas posiciones políticas adoptadas por el gobierno de Estados Unidos, a la vigilante actitud de los centros financieros de Nueva York, prestos a retirar sus fondos ante cualquier síntoma de desequilibrio económico o político.

Lo más peculiar del nuevo tiempo histórico que transita América Latina es la casi absoluta ausencia de ideales políticos, principios morales y concepciones que obedezcan a intereses propios de nuestro pueblo. La corrupción ha aumentado en forma exponencial, al menos ocho o nueve ex jefes de Estado han sido destituidos o están perseguidos por fraude, tráfico de drogas e incluso uno de ellos por rapto de niños. Las mafias de la droga están infiltradas en todos los intersticios de las sociedades del sur de América, por cierto en unas más que en otras. En buenas cuentas, nuestros países presentan un espectáculo a medio camino entre la comedia y la farsa. En Perú, ¿a qué tradición política responde Fujimori? ¿O Chavez en Venezuela? Y el ex Presidente argentino, Carlos Menem, se convirtió en uno más de la elite de esta nueva política neoliberal. En México fue derrotado el histórico PRI (Partido Revolucionario Institucional) por un candidato de derecha.

—La corrupción y la crisis de representación de la política profesional es un fenómeno que trasciende a América Latina. Aquí, es cierto, se expresa de manera brutal, tal vez por nuestra modernidad sui generis. *Pero en Europa se vive una desafección de la política y hay corrupción; el caso paradigmático fue el italiano. Entonces, en el sentido histórico más profundo, ¿no estaremos asistiendo en todo Occidente al agotamiento del encanto y de un modo de hacer política propio de la Modernidad?*

—Así lo creo, éstas son simples expresiones paradigmáticas de una transición epocal en que no existen fuerzas políticas ni ideologías claramente identificables y el perfil de derecha y de izquierda se han desdibujado; pero el caso de los países de América Latina no es comparable al de Europa donde, mal que mal, todos los jefes de Estado y las respectivas fuerzas políticas responden a ideas y tradiciones históricas conocidas. De quince Estados naciones europeos, trece están gobernados por partidos de signo socialista.

—En este contexto crítico, ¿no cree pertinente retomar la idea de la unidad latinoamericana?

—En los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, los partidos de la izquierda latinoamericana levantaban como una de sus más preciadas banderas la unidad. La unidad tenía un profundo contenido social y cultural y debía realizarse bajo la dirección política de las fuerzas democráticas del Sur del continente. Hoy día, en cambio, el impulso viene fundamentalmente del exterior y tiene como objetivo básico construir un mercado único de dimensión planetaria y no el de integrar a nuestros pueblos. De acuerdo con esta concepción, el mercado irá ordenando y organizando los ritmos, tiempos y prioridades de la expansión del capitalismo transnacional. En buenas cuentas, en el proyecto neoliberal de globalización, el mercado juega el papel central y tanto las interferencias estatales como los sentimientos nacionalistas y las preocupaciones sociales y ecológicas son sólo un obstáculo para el libre desenvolvimiento del mercado y el crecimiento económico. Éste no es un proyecto político propiamente tal ni está dirigido ni orientado por fuerzas políticas; por el contrario, con pretextos diversos, aspira a aislar el mercado de toda interferencia política e intervencionismo estatal.

—Esto implica que está clausurado el ideal bolivariano.

—Son los gobiernos de los países de América Latina quienes lo han clausurado.

—Europa se unificó teniendo identidades culturales con más historia y mayor densidad.

—Europa inició su fascinante proyecto de unidad hace más de cincuenta años, a través de numerosas etapas de avances progresivos comenzó creando una comunidad del carbón y del acero hasta llegar al acuerdo de Maastrich. Además, había vivido dos guerras mundiales y se sentía amenazada por el poder nuclear soviético. Los países de América Latina aún no están maduros para emprender su unidad. La inestabilidad política de la mayoría de ellos es todavía demasiado grande. Brasil es una caldera hirviente de demandas sociales, en Colombia, el Estado casi ha desaparecido, los países de Centroamérica han alcanzado cierta estabilidad debido a las presiones de Estados Unidos, en Perú venimos de presenciar la fuerte intervención diplomática norteamericana en la última elección presidencial y en Venezuela se ha abierto una gran interrogante. Insisto en que la estabilidad política, social y económica de los países iberoamericanos, incluido Chile, está muy lejos de haberse consolidado, y la aparente y relativa tranquilidad social se debe al contexto histórico en que estamos. Como acabo de expresar, no existen por el momento fuerzas políticas y sociales capaces de ordenar el devenir histórico de este subcontinente. Él está condicionado y regulado por las exigencias del proceso de globalización, en su versión neoliberal, y por el gobierno de Estados Unidos. La mundialización de la economía capitalista, en su nueva expresión transnacionalizada, deslocalizada, privatizada y desregulada, complica mucho la idea de unidad de los pueblos latinoamericanos.

—Precisamente la mundialización podría ser un aliciente para que se constituyera una región unida en su diversidad. Por ejemplo, detrás del Mercosur está la voluntad de algunos por constituir un bloque que participe mejor en el escenario mundial.

—Hubo innumerables oportunidades para haber expresado una voluntad unitaria en América Latina. Por ejemplo, cuando se planteó la necesidad de dar una respuesta conjunta al tema de la deuda externa en los años ochenta, pero no fue posible. Igualmente, cuanto Estados Unidos ofrece la creación de un mercado común para toda América y en particular lo inicia con su pacto del Nafta, no hubo ninguna

estrategia conjunta para dar respuesta a ese ofrecimiento; tampoco la actual idea de "dolarizar" nuestras economías está siendo analizada colectivamente.

—Uno se pregunta por qué. Si es tan obvio que otras regiones lo están haciendo. ¿Es sólo por la existencia de poderes fácticos?

—Octavio Paz atribuye gran importancia al espíritu anárquico, inconformista y rebelde del español, el cual, una vez derrumbado el Imperio, se encarnó en las oligarquías criollas; desde entonces vienen operando estas fuerzas centrífugas. El historiador Alberto Edwards ha titulado uno de sus libros *La fronda aristocrática*; allí aparece muy bien expresado este espíritu, a pesar de haber sido la oligarquía chilena una de las mejor organizadas en América Latina. En realidad no hubo mayores motivos para que las oligarquías gobernantes de nuestros respectivos países no llegaran a un acuerdo "de familia" en 1810, puesto que pocas familias detentaban el poder en cada uno de estos países. Eran blancas, nacidas y formadas a la sombra del Imperio español, poseían la misma lengua, igual religión y similares tradiciones históricas; sin embargo no se llegó a ese acuerdo. Además de Bolívar, Santa Cruz propuso otra importante idea, abortada desde sus inicios por Portales: unir bajo una misma estructura estatal a Bolivia, Perú y Ecuador, incluyendo en lo posible a Chile.

—En esa época hubo guerras entre integracionistas y separatistas. Y hay hechos que poco se conocen; por ejemplo, en la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana, el prócer chileno Bernardo O'Higgins, desterrado en Lima, como integracionista era un firme partidario de la Confederación. En ese momento, integrar Perú y Bolivia, luego someter en esa guerra a Chile y posteriormente integrarlo, era el plan de Santa Cruz para avanzar en la perspectiva bolivariana: la gran confederación de estados americanos. Al final los integracionistas fueron derrotados. La fuerza de los separatistas se apoyaba en las enormes distancias físicas y en las dificultades para generar estructuras administrativas en esos enormes territorios.

—Pero el Imperio español tuvo esas mismas dificultades. ¿Cómo pudo mantener la unidad política y administrativa de esta gigantesca región durante más de trescientos años y con los modestísimos medios de comunicación y transporte de la época?

—Precisamente porque el Imperio español era un poder centralizado sobre la base de la fuerza.

—Pero vuelvo a preguntarme, ¿por qué no pudo surgir un núcleo central de patricios criollos capaces de aglutinar a los pueblos iberoamericanos utilizando las estructuras existentes? En síntesis, las fuerzas separatistas y centrífugas han operado con mayor energía que las unitarias y centrípetas. Ciertamente, la dimensión del continente y sus múltiples accidentes geográficos constituían un serio obstáculo para la unificación de estos pueblos bajo una sola estructura federada o confederada.

—En rigor, los españoles no mantuvieron unido el subcontinente, sino que sometieron la diversidad de etnias originarias y, desde España, articularon a sus representantes en América como si fueran un supragobierno. La Independencia fue una ruptura que desestructuró ese Imperio. En ese proceso algunos líderes criollos se inspiran en ideas liberales y modernas, cambiando el escenario una vez que éstos se autonomizan sobre la base de la idea de constituir Estados naciones. Usted diría que podría haberse constituido el gran Estado nación de la América del Sur.

—Más aún, cuando ya existía el ejemplo de Estados Unidos.

—Estados Unidos fue distinto. Primero, la gran región del norte tenía menos tiempo como colonia de un Imperio; no había tenido capitanías generales ni virreynatos ni nada que dotara de identidad a las distintas unidades administrativas que sí había en la América española; segundo, no tenía la presencia de civilizaciones indígenas; tercero, como usted destaca, tuvo una migración modernamente homogénea.

—Y a esos factores enumerados por ti creo necesario agregar que la propiedad de la tierra se encontraba en manos de pequeños y laboriosos parceleros. En Estados Unidos no se dio el fenómeno del latifundio ni surgieron clases oligárquicas propietarias de la tierra, transformadas en el principal obstáculo al desarrollo moderno de estos países; tampoco florecieron los "caudillos bárbaros" ni el persistente militarismo de herencia hispánica; su iglesia era reformada, lo cual facilitaba enormemente el surgimiento de una sociedad abierta, industriosa y democrática.

—Volviendo al tema de la unidad, es cierto que en estos dos siglos de vida independiente operaron esas fuerzas centrífugas; sin embargo, también lo es que en esos dos siglos se constituyó una unidad cultural ante el mundo y ante nosotros mismos. En cada uno de nuestros pueblos es indudable un doble sentido de pertenencia: soy chileno y latinoamericano, soy peruano y latinoamericano, etc. Esto se aprecia en cosas nimias, pero relevantes. Por ejemplo en un campeonato mundial de fútbol un niño cualquiera de nuestros países sabe que si juega otra selección latinoamericana ante un país europeo o asiático, su simpatía se va con el seleccionado de la región. En Oriente y en Europa somos latinos, sudacas, todos iguales. En reuniones de latinoamericanos nos sentimos en comunión de lengua, de tradición mestiza y cada vez nos vamos enorgulleciendo más de esa condición. Es cierto que ha sido una y otra vez derrotada la utopía de la unidad política; pero no se puede negar este proceso creciente de constitución de una identidad cultural común.

—Debemos desarrollar aun más ese doble sentido de pertenencia del que estás hablando. Por el momento, estimo un poco ilusorio esta apelación al orgullo por nuestra condición mestiza. No creo que sea un sentimiento muy compartido en términos generales. Creo que cada país de América continúa viviendo en lo suyo, sin preocuparse mayormente por sus vecinos. Continúan existiendo mayores vínculos con Europa y Estados Unidos que entre nuestros países. Las informaciones acerca de los acontecimientos ocurridos en los países del Sur son muy escasas en los programas informativos nacionales. Si se quiere tener una visión general de lo ocurrido diariamente en nuestra latitud del Sur, recomiendo ver el informativo norteamericano de la CNN.

—Muchas contradicciones económicas y culturales no son entre países, sino entre actores sociales que operan allá y acá. Por ejemplo, a algunos chilenos no les inquieta que grupos ecologistas del norte, junto a otros sectores sociales, objeten la exportación de salmones, debido que a la producción de éstos no cumpliría con normativas ambientales y laborales aceptadas internacionalmente. Más allá de que algunas objeciones sean motivadas por la competencia económica —como ocurre con los productores de salmones norteamericanos—, lo relevante para esos chilenos que no se inquietan es presionar para que aquí se apliquen normas ambientales y laborales que sirvan a la sustentabilidad de Chile y del planeta.

—*En este nuevo escenario histórico se están produciendo concordancias, atracciones y simpatías de orden más bien transversal, por ejemplo, entre ecologistas, defensores de derechos humanos y de minorías étnicas; en cambio, las antiguas y clásicas identidades basadas en la raza, la religión y la lengua han perdido gran parte de su peso y gravitación en el área occidental del mundo. Tomando en cuenta esta realidad, debiéramos cambiar nuestras antiguas alianzas por otras nuevas con las actuales organizaciones emergentes...*

—*¿Quiénes "debiéramos cambiar nuestras antiguas alianzas"?*

—Estoy pensando en una nueva izquierda. Hasta hace poco la izquierda era una enemiga feroz del imperialismo norteamericano; hoy, en mi opinión, no podemos juzgar a Estados Unidos como una totalidad sin constatar profundas divergencias en su interior, incluso en sus centros financieros e industriales. Un Douglas Tompkins y un George Soros no son las únicas excepciones. Esos "potentados" están aportando enormes recursos a organizaciones que defienden causas progresistas en el resto del mundo. Incluso tengo experiencias personales al respecto: en dos o tres foros a los cuales fui invitado por universidades norteamericanas, las intervenciones de académicos chilenos ubicados en el pensamiento de derecha, en materias como derechos humanos, ecología o cultura, eran notoriamente mal recibidas por el público de estudiantes y profesores. El escenario planetario ha venido transformándose radicalmente en los últimos años, han aparecido actores nuevos y otros, como Estados Unidos y los países europeos, están en una etapa de cambio.

LOS DESAFÍOS DE AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XXI

—Son numerosos los desafíos que deberá enfrentar nuestra América en el siglo XXI, desde luego el reto de una real modernización. Quisiera comentar algunas afirmaciones del historiador Francisco Antonio Encina acerca de Chile, pero que bien podríamos hacer extensivas al resto de los países de América. Él atribuye la "ineptitud económica de la población nacional... a la mentalidad de la raza... y a la educación inadecuada". Dicho en términos actuales, estaría sosteniendo una especie de ineptitud genética para lograr un desarrollo

industrial moderno. En lo personal, le haría una pequeña gran corrección: no es la "mentalidad" en términos genéricos de nuestro pueblo, la responsable principal de nuestra ineptitud, sino la de aquellas clases y sectores de la sociedad que gobernaron por más de un siglo el país, y que son las que más han influido en "la educación inadecuada" de que habla Encina. Pero, agrega algo más nuestro historiador: "una raza apta para la agricultura e inepta para las actividades manufactureras". También haré un alcance a su afirmación: pudiera ser cierta esta aptitud para la agricultura, pero Encina no recalca que esa agricultura fundada en la explotación del latifundio era absolutamente contraria a las exigencias modernas de la producción agraria y con mucho mayor razón a la de las "actividades manufactureras", las que, como se sabe, han sido características de la Época Moderna. Con esta afirmación el agricultor e historiador Francisco Encina reconocía nuestra incapacidad para incorporarnos en plenitud a la Modernidad. "El español que vino con Pedro de Valdivia... fue un tipo militar, alejado de la fase industrial moderna." El militar se cruzaba "con la hembra de una raza que aún no salía de la Edad de Piedra...". Con estas palabras un tanto inadecuadas y brutales, Encina explicitaba su interpretación acerca de nuestra ineptitud para haber emprendido un real proceso industrializador y en consecuencia, modernizador.

Dos son los personajes más representativos de la Época Moderna que han brillado por su ausencia en nuestros países: el empresario burgués y el científico. El empresario industrial sólo ha venido a emerger "y con enorme retraso" en la segunda mitad del siglo recién pasado; y el científico sólo hoy está apareciendo. *Si mal no recuerdo, sólo un científico de esta latitud ha sido agraciado con el Premio Nobel.* Tampoco hubo en esta región empresarios de la capacidad e iniciativa de un Ford a comienzos del siglo XX, y de un Gates a fines del mismo. A la inversa, en el mundo del arte poco tienen nuestros países que envidiar a Europa o Estados Unidos. Si algo de propio y valioso tiene nuestra América Latina son sus escritores, poetas, músicos, pintores y escultores, junto con algunos ensayistas. Y me pregunto: ¿cómo explicar esta diferencia entre engendrar grandes talentos artísticos y, en cambio, carecer de los importantes talentos científicos y empresariales que hacen la diferencia entre la sociedad antigua y la moderna? Tal vez la respuesta venga por el lado de que el talento artístico es más bien una expresión del genio individual, mientras que el desarrollo de los talentos empresariales y científicos exigen condicionamientos sociales favorables.

—Más allá de la brutalidad y menosprecio con que Encina trata a la "hembra de la Edad de Piedra" que es la mujer mapuche, él dice bien cuando afirma que los hombres que vienen de Europa con determinadas características y se cruzan con las mujeres indígenas darán como resultado concreto una singularidad cultural mestiza. En mi caso he afirmado antes que la presencia cultural indígena explica en gran medida que América Latina no construya una Modernidad a imagen y semejanza de la que viene del centro. Pero Encina da a esto un juicio de valor muy negativo; en cambio para mí ha sido sólo una realidad histórica y además una fortaleza en este presente crítico de la Época Moderna.

Históricamente es muy coherente que quienes provenían de culturas indígenas, con su propia cosmovisión, no estuvieran dotados para vivir a rajatabla y contra su voluntad la cultura moderna. A usted no le dice nada que los países culturalmente más modernos de América Latina hoy sean Argentina y Uruguay, ambos, por distintos motivos, con muy poca presencia indígena. La mayoría de nuestras sociedades, en especial las andinas y mesoamericanas, en cambio, se constituyeron con esas enormes masas indígenas provenientes de otra matriz cultural, y esto nunca se quiso aceptar.

Me parece que usted y Encina piensan que lo moderno es lo ideal, lo más potente. Encina culpa al indio y usted a la oligarquía por nuestras dificultades para alcanzar la Modernidad. Pero pienso que el actual desafío es hacerse cargo en profundidad del hecho que nuestra realidad cultural ha sido fruto de la fusión y, por lo mismo, acá fue imposible replicar la cultura moderna a imagen y semejanza de los países centrales. El indígena no pudo asumir la cultura moderna. Y ese dato prefiero verlo como un gran plus de nuestra región ante la actual crisis de sustentabilidad histórica de la Modernidad realmente existente.

—No creo que sea justo responsabilizar al mundo indígena de nuestra incapacidad para incorporarnos a la Modernidad. Personalmente no hago ninguna crítica a las valiosas culturas indígenas del sur de América por haberse negado a asumir valores y creencias ajenos a sus visiones ancestrales. Para mí la responsabilidad fundamental reside en las minorías blancas que por cinco siglos dominaron en forma casi absoluta en nuestro continente.

Pero volviendo a los interrogantes planteados por Francisco Encina, principalmente en su ensayo *Nuestra inferioridad económica* (y en el de Aníbal Pinto, *Chile, un caso de economía frustrada*), se reitera la

misma pregunta: ¿por qué, habiendo Chile consolidado tempranamente su estabilidad política y disponiendo de enormes riquezas naturales, no logró, sin embargo, el "despegue" capitalista descrito por Rostov ni tampoco dotarse de estructuras mentales e institucionales realmente modernas? ¿Y acaso hoy día no está ocurriendo lo mismo? ¿Puede reducirse un real proceso de modernización a la sola la esfera económica y aun más, al mero traspaso de las empresas nacionales a los conglomerados transnacionales? Para mí ése es un tipo de modernización perversa. Ninguno de los famosos tigres asiáticos, comenzando por Japón, ni ninguno de los países europeos se "modernizaron" vendiendo sus riquezas naturales y sus empresas a conglomerados empresariales extranjeros.

En Chile, por lo pronto, debe comenzar modernizándose el sistema constitucional del país. Ningún Estado moderno exhibe una constitución política tan anacrónica ni ningún país moderno toleraría fuerzas armadas independizadas del poder civil; ni tampoco es aceptable un sector empresarial incapaz de generar valor agregado; ni es moderna la legislación laboral; ni es moderna la forma de explotar los bosques ni mucho menos la respuesta a las reivindicaciones de mapuches y pehuenches; ni es moderno un sistema educacional que apenas alcanza al 2,5 por ciento del Producto Nacional, en circunstancias de que las fuerzas armadas disponen del 6 por ciento; como tampoco es propio de un país moderno el ínfimo porcentaje de recursos destinado al desarrollo de investigaciones científicas.

—Insisto, sólo nos modernizamos a la manera latinoamericana y deficitaria que nos caracteriza. Todo lo que usted enumera, lo hemos tenido a medias, insuficiente; salvo en el trato a los pueblos indígenas y al medio ambiente, ámbitos en los que hasta hace poco hemos sido profundamente modernos, dicho en estricto sentido histórico; por ejemplo, hemos sido muy occidentales modernos en lo discriminador del otro cultural y en lo depredador...

—Sabemos que ésa es tu opinión. Según el diario *Le Monde*, "en 1937, tres países de América Latina —Argentina, Uruguay y Venezuela— tenían un ingreso medio por habitante próximo al de Francia". Y hacia 1920, el ingreso per cápita chileno era superior al de Italia y el de Colombia comparable al de Japón. La segunda guerra mundial produjo enormes ingresos al conjunto de los países de América Latina. En 1950, Perú disponía de un producto por habitante equivalente al de Corea y al de Taiwán. El ingreso medio

per cápita en Argentina era superior al de Italia, Finlandia, Austria y España, en tanto que hoy es notablemente inferior. El ingreso actual de países considerados entonces relativamente pobres, como Irlanda, Portugal y Grecia, han superado al de los países más desarrollados de América Latina.

—Sorprendente la información. Nos habla del carácter poco complejizador de las cifras. Pues no creo que en 1937 Venezuela haya sido como Italia. En Venezuela en esa época había tasas de analfabetismo, pobreza campesina y urbana y un menoscabo al indígena y al negro impresionantes, mientras que en Italia había pobreza, y de ahí toda la migración, pero era una sociedad que desde el punto de vista educacional, de cierto equilibrio económico y cultural era muy distinta a nuestras realidades. Me interesa, no obstante lo que usted tanto destaca: ¡cuánto ha sido el despilfarro de nuestras clases dominantes! ¡Qué cantidad de recursos han tenido y cómo los han dilapidado!

—Las derechas de América Latina siempre se han escudado en que "éramos pobres y por ello no podíamos progresar hacia niveles mayores de industrialización, de construcción de infraestructuras viales, de hospitales y escuelas"; lo cual era falso, puesto que los recursos existían; pero el despilfarro y la dilapidación de ellos ha constituido un verdadero crimen histórico. Hoy, la respuesta del neoliberal no es muy distinta: "nuestro retraso se debió a las regulaciones, a los proteccionismos, a la ampliación desmesurada del Estado, a los enormes gastos en seguridad social"; pero cómo se podría aceptar esta argumentación si hasta los años cuarenta del siglo XX el dominio de las elites oligárquicas en el conjunto de los países de América Latina fue casi absoluto, los partidos de izquierda vinieron a cobrar alguna influencia sólo a contar de esa década.

Por lo demás, como ya he recordado, los famosos treinta gloriosos años de Europa se lograron con un notable aumento de gasto social, con pleno empleo, con una profusa legislación laboral y con innumerables intervencionismos, regulación y proteccionismos; y los espléndidos años de crecimiento de las economías asiáticas —Japón, Taiwán o Corea— se obtuvieron a través de políticas semejantes. Caemos nuevamente en el complejo tema cultural. Más importante que las riquezas naturales que pueda poseer un país, vale su capacidad para agregar valor a su producción, lo cual se consigue con ahorro, austeridad, altísimas inversiones en educación, en ciencia y en tecnología y

con un fuerte espíritu empresarial. Aquí reside la única y real "ventaja comparativa" de un país.

—¿Qué otros desafíos visualiza en nuestra región?

—Desde luego, lograr una plena y auténtica democracia. Los actuales sistemas constituyen en los hechos una farsa. Porque se trata de sociedades profundamente desiguales. En áreas enteras los trabajadores no gozan de protección social alguna; no menos de la mitad de la población del Sur de Río Grande vive en la pobreza e incluso en la indigencia. En los últimos años, los porcentajes de hogares pobres, según CEPAL, han fluctuado entre el 35 y el 41 por ciento. En países como Bolivia, Ecuador y Colombia han bordeado el 50 por ciento. La "brillante economía" mexicana exhibe un 43 por ciento de pobres, incluidos los indigentes. En los inicios del año 2000 los países de la región con menores porcentajes de pobreza son Uruguay, 6 por ciento; Argentina, 14 por ciento; y Chile, 18 por ciento. Brasil muestra la peor distribución de ingresos del continente: el 40 por ciento de la población percibe sólo el 10 por ciento de los ingresos. No tiene sentido continuar con esta larga enumeración de injusticias para intentar demostrar que en los países de América Latina la "democracia real" no existe o sólo alcanza al 25 por ciento de sus 450 millones de habitantes.

—¿Y cuál es el desafío ecológico?

—Esto presenta caracteres cada vez más alarmantes, entre otras muchas razones, por ser el área amazónica el último pulmón del mundo. Vencer la resistencia de las fuerzas de derecha, que en forma explícita prefieren el crecimiento económico a la adopción de cualquier medida destinada a preservar la naturaleza, será una tarea ardua y larga. En un informe del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (G.E.U 2000) se pronostica una grave crisis ambiental en América Latina de no corregirse las tendencias actuales. Según el informe las causas serían la "pobreza persistente de la población y el consumo excesivo por parte de la minoría".

—¿Hay otros desafíos?

—Naturalmente. Por un lado, transformar a ejércitos que se han convertido en partidos políticos armados al servicio de sectores claramente minoritarios y son portadores de ideologías de signo claramente

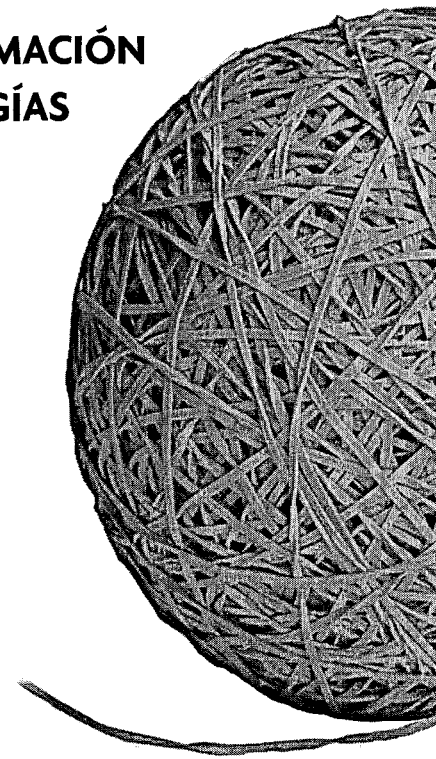
reaccionario; y por otro a los poderes judiciales que son lentos, venales y corruptos. También tenemos el desafío del aumento exponencial de la droga, de la corrupción y de la delincuencia. Dada su magnitud, casi parecen sin solución, sobre todo en ciertos países. Droga, corrupción y delincuencia van minando y destruyendo las reservas éticas y morales más fundamentales de una sociedad y, en los hechos, tornan casi imposible la vigencia de los sistemas democráticos. Y, lo que no es poco, el "desafío Internet".

—¿Qué ocurre con la izquierda latinoamericana ante estos múltiples desafíos?

—Hoy día es más necesaria que nunca su presencia, dado el nuevo y colosal giro de la historia. Sin la presencia de una potente y renovada fuerza de izquierda el dominio occidental sobre el mundo quedaría absolutamente entregado a las "frías aguas del cálculo egoísta". La codicia, el egoísmo, la avidez por el dinero, sentimientos tan propios del pensamiento de derecha, tendrían efectos catastróficos para la naturaleza, para los pobres, para los países pequeños y medianos y para una vida decente. Como puedes ver, no son simples ni fáciles los desafíos que esperan a nuestra América en el siglo XXI...

tercera parte

LAS GRAN TRANSFORMACIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS DE LA POLÍTICA Y DE LA MORAL OCCIDENTAL



15

EL FIN DE LAS IDEOLOGÍAS MODERNAS

CARLOS ALTAMIRANO: —La desideologización y la despolitización han sido y son antiguas y reiteradas banderas de las derechas del mundo. Para las fuerzas conservadoras, todo pensamiento o acción destinados a producir un cambio en cualquier dominio humano son negativos, conducen al desorden y alteran el orden natural o divino de las cosas. Por lo mismo, esas fuerzas en su momento rechazaron las concepciones de Copérnico y Galileo y la teoría de la evolución de Darwin, más tarde desconfiaron de las elaboraciones de Freud, ridiculizaron las pinturas de Picasso, se opusieron al sufragio universal, y a cualquier tipo de legislación social y la liberación de la mujer les pareció el comienzo de la decadencia y degeneración de la cultura occidental.

Pero no sólo existen ideologías políticas, las hay en todo tipo de pensamiento, ya sea científico, artístico, social o económico. Todo hombre, antes de actuar, está guiado o impulsado por ideas. Los pensadores de derecha sólo consideran falsas las de izquierda, pero estiman legítimas y ciertas las suyas, sean éstas tradicionalistas, conservadoras, nacionalistas, nazi-fascistas o, como hoy las llaman, neoliberales o neoconservadores. Aún más, las creencias religiosas son también sistemas de ideas, más allá de su presunta revelación divina.

HERNÁN DINAMARCA: —Usted torna sumamente lato el concepto de ideología. Es una legítima opción intelectual y hay que explicitarla: sería ideológico tanto un sistema de pensamiento religioso como uno científico, también las doctrinas políticas e incluso el sentido común. Unifica lo que otros autores desglosan en distintas

conceptualizaciones. De esa manera, decir ideologías es prácticamente decir visión de mundo. ¿Entonces no estaba en lo cierto, primero, Daniel Bell y luego otros que han anunciado el fin de las ideologías?

—En mi concepto, Daniel Bell, el sociólogo neoconservador norteamericano, cuando escribió en 1955 su célebre obra *El fin de las ideologías*, declarando agotadas las ideas políticas, incurrió en una opinión claramente ideologizada. No han muerto las ideologías en términos genéricos. En cambio sí me parecen agotadas las tres principales ideologías de la Modernidad: la liberal, la conservadora y la socialista. Desde una perspectiva lógica, si la Modernidad está tocando a su fin, junto con sus grandes creaciones sociales y políticas, también se ven afectadas las ideologías que contribuyeron a conformar la Época Moderna.

La Época Moderna occidental fue una creación del espíritu revolucionario de izquierda, tanto en su expresión liberal como socialista. Mientras que el conservadurismo, básicamente de raíz católica, se constituyó en la fuerza defensora del *ancien régime* y en el enemigo mortal de la Modernidad. En 1980 comienza un nuevo giro histórico. Entonces ya se podía predecir el colapso del movimiento comunista internacional; se vivía el triunfo en EE.UU. e Inglaterra de Ronald Reagan y Margaret Thatcher; el socialismo europeo daba señales de agotamiento; el liberalismo dejaba de ser una fuerza revolucionaria, estableciendo alianzas con su enemigo secular, el conservadurismo; y éste, a su vez, concluía un largo periplo de dos siglos de sistemática oposición a las innovaciones modernas y, travestido de neoconservadurismo, asumía la defensa de la modernidad política, económica y científica, salvo algunas críticas más bien retóricas a ciertos valores culturales de la Modernidad.

En síntesis, el comunismo se colapsaba súbitamente, y el liberalismo, por su parte, aparecía en una situación altamente paradójica y contradictoria. Sin duda, es una ideología triunfante, pero, al transformarse en una fuerza de derecha, ha perdido su *elan* de renovación y cambio. En los hechos, en Europa, ya no existen partidos políticos llamados liberales, y el liberalismo propiamente tal se ha reconvertido en neoliberalismo, expresión ideológica reducida sólo al ámbito económico. El socialismo, por su parte, en su variante europea, gobierna en casi todos los países de esa región, pero a través de una inspiración ajena a su tradición e historia. Si bien el liberalismo carece de partidos, al menos exhibe una ideología; en cambio, la socialdemocracia conserva importantes estructuras partidarias, pero carece de una ideología fuerte. Por último, el pensamiento ideológico católico también

atraviesa por una crisis, al estar abandonando los principios y valores que habían perdurado en el paso de la Época Medieval a la Moderna.

—Creo importante que usted diga "liberalismo propiamente tal". De ese modo precisa la manera concreta como se expresó el liberalismo como ideología política moderna, con sus valores en pro de los derechos individuales, la separación de poderes y la democracia representativa entre otros; digo que es importante, pues así como la expresión modernización se usa para cualquier cosa, también muchos se declaran "liberales" para referirse a una suerte de sentido común de la tolerancia —como si fuera la caracterización de un perfil psicológico abierto, es decir, lo usan como libertario—. Esto ocurre entre otras cosas porque el liberalismo político ya se instaló en la Historia, y, paradójicamente, por lo mismo ya está agotado, en el sentido de que sus valores se han hecho parte, como realidad o idealidad, del vivir occidental, pero carece —como es lógico— de respuesta a los nuevos desafíos.

—Más adelante profundizaremos en el agotamiento del liberalismo. En las últimas décadas hemos asistido al derrumbe de lo que Marx denominara superestructuras valóricas, ideológicas y políticas de las sociedades occidentales. Las categorías ideológicas de derecha e izquierda, en conflicto durante los dos últimos siglos, se han desperfilado hasta tal punto que muchos se preguntan si aún tiene validez este distingo histórico. Los partidos políticos conservadores, liberales, socialistas, comunistas, socialdemócratas y demócratas cristianos, igual que sus ideologías, han ido desapareciendo o experimentado transformaciones que los tornan irreconocibles. Han ingresado al cementerio de la Historia las ideas anarquistas, fascistas, radicales. En fin, en este contexto, surge una pregunta crucial: ¿cómo explicar el evidente y grave desfase entre la estructura económica capitalista, aún dotada de enorme vitalidad, y el colapso de su moderna superestructura política, ideológica y valórica?

—El aparente funcionamiento exitoso del sistema económico está dañado en lo profundo, en tanto no es sustentable porque sus fuerzas productivas y valores resultaron y resultan irremediablemente destructivos social, ambiental y culturalmente.

—Mi observación final apuntaba más que a la presunta vitalidad del sistema capitalista, a replantear el viejo tema de Marx sobre la

"determinación" de la superestructura por la estructura. Pero, a la inversa, compruebo el derrumbe de la superestructura de las sociedades modernas, de sus instituciones, de sus valores morales, de sus comportamientos éticos, de sus aparatos ideológicos, así como de sus ideologías y partidos políticos. Y en cambio no percibo igual colapso en la estructura económica del sistema. Por el contrario, veo un sistema en fuerte reestructuración, en veloz expansión, inventando potentes innovaciones tecnológicas y autonomizándose de toda dirección política, mejor dicho, asumiendo el control y dirección de las sociedades occidentales, incluida la norteamericana.

—Es muy cierta la actual autonomización de la economía por sobre todas las otras dimensiones del vivir. Es un signo del cambio epocal en tanto expresa el agotamiento de la Época Moderna, la que ya sin otros ideales queda sólo con su descarnada cara economicista, con su sueño de productivismo. Los grandes economistas que crearon la Época Moderna, Smith, Ricardo, Marx, Keynes, eran pensadores integrales, orientados a toda la cultura, humanistas; pero hoy asistimos a una fetichización de la economía instrumental, a una "dictadura de los tecnócratas" —dicen algunos en forma más dura.

En Chile mismo, sin ir más lejos, todo se mide por ese rasero; hasta en el gobierno estamos viendo que las tensiones no se producen sólo con sus opositores, sino que muchas veces son entre los técnicos de Hacienda y otras opciones que ponen el acento en lo social, en lo ambiental y cultural. Es un desafío recuperar una nueva mirada integral que asuma una nueva economía al servicio de la sustentabilidad de lo humano.

—Indudablemente, también está presente la otra cara de la medalla, la de la crisis global de las sociedades modernas, a la que te estás refiriendo. Pero, ¿cómo explicar el actual desfase entre estructura y superestructura? Una, la estructura, potente al menos en su expresión actual, y la otra en descomposición. ¿O tal vez Marx tenía razón? ¿Son las transformaciones ocurridas en el capitalismo y en su acelerada globalización, la causa última de los cambios revolucionarios en las formas de vivir, pensar y comportarse en una significativa proporción de la población mundial?

LA ÉPOCA MODERNA NO FUE CONSTRUIDA POR UNA "VANGUARDIA" POLÍTICA CONSCIENTE

—Hemos hablado de cómo el espíritu moderno —racionalista y secular— se adueñó de los países de Europa occidental. Siempre me ha sorprendido que en un determinado tiempo y lugar se produzcan hechos estelares con diferencia de sólo meses o años, lo que a escala histórica carece de importancia. Eso ocurrió en los inicios de la Época Moderna con sucesos que desde los más diversos dominios irían pautando la nueva mentalidad. Por ejemplo, en 1688 concluía la segunda parte de la revolución política inglesa; en 1687 aparecen los *Principia* de Newton, en los que se enuncia la ley de la gravitación universal; la *Epístola Sobre la Tolerancia* religiosa vio la luz en 1689; el mismo año se comienza a editar, en Leipzig, la primera revista científica de difusión internacional; en esos años nacían también las teorías de la democracia política moderna y del capitalismo industrial.

Entre 1680 y 1780, Siglo de las Luces, el mundo europeo echó las bases de la nueva civilización occidental y simultáneamente estallaron las tres mayores revoluciones de la era moderna: la política francesa, la industrial inglesa y la independentista norteamericana. Y, además, se desarrolla la revolución científica. Lo curioso fue que todo esto, destinado a trastornar de manera radical y definitiva el mundo occidental antiguo y más tarde a todas las civilizaciones existentes, no estuvo liderado por partido político alguno ni por una ideología propiamente tal. Éstos vendrían apareciendo recién en la segunda y tercera décadas del siglo XIX.

—No es tan curiosa esa ausencia de liderazgo de los partidos políticos en la construcción inicial de la Modernidad. Pues si éstos son formaciones orgánicas con ritos y procedimientos que procuran incidir en la Historia, y ésa es una mentalidad y un hecho típicamente modernos, entonces es obvio que los partidos se configurarán en el devenir mismo del proceso histórico moderno y a la vez consolidarán la modernidad.

—Lo destacable para mis ex convicciones vanguardistas, fue la carencia de una vanguardia política consciente.

—Claro que sorprende descubrirlo a quienes estamos acostumbrados a la conducción centralizada de las cosas.

—Mi primera hipótesis es que el mayor cambio histórico ocurrido en la humanidad, por lo menos en sus orígenes, no fue impulsado por ningún actor colectivo específico. La segunda es que de la ideología de la ilustración habrían de nacer las tres grandes tradiciones ideológico-políticas modernas, la liberal, la socialista y la conservadora (esta última como reacción a las dos anteriores). Y la tercera hipótesis es que la situación histórica actual guarda enorme similitud con lo que ocurrió en el siglo XVIII; hoy, pese a que nos encontramos en un período de transición epocal, tampoco existen nuevas ideologías sistematizadas ni fuerzas sociales y políticas organizadas como expresión de las nuevas realidades históricas.

—Es cierto, hoy no hay nuevas ideologías sistematizadas, aunque sí existe lo mismo que usted destaca en el siglo XVIII: la emergencia de hombres y mujeres con nuevas ideas, que están criticando la Modernidad occidental y de este modo, consciente o inconscientemente, gestan el actual cambio histórico e incuban las nuevas ideologías de la Posmodernidad. En ese sentido, antes he hablado de que este siglo que se inicia podría ser como la "Ilustración" de la actual transición epocal.

—Resulta muy difícil ubicarse en el actual momento histórico, sobre todo porque aún están en curso los efectos de estos acontecimientos. ¿Cuál marcará la dirección de la humanidad? Insisto, las tres grandes revoluciones modernas ocurrieron sin la presencia de un pensamiento ideológico sistematizado.

—Es importante lo que usted aprecia en las transiciones epocales. Reconocer que el hombre y la mujer que vivieron la transición a la Modernidad ignoraban que estaban en una transición y entrando a una nueva época histórica nos sirve para entender que hoy ocurre lo mismo. Sin embargo, me parece, hoy existe mayor conciencia histórica: muchos pensadores están hablando del fin de una época y del inicio de una Posmodernidad (en realidad, como vimos antes, el prefijo pos es hoy de uso común en las ciencias sociales). Y existe mayor conciencia porque tenemos memoria de lo que han sido otras transiciones y de esa manera es posible la comparación y la analogía histórica.

—Además está influyendo la extraordinaria aceleración con que se amontonan los acontecimientos. Pero no dejo de asombrarme: ¡no

hubo una dirección política homogénea y concertada durante el más potente de los movimientos históricos conocidos! Los más destacados intelectuales de la ilustración no coincidían entre sí. Por ejemplo, Voltaire no simpatizaba mayormente con los enciclopedistas, a pesar de que formaba parte de ellos.

—Sólo el tiempo los unificaría bajo el manto de una misma concepción de mundo.

—Así fue. Voltaire discrepaba de las ideas de Rousseau y sin embargo hoy ambos parecen insertos en el mismo clima histórico. Holandeses, ingleses, franceses, alemanes e italianos de la época ilustrada, creían en el progreso indefinido de las sociedades, en la perfectibilidad del ser humano, en el poder de la razón, en la capacidad de la ciencia para descubrir las verdades últimas. Durante tres siglos se preparó este momento estelar; fue un proceso histórico en gran medida espontáneo, carente de progenitores colectivos, sin sujetos históricos concertados. Por ejemplo, la monarquía española era heredera fiel de una Iglesia Católica encerrada en sí misma y no reformada; aunque fue esa monarquía la primera que promovió los grandes descubrimientos geográficos. Lutero no pretendía provocar un cisma en la poderosa y milenaria Iglesia Católica ni cargar con la responsabilidad de la ruptura espiritual del cristianismo europeo; aun menos albergaba la intención de allegar aguas al aún desconocido molino de la civilización occidental moderna. Cronmwell tampoco pensaba iniciar las revoluciones burguesas modernas. Luis XIV, el rey absolutista por antonomasia, estaba muy distante de querer fundar un Estado moderno. Pero se fueron conjugando decisiones e intereses individuales, procesos colectivos, descubrimientos, como si los hubiera guiado una "mano invisible". Marx, aunque con algún retraso —1848— elaboró una teoría explicativa de este complejo fenómeno. Según él, "el motor de la Historia" era "la lucha de clases" y en ese entonces habría sido la lucha entre nobles y burgueses la que habría constituido el hilo conductor del proceso histórico.

Hoy me resulta difícil aceptar, a la luz de las nuevas interpretaciones históricas, que en los siglos XV, XVI y XVII una clase burguesa aún débil e incipiente pudiera organizar el colosal y complejo proceso moderno. Resulta más creíble concebir estos fenómenos como independientes, respondiendo cada uno a razones concretas y específicas. Los motivos de Isabel la Católica para financiar la aventura de Colón, de Martín Lutero para promover su reforma religiosa, de Gutenberg

para inventar su imprenta, de Luis XIV para someter a una aristocracia feudal, díscola y rebelde, son todas distintas a las que tuvieron Copérnico, Galileo y Newton para comenzar a explicarse la naturaleza sin acudir a dogmas religiosos. Lo cierto es que la interacción y entrelazamiento de estos factores fue provocando un proceso de cambio y renovación y al mismo tiempo de rechazo a valores, instituciones y ordenamientos del milenio medieval cristiano. Este espíritu de cambio impulsó a artesanos, comerciantes y habitantes de burgos e incluso a algunos nobles propietarios de tierras a buscar nuevos modos de producir, ajenos a la agricultura, en ruptura con el rígido sistema corporativo medieval. Estos pensamientos y acciones colectivas e individuales comenzaron a cobrar sentido y adquirir organicidad durante el siglo XVIII y con mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XIX.

—Pero queda abierta la pregunta que hicieron Marx y otros filósofos: ¿cuál o cuáles son las causas del devenir de la Historia? Usted dice que con "la interacción espontánea de esos sujetos apareció un espíritu de cambio". Queda implícito que un mismo "espíritu" los habría inspirado. ¿Pero cómo se gesta ese espíritu? ¿Por qué se produce tan sincrónicamente en Occidente y en distintos campos que inconscientemente hombres y mujeres hacen una Historia —parafraseando a Marx— sin saber que la hacen?

—Las mismas preguntas me formulo yo.

—Sólo podemos afirmar que la creatividad transformadora surge en sujetos que actúan sincrónicamente, inspirados por una emergente concepción de mundo (nuevas ideas) que aparece como reacción ante presiones hacia la insustentabilidad que sufre en algún momento histórico una cultura específica o, como ocurre ahora, toda la especie humana. El actual cambio de época está deviniendo del mismo modo: hombres y mujeres de diversas partes del mundo y diferentes procedencias están, sin saberlo ni concertarse, empujando creadoramente la historia hacia nuevos deseos y conversaciones; están coinspirados por quién sabe qué.

LA VOCACIÓN UNIVERSALISTA DE LAS IDEOLOGÍAS MODERNAS

—El término ideología apareció a mediados del siglo XVIII. Para Marx, las ideologías constituían una falsa conciencia de la realidad, producto de los intereses de clase que las contaminan. Las ideas marxistas, en cambio, escaparían de la contaminación clasista, en tanto se originan en la observación científica de la realidad. Marx creía haber descubierto leyes históricas de similar precisión que las leyes físicas, de manera que su pensamiento no sería ideológico, sino constituiría una teoría científica de la sociedad. Hoy, valga decirlo, no coincido con la integridad de ese metarrelato.

—En rigor, Marx mismo estaba ideologizado al creer en el supuesto carácter científico de su reflexión histórica. La propia ideología moderna, que entonces iniciaba la mistificación de la ciencia, lo llevó a construir una "verdad científica" sobre la Historia, convencido de que la razón podía dar cuenta de una supuesta verdad objetiva.

—Así es. Por su parte, Bell también descalificaba las ideologías, pero ya no por la influencia de los intereses de clase, sino por la presencia de elementos míticos y pasionales. Bell también asume una posición ideologizada al profetizar el fin de las ideologías en plural, aunque sólo se refería a la marxista y apenas en un par de renglones declaraba caduca a la ideología liberal. Estaba inmerso en el mundo conceptual de la bipolaridad, de la guerra fría; aunque la definición que hace de su posición es más compleja: Bell se declara culturalmente conservador, políticamente liberal y económicamente socialdemócrata.

—¿Cuántos dirigentes de la política chilena, provenientes de la izquierda moderna, se sentirían hoy identificados con esta caracterización que hace Bell de sí mismo?

—Junto a Bell, también en esos años, el pensador francés Raimond Aron había publicado su libro *El Opio de los Intelectuales,* una crítica mordaz y sin compasión de los que adherían a posiciones marxistas. Para ambos autores, la característica central de una ideología es su poderosa carga emocional capaz de despertar y movilizar enormes masas humanas. Desde entonces la ideología ha venido siendo

demonizada por el pensamiento de derecha: el "imperdonable pecado de la ideologización" sería sólo un vicio de la izquierda. Sus argumentaciones, en cambio, se basarían en informaciones objetivas, científicas y técnicas. En estricta verdad, el pensamiento de derecha, al defender el status quo, esto es la conservación del orden establecido, no necesita de mayores elaboraciones intelectuales ni ideológicas para justificar su posición.

—La crítica que Bell y Aron, entre otros, hicieron al marxismo, sin duda que era ideologizada y resultante del contexto bipolar. Como usted recién lo recordó, soslayaba una consecuente crítica al liberalismo. Sin embargo, también en los años sesenta se desarrolló una crítica reflexiva, no conservadora, entre los nuevos filósofos franceses —Baudrillard, Lyotard, Deleuze, Foucault, etcétera— quienes anunciaron el fin de las ideologías a la manera moderna, desconstruyendo algunos de sus supuestos: el sujeto-individuo en separatividad y la razón instrumental moderna.

Al mismo tiempo, pensadores provenientes de tradiciones espirituales y de las ciencias, que tampoco son conservadores, han cuestionado a todas las ideologías modernas por su universalismo y el carácter totalizante de la razón instrumental que quiso diseñar la realidad a su imagen y semejanza. Lo que quiero destacar es que esa crítica a las ideologías modernas fue una ruptura de la tradición reflexiva del Occidente e implica, en consecuencia, una dimensión más del inicio de un cambio de concepción de mundo.

—Sólo en parte considero justa tu crítica a la Modernidad atribuyéndole una presunta "vocación totalitaria por sentirse superior" y por sus pretensiones "universalistas". Ignoro cuál puede ser la cultura o civilización que puede arrojar la primera piedra en estas materias. Más bien me inclino por buscar en las interpretaciones de Freud el origen de la violencia y de los complejos de superioridad en la naturaleza humana. Además, ¿se puede responsabilizar a las ideologías modernas por sus excesos o bien a los representantes y ejecutores de estas ideas? "Libertad, libertad, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre", exclamaba Danton. La historia del cristianismo, sin ir más lejos, se encuentra gravemente salpicada por actos criminales, por la presencia de papas corruptos y viciosos, por siglos de quemas inquisitoriales y sangrientas cruzadas, por la terrible "evangelización" de América. ¿Pero podríamos culpar o responsabilizar a Cristo de estos hechos inicuos y lamentables?

La Modernidad tiene muchas caras, e innumerables fuerzas sociales, políticas y culturales han tenido una participación decisiva en el curso de su historia. ¿Cuál de ellas expresó cabalmente los grandes ideales modernos? ¿Cuál distorsionó o tergiversó esos ideales? ¿La creencia en una raza superior, en cuyo nombre se realizaran tan horrendos crímenes y genocidios, fue acaso una creencia moderna? La respuesta, en mi opinión, es al menos dubitativa.

—Ya vimos que una de las más notables tesis históricas actuales es la que reconoce una común matriz moderna tanto en el comunismo como en el nacionalsocialismo...

—La ciencia moderna jamás ha aceptado la idea de razas, ni mucho menos de razas superiores. Las fuerzas políticas y culturales de inspiración socialista y de izquierda en Europa fueron de indudable raíz moderna y sin embargo jamás estuvieron poseídas por obsesiones racistas ni totalitarias. Por otra parte, ¿cuál podría ser la responsabilidad de Marx en la interpretación que hiciera Lenin y Stalin de sus teorías y concepciones?

Creo que debe establecerse una distinción entre una ideología y sus posibles derivaciones patológicas. La implementación práctica de las tres grandes tradiciones político-ideológicas modernas mencionadas anteriormente (conservadora, liberal, socialista) en ciertas circunstancias históricas han caído en graves deformaciones. Se ideologiza una concepción política cuando sus afirmaciones son absolutizadas; cuando su visión pasa a dividirse dicotómicamente entre amigos y enemigos; cuando desaparece el diálogo y el consenso y domina la idea del "todo o nada". Los portadores de ideas marxistas, sin duda, en más de una ocasión hemos caído en ideologismos extremos: voluntarismos, dogmatismos, doctrinarismos y principismos.

Hoy, por ejemplo, el neoliberalismo está cayendo también en una ideologización extrema al absolutizar las bondades del mercado, al proclamar la desregularización y desprotección de las economías, cualesquiera sea el estado de desarrollo de un país, al no considerar los desastrosos efectos provocados por una globalización anárquica y en reiteradas crisis, al reducir el complejo entramado de una sociedad al sólo factor económico.

Las ideologías nacionalistas también han caído en aberraciones demenciales: racismo, xenofobia, "limpieza étnica", "pureza de la sangre", exterminio de judíos y discriminación de negros, son sólo algunos de los extremismos ideologizados en que han caído y caen las

fuerzas de derecha, principalmente conservadoras de matriz nacionalista y católica. Pero de todos estos perversos maximalismos o extremismos no se puede culpar exclusivamente a las ideologías modernas, ni menos atribuir a la Época Moderna una "vocación totalitaria".

—Todas las ideologías modernas han caído en excesos por tener un vicio de origen: el convencimiento de que quienes portaban la razón instrumental (el poder expansivo de la técnica) eran fruto de una historia superior. Hay un frase sorprendente de uno de los grandes revolucionarios modernos: "el hombre será libre cuando colguemos al último cura con las tripas del último rey". Esa racionalidad buscaba la eliminación del otro: "porque a mí me asiste la verdad y tengo poder para aplicar la fuerza". Ésa es entonces la matriz moderna hoy cuestionada por nuevos valores posmodernos que no postulan verdades ni objetivas ni absolutas, sino que el respeto a la diferencia y la provisoriedad de las verdades. Comparto de todas maneras con usted que ideologías va a haber siempre, el punto es que las nuevas, posmodernas, tienen que renunciar a esa matriz moderna, sean de izquierda o derecha.

—Veo ese "vicio de origen" al que te refieres en el "pecado original", en el asesinato de Abel por Caín. Desde entonces el hombre ha estado dominado por compulsiones violentas, por afanes expansionistas y hegemónicos. Recordemos lo que pasó con Edipo: mató a su padre y cometió incesto con su madre. No sólo la cultura moderna es portadora de un "vicio de origen".

Debemos considerar que ya un Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles, tres siglos antes de Cristo había emprendido la más exitosa y amplia guerra de conquistas, y que el Imperio romano, tanto bajo el paganismo como bajo el cristianismo, no había dejado de extender sus dominios. Que, en América, el Imperio azteca fue expandiéndose hasta llegar a someter a todas las demás tribus y culturas de Mesoamérica; y algo similar acontecería con el Imperio inca. En síntesis, no son sólo los "actores racionales modernos", como parece deducirse de tus palabras, quienes han venido asolando de violencia, muerte y exterminio al resto de los habitantes del planeta.

—Por favor no deduzca de mis palabras que niego la existencia de la violencia en la Historia. Claro que ésta ha existido. Yo asumo una crítica radical e histórica de la Época Moderna, aunque a la vez admiro y reivindico como una conquista humana de la época

su cara potente —la solidaria y creativa— y creo profundamente que darle continuidad a esa cara será uno de los desafíos de una sociedad ya históricamente posmoderna.

—En cambio, yo no soy un crítico radical de la Modernidad. Ésta, no está de más repetirlo, tiene múltiples caras, unas positivas y otras negativas. Desde luego, contrariando tu afirmación acerca de su presunta vocación totalizadora, pienso que ha sido la primera de las grandes culturas que proclamó la libertad como valor estelar.

El totalitarismo de algunos sistemas de gobierno de la Época Contemporánea —nazismo o comunismo— son simples excrecencias de la Época Moderna. Toynbee, las catalogó de "herejías modernas". No existe, en mi parecer, una afirmación más revolucionaria que la que encabeza la Constitución norteamericana y está en los orígenes de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, cual es, "todos los hombres nacen libres e iguales en derechos y dignidad". Diría que esta afirmación inaugura y funda la Modernidad. Y si bien la promesa de igualdad, bandera fundamental de la Revolución francesa, no se ha cumplido cabalmente, el sólo hecho de haberla colocado como uno de los más altos objetivos en el horizonte de las utopías humanas fue ya un logro inmenso.

Estos sorprendentes aportes al progresivo desenvolvimiento de la cultura humana constituyen, sin duda, una espada de doble filo, pero me pregunto: ¿debería el ser humano haber continuado viviendo en el primitivo estado de nómade, subsistiendo de la recolección de frutos y peces, para así evitar los graves peligros y riesgos que entrañaba usar de su razón y de su libertad?...

FIN DE LA FETICHIZACIÓN DEL CAMBIO POR EL CAMBIO Y DE LA ABSOLUTIZACIÓN DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

—El paradigma social o la cosmovisión moderna unificó el pensamiento y la acción en aras del dominio y el control. Por eso su misión ha sido transformar el mundo, construir la realidad a imagen y semejanza de una determinada razón humana. Esto es importante, pues no ha sido un rasgo de todas las culturas. Por ejemplo, los chinos, desde su ideología taoísta, pensaban que las cosas fluyen y los seres humanos no deben intervenir en ello. Vivían

en la concepción de mundo de la no acción/intervención, lo que no implica no actuar, sino que actuar sincrónicamente con el fluir de las cosas.

La ideología moderna, en cambio, ha sido una compulsión a la acción y al cambio y de ahí el impacto que ha tenido su cultura en la transformación del mundo.

—No me cabe duda de que uno de los rasgos esenciales de la Modernidad ha sido la búsqueda desenfrenada del cambio, la obsesión por lo nuevo. El hecho concreto es que ninguna otra civilización había producido cambios tan profundos y tan vertiginosos.

—Por la voragine y brutalidad expansiva de esos cambios, una de las características esenciales del nuevo pensamiento posmoderno tiene que ser su capacidad de conservar, de bajar el perfil a esa compulsión (y fetichización) del cambio por el cambio. En definitiva, equilibrar en la vida social el Cambio y la Conservación (que son dos dinámicas inherentes al Universo y a todos los sistemas vivos).

Por otra parte, también el nuevo paradigma social (o la concepción de mundo) posmoderno se reconoce portador de ideas más livianas: éstas se asumen como provisorias, no tienen ese afán de verdad absoluta que tenían las ideologías modernas.

—Comparto gran parte de tu opinión, pero te recuerdo que las primeras ideologías en absolutizar sus verdades fueron las religiosas.

—Claro que el pensamiento religioso tradicional absolutizó su fe. Pero el pensamiento moderno absolutiza la razón y en su nombre comete hasta hoy crímenes horrendos. Por eso destaco que el nuevo pensamiento emergente no pretende absolutizar sus ideas: en ese sentido es más leve, menos denso.

—Desearía creer lo mismo.

—La ideología moderna, a través de Maquiavelo, afirmó que el "fin justifica los medios". Ese axioma político también es puesto en tela de juicio por el nuevo pensamiento sistémico (que distingue procesos) y que reconoce una correspondencia inevitable entre fines y medios: los medios que uno elige van a desencadenar necesariamente determinados fines.

—Es cierto, pero también me gustaría recordar que en el debate que se produjo en Europa a principios de siglo entre los líderes del socialismo, Bernstein rechazó la máxima de que "el fin justifica los medios", argumentando que son los medios correctos los que pueden conducir a un fin correcto. Tal vez eso explique que el socialismo democrático en la Historia moderna no participó de atrocidades y fanatismos.

—Esa indicación es muy relevante.

—Por eso antes que condenar las ideologías modernas, tiendo más bien a un cierto pesimismo acerca de la naturaleza del ser humano.

—En la Historia ha habido tantos tipos de cultura que me resulta difícil pensar en una naturaleza humana fija; no niego que haya un componente violento en nosotros y en la naturaleza; pero de ahí al pesimismo, hay un trecho; prefiero destacar la importancia que en la evolución de la especie y de la vida han tenido la cooperación y las emociones afectivas: sin el amor se desintegrarían los sistemas sociales, luego, no es una emoción trivial.

—Por eso doy mi opinión en términos dubitativos; no es un tema fácil de resolver.

CLAUSURA DE LA IDEA MODERNA DE REVOLUCIÓN

—En el contexto del bicentenario de la Revolución francesa —1989— hubo un debate interesantísimo acerca de la idea de Revolución. Ésta, como mecanismo de cambio social es una concepción moderna. Aunque en la Historia existieron grandes rebeliones de esclavos y masivos levantamientos campesinos, nunca se realizaron con el explícito propósito de cambiar la sociedad.

—Debe ser muy fuerte para usted darse cuenta de que la idea que animó a toda una época fue sólo eso, la idea de una época.

Ahora, las primeras revoluciones modernas, la inglesa y la francesa, en rigor fueron transformaciones orgánicas espontáneas, es decir, toda la reflexión sobre las revoluciones será ex post *la Revolución Francesa. Pues la "vanguardia jacobina" no generó las condiciones ni trabajó*

previamente durante décadas para realizar la revolución francesa, sino más bien los Robespierre, los Danton, los Marat surgen como resultado de la revolución en sí. Pues, en rigor, la obsesión revolucionaria por evaluar las condiciones objetivas para generar condiciones subjetivas que hagan estallar revoluciones, será, en especial, fruto del moderno ethos *marxista.*

—No pienso que la "idea revolucionaria" habría concluido siendo sólo eso, una idea. Ella comenzó haciéndose carne en todos los pueblos del occidente moderno y desde allí fue exportada al resto del mundo. Con razón Hobsbawm ha titulado una de sus magistrales obras históricas *Las revoluciones burguesas*, refiriéndose al período que va de 1789 a 1848 y que para él "supuso la mayor transformación en la historia humana, desde los remotos tiempos en que los hombres inventaron la agricultura, la metalurgia y la escritura". La idea revolucionaria nació en el período de maduración de la modernidad y estuvo profundamente vinculada al período de ascenso de la clase burguesa, hasta que Marx, a mediados del siglo pasado, la expropió, y Lenin, ya en el siglo XX, elaboró toda una amplísima teoría acerca de su preparación y realización por una vanguardia de revolucionarios profesionales. Todas las revoluciones modernas estaban insertas en el espíritu de cambio de esta época y, además, en la idea, nacida del racionalismo ilustrado, de que el hombre, usando su razón, podía y debía construir su propio destino.

—Obviamente que constato la vitalidad e importancia histórica de las revoluciones modernas. Para mí las ideas son actos, sobre todo si son ideas que hicieron los grandes logros de la época histórica moderna.

Lo que quería preguntar es si esa idea moderna de revolución, la búsqueda de una ejecución consciente de la racionalidad instrumental en la Historia, que pretendía manipular y conducir las acciones sociales, está históricamente clausurada en el inicio de una nueva época histórica animada por sus propias nuevas ideas.

—En los países realmente modernos, en Europa y Estados Unidos, creo que está clausurada. Distinto es el caso de los países en procesos de modernización, donde seguramente continuarán ocurriendo revoluciones de muy distinto signo.

—En mi opinión definitivamente hay que criticar en todo lugar la idea moderna de revolución, entendida como una vanguardia

"racional e iluminada" que conduciría a los pueblos hacia el designio de la "razón de esa vanguardia".

Sin embargo, en el actual cambio epocal vendrán otros momentos de ruptura orgánica, que tal vez no sean sólo sociales.

—Estamos ya cruzando por un momento de ruptura orgánica de las sociedades modernas, aunque éste no se exprese en revoluciones políticas o sociales violentas. Desde que la institución del Estado y su soberanía está siendo socavada, tanto por el proceso interno de unidad europea como por el externo de la globalización. A su vez, los principios fundantes de la Modernidad están siendo cuestionados o se hallan en completa revisión —razón, progreso, dominio de la naturaleza—, y por último, los valores ético-morales tanto de origen cristiano como burgueses, están siendo barridos por las nuevas visiones, hábitos y costumbres; no cabe la menor duda de que nos encontramos en presencia de una fractura muy profunda y definitiva de las sociedades modernas.

—De acuerdo; pero pienso en sucesos históricos más puntuales que apuraran esos procesos de larga duración que usted destaca: algunas catástrofes ambientales, tal vez explosiones de pobreza, de muerte por hambruna, nuevas oposiciones sociales, etc., todos momentos de ruptura.

—Sin duda, pueden ocurrir estas otras rupturas aún más catastróficas que las sociales.

—Creo que las "revoluciones" —y uso la palabra por una suerte de inercia lingüística— del actual cambio epocal pueden sobrevenir por los accidentes tecnológicos globales de que nos alerta Virilo, por catástrofes ambientales y financieras, y todas éstas serían en alguna medida el equivalente de las rupturas revolucionarias que hubo en otras transiciones históricas. Ocurrirán ajenas a una acción consciente de una vanguardia iluminada, y pre, durante y después de ellas se tendrán que desplegar nuevos conocimientos y sensibilidades colectivas para reorganizar la vida social.

—Estoy de acuerdo. Aunque es necesario distinguir por lo menos tres tipos de cambios revolucionarios: el producido por mediación de una revolución política violenta; otro, el debido a procesos múltiples y complejos generados al interior de cada sociedad, como está siendo

el actual caso de los países europeos; y, por último, el cambio proveniente de situaciones ecológicas u otras cataclísmicas.

"VIVÍAMOS EN UN MUNDO IDEOLOGIZADO"

—Daniel Bell tenía razón cuando hace cincuenta años preveía serios resquebrajamientos en la entraña de los socialismos reales. León Trotsky ya lo había avizorado también, pero sus advertencias quedaron opacadas por el estallido de la segunda guerra y su asesinato. Cuando Bell hizo su pronóstico, el panorama era diferente. Jruschov acababa de asumir los horrendos crímenes perpetrados en la era estaliniana. En el año 56 había estallado la rebelión húngara y antes se había producido la escisión con los comunistas yugoslavos y más tarde vendría la disputa soviético/china. Esos quiebres tuvieron serias repercusiones en el mundo intelectual europeo y norteamericano. Algunos intelectuales europeos, Sartre, Brecht, Lukács, continuarían fieles al comunismo; en cambio otros, Orwell, Miloscz, Bell, Aron, abandonarían todo devaneo izquierdista y denunciarían los horrores cometidos por el comunismo. Célebre fue la polémica, entre Sartre y Camus, que concluyó con una ruptura personal e ideológica entre ambos. Camus terminaría afirmando que toda ideología era un autoengaño.

—Usted habla ahora con desapego de esos debates; pero cuando se efectuaron era un actor y dirigente del socialismo chileno. ¿Qué le ocurría entonces?

—A Chile, ayer como hoy, los grandes debates éticos, políticos, filosóficos y artísticos europeos y norteamericanos llegan con enorme retardo y en forma sesgada y reducida (entre paréntesis, no deja de resultar extraño que en plena época de globalización la prensa monopólica chilena sea tan parca en sus informaciones sobre temas de interés mundial, lo cual agrava el aislamiento intelectual de Chile y la mentalidad notoriamente provinciana de algunos de sus sectores dirigentes). Respecto a tu interrogante: ni el partido socialista ni yo jamás fuimos partidarios de la experiencia soviética. En la primera disputa librada en el mundo comunista, entre el mariscal Tito y Stalin, el partido se ubicó del lado del líder yugoeslavo; en 1956 condenó sin

reticencias la invasión de Hungría y en 1968 el aplastamiento de la "Primavera de Praga"; tampoco tomó partido en la grave división entre las dos grandes potencias comunistas de entonces: la URSS y China. En cambio, el partido comunista chileno sí apoyó decididamente a la Unión Soviética en todas estas deplorables coyunturas.

—Eso en lo político contingente; pero el debate crítico sobre las ideologías en general o aquella famosa expresión de Camus tras su ruptura con Sartre, no hacía mella en su sentido de autocrítica.

—Cuando en Chile se habló ocasionalmente del libro *El fin de las ideologías*, fue considerado —al igual que en Europa— una simple crítica ideologizada surgida en plena guerra fría en contra de la ideología marxista, en ese entonces la ideología por antonomasia. La obra estaba inserta en la lucha de ideas de aquella época entre los marxistas y sus adversarios. Además, el tema aparecía muy confuso, porque bajo el pretexto de criticar a la Unión Soviética los dardos estaban dirigidos contra el marxismo, olvidando que la mayoría de las grandes figuras del pensamiento marxista europeo habían condenado la experiencia soviética por considerarla ajena a la doctrina marxista.

—En esa época la política y cualquier discusión eran sinónimo de mucho fanatismo o ideologización.

—Por cierto, vivíamos en un mundo absolutamente ideologizado. Para la izquierda, Bell era un intelectual de derecha, y bastaba aquello para invalidar lo que pudiera decir; defendía al llamado mundo imperialista, y eso lo descalificaba automáticamente.

—Con el objeto de explicar la ideologización y exitismo de los marxistas de entonces, hay que decir que no era tan disparatado su triunfalismo. Si uno miraba los hechos desde la perspectiva moderna (si había o no crecimiento económico, progreso, dominio del hombre sobre las cosas), sin duda la Unión Soviética se modernizaba aceleradamente. Por eso, el argumento preferido era que Rusia recién en 1917 había empezado a construir el socialismo y en apenas cuarenta años, a pesar de las guerras, ya alcanzaba un enorme nivel de industrialización, anexaba otras nacionalidades para formar la Unión Soviética, incorporaba el coloso que era China al camino socialista y también a algunos países de Europa Oriental y de América Latina y de África, ganaba la carrera espacial. Esto seducía a

los más lúcidos intelectuales; en fin, como para creerse el cuento "científico" que de los marxistas: el socialismo era una tendencia histórica imparable.

Claro que a la larga el socialismo real como ideología moderna colapsó junto con la triste realidad en que se convirtieron los soberbios sueños de grandeza de su propia época histórica. En ese sentido el socialismo real se "Titanizó", parafraseando al accidente tecnológico del Titanic que a inicios del siglo pasado comenzó la erosión de los sueños de dominio de la Modernidad.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero los socialismos de inspiración marxista, tanto en Europa como en Asia, África o América latina no aprobaron ni comulgaron con el modelo soviético de "socialismo real". El debate al interior de la izquierda, entre socialistas y comunistas, se produjo precisamente a raíz del triunfo de la revolución bolchevique en 1917. Desde entonces socialistas y comunistas marcharían por sendas diversas. Tanto el socialismo chileno como los partidos socialistas y socialdemócratas europeos no concordaron, desde sus inicios, con el régimen soviético ni con el tipo de "dictadura del proletariado" tal cual había sido concebida y aplicada por Lenin y Stalin en la URSS, ni tampoco con la simple "estatización" de las empresas públicas, ni menos con la privación absoluta de la libertad (sobre las diferencias entre socialismo y comunismo hablaremos en el último capítulo).

El mayor éxito del "socialismo real" fue haber convencido a un significativo sector de la opinión pública mundial de que el único socialismo posible era el realizado en la Unión Soviética y de que esa era, también, la única forma de realizar las auténticas concepciones de Marx y Engels. Las demás interpretaciones eran simples "desviaciones", violentamente condenadas por ser de origen "pequeño burgués".

Otra de las graves ideologizaciones nuestras fue concebir el marxismo como una "teoría científica" y que la lucha de clases era "el motor de la Historia" y la violencia su "partera".

—Eran ideologizaciones fruto de otras ideologizaciones. La concepción de mundo moderno suponía que el devenir de cualquier suceso, fuera social, psicológico o biológico, resultaba de la lucha y competencia. Darwin (y en especial sus epígonos) populariza la idea de que la competencia es el factor que determina la selección natural. Hobbes habló de seres egoístas y violentos que luchan por espacios de sobrevida. Marx concebía la sociedad como un espacio para

la lucha de clases que dinamiza la Historia. Esas tres miradas provenían de otra de las matrices de la racionalidad moderna: la unilateralización de la lucha, de la competencia...

—La ideologización no era sólo un lastre del socialismo: ha sido un error reiterado en la Historia. No hace falta más que leer lo que se escucha hoy en todas partes: el integrismo neoliberal intenta convencer al mundo de que la globalización y el crecimiento económico sólo son factibles en la forma impulsada por las grandes empresas multinacionales norteamericanas.

16

LA GRAN TRANSFORMACIÓN Y TRAICIÓN DEL PENSAMIENTO CONSERVADOR

CARLOS ALTAMIRANO: —El conservadurismo, como pensamiento político, apareció en la Época Moderna. En 1820 se crean los primeros partidos en Europa. Lo característico de su espíritu fue rechazar los cambios que se producían en todas las esferas. Pero al haber declarado una guerra frontal a la cultura moderna, ninguna propuesta conservadora se logró materializar, al punto que esos partidos fueron desapareciendo del paisaje político contemporáneo.

HERNÁN DINAMARCA: —Los factores que condujeron a la derrota del pensamiento conservador son de origen muy diverso.

—Habría que hablar de la aparición de la ciencia, la extensión del pensamiento racionalista, la paulatina desacralización de las sociedades europeas y su consiguiente secularización, la proclamación de la libertad en todos los ámbitos de la vida humana, la liberación de la mujer, las acciones de las logias masónicas o de las fuerzas liberales y socialistas. También ha gravitado en este fracaso la propia conducta de los conservadores demasiado apegados al dinero y al poder. Pero vayamos por partes y tracemos una genealogía más precisa del conservadurismo. Albert Hirschman, en su libro *Dos siglos de Retórica Reaccionaria*, resume los tres argumentos principales que ha venido dando el conservadurismo para oponerse a toda innovación o reforma moderna. Primero, el de los "efectos perversos": cualquier cambio produciría efectos contrarios a los deseados; segundo, la "inutilidad o futilidad" de toda acción destinada a producir cambios, ya que

éstos son incapaces de modificar el *status quo*; y tercero, el grave peligro que entraña cualquier política de cambio.

Por su parte, el cientista político T. H. Marshall reconoció tres etapas fundamentales en el desarrollo de la noción de ciudadano. La primera incluye las batallas del mundo liberal por la conquista de los llamados derechos civiles o de las libertades públicas fundamentales, entre otras, libertad de culto, de pensamiento, de expresión. A estas libertades se fueron oponiendo en Chile y el mundo sistemáticamente las fuerzas del conservadurismo católico en los siglos XVII, XVIII y XIX. La segunda reivindicación fue la del derecho político a elegir y ser elegido en los gobiernos democráticos. Cada vez que se intentó extender el sufragio universal se anunciaron las más terribles catástrofes. Sólo a mediados del siglo XX se concluyó dando el voto a los ciudadanos mayores de dieciocho años, a las mujeres e incluso a los analfabetos, ¿pero quién hoy se atrevería a condenar el voto de la mujer? Una tercera etapa en la conquista de los derechos ciudadanos fueron los económico-sociales, con la creación del Estado de Bienestar, este último también hoy es fuertemente combatido por neoliberales y neoconservadoras.

—Si miramos la historicidad del proceso, ha habido cambios nominativos para designar al conservadurismo político. Por ejemplo, en la primera y segunda ola de los derechos civiles y de ciudadanía política, los "viejos conservadores históricos" defendían el antiguo régimen, mientras que los revolucionarios primero fueron los liberales y más tarde liberales y socialistas juntos. En cambio, en la tercera ola, con los derechos económicos y sociales, que son una expansión de la primera y segunda ola, los liberales empiezan a hacer de conservadores, ya que son los que más se oponen o desconfían de la principal reivindicación socialista durante la Modernidad: la igualdad social. El conservadurismo fue asumido entonces por el mundo liberal. En fin, quiero destacar que el conservadurismo se va vistiendo de ropajes y contenidos políticos distintos, pero permanece la actitud conservadora (de conservar a cualquier precio).

Y agrego otro ejemplo, las etapas de Marshall son parecidas a la actual concepción acerca de un devenir en generaciones de los derechos humanos: los de primera generación, los derechos civiles y políticos vinculados a la Revolución francesa; los de segunda generación, los económico-sociales que surgen a finales del siglo XIX e inicios de éste; y los de tercera y cuarta generación, el derecho a la diversidad

cultural y de género y a la diversidad sexual y etárea. Pues bien, a partir de los años sesenta del siglo XX, y en el escenario del conflicto sobre la vigencia de estos últimos derechos, también se vestirán de conservadores los ideológicamente modernos liberales y no pocos socialistas, a quienes cuesta asumir los derechos de las diversidades. Por lo mismo, estos últimos se denominan derechos humanos posmodernos, que entran en tensión con las primeras generaciones de derechos humanos que eran eminentemente modernas. ¿Y por qué entran en tensión? Porque relativizan la universalización de los derechos de primera generación ¿Y por qué la relativizan? Porque si se postula el derecho a la diversidad cultural, es obvio que distintas comunidades tienen derecho a vivir del modo como quieran en su legitimidad cultural y no tienen por qué subordinarse al universalismo que se arrogaban los derechos de primera generación. La Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, por ejemplo, en su origen excluía los modos de vida de las culturas no occidentales. Su pretensión era que la verdad de la democracia era la idea que entonces tenía el ilustrado francés. Pero como había y hay culturas y comunidades que no vivían en esa idea de democracia, sino según otra idea de organización social, quedaban excluidas de la universalización de esos derechos o bien se les imponía que abandonaran su modo de vida.

—Es éste un tema extraordinariamente complejo. Carezco de opiniones categóricas y tengo muchas preguntas dando vueltas. Por ejemplo, ¿sería justa y legítima la alegación de los católicos feudales de los tiempos medievales destinadas a defender su sistema semiteocrático, sin libertades de ningún orden, invocando el "derecho a conservar una cultura diversa"?¿Podría una determinada cultura, en la época actual, mantener discriminada y en la sujeción a la mujer invocando la presunta especificidad de esa forma tradicional de vida? ¿O se puede aceptar la tradición aun existente en ciertos lugares de África y Asia menor que exige extirpar el clítoris de la mujer en su niñez, para así impedirles el placer sexual? ¿Y frente a la célebre proclamación occidental "los hombres son libres e iguales", podría defenderse, por ejemplo, en India el mantenimiento de castas y de intocables por ser éstas instituciones inmemoriales? Creo en el derecho a la diversidad, pero también debe analizarse la circunstancia histórica concreta en la cual se pretende ejercer este derecho. Creo que la libertad de pensamiento, de conciencia, de culto, de expresión, deben universalizarse, éste sería un notable avance para la humanidad. Establecida la libertad en una

sociedad, cada minoría debe ser respetada en sus derechos, e incluso la mayoría no debe disponer de instrumentos para violar los derechos de la minoría.

En pocas palabras, la libertad y los derechos humanos los ubico por encima de toda "especificidad cultural" y por sobre cualquier presunta "soberanía del Estado". Ningún dictador o déspota puede ser soberano para torturar y asesinar a su pueblo, y esta opinión, por cierto, vale por igual para las dictaduras de izquierda y de derecha. Por eso pienso que ha constituido un avance civilizacional de incalculabes proyecciones futuras la detención de Pinochet en Londres en virtud de las nuevas normas y principios establecidos en el derecho penal internacional; y por lo mismo, también soy partidario del nuevo "derecho de injerencia", cuando lo que está de por medio son los derechos humanos. No se me escapan, claro, los peligros que puede entrañar este nuevo "derecho de injerencia", mientras no existan normas jurídicas previamente acordadas y un tribunal internacional penal. Por último, si no se reconocen y respetan los derechos humanos, ¿cómo se podría respetar la diversidad?

—Usted tiene razón respecto a la complejidad del tema y comparto también el logro civilizacional que significa la universalización de los derechos humanos. En el tema de los derechos humanos, entendidos integralmente, es como si la Modernidad hubiera desatado una dinámica imparable. En ese sentido, los derechos de tercera y cuarta generación deben ser comprendidos como complementarios a los de primera y segunda, y de ese diálogo tendrá que salir una síntesis comprensiva en la Posmodernidad.

—Volviendo al conservadurismo, ¿cómo éste no ha reflexionado críticamente sobre su pasado de errores y equivocaciones, y también de crímenes? Durante dos siglos la derecha conservadora se ha venido oponiendo sistemáticamente a todas las nuevas conquistas sociales y democráticas. Incluso hoy vemos como en Chile se oponen a una real representación democrática, "inventando" trampas electorales, *quorums* altísimos en el Parlamento y senadores designados.

Uno de los valores más arraigados y potentes del conservadurismo ha sido su fidelidad a la tradición: proteger los símbolos, mitos y estilos de vida del pasado, dado que ellos habrían resistido la prueba del tiempo. Sin embargo, Anthony Giddens, el sociólogo inglés mentor de la Tercera Vía, ha sostenido que en las actuales sociedades ya no es posible continuar defendiendo la tradición en forma tradicional: no

se puede invocar argumentos de autoridad o de duración en el tiempo. Si antes las mujeres debían llegar vírgenes al matrimonio, hoy no se podría fundar tal hábito en una presunta verdad revelada o en una costumbre inveterada, sería necesario argumentar racionalmente su defensa. Para Giddens, éste es uno de los grandes cambios: la pérdida de autoridad del argumento justificado por la tradición. Lo que Giddens llama "viejo conservadurismo" ha concluido: ya no está en condiciones de defender la tradición a la manera tradicional. El fuerte torbellino moderno —racionalismo, secularización, laicidad, individualismo, consumismo— arrastró a las sociedades a un punto sin retorno. Vivimos en sociedades postradicionales —según Giddens— en las que es necesario explicar y justificar racionalmente cada situación.

EL VIEJO CONSERVADURISMO Y LA SOCIEDAD CONCEBIDA COMO UNA COMUNIDAD ORGÁNICA

—El viejo conservadurismo concebía la sociedad como una comunidad orgánica, como una asociación no sólo entre los vivos, sino también de éstos con los muertos y hasta con los que estuvieran por nacer.

—Esa última dimensión del "viejo conservadurismo", la vida social como comunidad orgánica, coincide con ideas y valores posmodernos que hoy reivindican el pensamiento ecologista: la vida en general como memoria, cambio y continuidad; en definitiva, que las generaciones actuales respeten a las anteriores y a la vez dejen un mundo sustentable para las futuras. Es una actitud ética que comparten el viejo conservadurismo —que se opuso a la modernidad— y los actuales críticos de la Modernidad (lo que no implica que estos últimos estén por una defensa anacrónica del antiguo régimen). En cambio, los neoconservadores han olvidado precisamente esta dimensión del viejo conservadurismo y sólo se preocupan de defender aspectos morales como el patriarcalismo, la cínica pacatería sexual y la incoherencia que, digámoslo, además fueron valores instaurados o exacerbados por la Modernidad.

—Una vez más nos encontramos con una de las tantas contradicciones de lo que ha sido y es el pensamiento conservador: su actual

utopía se reduce a producir, consumir y ganar dinero, sin considerar la insustentabilidad generada por un productivismo desenfrenado. No es la única falacia. Así como el pensamiento conservador ha defendido irrestrictamente la tradición y se ha opuesto al cambio, también ha concedido prioridad a la religión, al orden, a la jerarquía y a la autoridad. Siempre ha tenido una gran debilidad por las aristocracias y las elites y una profunda desconfianza hacia el pueblo y las masas. Los nacionalismos y chauvinismos, racistas, xenófobos, agresivos y guerreristas, generalmente han estado asociados al pensamiento conservador. Hasta el día de hoy, los partidos de la ultra derecha europea participan de estas mismas características. Una vez más me pregunto: ¿por qué un pensamiento esencialmente ligado a una religión de amor, comprensión, misericordia, ha resultado históricamente vinculada a fuerzas sociales y políticas agresivas y violentas. ¿Por qué, al menos en Occidente, han sido los sistemas religiosos los menos pacifistas y más intolerantes, y no lo fueron, en cambio, doctrinas seculares, laicas y racionalistas, como la liberal y la socialista, salvo la comunista en su versión staliniana?

—Dos comentarios breves. Uno, como antes he dicho, ha habido también en la cosmovisión laica moderna un intenso componente violento que se ha expresado en revoluciones y guerras de colonización y dominio. Y dos, para no parecer tan antirreligioso, hay que decir que siempre han sido sectores institucionales de esas religiones, enquistados y dialogando con el poder militar, político o económico, quienes han participado y promovido gestas violentas; pero no han sido así las religiones todas.

—Estoy de acuerdo, no es justo responsabilizar a las religiones en general ni tampoco a los creyentes en particular de los hechos de extrema violencia y crueldad en que se ha visto envuelta la Iglesia Católica en el curso de los siglos. Son, sin duda, sus autoridades quienes deben asumir esta culpa histórica. Al respecto es digno del mayor encomio el reconocimiento que ha venido haciendo el Papa acerca de la responsabilidad que le ha cabido a la Iglesia en numerosas situaciones lamentables. Pero, a pesar del reconocimiento, permanece la duda: ¿por qué la Iglesia, olvidando el Sermón de la Montaña, ha sido tan autoritaria, represiva y culpabilizadora? ¿Por qué se castigó con tanta saña a la mujer adúltera y en cambio se exculpó al hombre adúltero? ¿Por qué se discriminó hasta hace muy poco entre hijos legítimos e ilegítimos? ¿Por qué se condenó sin conmiseración alguna al

homosexual? ¿Por qué se quemó a miles de miles de presuntos herejes y a otras tantas miles de miles de mujeres acusadas de "brujas"? ¿Por qué se justificó durante los dos milenios de cristianismo el patriarcalismo duro y cruel, estableciéndose la obediencia incondicional de la mujer al marido, e incluso el derecho de éste al castigo físico de su mujer y de sus hijos? ¿Y por qué han debido ser las ideologías seculares y laicas las que, a lo menos, han debido venir corrigiendo estas horribles injusticias?

—Por eso me interesa la interpretación histórica que hace Riane Eisler cuando relativiza estos cortes que hace la historiografía occidental entre Época Antigua, Edad Media, Tiempos Modernos y, en cambio, hace cortes de más larga duración. Según Eisler, en el Neolítico, con la agricultura y la ganadería, surge el patriarcalismo como lógica de poder y dominio de los humanos hacia otros seres vivos, incluidos los humanos, y con él nacen las religiones monoteístas autoritarias y jerárquicas, culposas y castigadoras, que han tenido un peso enorme en la cultura humana; sólo recién, con la cara solidaria de la Modernidad y sobre todo con la crítica posmoderna a la Modernidad, se activa un intento social por desembarazarse del patriarcalismo.

—Sin duda, éste es uno de los grandes aportes de la cultura moderna, aunque se haya realizado a medias y sólo en sus finales: comenzar a superar el injusto patriarcalismo en el que se habitó por miles y miles de años. Lo que Riane Eisler llama "cara solidaria de la Modernidad" corresponde a lo mismo que he venido destacando al hablar de una especie de paradoja: han sido las ideologías racionalistas y seculares modernas las que lograran en cierta medida imponer un orden más libre, plural, igualitario y tolerante en las sociedades.

Claro que en este cambio epocal las cosas se volvieron más complejas: la tradición conservadora se encuentra en una encrucijada compleja y dramática. Los partidos conservadores han debido quemar todo lo que habían adorado y adorar todo lo que habían quemado. El conservadurismo ha asumido la decisión histórica de convertirse a la Modernidad justo cuando ella está haciendo agua por sus cuatro costados. Ayer dieron una dura y prolongada batalla defendiendo al mundo medieval cristiano, y fueron derrotados. Luego continuaron su lucha contra los derechos civiles, políticos, socio-económicos y culturales modernos, y también fueron derrotadas. Ahora están intentando conservar lo inconservable de la Modernidad.

Hemos afirmado que los valores y virtudes de la época burguesa del capitalismo originario —sobriedad, austeridad, comedimiento, responsabilidad, trabajo— han desaparecido casi completamente del comportamiento ético de las elites económicas y financieras dominantes. Hoy por el contrario profesan los valores del egoísmo, el exitismo, el derroche, la concupiscencia, el ansia de figuración, la ostentación del lujo. Incluso en Chile, virtudes relativamente respetadas como eran la sobriedad, el amor al servicio público, la honestidad, han ido desapareciendo del paisaje moral. El éxito material es la mayor y única ambición de sectores muy significativos de la sociedad chilena.

—Por lo mismo se llaman neoconservadores: *en el prefijo neo está la clave que describe por qué hoy adoran lo que ayer cuestionaron.*

—Así como el viejo conservadurismo arraigaba en las obras de Burke, el neoconservadurismo nace en Estados Unidos (y también en Alemania) en las obras de Daniel Bell, Kristol, Berger y otros. Interesa recordar que muchos de ellos vienen de un mundo cultural de izquierda y son exitosos académicos en las universidades de mayor prestigio de Estados Unidos. El diagnóstico principal del neoconservadurismo sería el divorcio progresivo entre el área cultural y la económica en las actuales sociedades modernas. Según ellos, el área cultural y ética, habría experimentado un proceso de degradación y perversión muy serio. Por lo mismo, sería necesaria una gran reforma ética de la sociedad, la cual facilitaría un funcionamiento más correcto y eficiente del capitalismo. Es decir, reponiendo los antiguos valores éticos de origen protestante, el capitalismo podría ser salvado de la corrupción generalizada, y de aquí, la exigencia de realizar una "revolución conservadora" de carácter ético y moral.

Eduardo Galeano escribió el libro *El Mundo al Revés* y este es un caso emblemático del mundo al revés: para los neoconservadores serían los valores éticos quienes estarían corrompiendo al capitalismo, no a la inversa, ¿y quién corrompe a los valores éticos?

—Ellos no quieren ver que la realidad éticocultural es parte integral de la dinámica del modo de vida moderno.

—Los teóricos del neoconservadurismo, como lo he expresado, establecen una drástica separación entre sistema económico capitalista y su área cultural, siendo esta última la que se habría pervertido por causas enteramente ajenas a las del actual capitalismo. Es ésta una

interpretación ideológica exactamente opuesta a la de Marx; aquí sería la superestructura ideal la que estaría determinando la estructura material económica. De modo que el neoconservadurismo pretende conservar el sistema capitalista industrial, pero intentando corregir los males morales que afectan a las sociedades occidentales, los cuales nada tendrían que ver con el sistema económico. De ahí la crítica constante a Hollywood. Pecando un tanto de caricaturesco, culparía simbólicamente a esa "fábrica de sueños", así como a los medios de comunicación y la industria cultural, como uno de los mayores causantes de la derrota del pensamiento y de la moral conservadora.

—Una afirmación provocadora...

—Estamos viviendo en la "sociedad del espectáculo". El fastuoso mundo del espectáculo, con actores profesionales y princesas reinantes, protagonizando toda clase de escándalos. Todo ha pasado a ser espectáculo sin mayores connotaciones morales. Los políticos también han debido subir al escenario y en tal rol su función se ha trivializado y desprestigiado. Sólo en el año 1999, el hombre colocado en la más alta jerarquía mundial, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, fue víctima de una escandalosa confabulación de los neoconservadores norteamericanos, quienes lo acusaron ante millones de millones de telespectadores de todo el mundo de prácticas sexuales presuntamente prohibidas; la princesa de la casa real inglesa, Diana, muere trágicamente en una de las tantas escapadas clandestinas con algún "play boy" de turno en medio de la comprensión y cariño de su pueblo; el obispo primado de la Iglesia Católica de Austria es denunciado por actos repetidos de depravación con niños menores; y uno de los personajes más ilustres de la política de postguerra, Helmut Kohl, es denunciado por actos de corrupción.

Éste es el clima moral y espiritual en que han desembocado los sociedades occidentales en este inicio de milenio. Y como de lo que se trata en estas sociedades es de vender un producto, éste ha de ser suficientemente escandaloso como para elevar los "ratings" de las revistas, diarios y programas televisivos. Lo "normal" u "honesto" no es noticia...

—Al conservadurismo como actitud histórica ya no le interesa la defensa del anacrónico antiguo régimen. Hoy defiende precisamente lo que la izquierda moderna construyó durante siglos. Usted, en este sentido, habla de una traición conservadora a las ideas que

ayer defendieron, pero, a la vez, su actual actitud guarda una enorme coherencia con la sempiterna actitud humana de defender lo que ya está consolidado como realidad, que hoy es la Modernidad.

En cambio, la izquierda moderna (en especial, la socialista) no ha sido capaz de actualizar su actitud de rebeldía ante el statu quo, *pues, en su desconcierto tras la caída del socialismo real, ha continuado con sus ya tradicionales ideas fuerza ilustradas, defendiendo el* status quo *moderno y no ha incorporado nuevas ideas acordes a las realidades históricas emergentes.*

—El desconcierto profundo y fundamental de la izquierda no es atribuible sólo al colapso del comunismo, en especial, se debe al veloz, masivo y radical cambio histórico de que estamos hablando.

Hoy la determinante esfera económica corre por un carril autónomo. Se ha independizado casi enteramente de cualquier dirección política, no responde a los intereses ni de las sociedades en particular ni de la humanidad en general; y es ella quien está determinando los valores y comportamientos culturales. El lugar preeminente ocupado por la Iglesia Católica en los siglos medievales es hoy día substituido por la economía en su versión neoliberal. Es ella quien establece los valores del exitismo, consumismo, productivismo, derroche y lujo. Por otra parte, los pensadores neoconservadores ven en la actual situación una gran oportunidad para convertirse en la "vanguardia de la Historia" —incluso ellos se han apoderado de la terminología de izquierda—, al pensar que las sociedades occidentales han perdido sus referentes ideológicos y morales, serían ellos los indicados para reestablecerlos a través de una revolución conservadora.

—Los neoconservadores soslayan que esos referentes ideológicos perdidos fueron valores de la burguesía moderna, muy necesarios para la fase de acumulación primitiva del capitalismo. El ahorro y la austeridad eran valores coherentes con esa etapa; pero dejaron de serlo una vez que la Modernidad fue expandiendo sus fuerzas productivas y su enorme capacidad de acumulación.

Hoy vivimos en el reino de los valores del derroche, el hedonismo, el consumismo coherentes con la sobreproducción y acumulación que caracteriza el fin de la modernidad. Bell sabe que en Estados Unidos la lógica económica inventó a inicios del siglo XX las tarjetas de crédito para incentivar el sobreconsumo, precisamente el mecanismo que, entre otros, salvó al propio sistema en la crisis económica de los años veinte.

Por lo anterior pienso que es históricamente un absurdo que algunos autores y otras veces el sentido común, afirmen que "si la Posmodernidad significa algo es sociedad de consumidores"; cuando la actual sociedad de consumidores en rigor es el signo más común de la propia modernidad hiperexacerbada.

—Si no fuera por la ostentación y el lujo, por el consumismo y el exitismo material, por la riqueza expresada en suntuosos hoteles, autos, mansiones, aviones, vestimentas, etcétera, el producto nacional de las sociedades industriales avanzadas descendería verticalmente. De ahí que los valores que pretenden reponer Bell y los neoconservadores sean por completo anacrónicos y contrarios al actual desarrollo capitalista mundial.

—Son anacrónicos en ese sentido. Aunque, también es cierto, que en el actual cambio cultural, que busca poner fin al insustentable modo de vida moderno, es imprescindible promover valores que cuestionen realmente la lógica de acumulación y crecimiento materiales, por ejemplo, el valor de la frugalidad.

—Y la austeridad, la sobriedad, la moderación...

17

EL NEOLIBERALISMO: UNA REDUCCIÓN DEL ANTIGUO LIBERALISMO

CARLOS ALTAMIRANO: —Las ideologías liberales y conservadoras, enemigas durante doscientos años, han concluido por firmar la paz. Ambas se han agregado la partícula neo, neoliberales y neoconservadores. La verdad es que el neoliberalismo exhibe una historia bastante antigua: arranca a mediados del siglo XVIII cuando economistas franceses enunciaron la fórmula "dejar hacer, dejar pasar". Desde entonces esta fórmula viene constituyendo un mito de derecha; mito, por cierto, jamás aplicado, ya que todos los gobiernos de derecha de todos los Estados naciones occidentales de los siglos XVIII, XIX y gran parte del XX fueron decididos reguladores y proteccionistas.

La famosa escuela de economía de Chicago venía divulgando el neoliberalismo desde los años sesenta sin mayor éxito. Sus orígenes se remontan a abril de 1947, cuando se reunieron treinta y siete intelectuales en Monte Peregrino, a orillas del lago Ginebra, en Suiza, convocados por Friedrich Von Hayek. Allí nacieron las ideas más tarde conocidas como neoliberales.

En la primera obra de Von Hayek, *Camino de Servidumbre,* publicada en 1949, el autor denunciaba el enorme impacto de las ideas socialistas en las sociedades europeas; de ahí en más hubo de transcurrir treinta años antes de que sus ideas fueran las predominantes. En 1949 venía de producirse la victoria de los aliados en la segunda guerra mundial, donde la Unión Soviética había desempeñado un rol clave y heroico, además se iniciaban los "treinta gloriosos años" del capitalismo europeo, con altas tasas de crecimiento, pleno empleo...

HERNÁN DINAMARCA: —Se creaba el llamado Estado de bienestar.

—... Las ideas de Hayek habrían de esperar la manifiesta declinación de las economías europeas y el principio del fin del poderío soviético, hasta lograr imponerse a comienzos de los ochenta con el triunfo de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en Inglaterra.

—Pese a una continua aplicación de políticas neoliberales, es curioso que el único gobierno asociado al neoliberalismo en Estados Unidos fue el de Reagan, porque Clinton, que dominó la década de los noventa, fue votado por ambientalistas, feministas, gays, electores demócratas y ha asumido una actitud cercana a la socialdemócracia.

—Así como también es curiosa la ausencia de partidos políticos que se proclamen neoliberales, como, en cambio, sí existieron partidos liberales durante el siglo XIX y primera mitad del XX. Ciertamente, ni el partido demócrata en Estados Unidos ni los partidos socialdemócratas europeos son propiamente neoliberales; a pesar que todos ellos apliquen políticas de corte neoliberal.

En América Latina los partidos políticos han experimentado grandes transformaciones. El movimiento justicialista en Argentina es hoy un partido de derecha, aunque tuvo una tradición de centro e incluso centro izquierda; en México, el PRI actúa más bien como un partido de centro-derecha si no de derecha, aunque fue uno de los primeros partidos revolucionarios surgidos en esta latitud del continente. Hoy los partidos de derechas se pretenden hacer llamar "partidos de centro", y en casos como Chile resulta difícil imaginar cuáles podrían ser los partidos propiamente de derecha. En España, la antigua derecha católica y franquista se ha agrupado en torno al "Partido Popular" del actual presidente Aznar. En suma, la confusión ideológica y política tanto en Europa como en América Latina es enorme. Las antiguas ideologías conservadoras y liberales, y sus respectivos partidos políticos, han ido desapareciendo, y en cada uno de esos países las derechas se nutren de diversas tradiciones políticas, algunas nacidas sólo en las últimas décadas. Lo anterior ha conducido a una enorme confusión política e ideológica, ya que cualquiera sea la alianza de gobierno, todas ellas aplican políticas de tipo neoliberal. El llamado "pensamiento único" —denominación usada en Europa para designar

al neoliberalismo— es ampliamente mayoritario entre las elites tecnocráticas presentes en los diversos gobiernos de los países occidentales. Pero, en cambio, son minoría en el electorado de los diversos países.

—Ninguno de los países europeos y ni siquiera Estados Unidos cumple a cabalidad con las normativas de la fórmula neoliberal.

—Los únicos más ortodoxos han sido los gobiernos latinoamericanos.

—En especial, Chile.

—Sí. Por ejemplo, los ex famosos tigres asiáticos experimentaron crecimientos espectaculares durante más de veinte años, utilizando el antiguo arsenal intervencionista, proteccionista y regulador; y los países de Europa continúan manteniendo subsidios y múltiples formas de regulación con el objeto de favorecer a los distintos países que no guardan iguales niveles de crecimiento económico, como es el caso de España, Portugal y Grecia. Estados Unidos ha concluido siendo el único gran beneficiario de las políticas neoliberales.

—¿Beneficiado?

—El único país con tasas de crecimiento aceptable en los últimos diez años ha sido Estados Unidos y, por cierto, las multinacionales norteamericanas, quienes han logrado beneficios gigantescos. Estados Unidos, por otra parte, no debe su crecimiento sólo a la implementación interna de políticas neoliberales, sino a la creciente desregulación y desprotección del resto de las economías. En medida significativa este país ha estado financiado por los otros países del mundo, incluso Chile ha hecho su aporte de capitales. China también ha exhibido las más altas tasas de crecimiento económico, pero, pese a que ha hecho importantes concesiones al capitalismo, continua siendo una economía globalmente planificada y protegida, algo demonizado por las concepciones neoliberales.

—Bueno, más allá del recetario económico de la privatización, de la desregulación, de la desprotección, de la baja de aranceles, del libre comercio, de los equilibrios macroeconómicos, ¿qué es en definitiva el neoliberalismo?

—Sólo tengo respuestas tentativas. El neoliberalismo no es propiamente una ideología política; en cambio, el liberalismo sí lo fue, y como tal desempeñó un papel medular en la transición del Medioevo a la modernidad. El neoliberalismo ha terminado siendo una simple fórmula económica cuyos efectos estarán muy lejos de conformar sociedades propiamente liberales y democráticas.

—Como usted recién lo recordó, el neoliberalismo surgió en sociedades ya profundamente liberales y democráticas (Inglaterra y Estados Unidos), en ese sentido nació sin el desafío de conformar nada, siendo sólo un producto tardío de la modernidad liberal dedicado a administrar económicamente a la misma.

—Para el neoliberal, el consumidor es el sujeto principal y para el liberal es el ciudadano. Para el neoliberal el mercado cumple en mejor forma las funciones democráticas que las instituciones políticas propiamente tales. En buenas cuentas, para el neoliberal la libertad económica es la fundamental, en cambio, para el viejo liberal es la libertad política y cultural.

El liberalismo realizó fecundas y trascendentales elaboraciones en el plano político, en el Estado y en las instituciones democráticas, también en la transformación de hábitos y costumbres inveteradas y, por lo mismo, podemos recordar a grandes personalidades del pensamiento liberal: filósofos, historiadores, juristas, sociólogos y a notables economistas. El neoliberalismo, por el contrario, carece de perspectivas tan amplias y de análisis tan ricos. En el llamado "pensamiento único" neoliberal sólo militan economistas, no hay ni historiadores, ni filósofos, ni juristas, ni sociólogos. No ha producido ni siquiera una teoría económica que merezca tal nombre. Todas sus máximas se fundan en los economistas clásicos de los siglos XVIII y XIX.

Por estas razones me resulta difícil hablar de la aparición de una nueva y trascendente ideología política. En definitiva, para mí es sólo una fórmula económica supuestamente destinada a facilitar el crecimiento económico. Una fórmula económica tal como fueron las de los mercantilistas, fisiócratas, libre cambistas o nacionalistas proteccionistas alemanes. Menos admite comparación con la teoría económica general de un Lord Keynes.

—¿A qué se debe entonces la gravitación del neoliberalismo en las tecnoburocracias nacionales e internacionales?

—En primer lugar, aunque mi respuesta pudiera parecer simplista, al desmesurado aparato de publicidad y propaganda con que cuenta esta fórmula económica. Los economistas inscritos en el pensamiento único neoliberal son de inmediato destacados como importantes figuras mundiales, invitados a cuanto foro exista, sus libros y artículos son profusamente publicados; los premios Nobel sólo agregan un aura mayor a estos economistas. Davos a pasado a ser un lugar de encuentro emblemático y mítico de multimillonarios, dirigentes políticos y jefes de Estado e incluso de algunos famosos escritores. Cientos de revistas, de diarios, de canales de televisión, de propiedad de los grandes grupos transnacionales aparecen aplaudiendo las supuestas grandes ventajas de la fórmula económica neoliberal y ocultando cuidadosamente la ola de desastres provocada por ella, incluidas las reiteradas crisis económicas ocurridas en diversas latitudes de la Tierra. Éstas son atribuidas a circunstancias coyunturales y locales: a una equivocada política de cambio en México o a los grupos económicos llamados "chaebol" en Asia.

En segundo lugar, esta fórmula económica aparece promoviendo un proceso de dimensión global que, a su vez, depende de múltiples otros factores. La globalización está cambiando radicalmente el curso de la Historia Contemporánea y en éste proceso el factor ideológico es subalterno. La globalización de la actual economía capitalista y de la política y de la cultura occidental supera con mucho a la importancia que pueda atribuirse a la fórmula económica neoliberal. La globalización, en mi opinión, constituye un proceso imparable y además, como ya lo he dicho, necesario e indispensable para el desarrollo progresivo de la humanidad.

—Para los neoliberales "todo hombre y mujer tiene su precio, pues todos nos movemos por el egoísmo que busca maximizar el propio beneficio". En la superficie ese argumento parece muy sólido, en tanto vivimos desde hace tres o cuatro siglos en una sociedad que ha constituido así las relaciones humanas. Sin embargo, es un argumento históricamente falaz. Sólo en los inicios de la Época Moderna, Thomas Hobbes, entre otros, unilateralizó el egoísmo como un rasgo central de lo humano. Más aún, el Yo, como singularidad egótica, es una construcción de la Modernidad. Pese a todo lo anterior, los neoliberales ni siquiera se interrogan ¿si es el ser humano así o en su devenir se ha ido haciendo así? Ha sido en el Occidente moderno cuando hemos reproducido en la vida cotidiana el egoísmo como un valor hegemónico.

Por lo pronto, la mayoría de las otras culturas nunca asignaron tal relevancia a esa emocionalidad. Por ejemplo, la aymara carecía del pronombre Yo como singularidad, lo más parecido a esa nominación era su pronombre Naya que podría traducirse como "yo y los míos". Asimismo en la actual transición epocal hay sectores del propio mundo occidental que están reaccionando ante esto y se niegan a reducir lo humano a un mero egoísmo ni menos a su corolario: un grosero economicismo.

—Comparto contigo que éste es básicamente un problema cultural, dado que no existe ni ha existido una cultura que haya exacerbado a tal extremo el éxito económico, el lucro, el afán de ganancia, la codicia.

—El neoliberalismo ha llevado a su extremo el elán *egotico (y egoísta) que subyace a la modernidad. En un notable libro,* Mausoleo, *el pensador europeo Hans Magnus Enzensberger analiza a las personalidades más brillantes que llevaron a cabo la Modernidad (inventores, artistas, políticos revolucionarios, descubridores, filósofos, etcétera), develándolos a todos como grandes egos animados por ansias de poder y una intensa violencia interior.*

—Adam Smith fue el primero en elevar el egoísmo a una virtud puesto que él terminaba por beneficiar económicamente al conjunto de la sociedad.

—Es cierto, e incluso en Chile hasta hace sólo cien años las motivaciones de las clases altas eran más integrales.

—Precisamente la crítica que hoy podríamos formular a nuestras viejas clases oligárquicas es haber carecido de una cultura utilitarista. Hoy, en cambio, todo está reducido al mercado y a la ganancia. Por ejemplo, en los medios de comunicación, especialmente en los latinoamericanos, aparecen diariamente sesudas columnas escritas por periodistas y economistas en las que se denosta al Estado y se denuncia al funcionario público como un vulgar burócrata; al servidor público como un pobre inocente; a la equidad social como una utopía incompatible con el desarrollo económico; a los políticos, como demagogos profesionales; y a la democracia, como sistema caro e ineficaz. Sólo los grandes empresarios privados serían eficaces, capaces y creadores de riquezas.

—Una inconsistencia intelectual muy común en el neoliberalismo es su dogmatización (y fetichización) del mercado, el cual no se debería intervenir ni regular, ya que es "espontáneo".

¿Por qué afirmo que es una inconsistencia que no se condice con la experiencia humana? Si por mercado entendemos la vinculación de los seres humanos en el vivir económico, obviamente que el mercado surge con lo social y se trataría de un gesto humano y espontáneo; pero otra cosa muy distinta son los valores con que los seres humanos concurren a ese mercado, lo que no es espontáneo. El mercado se ha organizado de distintas formas en la historia y a él han acudido los humanos motivados por distintos valores e ideas. El problema es que los neoliberales hablan de un orden espontáneo en el mercado, pero a renglón seguido agregan que los hombres y mujeres participan de ese mercado como unidades discretas que van a competir entre sí motivados por su afán egoísta, cayendo entonces en una ideologización, porque de esa manera están construyendo e incentivando un particular modo cultural de concurrencia al mercado. Así incentivan algo que no es espontáneo, sino que ha sido resultado de una particular deriva cultural, occidental y moderna: el egoísmo, negocio, lucro, acumulación, hiperproducción, consumismo... es toda una red, un circulo vicioso. En esa lógica el sistema funciona "espontáneamente" como un metabolismo productivo-destructivo.

—Considero muy lamentable que hayamos llegado a un tipo de formación social en que la principal entretención sea ir a comprar a los malls, a los supermercados, que el signo distintivo de un individuo no sea su cultura, su actividad, su vida y su historia, sino las marcas que anda portando, el celular, el Mercedes-Benz, la tarjeta de crédito, etcétera.

—Eso es reduccionismo, pues se pierden otras dimensiones del vivir. Además genera un enorme malestar, ya que esto ocurre en una sociedad muy inequitativa: son muchos quienes sólo van a pasearse, a quedar literalmente pegados frente a los escaparates, acumulando frustración. Lo curioso, pese a esto, es que los neoliberales se extrañen por la delincuencia, se extrañen por el malestar de la cultura, se extrañen por la cantidad de fármacos para contrarrestar la neurosis del tener y no tener.

—Al pensar en la moda del neoliberalismo de las últimas décadas me da la impresión que nos encontramos frente a uno de los tantos

movimientos pendulares de la Historia: el extremismo que condujera a los partidos comunistas a pretender organizar de pé a pá la sociedad soviética ha conducido a otro extremismo, sostener que no debe existir ningún tipo de interferencia, regulación o control desde el gobierno en la sociedad.

—En Chile, el discurso neoliberal suele argumentar que se inhibe a los ya desanimados empresarios con regulaciones ambientales, con regulaciones municipales urbanas, etcétera, y así dale y dale con una perorata ideologizada que se resiste a las más obvias y necesarias regulaciones, justo cuando las ciudades son cada vez más invivibles y el medio ambiente está cada vez más contaminado.

—Así es. Y para justificarlo, repiten hasta la saciedad que en este sistema económico el único Rey es el consumidor; pero parten ignorando un hecho de la dimensión del Everest; a lo menos el 60 por ciento de la humanidad no tiene acceso al mercado. En Chile, sin ir más lejos, un 25 por ciento es pobre e indigente y, a lo menos un 30 por ciento, si bien puede acceder al mercado, sólo lo hace para adquirir los artículos más indispensables o de primera necesidad. Y el lado cínico radica en que desde hace más de cinco años se han negado a aprobar una ley que busca defender y proteger a ese "Rey consumidor".

—Ellos prefieren venderle al Rey desnudo. Lo del "Rey consumidor" es otro lugar común del actual discurso neoliberal. Para ellos ser consumidor parece un rasgo humano liberador por excelencia; ya no es simplemente un satisfacer las necesidades en un gesto biológico y cultural más del vivir.

—Consideran más importante al consumidor que al ciudadano, a la "democracia del mercado" por sobre la democracia política. De ese modo olvidan que en esta última cada ciudadano tiene un voto; en cambio, en el mercado dispone de tantos "votos" como dinero posee.

—Es un nuevo y brutal contrato social: eres más ciudadano, si tienes más capacidad de consumo, y para tenerla debes ser un competitivo individuo exitoso, con más ingresos.

—Por esto mismo, hoy se clasifica a las personas de acuerdo a unas letras: ABC, ABC1, C, D, etcétera, esto es en función de su

ingreso y de su consumo. Me he encontrado con más de alguien que afirma, medio en broma, medio en serio, pertenecer a la categoría ABC1, pues sería ésta la que otorga mayor estatus. ¿Llegaremos a completar todo el abecedario? ¿Qué nivel de la pobreza representará el nivel Z?

18

LA GRAN TRANSFORMACIÓN EN LOS PRINCIPIOS ÉTICOS Y MORALES Y LAS GRANDES TRANSFORMACIONES EN LA IGLESIA CATÓLICA

CARLOS ALTAMIRANO: —Desde que Constantino, Emperador romano del siglo IV d. C, elevara a la categoría de religión oficial a la Iglesia Católica, fue ella quien impuso los preceptos y principios de orden moral que han venido presidiendo la cultura occidental cristiana. Incluso, la revolución moderna no cuestionó los fundamentos de estos valores y preceptos. Pero, en cambio, hoy sí están siendo radicalmente transformados. Las sociedades burguesas europeas aceptaron la institución del matrimonio como un compromiso indisoluble; penalizaron el adulterio; prohibieron el amancebamiento; proscribieron el aborto; condenaron la homosexualidad; rechazaron el desnudo, especialmente en la mujer, ésta debía llegar virgen al matrimonio; privilegiaron la concepción dentro del matrimonio, creando el distingo entre hijos legítimos e ilegítimos; demonizaron el sexo sin procreación; la mujer debía estricta obediencia al marido y los hijos a los padres, etcétera. Todos estos preceptos han ido cambiando radicalmente, no sólo en la esfera occidental del mundo, sino que en todos los países de la Tierra. Por lo mismo no dudo en considerar este cambio como la mayor de las revoluciones morales ocurridas en todos los tiempos.

HERNÁN DINAMARCA: —Tiene razón en la radicalidad de este cambio en la conciencia humana: es la profundidad que impone el fin del milenario patriarcalismo. La nueva ética de la coherencia, de la diversidad y de la responsabilidad postula que nada se puede prohibir desde cenáculos autoritarios y abstractos, y de esa manera simplemente apela a la responsabilidad de los propios mujeres y

hombres. Esto es relevante, pues la sensibilidad neoconservadora, que se opone a esta nueva mirada ética, la suele descalificar diciendo "quieren el aborto, quieren el adulterio, quieren la disolución del matrimonio"; pero no es así. Porque no se quiere la disolución del matrimonio, se promueve un matrimonio responsable que efectivamente se mantenga unido en el amor; porque no se quiere que la mujer aborte, se promueven legislaciones que, en caso de llegar a él, permita hacerlo en óptimas condiciones físicas y psicológicas; porque no se quiere el adulterio, se promueve el libre y responsable compromiso humano.

—Coincido con tu opinión; por lo demás siempre me he negado a mitificar la institución del matrimonio. Ella ha adolecido de grandes debilidades y vicios, la mayoría se efectuaba de acuerdo a intereses económicos, a conveniencia social, y no por afecto y amor. Se mantenían por presión social, pese a terribles disputas entre marido y mujer, y el marido tenía autoridad de vida y muerte sobre su mujer y sus hijos. La actual reforma moral apunta nada menos que a producir un cambio total en estos antiquísimos hábitos y costumbres. El rol de la mujer se halla en radical transformación. En fin, estos temas suponen un gran debate acerca de las relaciones entre parejas, entre marido y mujer, entre padres e hijos. ¿Cuál podría ser el ideal de familia en los inicios del año 2000? ¿Es aceptable el matrimonio entre homosexuales y lesbianas? Estos temas, así como otros, están exigiendo una revisión profunda y radical de lo que han sido, desde hace miles de miles de años, los comportamientos éticos y morales de los seres humanos.

—Se suele hacer esa supuesta división entre conservadores y liberales en relación a los temas morales. Pero creo que ella es históricamente inexacta y sólo resultado de una suerte de inercia lingüística. Los debates morales que tienen lugar en distintos foros e instancias hoy son eminentemente posmodernos: tras las apariencias, subyace un debate de fondo entre una moral de la incoherencia, que dice una cosa y hace otra, que es moderna, en consecuencia antigua, y una moral de la coherencia, la diversidad y la responsabilidad, que es nueva.

—El alineamiento es más bien de orden transversal, cruza todos los partidos y a todas las religiones, va más allá de las derechas y de las izquierdas. Aunque, en la esfera moral se ha producido una extraña alianza entre integristas islámicos e integristas católicos.

—En rigor, la alianza es entre la jerarquía islámica y la católica, lo que coincide con que durante la modernidad, al menos en Occidente, los portavoces de la defensa de la moral de la incoherencia han sido las iglesias institucionales.

—Y eso que aún nos encontramos en el centro del ciclón de cambios históricos, por lo que es difícil concebir y aplicar nuevas ideas. Hemos venido conversando acerca de las grandes transformaciones epocales, las que vienen ocurriendo en el importantísimo campo ético-moral, en el plano de la ideologías políticas y en la política misma. Tres áreas profundamente imbricadas unas con otras y a su vez, dependientes de las otras grandes transformaciones a que hemos aludido: demográficas, científico-tecnológicas, económicas, biotecnológicas, etc. El rasgo más sobresalientes de este cambio epocal es la velocidad y masividad con que han venido precipitándose los distintos fenómenos políticos, económicos, científicos, tecnológicos, éticos, ecológicos, demográficos. Todos ellos han surgido casi simultáneamente e importan cambios radicales e irreversibles en la vida del planeta. Estos nuevos fenómenos están produciendo profundos traumas, en general, en todas las sociedades.

El fin de las ideologías modernas es una verdadera tragedia, moral y política, para quienes durante dos siglos se comprometieron en luchas titánicas para cambiar el mundo. ¿Cuáles podrán ser los sentimientos de un viejo comunista cuando, rememorando el pasado, haya visto derrumbarse ese colosal proyecto histórico por el cual tantos millones de seres humanos entregaron su vida, y tantos otros millones fueron sacrificados en aras de un presunto mundo mejor? ¿Cuáles serán los sentimientos de los militantes de la familia socialista cuando también han ido viendo desaparecer en el hirviente magma histórico sus ideas fuerzas centrales: anticapitalismo, antiimperialismo, lucha de clases. ¿Y qué podrá pensar un viejo conservador cuando, recordando el pasado, constata la pérdida y destrucción sistemática de casi todos sus valores cristianos en la precisa región del mundo donde se difundió y floreció el cristianismo, en Europa? La aceptación de la homosexualidad, por ejemplo, para un conservador no es sino la expresión de una profunda e insalvable degeneración en los hábitos y costumbres del género humano. Antes la mujer que no llegaba virgen al matrimonio era mal considerada. Hoy, en cambio, son pocas las familias que insisten en esa tradición. La cifras de hijos concebidos fuera del matrimonio en Chile es próxima al 47 por ciento y en Inglaterra llega al 60 por ciento.

—Entonces, cuando se empieza a socavar la moral de una época, salen en su defensa las instituciones que la han sostenido. Como usted ha dicho en otros momentos de nuestra conversación: en estos conflictos, los que ayer eran modernos ahora son antiguos. Esto nos lleva otra vez al tema de la Iglesia...

—La Iglesia Católica es la más antigua de las instituciones occidentales. Millones de millones de seres humanos se reconocen en el patrimonio simbólico, espiritual y cultural del cristianismo, el cual ha venido haciendo y rehaciendo la historia occidental en el último milenio y medio. Desde esos tempranos años se transformó en una iglesia de poder. Tuvo la habilidad de constituirse en tal junto a los últimos emperadores romanos y se convertiría en la institución dominante en los mil años de feudalismo medieval; mientras que durante los tres primeros siglos de inicios de la era moderna, continuó siendo pilar fundamental de las monarquías absolutistas europeas.

—En los inicios de la Época Moderna ocurrió el cisma protestante...

—En la Iglesia como tal se vivió antes, en el año 1000, la ruptura con la Iglesia Cristiana Ortodoxa. El cisma protestante en los inicios del siglo XVI constituyó la culminación de un largo proceso de profundo malestar que se había venido incubando al interior de la Iglesia Católica por los graves vicios y corruptelas surgidos en su interior. En 1530 quedó definitivamente quebrada la unidad espiritual en que había habitado Europa durante el último milenio. Lutero había quemado la Bula de excomunión del papa León X y lo había acusado de ser el Papa anticristo, acusación basada en la perversa y viciosa conducta de los tres grandes papas del Renacimiento: Alejandro VI, poseído por la pasión, por el dinèro y por las mujeres, su hijo natural, César Borgia, inspiraría *El Príncipe* de Maquiavelo; Julio II, el "Papa guerrero"; y León X, hijo refinado y mundano de Lorenzo el Magnífico. Gran parte de Alemania, los países escandinavos, los países bajos, Suiza y Gran Bretaña tomarían el partido de Lutero.

—Además, como lo conversamos en los primeros capítulos, ésa fue la manera del cristianismo por adecuarse a la nueva época que se incubaba. Ya lo dijo usted, la milenaria institución sí que ha tenido sentido histórico. Max Weber escribió páginas y páginas mostrando el rol del protestantismo y su ética (ahorro e individualismo) en

la génesis de esta época histórica. Y por su parte, la Iglesia, ante la Reforma Protestante, responde con su propia Contrarreforma como una manera de paliar esa decadencia que usted destaca y también de acomodarse a la situación.

—Así fue. Pero desde sus comienzos, la Iglesia Católica propiamente tal, incluso con su Contrarreforma, fue declaradamente hostil a los valores modernos. El conflicto con la Modernidad se había iniciado con las nuevas concepciones de Copérnico y Galileo y continuaría profundizándose con las teorías de juristas, filósofos, científicos y pensadores políticos, desde Montesquieu hasta Voltaire y los Enciclopedistas. Prácticamente casi todos los grandes escritores e incluso pintores modernos cayeron en el "Index" y algunos de ellos fueron seriamente amenazados por la Inquisición. En el año 1600, en el Campo de Fiori, Roma, sería quemado Giordano Bruno, por sus creencias contrarias a la Iglesia. La condena de Galileo—1616 y 1633—no concluyó en la hoguera sólo porque éste, al final, se retractara, aunque más no fuera en sus aspectos formales.

—Fue real el conflicto entre Iglesia y Modernidad; sin embargo, también a la larga esta se actualizó y seguiría siendo una institución del gran poder, hasta hoy.

—Pero ya nunca más como lo había sido antes. La primera señal de la pérdida de poder del papado se dio cuando se celebró la paz de Westfalia, con la exclusión expresa del nuncio papal, la cual en teoría estuvo destinada a poner término a las guerras religiosas europeas. El Papa continuaría siendo el jefe espiritual de la Iglesia Católica romana, pero no lo sería más del cristianismo occidental.

La guerra definitiva entre las concepciones católicas y las ideas modernas se libraría en la segunda mitad del siglo XVIII. El conflicto moderno con la Iglesia alcanzó su clímax en los tumultuosos días de la Revolución francesa. Uno de los papas, Pío VI, en una Encíclica publicada con anterioridad a la Revolución —1775— había condenado globalmente las ideas de la Ilustración y consideraba a la modernidad como "una obra del demonio"; y más tarde también se condenaría la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano". Durante el siglo XIX surgieron en más de una ocasión grupos de católicos intentando conciliar su fe con la modernidad, pero no tuvieron éxito. La jerarquía de la Iglesia era decididamente antimoderna; en 1832, en una de las tantas Encíclicas condenatorias de los valores de la

Modernidad, se rechazaba expresamente la libertad de pensamiento y de expresión, considerándolas como fruto de un simple "delirio humano". Pío IX, el 8 de diciembre de 1864 promulgaba el *Syllabus*, en él condenaba explícitamente: "el progreso y el liberalismo". Y en 1869 se declaraba la infalibilidad del Papa en materias de fe, con la consiguiente reacción del mundo anticlerical.

—Eso en lo ideológico-político, aunque en lo social al final del siglo XIX —posmarxismo— la Iglesia empieza a asumir la cuestión social.

—Así fue. En 1893, León XIII promulgaba la Encíclica *Rerum Novarum*, donde por primera vez la Iglesia condenaba la cruel explotación de la clase obrera. Aunque más tarde, en los años treinta del siglo XX, el papa Pío XI terminaría legitimando la asunción del fascismo al gobierno de Italia; y Pío XII mantendría un ominoso silencio frente a la entronización del nazismo en Alemania y a las atrocidades del holocausto judío. Y la Iglesia Católica española apoyaría decididamente a Franco en la guerra civil española. Las tres mayores y más sangrientas dictaduras de derecha en Europa contaron con la complicidad del Vaticano, sino con su franco apoyo. El único totalitarismo condenado decididamente por la Iglesia Católica fue el del comunismo, y no tanto por su negación de la libertad como por la filosofía materialista que lo inspiraba.

En las primeras décadas del siglo XX comenzaron a emerger balbucientes movimientos políticos de inspiración católica: la Iglesia, que hasta entonces se había refugiado tras las posiciones de los partidos conservadores, comenzó lentamente a girar hacia ideas más progresistas y, al término de la segunda guerra mundial, dio su pleno apoyo a las democracias cristianas europeas y también a las de América Latina.

—En la Iglesia esa actitud reaccionaria ha sido la norma entre las jerarquías oficiales; pero ésta, en sentido amplio, siempre ha dado cuenta de la diversidad ideológica y social. De hecho, fue en sus bases donde surgieron esos otros movimientos de inspiración social que usted también destaca.

—Sin duda. Claro que la naturaleza profundamente conservadora de la Iglesia Católica no ha sido una característica exclusiva de ella; en general las tres grandes religiones monoteístas —cristiana, judía e

islámica— tomaron partido por las ideas y las instituciones tradicionales en contra de las modernas.

La derrota de la cultura católica conservadora a manos de los valores, de las instituciones y del sistema económico moderno ha sido notoriamente más contundente que el fracaso de las propuestas socialistas; por la simple razón que el socialismo constituyó una de las dos grandes tradiciones ideológicas modernas, junto con la liberal; y sus contradicciones con las concepciones modernas estaban reducidas casi exclusivamente al ámbito del sistema económico y, más propiamente, a la propiedad privada de los medios de producción. El marxismo no fue antiracionalista ni anticientificista ni antilibertario como lo había sido el catolicismo. Por estas razones no logro explicarme el amor desenfrenado que le ha bajado al mundo conservador católico por la modernidad y por su sistema económico; y lo más inexplicable aun es que esta pasión le viene justo cuando la modernidad está exhibiendo claros síntomas de agotamiento y vive abiertamente en contra de antiguos valores cristianos: solidaridad, espíritu comunitario, antiindividualismo, antimaterialismo, antienriquecimiento. La disculpa pueril e ingenua de algunos cristianos en cuanto a que ellos continúan defendiendo instituciones como el matrimonio y condenando el aborto, no basta para compensar el derrumbe del resto de sus principios morales y, sobretodo, de su sentido de trascendencia.

—Es tal la radicalidad del cambio de época que incluso hay signos profundos en la propia Iglesia que indican que ella se está adecuando a los nuevos tiempos.

—Le está ocurriendo al conjunto de las instituciones y de las ideologías políticas modernas. Las rupturas con la Iglesia ortodoxa, los luteranos y calvinistas ocurrían en un mundo firmemente centrado en la idea de Dios y de la trascendencia; eran divergencias más bien teológicas; tanto el cristianismo como el catolicismo no estaban desafiados por una cultura racionalista y de carácter secular. Éste es el caso de hoy. Una cultura altamente tecnologizada está ofreciendo crecimiento económico indefinido, salud, educación y una infinidad de bienes materiales, incluidos turismo espacial e ingeniería genética; y este ofrecimiento no deja de entusiasmar a gran parte de la humanidad occidental. Por estas razones, la Iglesia ha realizado más de un intento de reconciliación con las ideas y valores modernos. El último, fue el del Concilio Vaticano II —1964— donde objetivamente se realizó un gran esfuerzo de modernización. En esa ocasión la Iglesia habría

gozado de plena libertad, "don de la Modernidad", según habría dicho y reconocido Juan XXIII, y a su vez permitió la lectura directa de la Biblia, algo que los luteranos habían establecido hacía cuatrocientos años, y entre otras muchas iniciativas, derogó definitivamente el Index de libros prohibidos. Hoy día, el papa Juan Pablo II, en sus numerosos viajes, predica abiertamente el bien de la libertad y la virtud de la tolerancia, tan dramáticamente combatidas en los siglos precedentes; defiende los derechos del hombre y del ciudadano, expresamente condenados hace dos siglos; y acepta y proclama las libertades fundamentales, entre ellas la libertad de culto, de pensamiento y de expresión.

—El Concilio Vaticano II, en la década de los sesenta, constituyó también el inicio de la actualización de la Iglesia al cambio de época histórica a que hoy asistimos. Los desafíos de la Iglesia ante el tercer milenio ya fueron formalizados en ese concilio y esto, incipientemente, impulsó a la Iglesia a repensar los nuevos desafíos culturales de la Posmodernidad.

Por ejemplo, el notable teólogo uruguayo Luis Pérez Aguirre en su obra La Iglesia Increíble, Materias Pendientes para su Tercer Milenio, *ha sistematizado las interpelaciones que la Posmodernidad hace a la Iglesia, y cuyos orígenes, como desafíos, se remontan al Concilio II. Para hacer hoy creíble a la Iglesia, ésta debe asumir cinco interpelaciones culturales (una nuevas y otras de larga data): la interpelación desde el cuerpo, pues la espiritualidad tiene que asumir la sexualidad y sensualidad en todas sus expresiones; la interpelación desde los pobres; la interpelación de un vivir internamente como comunidad; la interpelación desde la mujer, superando su patriarcalismo interno y hacia el mundo; y la interpelación desde la naturaleza, asumiendo la ecología.*

Aunque la reacción conservadora al interior de la Iglesia posconcilio fue intensa, es históricamente inequívoco que hoy está siendo cruzada por estas interpelaciones. E incluso, en Europa y Estados Unidos, es común ver a líderes católicos institucionales al lado de movimientos feministas, de neoespiritualidades, de gays y de ecologistas. La historia de la Iglesia una vez más está abierta.

—En continuidad con el tema a que aludes, pienso que el acto más trascendente realizado por la Iglesia Católica desde el Concilio Vaticano II y tal vez en toda su historia, ha sido el del 12 de marzo del año 2000, cuando el Papa pidió perdón por los errores cometidos.

El *mea culpa* del Papa ha revelado un deseo muy sincero y profundo de "purificación" por los pecados del pasado y además ha mostrado una gran valentía moral. Valentía, porque hasta donde sé nunca un poder secular ni tampoco otra de las grandes religiones había reconocido sus errores. Hasta el momento, en Chile, ninguno de los cuatro generales de la dictadura, declaradamente católicos, ha hecho el menor gesto de arrepentimiento; ni tampoco los personeros civiles, militantes de rígidas y exigentes órdenes católicas, los que durante el larguísimo período dictatorial consintieron en crímenes, torturas y desapariciones.

—Algunos de los complejos cambios (y las actuales tensiones) en la Iglesia se relacionan con su intento de actualización al cambio epocal. Por ejemplo, el Papa ha anunciado una Encíclica para comentar el pensamiento New Age y en Chile, Monseñor Bernardino Piñera, ha destacado la necesidad de un diálogo espiritual entre la Iglesia y estas sensibilidades posmodernas. También el Papa, recientemente, junto a reconocer los errores históricos cometidos por la Iglesia durante la Época Moderna, reformuló aspectos centrales de su cosmovisión: el cielo, el purgatorio y el infierno, de "lugares físicos" inaprehensibles, han pasado a comprenderse como subjetividades presentes en la conciencia de cada ser humano, lo que es una comprensión muy coincidente con la nueva espiritualidad.

—Tres grandes reconciliaciones estaría intentando realizar la Iglesia Católica a través de su solicitud de perdones. En primer lugar, la reconciliación con el propio mandato primigenio de Cristo. Una Iglesia promoviendo guerras, persiguiendo, torturando y quemando a presuntos herejes y a pobres "brujas", no concordaba para nada con el mensaje de amor contenido en el Sermón de la Montaña. Cristo jamás hubiera ordenado quemar a nadie, ni santificado ninguna guerra ni obligado a individuos y pueblos a convertirse por la fuerza a su fe.

En segundo lugar, es una propuesta de reconciliación con las demás religiones. La Iglesia Católica, ciegamente convencida de ser portadora de una verdad única y absoluta, excomulgó y persiguió a cristianos bizantinos, a luteranos y calvinistas, y a otras innumerables sectas consideradas herejes, incluyendo al pueblo judío, bajo el pretexto de ser responsable del delito de deicidio; y en contra de los islámicos, convocó a los cruzados; y a las antiguas civilizaciones de América les negó su derecho de existir y su acto de mayor magnanimidad consistió en reconocerle alma a los indios de América. De esa

manera hoy la Iglesia aspira legítimamente a ser realmente ecuménica y católica, esto es universal.

La tercera gran reconciliación está destinada a concluir de una vez y para siempre con sus conflictos con la Época Moderna, porque en sus perdones estaría el reconocimiento explícito que gran parte de los valores y creencias modernas, negados sistemáticamente a lo largo de los últimos siglos, serían justos y necesarios, entre ellas la teoría de la evolución de Darwin.

—¿Cómo ve el futuro de esta Iglesia reconciliada?

—Al mundo católico le aguardan tiempos revueltos y complejos. La ciencia ha concluido elaborando nuevos paradigmas científicos, los cuales antagonizan con el pensamiento cristiano: relatividad; incertidumbre y caos, interviniendo en los procesos de la evolución y de la vida.

—Algunos teólogos cristianos polemizarían con ese supuesto antagonismo, pienso en especial en Tomas Berry y en Thomas Merton. Ellos miran con atención cómo la ciencia occidental más evolucionada se encuentra perpleja y asombrada ante la belleza y complejidad de la existencia, viendo la posibililidad de un nuevo diálogo entre el misterio teológico y el misterio del mundo. Ellos mismos destacan, por ejemplo, que los más grandes físicos cuánticos, terminaron muy místicos tras "vagabundear" por el microcosmos: Heisenberg, Bohr, entre otros. El filósofo Wittgenstein resume este sentido: "Lo místico no es el modo cómo las cosas son en el mundo, sino lo místico es que el mundo existe".

—La biotecnología, por ejemplo, ha entrado a investigar en temas hasta ahora considerados sagrados: procreación asistida, clonación, fecundación sin participación del varón, e incluso mujeres aspirando a la maternidad fuera del matrimonio; comercialización de órganos humanos; homosexualidad; manipulación de genes, con imprevisibles alcances físicos, psíquicos, éticos y filosóficos. ¿Cómo enfrentará la Iglesia esta nueva ola de invenciones científico-tecnológicas? ¿Podría prohibirlas? ¿Qué es lo natural hoy? Son todos temas y preguntas sobre las cuales ya conversamos en el capítulo sobre la biotecnología. Pero no sólo se trata de estas contradicciones entre las verdades bíblicas y la biotecnología, sino también del antagonismo entre los nuevos estilos y formas de vida y las antiguas prescripciones morales del mundo cristiano.

La vieja ética protestante, que al decir de Max Weber y de Sombart, habría desempeñado un rol esencial en el nacimiento y auge del capitalismo industrial, hoy se halla profundamente erosionada por las nuevas realidades surgidas de una Modernidad en crisis mutacional. Austeridad, moderación, sentido de ahorro, responsabilidad, son todas virtudes que poco o nada tienen que ver con los comportamientos de los especuladores multimillonarios, con la construcción de mansiones de lujo exorbitante, con sus enormes y lujosos yates, con sus limusinas de varios metros de largo, con los sueldos y regalías de millones de millones de dólares asignados a los altos ejecutivos empresariales. ¿Y por qué colocar este énfasis en una realidad ya conocida? Simplemente porque hoy día todas estas conductas están perfectamente aceptadas, legitimadas y justificadas por las elites oficiales; nada habría de reprobable en ellas, incluso para católicos convencidos.

—Usted lo ha dicho, en la tardomodernidad, esas conductas han sido asumidas incluso por aquellos que profesan una fe que ayer las negaba; con todo, hay que reconocer que el Papa suele hoy cuestionar esos valores en boga, claro que lo hace a través de llamados morales con muy poco poder persuasivo.

—Eso es así en el discurso de la Iglesia, pero uno ve otros comportamientos en las prácticas. Si tú ves la evolución de la Iglesia, durante los siglos XVIII y XIX su enemigo principal estuvo constituido por los liberales, los librepensadores, los masones y ateos, a los cuales se solían agregar los judíos; en el siglo XX, los fuegos se centraron en la ideología marxista y en su expresión más concreta, el comunismo, quienes fueron declarados "intrínsicamente perversos" en diversas encíclicas. El marxismo era considerado una doctrina materialista; y aun cuando esta clasificación era correcta desde un punto de vista filosófico, no lo era en la realidad, porque si de un vicio se podía acusar a las fuerzas de izquierda era de su exagerada "ideologización", de su "idealismo extremo" y de su absoluta prescindencia de los bienes materiales. En cambio, el mundo católico y las fuerzas conservadoras, habiendo partido de fuertes idealidades, han concluido vegetando en un vulgar materialismo, el de las "aguas heladas del cálculo egoísta" y el del dinero transformado en supremo bien y objetivo último de vida.

—¿Las dos grandes iglesias occidentales, la europea y la latinoamericana, han tenido distintas preocupaciones en las últimas décadas?

—Sí. Los grandes temas teológicos para la iglesia latinoamericana se han ubicado más bien en el campo social, la "Teología de la liberación"; en cambio, en Europa y en Estados Unidos los interrogantes esenciales han estado dirigidos a cuestionar la propia médula doctrinal de la Iglesia. Sólo mencionaré algunos de estas interrogantes: infalibilidad del Papa, el gobierno autocrático del Vaticano, el celibato, el sacerdocio de la mujer, la eutanasia, la homosexualidad, el tema de la sexualidad, demonizada y reducida exclusivamente a la procreación, el control de la natalidad, el matrimonio indisoluble, el aborto, son todos temas que se debaten teológicamente en Europa sin que a nuestras costas lleguen esas polémicas. Por último, también la Iglesia deberá ofrecer una visión actualizada de la relación del hombre con la naturaleza. La Iglesia ha carecido hasta el momento de una posición definida frente a la naturaleza y al dominio de ella por el hombre.

—Como lo vimos en el capítulo de la ecología, la Iglesia ha tenido una concepción muy definida, siendo ésta una de las causas más profundas de la actitud humana depredadora de la biosfera, por ejemplo, ese sentido de trascendencia: lo sagrado más allá de la naturaleza, que la Tierra habría sido creada para que los "hombres crecieran y se multiplicaran" a costa de sus riquezas.

—Ciertamente para la Iglesia la naturaleza y el ser humano serían fruto de una creación divina, aunque constituirían dos entidades diversas, por lo mismo, la Iglesia ha tendido a rechazar las visiones de tipo panteísta. Sin embargo, hoy, dada la presencia del tema ecológico, la Iglesia tendrá que actualizar su rígida dicotomía entre ser humano y naturaleza, y hasta ahora entre los *mea culpas* no aparecen aún las devastadoras acciones inferidas por el hombre a la tierra.

—Sería muy interesante ese mea culpa. *En esta actualización de la Iglesia ocurren signos muy interesantes. Muchos teológos (Tomas Berry, Leonardo Boff, Thomas Merton, David Stendl-Rast —que es un monje benedictino—, Thomas Matus, etcétera) hablan que así como en la actual transición epocal ocurre un cambio en el paradigma científico, también habría un cambio en el paradigma teológico, un giro teológico en Occidente, que trasciende con mucho a la Iglesia.*

Matus y Steindl-Rast han sistematizado el cambio en el paradigma teológico, afirmando que de un Dios como revelador de la verdad, hoy se pasa a la realidad como la autorrevelación de Dios; de la revelación como verdad intemporal, hoy se pasa a la revelación como

manifestación histórica; de la Teología como ciencia objetiva (como verdades independientes), hoy se pasa a la teología como proceso de conocimiento; de un cuerpo monolítico y obligado de teología para todos los creyentes, hoy se pasa a la idea de una red que interconecta a las diferentes perspectivas teológicas; de creer en afirmaciones teológicas exhaustivas, hoy se pasa a comprender que la teología no puede aportar una comprensión completa y definitiva de los misterios divinos.

—Sin duda, ese cambio teológico incipiente es importantísimo. Estoy convencido de que las grandes transformaciones ocurridas al interior de la Iglesia y en general del mundo cristiano han de pesar decisivamente en el futuro de la cultura occidental y en consecuencia, en el resto de las culturas mundiales.

Sin duda, son actos de gran coraje histórico algunos de los realizados por Juan Pablo II. Pero no dejo de observar ambigüedad en su mensaje. A su manera, con otros niveles, el Papa sigue entrando en conflicto. Después de su gesto en el año del Jubileo insiste en que hay una sola Iglesia portadora de la verdad. Sus palabras provocaron el malestar entre protestantes, ortodoxos y los otros credos no católicos. El Vaticano pide perdón a Galileo pero, ¿cuántos años tendremos que esperar para que se extiendan los nuevos perdones por las incomprensiones del presente?

19

LA GRAN TRANSFORMACIÓN EN EL PARADIGMA CIENTÍFICO

CARLOS ALTAMIRANO: —El extraordinario desarrollo del conocimiento científico y de las tecnologías para estudiar el microcosmos y el macrocosmos han venido produciendo un profundo desajuste entre las representaciones que, por una parte, se hacen los científicos acerca de la evolución de la vida, de la Tierra y del cosmos, y, por otra, el imaginario en que habita la enorme mayoría de los seres humanos. Se ha generado una fractura entre el paradigma científico de los siglos XVII, XVIII y XIX y el nuevo que se fue constituyendo durante el siglo XX.

HERNÁN DINAMARCA: —El paradigma científico moderno se instala entre los siglos XV y XVII y se ha denominado cartesiano (en honor a Descartes); mientras, el paradigma posmoderno, sistémico, aún está en formación sobre la base del quehacer de la ciencia más evolucionada.

—No será fácil que la humanidad, en términos generales, asuma los nuevos enunciados de la ciencia contemporánea. La difusión de una idea, teoría o hipótesis científica al conjunto de la sociedad, con sus implicancias sociales, políticas, morales y culturales, no ha resultado un proceso rápido ni fácil. El hombre común más bien aprecia estos descubrimientos científicos a través de las innovaciones tecnológicas a que dan lugar; pero no percibe sus ecos más profundos y permanentes.

—Este cambio de paradigma en la comunidad científica viene desde inicios del siglo pasado, a partir de los descubrimientos de la

física cuántica, y se ha ido radicalizando sobre la base de la sorprendente evolución de las ciencias de la vida, aunque es de lento procesamiento por nuestra conciencia e incluso avanza lentamente en las propias prácticas de los tecnócratas de la ciencia. Pese a ello, este proceso hoy se difunde con diversos nombres, entre ellos el de Consilience, *un nuevo concepto que postula que todo lo que estamos aprendiendo sobre nosotros y el Universo encajará durante las próximas décadas en una nueva cosmovisión holista.*

—Paradigma es una nueva noción, creada por Thomas Kuhn en 1962, para definir el conjunto de conceptos, conocimientos, prácticas y métodos presentes en una determinada época del desarrollo científico-técnico.

—Kuhn, además, destaca que ese conjunto de procedimientos e ideas (una especie de "filtro" para mirar) es un paradigma cuando es compartido por una comunidad científica. El historiador de la ciencia arribó al concepto en su obra La estructura de las Revoluciones Científicas, *estudiando los cambios en el devenir de la ciencia.*

—Un paradigma, según Kuhn, condicionaría la orientación y desarrollo de la investigación científica y contribuiría a diseñar modelos interpretativos de la realidad. Con el paso del tiempo —agrega Kuhn— van apareciendo nuevos interrogantes, nuevos enigmas y nuevos problemas que no es posible explicar y resolver de acuerdo a los paradigmas vigentes. En consecuencia, la eficacia de los antiguos paradigmas entra en crisis y comienzan a surgir otros, que bien pueden negar, corregir o complementar a los anteriores.

—Hay que aclarar de inmediato que paradigma no es sinónimo de teoría. Esta última es una explicación científica que se imbrica —surge— de un paradigma; en cambio el paradigma es un presupuesto del mirar. Lo aclaro porque las teorías se suelen negar, corregir o ampliar entre sí, mientras ellas mismas evolucionan; sin embargo, un paradigma con otro paradigma que le supera se suelen complementar: los paradigmas en el tiempo suelen ser inclusivos.

Por ejemplo, el paradigma científico moderno de Descartes, que separó al sujeto del objeto, hoy superado por la nueva ciencia, no lo ha sido porque sea falso —pues funciona en algunos ámbitos de la operacionalidad de lo real—, lo que ocurre es que hoy se presenta

como insuficiente para explicar la complejidad del mundo: ahora sabemos que, aunque estamos extrañados, a la vez formamos parte de una red vital en que sujeto y objeto se interpenetran sin poder distinguirse uno de otro. Desde esta perspectiva inclusiva, hasta cierto punto tenía razón Montesquieu: "Descartes, a través de la duda, enseñó a los que vinieron después de él cómo descubrir sus propios errores".

—Los cambios de paradigmas importan verdaderas revoluciones al interior del proceso evolutivo de la ciencia y exigen transformaciones radicales en la mentalidad de los propios científicos y, más tarde, en las visiones generalizadas del hombre común. Por ejemplo, para el paradigma de la ciencia física clásica el Universo era eterno, había estado siempre ahí, era un reloj-máquina en movimiento perpetuo; en cambio, para el nuevo paradigma el Universo está en permanente evolución, dotado de una asombrosa capacidad creativa. El Universo y la Tierra han sido, según el nuevo paradigma, producto de una historia de varios millones y millones de años.

—Lo que dice es uno de los signos más revolucionarios del paradigma científico posmoderno: éste nos revela un sentido de pertenencia que nos permite asumirnos como integrantes de una red energética-material que deviene en el espacio y en el tiempo (en un continuum *en la memoria y el acto). El astrofísico Hubert Reeves, en la obra* La Más Bella Historia del Mundo, *lo expresa diciendo que esa historia "la llevamos en lo más hondo de nosotros mismos: nuestro cuerpo está compuesto por átomos del Universo (somos polvo de estrellas, incluso nuestros átomos de hidrógeno fueron hechos en el Big Bang); nuestras células encierran una porción del océano primitivo; la mayoría de nuestros genes es común con los de nuestros vecinos..."*

—El determinismo mecanicista del paradigma newtoniano ha venido siendo reemplazado por una concepción más abierta, indeterminista y aleatoria de la realidad cósmica, cuyos epicentros tú destacas.

La firme convicción de la existencia de leyes naturales inmutables se ha relativizado ante la aparición de situaciones caóticas. Para Laplace, un típico pensador de la época ilustrada, la evolución del Universo era perfectamente previsible siempre que pudieran conocerse ciertas condiciones básicas. La incertidumbre sólo era un

problema de tiempo, dependiente de los avances en el conocimiento. Por el contrario, en las concepciones de múltiples científicos y epistemólogos ha entrado a jugar un importante papel el azar y el caos, transformando en inciertos e imprevisibles los resultados de muchos fenómenos naturales. El ideal de la física clásica, cual era lograr un conocimiento completo de todos los fenómenos planetarios y cósmicos hoy se halla seriamente cuestionado. Entre otros, los teoremas de Gödel muestran muy serias limitaciones en el pensamiento humano; y las ideas de Edward Lorenz proclaman la "imprevisibilidad del futuro"; y Heisenberg y Bohr, físicos cuánticos, afirman el "principio de la incertidumbre", dada la interacción existente entre el instrumento de medición y el objeto medido, lo cual pasaría a alterar las características de este último.

—Me gusta relevar que ahí se inicia el principio del cuestionamiento profundo al paradigma cartesiano, el inicio del camino hacia el jaque a la tan común conciencia moderna occidental de la separatividad: nos hemos sentido separados de la naturaleza, mentes separadas del cuerpo, espíritus separados de la materia, etcétera. El nuevo paradigma posmoderno piensa en red y mira procesos, por lo mismo integra, comprende holísticamente, ése es el núcleo de la revolución de la conciencia en el actual cambio epocal: empezamos a sentir que somos parte del mundo (y no sólo que estamos en el mundo), co-responsables de la deriva cósmica.

—Así es. Este principio de la física cuántica coloca en aprietos la objetividad de la física moderna; ni hablar de la ciencia biológica y, con mayor razón, de las ciencias sociales, en las que el observador es parte inseparable del acontecimiento observado.

—Humberto Maturana, desde su teoría de la Autopoiesis *explica a cada organismo como una red cerrada de reproducción molecular, parte integrante y en red con otras redes y organizaciones también atómicas y moleculares, corroborando así la imposibilidad de esa objetividad absoluta a la manera moderna y propone el método explicativo de la objetividad en paréntesis.*

—Volviendo al principio de incertidumbre, para éste la naturaleza sería simplemente ininteligible, y si a ello se agrega la "relatividad" de Einstein y la "imprevisibilidad" de Lorenz, debemos concluir que las grandes ideas fundadoras de la Época Moderna, de Newton,

Descartes, Kepler, Leibniz y Laplace, se encuentran seriamente corregidas o modificadas.

Como has indicado, en especial para los científicos, la física cuántica habría venido a dar el golpe de gracia a gran parte de las "certidumbres" surgidas del paradigma ilustrado.

Por último, la teoría del caos ha concluido por demoler el mito de un mundo perfecto, inmutable y funcionando con la precisión de un mecanismo de reloj. Para estas nuevas concepciones inscritas en la "física no lineal", un cambio mínimo en el estado de la atmósfera en un instante determinado puede producir efectos catastróficos en otro lugar al cabo de cierto tiempo. De aquí nace la famosa metáfora de Lorenz: el aleteo de una mariposa en un extremo del mundo puede producir un temporal en el otro extremo.

En verdad, tanto Maxwell como Poincaré, el primero físico y el segundo matemático, habían descubierto a principios del siglo XX la existencia de trayectorias inestables, pero sólo en 1972, con motivo de una conferencia de Lorenz en una academia norteamericana, titulada "Predictibilidad", se toma mayor conciencia acerca de estos fenómenos inciertos, inestables y caóticos. Este último término fue propuesto por Lee y Yorke en 1973, para designarlos. Para algunos, nacía la nueva "ciencia del desorden".

—Hay que poner eso último entre comillas, pues en rigor la teoría del caos no alude a un desorden como se entiende a la manera corriente. Se trata de un orden más complejo e impredecible, no del orden de las leyes de causalidad lineal, sino del orden de procesos de cuya complejidad emerge la creatividad del Universo y de la Historia.

—Edgard Morin, el filósofo francés, declara estar sorprendido por el rápido desarrollo del nuevo paradigma, que prácticamente ha concluido reemplazando las visiones de la ciencia clásica fundadas en la concepción de un mundo determinista, mecánico, previsible y ordenado, por la de uno donde interviene el azar, los fenómenos caóticos, la incertidumbre y la impredecibilidad.

Por otra parte, en las concepciones acerca de la evolución biológica, también han venido emergiendo paradigmas o visiones distintas a las modernas. Darwin, a mediados del siglo XIX, rompe con la idea del "creacionismo" en las especies vivientes, planteando la teoría de su aparición a través de un proceso evolutivo y mediante "la selección natural". Stephen Jay Gould, paleontólogo, experto en la teoría de la

evolución, si bien coincide con Darwin en la evolución propiamente tal de las especies, sostiene que ésta obedece básicamente a cambios internos y no a la influencia del medio ambiente. En otras palabras, cada especie puede generar profundas mutaciones sin necesidad de presiones externas. Gould no cree en una secuencia lineal y ascendente de las especies, desde anfibios pasando por reptiles y mamíferos hasta llegar al ser humano. Para él existiría una amplia gama de posibilidades en la evolución de cualquiera de las especies y en definitiva factores relativamente casuales vendrían a determinar los cambios mutacionales.

En Darwin, piensa Gould, habría influido la idea del progreso, tan poderosa en su época. La evolución natural también habría estado —para Darwin— en cierta forma guiada por la idea de un progreso ascendente y lineal en las especies. Gould, en cambio, se encuentra inscrito en otro paradigma histórico, en el del fin de los determinismos y de las certidumbres. Ilya Prigogine ha colocado un broche de oro a este nuevo paradigma en su libro titulado *El fin de las certidumbres*.

—Habría que decir, sin embargo, que se trata del fin de las certidumbres modernas. Esta aclaración no es trivial, pues la nueva ciencia sistémica no nada en la incertidumbre, sino que con ella surgen nuevas certidumbres; provisorias, es cierto, porque no tienen ánimo de absolutizar nada, pero certidumbres al fin y al cabo (el libro de Prigogine aborda la crítica a las antiguas certidumbres modernas).

Por ejemplo, nuevas certidumbres son la metáfora de la red para dar cuenta de la interacción e interdependencia de las partes y el todo en el micro y el macrocosmos; la desagregación y distinciones que hacemos de lo Uno, pero no la divisibilidad de lo Uno; que el Universo tiene historia, evoluciona hacia la complejidad, etcétera. Destaco esto, porque se ha convertido en lugar común hablar del fin de las certidumbres, sin especificar que se trata del fin de las certidumbres de la Época Moderna; fue la Modernidad la que se fanatizó con sus propias certidumbres. Pero el nuevo paradigma, más sabio, opera con la certidumbre metodológica de la no existencia del conocimiento absoluto, que no es lo mismo que una incertidumbre en el vacío.

—En buenas cuentas, Prigogine nos anuncia el fin de una época coincidente con el fin del paradigma fundado en leyes universales, inmutables y eternas. En el transcurso del siglo XX fue naciendo una

nueva noción de Universo: un Universo en veloz expansión y en constante transformación.

—Un universo creativo que evoluciona. "Nuestra actual concepción del Universo nos evoca una embriogenésis... un huevo cósmico", es la metáfora que usa el astrofísico Brian Swimme.

—Tanto el científico como el pensador político deberán fundar sus investigaciones y análisis en estos nuevos paradigmas acerca del Universo, la evolución biológica, el principio de incertidumbre e imprevisibilidad del mundo y los nuevos sistemas complejos. La ciencia está experimentando transformaciones tan radicales como las acontecidas en el sistema económico y en los propios valores de vida. ¿Cuál de ellas o ellos está determinando al conjunto? Este quiebre en la visión de la ciencia ha llevado a algunos científicos a buscar una reconciliación entre ciencias exactas, ciencias humanas y la propia filosofía, e incluso con diversas formas de conocimiento intuitivo y emocional. Prigogine ha denominado "La Nueva Alianza" (título, además, de otra de sus obras) a esta orientación, encabezada por algunos científicos (entre otros, por él mismo).

—Esta Nueva Alianza es muy sugerente. Es lo que está ocurriendo en las ciencias más evolucionadas. Thomas Berry dice que la ciencia ha sido "el Yoga de Occidente", una profunda meditación sobre el mundo energético-material, que recién ahora empieza a dialogar con el Yoga de Oriente, una profunda meditación sobre la conciencia-energía. Ya he dicho que muchos científicos occidentales hoy promueven ese diálogo entre ambos "yogas", así como se incentiva el diálogo con otras sabidurías y cosmovisiones.

—La emergencia del nuevo paradigma también ha cuestionado la antigua separación entre las dos grandes esferas del pensamiento humano: la del conocimiento racional, presuntamente objetivo, calculador, expresado en teorías y leyes científicas, y el conocimiento irracional, intuitivo, de origen emocional, que permite acceder a otro tipo de fenómenos como los religiosos, estéticos y parapsicológicos.

—Así es. Por otra parte, antes de la separación y especialización moderna, el conocimiento era más orgánico e integral. De hecho, los grandes pensadores premodernos (e incluso grandes modernos como Newton) integraban en su vida ambos conocimientos.

—Aunque ha transcurrido casi un siglo desde que Einstein enunció su famosa teoría de la relatividad, varias décadas desde la aparición de la teoría cuántica y unos treinta años desde la emergencia de las teorías fundadas en la física no lineal, todavía no existe una conciencia decantada y extendida sobre las consecuencias que tendrán estos cambios paradigmáticos, los cuales inevitablemente, concluirán transformándose en "sentido común" de los seres humanos del futuro. Habitar un mundo cierto y previsible, determinado por leyes naturales fijas e invariables resulta muy distinto a vivir en un mundo en movimiento, incierto, inestable, imprevisible e inseguro. La Iglesia Católica concluyó aceptando el paradigma de Copérnico y Galileo, fue tolerando el nuevo paradigma surgido de la teoría de la evolución de Darwin, y ha debido acomodarse a la idea del Big Bang.

Creo, por otra parte, que el concepto de paradigma de Thomas Kuhn es perfectamente extrapolable tanto a la política como a la cultura y a la moral.

—Precisamente, Capra extrapoló el concepto de paradigma científico al de paradigma social (valores, conductas, ideas que comparte una comunidad humana), y desde ahí ha reflexionado sobre el actual cambio epocal cuando se agota el paradigma social moderno.

—En lo personal pertenezco a una generación que nació bajo el "paradigma marxiano", moderno, racionalista, secular, determinista, con pretensiones de objetividad científica, apologista y detractor del capitalismo, amante de la emancipación y de la libertad humanas, aunque para lograr estas últimas hubiera que emplear métodos totalitarios; creo que ese paradigma está irremediablemente agotado, ha perdido su capacidad explicativa frente a las nuevas y grandes realidades emergentes, tecnológicas, económicas, políticas y humanas.

Y aunque nos resulte muy difícil entender la extrema complejidad a que ha llegado la ciencia y las sociedades humanas en menos de un siglo de vigoroso desarrollo, no podremos obviarla. El propio Prigogine, adelantándose a este inquietante drama, en su libro *La Nueva Alianza* advierte que de acuerdo con la hipótesis del azar y del caos, "el mundo no sería más que una inmensa tautología, eterna y arbitraria, tan necesario y absurdo en cada uno de sus detalles como en su totalidad."

—Por eso mismo, la nueva ciencia en muchos evoca la reemergencia del misterio de la existencia del Todo y de ahí, como dije en el capítulo anterior, al neopanteísmo hay un paso.

Pero más allá de ese sentido casi metafísico, Fritjof Capra ha sintetizado la actual transformación del paradigma científico diciendo que es un cambio de la Parte al Todo; un cambio de la Estructura al Proceso; un cambio de la ciencia objetiva a la "ciencia epistémica" —que debe incorporar su propio proceso de conocer—; un cambio del conocimiento como construcción al conocimiento como red; un cambio de la verdad absoluta a las descripciones aproximativas.

—Para concluir, sólo deseo dejar constancia de mi opinión en cuanto a que no sólo sería el paradigma marxiano el agotado, sino que todo el resto de paradigmas políticos, económicos, artísticos y religiosos, se hayan en completa y radical desaparición o transformación y recomposición. En definitiva es el paradigma moderno el que ha entrado en una irreversible crisis mutacional. Cada día parece más necesaria e imprescindible la elaboración de un nuevo paradigma para el pensamiento de izquierda, uno capaz de dar cuenta de las grandes transformaciones históricas a las que nos hemos venido refiriendo.

20

LA TRANSFORMACIÓN EN EL BLOQUE HISTÓRICO DE IZQUIERDA

CARLOS ALTAMIRANO: —El conflicto político ideológico fundamental de la Época Moderna se dio entre dos grandes bloques históricos: modernos y antiguos, el bloque por los cambios y el bloque por la conservación, izquierda y derecha. Ésas son las tres denominaciones que pueden darse al mismo fenómeno. Si bien el bloque de izquierda constituyó la fuerza fundamental en el cambio histórico desde la sociedad medieval a la sociedad moderna, ha sido integrado por fuerzas políticas, sociales, culturales y religiosas muy diversas y no siempre coincidentes.

Como hemos visto, en sus orígenes, el bloque histórico de izquierda estuvo dinamizado por el potente movimiento de ideas de la Ilustración y, además, fue conformándose a través de las tres grandes revoluciones: la inglesa de 1688, la independentista de Estados Unidos en 1766 y finalmente, la Revolución francesa de 1789. En el siglo XIX, integrarían este bloque las dos mayores tradiciones políticas modernas, la liberal y la socialista. A fines de ese siglo se incorporarían los partidos comunistas y en el siglo XX partidos como los radicales y las democracias cristianas. También pasaron a formar parte del bloque las grandes organizaciones sindicales y otros movimientos sociales surgidos en los siglos XIX y XX, por ejemplo, los movimientos sufragistas, feministas, pacifistas, ecologistas, los de liberación nacional, los antinucleares, los combatientes por los derechos civiles en Estados Unidos, los estudiantiles, entre ellos, Mayo del 68.

—Sólo quiero dejar constancia de nuestro reiterado matiz de diferencia. Sí incluye como movimientos del bloque de izquierda

moderno a los ecologistas y al feminismo cultural, una vez más me pregunto: ¿cuándo entonces hay ruptura histórica?, ¿cuándo los movimientos sociales y fuerzas culturales empiezan a mirar el mundo de manera no moderna?, ¿cuándo?

Esos movimientos y otros hechos, sensibilidades e ideas relevadas en mis intervenciones, son expresiones culturales que marcan la emergencia de una nueva época histórica, posmoderna, pues sus prácticas y principios resultan críticos radicales, ya sean conscientes o inconscientes, de la modernidad histórica. Así comprendidos, llamarlos de izquierda es casi una inercia que adquiere sentido sólo si se destaca que esos movimientos son los promotores del actual cambio histórico que supera a la Modernidad, en consecuencia, son los continuadores del gesto de rebeldía histórica ayer enarbolado por la izquierda moderna....

—También he reiterado mi opinión acerca de que no coloco fechas precisas en los finales o inicios de un cambio histórico. Respecto a la relevancia en el cambio de época que tú asignas a la década del sesenta, no tengo argumentos en contra, pero tampoco podría afirmarlo. Simplemente no lo sé. Sólo el tiempo nos dirá cuáles fueron los acontecimientos cruciales y gestores del cambio histórico. Además, te recuerdo que los movimientos feministas nacieron en Inglaterra en torno a 1830 y los primeros escritos llamando la atención sobre la degradación ecológica datan de 1880.

—A la década de los sesenta (años más, años menos) no la relevo como fecha, sino como un corto período de fermento creativo en la conciencia colectiva de la humanidad occidental. Usted tiene razón, sólo la perspectiva histórica nos permitirá una más amplia mirada. Por lo pronto, en las cuatro décadas que recién han pasado, he visto cómo su herencia y sus ecos se irradian en las conciencias de las nuevas generaciones y en la vida social. Eso, simplemente, me lleva a afirmar lo que afirmo.

Por otra parte, sé que el feminismo con énfasis en la igualdad política surge en la Modernidad (hemos dicho que es su "cara solidaria"); pero yo me refiero al feminismo cultural como antipatriarcalismo, que subvierte las relaciones interpersonales y cuya sensibilidad entre las mujeres y algunos hombres eclosiona en los sesenta. Lo mismo ocurre con la conciencia ecológica, ésta se traduce en energía colectiva emergente, en hecho social en el Occidente moderno, a partir de los años sesenta; tampoco soy ajeno a que antes aún de la

fecha por usted indicada, como ocurre en tantos otros dominios humanos, hubo individuos adelantados.

—En mi opinión se produce una ruptura histórica cuando los nuevos procesos políticos y movimientos sociales, las nuevas ideas y visiones de mundo, las innovaciones tecnológicas y los nuevos paradigmas científicos, se han hecho carne en los individuos y los pueblos, comenzando éstos a pensar, vivir y comportarse en una forma distinta a la antigua o tradicional. En ese momento existe una ruptura histórica, y no cuando nacen estos movimientos sociales y políticos o se produce una o más innovaciones tecnológicas.

En estos últimos años recién han pasado a gravitar decisivamente en la conciencia de las sociedades occidentales movimientos como el ecologista, el feminista y otros. Recién se ha iniciado el real proceso de la globalización de la economía capitalista; etcétera. Será en este siglo XXI cuando veremos las consecuencias de esta verdadera constelación de procesos y acontecimientos.

—Dicho así, la nuestra es una diferencia semántica. Yo uso el concepto ruptura histórica en el sentido de cuando se inicia algo, mientras que usted entiende ruptura histórica como sinónimo de proceso de cambio de época con sus respectivas cristalizaciones ya "concluidas".

Aclarado lo anterior, también considero que el proceso de cambio epocal recién se ha iniciado. La que sí es una diferencia nuestra, es que yo de manera explícita afirmo que la conciencia ecológica, por ejemplo, es implícitamente rupturista y crítica ante los valores más profundos de la Modernidad; por lo mismo, si el día de mañana continúa existiendo el concepto de izquierda, habría que afirmar que esos movimientos son parte de una nueva izquierda posmoderna.

—De todas maneras, al ocuparnos de la izquierda, en su sentido más "moderno", debemos hablar del marxismo. Aunque antes hemos conversado sobre el tema, es inevitable reiterar algunos conceptos. Nunca antes había existido un metarrelato —como se llama hoy— con tal capacidad de convocatoria. En no más de treinta años, la versión leninista del marxismo llegó a gobernar sobre no menos de un tercio de la humanidad. Ninguno de los imperios anteriores logró hegemonizar sobre tal extensión geográfica y tal número de habitantes. Era, por cierto, una versión bastante alterada del marxismo originario. Lenin

se transformó en el estratega de un marxismo adaptado a los países en desarrollo, lo que, desde luego, constituía una flagrante herejía para Marx. Gramsci, en cambio, fue el pensador y divulgador de un marxismo propio de los países capitalistas modernos. Por lo mismo, han existido dos concepciones y prácticas diversas del marxismo, en su versión comunista: una personificada por Gramsci, y otra, la tercermundista, liderada por Lenin. Y tal vez debiéramos agregar una tercera: la Trostkista.

—¿No fue Bernstein, en la línea marxista europea, más confrontacional con Lenin en esa notable disputa intelectual y práctica entre Reforma o Revolución?

—Bernstein fue un distinguido pensador y militante del partido socialdemócrata alemán y como tal tuvo posiciones abiertamente contrarias a las de los partidos comunistas de Rusia y de Europa. Gramsci, en cambio, a pesar de sus discrepancias, se mantuvo fiel al partido comunista italiano. Bernstein, sin duda, hizo aportes fundamentales al socialismo europeo al priorizar los medios sobre los fines.

—¿El marxismo tendrá aún vigencia después de todo lo ocurrido?

—El radical cambio de época en curso deja en parte significativa fuera de la Historia a la teoría marxista. Ella ha perdido su capacidad de explicación y propuesta frente a los nuevos y grandes fenómenos históricos, entre otros, los ecológicos, la globalización de la economía, los tecnológicos y demográficos.

Ni tampoco tiene respuestas para las profundas transformaciones experimentadas por el propio sistema capitalista. Algunos ejemplos: la progresiva desaparición de la clase obrera en las grandes sociedades industriales hace que el concepto de "lucha de clases" pierda relevancia como presunto "motor de la Historia"; las actuales "empresas tecnológicas" no guardan mayor relación con las grandes empresas industriales del siglo XIX, éstas no ocupan obreros ni chimeneas, producen bienes y servicios inmateriales transportados por autopistas también inmateriales; y por cierto, a estas "empresas tecnológicas" el concepto marxiano de plusvalía no les es aplicable. En una palabra, se trata de un capitalismo muy distinto al estudiado y descrito por Marx.

—Con todo, un marxista podría argumentar que un pensamiento elaborado hace siglo y medio por intelectuales europeos inmersos

en las condiciones vitales de su propia época, obviamente no podría tener respuestas a realidades históricas nuevas como las que usted menciona. Aunque, igual, insistiría en que se pueden mirar a la luz del marxismo. Por ejemplo, las actuales burocracias de las transnacionales serían funcionarios (e integrantes) de una burguesía transnacionalizada y mundial, cuyo papel, en lo sustantivo, equivaldría al de las ex burguesías nacionales. Además, Marx siempre dijo que ni el capital ni las burguesías tenían patria, sino que sólo se amaban a sí mismos.

—En la actualidad amasan fortunas incalculables personas que no guardan relación alguna con el mundo de la producción propiamente tal; son éstos notoriamente más ricos que los tradicionales burgueses y propietarios de los medios de producción: actores de cine, "astros" del deporte, conjuntos musicales, escritores de "best sellers". ¿Podríamos catalogar a estas nuevas figuras del fin de la Modernidad dentro del concepto marxiano de burguesía? Una burguesía conformada por artistas, futbolistas, escritores, cantantes, bailarines. ¿O deberemos establecer un distingo entre aquella burguesía tradicional, propietaria de medios de producción, y el nuevo sector emergente que, aunque no sea propietario directo de medios de producción, dispone de riquezas e influencias muy superiores a las antiguas y austeras burguesías nacionales?

—Insisto, un marxista le diría que se trata de la misma organización en nuevos dominios. Por ejemplo, en la "industria cultural" —que es a la que usted más se refiere— hay grandes accionistas y managers —propietarios y administradores— que acumulan más que los propios protagonistas públicos de esa industria.

—Sólo hablar de industria cultural habría sido una herejía en el siglo XIX e inicios del XX. Ese marxista se niega a reconocer lo específico de esta nueva realidad. Desde luego, es ésta una diversa forma de acumulación, sin extracción de plusvalía. Por lo demás, he escuchado más de alguna vez a los nostálgicos del marxismo argumentar que si bien la clase obrera ha ido reduciéndose en los grandes países modernos, en cambio, los pobres y excluidos del sistema han aumentado enormemente. Y así intentan justificar la pertinencia de las antiguas categorías de análisis. Pero el concepto de "clase" de Marx no guarda ninguna relación con el de "pobre o excluido" de hoy.

—Según Perry Anderson, un marxista muy apreciado en su partido socialista, "ninguno de los cambios objetivos que han afectado la reputación del socialismo [léase marxismo] se encuentra libre de ambigüedades: por ejemplo, el proletariado industrial ha disminuido, pero ha aumentado enormemente el número de asalariados..."

—No parece correcta esa reflexión. Para Marx, los pobres o, en su tiempo, los campesinos, o actualmente los millones de asalariados empleados en servicios, no formaban parte de la clase predestinada a transformar el mundo; sólo la clase obrera industrial podía convertirse en el agente principal del cambio histórico.

—El tema de fondo es que hoy los nuevos movimientos culturales, las nuevas realidades sociales y económicas, el cambio de paradigma científico, los nuevos problemas causados por la propia expansión moderna (demográficos, ecológicos, tecnológicos), etcétera, han llevado a que la humanidad empiece a generar nuevas ideas, irreductibles al marxismo tan vinculado a la ya antigua Época Moderna. En tanto ideología moderna, el marxismo creía en el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, en el progreso lineal, en la superioridad de la racionalidad instrumental... y estas ideas-fuerza precisamente son las que hoy están en tensión con las nuevas ideas y los nuevos movimientos sociales y culturales. No obstante, algunos aspectos fundamentales del aporte marxiano, igual que la Modernidad, ya constituyen una rica e ineludible herencia para el devenir de la mirada humana.

—Comparto el sentido de tus expresiones, y agregaré otro ejemplo: una de las grandes banderas de la izquierda, marxista y no marxista, en el siglo XX fue la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. ¿Los obreros, hoy accionistas de las empresas capitalistas a través de sus fondos de pensiones, estarían de acuerdo con estas expropiaciones?¿Cómo podríamos pretender abolir la propiedad privada, por ejemplo, de Internet?, si la red es una realidad inmaterial carente de propietarios.

—Por lo menos entre sus usuarios es una red socializada; lo que hoy en realidad ocurre es un problema de acceso a la red, más que de propiedad.

—En la actualidad, insisto, la contradicción fundamental reside entre el desorbitado desarrollo de las fuerzas productivas y la imposibilidad del sistema ecológico planetario para soportar el daño inferido a la naturaleza.

—Sin duda, esa nueva contradicción epocal es fundamental. Aunque hay también otra manera de traer al presente una de las tesis de Marx: determinadas relaciones de producción se pueden convertir en una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas. Hoy tenemos una emergente expansión-creatividad en las nuevas fuerzas eco-productivas, las que, en tanto y en cuanto sean liberadas y expandidas, nos permitirían desarrollar una capacidad de conservación para que las generaciones futuras continúen viviendo en el planeta; pero lamentablemente aún continuamos organizados en antiguas relaciones de producción.

—Ambas opiniones, distintas y complementarias, son paráfrasis de Marx para comprender e hilvanar las nuevas contradicciones del presente. Ahora, con el objeto de no ser mal entendido, desearía hacer un claro distingo entre mi actual crítica a la teoría marxista —por su incapacidad para explicar los grandes temas de la contemporaneidad— y el aporte hecho en su tiempo por Marx y Engels al desarrollo del pensamiento humano. Además, para mi conserva plena vigencia el imperioso llamado de Marx no sólo a interpretar el mundo sino que a transformarlo; a no conformarse con la realidad existente, a asumir una actitud crítica frente a la sociedad.

—Marx fue el más grande pensador de la Época Moderna; su herencia se confunde con la de la época. Hay que mirar el mundo del presente con la misma pro-actividad y frescura intelectual que tuvo y ver lo nuevo desde su ideal emancipatorio.

SOCIALISMO Y COMUNISMO: DOS IDEOLOGÍAS Y PRÁCTICAS MUY DISTINTAS

—La ideología socialista en Europa y en las diversas latitudes del mundo ha contribuido a dinamizar todos los grandes movimientos progresistas de la Historia. Ha defendido al campesino y al obrero, al negro y al indígena, al judío y a la mujer; ha proclamado la justicia

social, la igualdad y la solidaridad humana y ha hecho suya el principio de la tolerancia. Como socialista fui antifascista y anticolonialista, estuve por la lucha de los derechos civiles en Estados Unidos y por la abolición del *apartheid* en Sudáfrica; apoyamos los movimientos feministas, nos opusimos a las viejas opresiones patriarcalistas y estuvimos en contra de las discriminaciones raciales. Ninguna de estas importantes afirmaciones podrían ser hechas por un militante de derecha.

—Matizaría un poco lo que usted afirma. En honor a la verdad, es cierto que el socialismo apoyó al movimiento sufragista de las mujeres; pero también es cierto que los modernos socialistas, hombres de carne y hueso, nunca asumieron, y en no pocos casos ni siquiera lo hacen hasta ahora, un antipatriarcalismo cultural propiamente tal, esto es, incentivar en todos los espacios sociales el respeto horizontal entre los géneros, ya que de una manera u otra igual respondían al paradigma autoritario. Lo mismo ocurrió respecto al mundo indígena: es cierto que lo apoyaban como parte del materialmente carenciado mundo popular —el norte era modernizarlos—; pero nunca se asumió, ni siquiera hasta ahora, una valoración profunda de su diversidad e identidad cultural.

—Tu opinión no vendría sino a demostrar las enormes dificultades que existen entre la enunciación de una gran idea y su realización, entre el dicho y el hecho. Por ejemplo, la Constitución norteamericana proclamó por primera vez en la Historia el principio de que todos los hombres nacían libres e iguales, pero sólo cien años más tarde se lograría abolir la esclavitud en ese país.

El socialismo estuvo inspirado en la libertad y persiguió una política de paz entre los pueblos; fue la primera fuerza política en fundar una organización internacional, la "Internacional Socialista"; jamás comulgó con las políticas totalitarias de los partidos comunistas, ni con los agresivos movimientos nacionalistas de extrema derecha. Y los socialistas europeos en general apoyaron las luchas de liberación de los países coloniales, aunque con notorias debilidades. En una palabra, el pensamiento y la práctica socialista estuvo comprometido con todas las causas justas y nobles emprendidas durante los últimos ciento cincuenta años. Todo lo anterior, como lo conversamos, a diferencia de lo que aconteciera con las derechas de Europa y de otros países del mundo, que arrastran siglos de opresiones, errores y también de derrotas.

— Usted hace una clara distinción entre socialismo y comunismo.

—Entre socialistas y comunistas existió desde siempre una seria rivalidad. Sólo la dramática amenaza nazi-fascista los llevó a constituir una alianza temporal en los años treinta: el "Frente Popular" en España, Francia, Finlandia y Chile. En los setenta años de régimen comunista en la Unión Soviética no hubo vínculos de ninguna especie entre el socialismo europeo y latinoamericano con el partido comunista soviético. Ambas fuerzas constituirían dos tradiciones políticas muy distintas, pese a que procedían del mismo tronco original: la Ilustración y las ideas modernas de Marx y Engels.

—¿Por qué esa rivalidad?

—La ruptura definitiva del bloque de izquierda se produjo con la revolución rusa en 1917. El partido bolchevique, liderado por Lenin, se había escindido del viejo partido socialdemócrata ruso y adoptado el nombre de partido comunista. Con motivo de ese crucial acontecimiento los partidos socialistas y socialdemócratas europeos se negaron a integrar el "movimiento comunista internacional" y entraron en un claro e insuperable conflicto ideológico con el partido comunista soviético. Algo parecido también ocurrió con importantes pensadores marxistas de la época, quienes rechazaron los principios sobre los cuales se pretendía construir la sociedad soviética. Incluso en el propio campo de los partidos comunistas comenzaron a surgir graves escisiones: trotskistas, titoístas, maoístas, y también se darían fuertes sublevaciones en Polonia, Checoslovaquia y Hungría.

Por lo mismo, constituye un serio error, sino una ignorancia, condenar en conjunto a las fuerzas socialistas y comunistas por lamentables sucesos del pasado, como si ambas fuerzas hubieran estado unidas y hubieran conformado una misma tendencia histórica. En realidad ocurrió exactamente lo contrario. Los partidos socialistas de Europa central fueron reprimidos e ilegalizados y sus dirigentes asesinados por los gobiernos comunistas instalados en el poder después de la segunda guerra mundial. Incluso se constituyeron dos internacionales diferentes: la internacional socialista y la internacional comunista.

En definitiva, en la izquierda se constituyeron dos fuerzas: la comunista y la socialista; y en la derecha también terminaron de conformarse dos organizaciones: la conservadora y la liberal. En la dramática vorágine del siglo XX los partidos socialistas lograron mantener políticas altamente consecuentes, repudiando tanto la violencia de

derecha (franquista, fascista y nazista) como la violencia de la izquierda comunista. En realidad, la violencia normalmente ha provenido de los sectores de derecha, en Europa provocaron nada menos que dos destructivas guerras mundiales e inspiraron monstruosidades morales, políticas e ideológicas tan demenciales como fue el holocausto judío.

—"El comunismo sí tiene responsabilidad", suelen contra-argumentar quienes critican al bloque de izquierda.

—Por cierto, los comunistas tienen graves responsabilidades en crímenes históricos, pero el socialismo no es responsable de las políticas comunistas.

—La percepción de la ciudadanía y de los actores políticos, en Europa y acá, era de una tácita unión entre las fuerzas políticas del bloque de izquierda: socialistas y comunistas; ambas representaban los intereses del mundo popular, independientemente de sus énfasis e ideologías distintas y de las dificultades para plasmar esa unidad.

—Creo necesario no confundir situaciones diversas como son las alianzas políticas y las responsabilidades individuales que caben a cada una de estas organizaciones. Insisto, la realidad histórica demuestra una persistente y profunda rivalidad teórica y práctica, político y sindical. Hasta hoy en ningún país de Europa pudo constituirse una central única de trabajadores con participación de socialistas y comunistas; sólo en Chile, recién a partir de los años sesenta, se logró crear esa central única. Además, no debemos olvidar que en todos los países donde los partidos comunistas se hicieron del poder, constituyeron gobiernos de partidos únicos y reprimieron implacablemente a los demás partidos, incluidos los partidos socialistas, como fue el caso, entre otros, de los Estados de Europa central, donde los más altos dirigentes socialistas fueron asesinados. Los principales líderes políticos del socialismo europeo de los años setenta, con quienes mantuve cordiales relaciones durante mi exilio (Willie Brandt en Alemania, Mouroy y Mitterand en Francia, Craxi en Italia, Felipe González y Alfonso Guerra en España, Soares en Portugal, Olaf Palme en Suecia, Papandreu en Grecia) eran todos decididamente anticomunistas.

En el campo intelectual y académico las discrepancias entre ambas corrientes políticas no fueron menores. Ninguna de las más prestigiosas

figuras del marxismo europeo, comenzando por Kaustky y Plejanov, adhirieron a las posiciones de Lenin ni tampoco lo hizo la "escuela austríaca" ni la "escuela de Frankfurt". Menos los influyentes intelectuales marxistas de Inglaterra y Norteamérica.

Por último, deseo dejar constancia de un hecho significativo: jamás, en ningún país, ningún partido socialista instauró una "dictadura del proletariado", ni menos sus dirigentes se vieron comprometidos en políticas represivas tan comunes a los gobiernos de derecha, ni con constantes masacres de campesinos, obreros, estudiantes u opositores políticos, tan periódicas en América Latina.

—Tomas Moulian en una entrevista reconoció que supo de una operación política durante la Unidad Popular, impulsada por el partido comunista pro soviético, para dividir al partido socialista entre un sector que lideraría Almeyda, más dócil al comunismo y en ese entonces al gobierno de Allende, y otro sector del socialismo más radicalizado; una operación similar a la que había dividido al Mapu entre el Mapu Obrero Campesino, pro PC, y el Mapu de Garretón, más ligado al frente revolucionario.

—Es una simple especulación. En los hechos no ocurrió tal división. En el Partido Socialista de Chile siempre existieron numerosas fracciones de diverso signo y se produjeron también no pocas divisiones en su historia, pero la única "desviación" que jamás existió fue una "prosoviética".

—Aprecio en sus palabras una tendencia a deslindar responsabilidad con los excesos del comunismo, cosa que moralmente comparto; sin embargo, se podría decir que con el silencio hubo complicidad, nunca se expresó con energía a los comunistas: "ustedes están cometiendo crímenes", y no se hizo, porque, al cabo, ambos eran modernos compañeros de ruta hacia la construcción de una sociedad sin clases.

—Hay bastante verdad en tu afirmación. Pero, si bien deslindo responsabilidades, no es por razones personales sino por respeto a la verdad histórica. Sería injusto y arbitrario, como más de alguna vez lo han hecho personeros de derecha, culpabilizar a los socialistas europeos o de Chile por los horrores cometidos por regímenes políticos en los cuales no tuvieron la más mínima injerencia o participación y, aun más, rechazaron y condenaron.

—Es admirable su serenidad ante la supuesta impecabilidad democrática en el socialismo mundial y chileno.

—Si bien reconozco la impecabilidad de la práctica democrática del Partido Socialista de Chile, no lo fue tanto en su concepción teórico-política. La condena de la democracia por ser considerada "formal" y motejada de "burguesa" condujo al partido al error de desvalorizar la idea democrática propiamente tal, aun cuando fuera justa su crítica a la formalidad. Lo correcto habría sido intentar superar las debilidades y vicios de esta formalidad, pero no "arrojar el agua sucia con la guagua".

—No cree que está siendo muy duro con lo que en ese tiempo teorizaba el socialismo. Este no desvalorizaba "la idea democrática propiamente tal", sino cuestionaba a la democracia formal y a la vez quería ir más allá en su ideal y práctica democrática: una democracia directa (real, decían en esa época).

—Ésa era la intención; pero en último termino no se defendía suficientemente la democracia, además de no comprender a cabalidad que sus aspectos formales son importantes. En cambio, si fue impecable la práctica del socialismo, porque no ha existido un solo crimen o acto represivo en la historia nacional imputable a un personero del partido socialista o a su dirección. Durante los mil días del gobierno de Salvador Allende se respetaron escrupulosamente los derechos humanos y las libertades públicas.

—Vamos por parte, aceptando que no hubo crímenes, esa supuesta "impecabilidad democrática" podría ser relativizada si recordamos que en 1967, en el Congreso de Chillán, el Partido Socialista asumió la vía armada para la toma del poder.

—Ése fue otro de los errores teórico-políticos de que hablaba antes. Ese año, dada la exacerbada bipolaridad existente y el contexto de violencia mundial, común a la época, y además considerando las complejas circunstancias nacionales, la dirección del Partido Socialista concluyó que no era posible la conquista del poder por la vía democrática. Esa errónea declaración se mantuvo exclusivamente en un plano teórico. En primer lugar, ella no respondía a la historia y al pensamiento real del socialismo chileno. En segundo lugar, dada esa historia y la precaria realidad partidaria, en los hechos se carecía de los medios,

de la voluntad y decisión para instalar en Chile un polo revolucionario armado. Por lo mismo, concluiría siendo una declaración retórica. En ningún momento el partido constituyó un grupo armado de una mínima preparación militar. Sus brigadas defensivas no alcanzaban a doscientos militantes. Y por esta razón, el partido socialista no protagonizó ni antes de la llegada al gobierno de Salvador Allende, ni durante los mil días de la Unidad Popular, ni siquiera con posterioridad al golpe de Estado, una acción de defensa armada. También deseo aludir a otra de las importantes equivocaciones teórico-políticas del partido socialista: su autodefinición como marxista-leninista. Ésta fue adoptada en una simple conferencia de programa del partido, en 1958, y lo curioso del caso es que obedeció a una circunstancial mayoría del sector trotskista que existía en el partido. Para este sector, Stalin había traicionado y desvirtuado el verdadero espíritu de Lenin; era Trotsky el único y auténtico representante de ese pensamiento. En buenas cuentas, para los trotskistas el socialismo chileno debía asumir las correctas posiciones de Lenin, las que distaban con mucho de coincidir con la "dictadura del proletariado", creada por Stalin.

—¿Cuál fue su posición ante lo que hoy califica como errores de 1958 y de 1967?

—En 1958 no asistí a la conferencia de programa ni tampoco compartí esa definición. En mi opinión, nadie entendería esas disquisiciones escolásticas acerca de quién era el verdadero representante del pensamiento de Lenin: Trotsky o Stalin. Y aún más, ¿quién podía asegurar que las interpretaciones de Lenin eran las correctas? Respecto a la declaración del partido en Chillán, debo reconocer que la compartí plenamente, aun cuando en esa ocasión yo no postulaba a la dirección del socialismo.

Pero, además, en el congreso de la Serena —enero, 1971—, cuando asumí como Secretario General, ni se acogieron ni se reprodujeron las ideas aprobadas en el congreso de Chillán. En estricta verdad, los acuerdos de Chillán quedaron tácitamente derogados por los acuerdos de la Serena. En este último congreso no se hizo la menor alusión a la vía armada.

—Antes dijo que durante el gobierno de Allende se respetaron las libertades individuales y públicas. Sin embargo, una declaración de la época de la Cámara de Diputados, citando muchos casos y con diversos argumentos, afirma todo lo contrario.

—Como es habitual en nuestro país se ha dado una enorme publicidad a ese acuerdo de una mayoría de la Cámara de Diputados; pero jamás se ha dado a conocer la larga y circunstanciada respuesta que diera el presidente Allende. Entre otras razones, argumentaba la abierta inconstitucionalidad de esa declaración, puesto que la acusación política al Presidente de la República sólo podía decidirla el Senado y no la Cámara de Diputados.

Otra de las constantes manipulaciones de la historia, cuyo objetivo es justificar los crímenes de la dictadura, es la insistencia en aseverar que los partidos de la Unidad Popular disponían de no menos de 18.000 guerrilleros. Por cierto, ninguno de los que hacen tal afirmación han acompañado la menor prueba para sostener un infundio tan burdo. Puedo afirmar categóricamente y con conocimiento de causa que los partidos de la U.P, más el MIR, no disponían en conjunto de 1.500 presuntos guerrilleros, todos de muy escasa preparación militar; digo presuntos porque nunca se había instalado una guerrilla. Además, argumentan que hubo una guerra, pero la gente tiene derecho a preguntarse: ¿fueron simples y esporádicos tiroteos o hubo un real y masivo enfrentamiento entre "guerrilleros" y fuerzas militares? En las guerras civiles del siglo XIX —1829, 1851, 1859, 1891—, los lugares donde se batieron ambos bandos están localizados. ¿Dónde ocurrieron los susodichos enfrentamientos de 1973?

Otro de los tantos pretextos, ya convertido en lugar común, es afirmar que "el discurso de Altamirano" del 9 de septiembre de 1973 habría desencadenado el Golpe de Estado, cuando ni siquiera el 0,5 por ciento de la población escuchó ese discurso y nadie ha podido leerlo, porque nunca fue publicado. La violencia en Chile ha sido de exclusiva responsabilidad de las fuerzas de derecha. Ellas protagonizaron no menos de cinco guerras civiles en el siglo XIX y en el XX innumerables masacres de obreros, campesinos, mineros y estudiantes: La Coruña, Antofagasta, San Gregorio, Punta Arenas, Santa María de Iquique, José María Caro, Seguro Obrero, Ranquil, etcétera. Además, la derecha siempre ha sostenido grupos armados: sólo entre 1932 y 1936 organizó las milicias republicanas, que llegaron a contar con cerca de 100.000 hombres armados, es decir, un verdadero ejercito paralelo al institucional —este último, según la derecha, en ese entonces exhibía devaneos izquierdizantes—. La historiografía oficial, así como el oligopolio de la prensa, calla o silencia estos hechos. Tampoco los medios de comunicación hacen mayor mención a la vergonzosa acusación realizada por el gobierno y el Senado de Estados Unidos, a través de los documentos desclasificados, a las fuerzas de

derecha. Estoy seguro que si las afirmaciones contenidas en esas cuatro mil a cinco mil páginas hubieran comprometido a dirigentes del partido comunista o socialista, los medios de comunicación repetirían hasta la saciedad esas acusaciones.

Por último, el notable "Manifiesto de los Historiadores" (redactado en respuesta a la "Carta a los Chilenos", enviada por Pinochet desde Londres, y a los tendenciosos "fascículos" del historiador Gonzalo Vial, profusamente difundidos en la prensa de derecha) evita que me explaye sobre materias tan lamentables y odiosas del pasado. Son nada menos que 84 académicos de primer nivel quienes ahí denuncian las manipulaciones y acomodamientos de la historia nacional realizados por periodistas e historiadores de la derecha.

—Se nota que no le agrada recordar la complejidad de esa época histórica. Más aún cuando a usted se le ha usado como un chivo expiatorio de los errores de tantos y de la propia ideologización de una política que asumía conscientemente, en izquierda y derecha, su dimensión de guerra y de exclusión del adversario. Mi única reflexión es que usted, y en general el socialismo chileno, han hecho un "mea culpa" histórico, han asumido sus equivocaciones, y hoy creen firmemente en una política de derechos humanos y en una democracia sin apellidos. En cambio, la derecha chilena no ha hecho ese proceso de autocrítica y continúa muy soberbia manipulando la historia en aras de justificar lo éticamente hoy injustificable.

Para abrir una nueva época histórica es indispensable que todos los actores, con la cabeza y el corazón, abandonen esa concepción de la política como campo de batalla, en la que "mis verdades" eran la Verdad a ser impuesta a sangre y fuego, y releven y practiquen una nueva política posmoderna: inspirada en el respeto, en la búsqueda de consensos y en la provisoriedad de "mis verdades", aunque sin evitar el vital y necesario conflicto entre diferentes.

Me gustaría, no obstante, conocer su opinión sobre Salvador Allende.

—Considero muy relevante su personalidad moral y política. Allende intentó realizar importantísimos, justos y necesarios cambios en la sociedad chilena, por una vía absolutamente inédita: "en libertad y en democracia". Su fracaso no invalida sus nobles objetivos centrales: justicia social y libertad real para el pueblo de Chile. Lo extraordinario de la trayectoria política de Salvador se demuestra en que todas las leyes sociales favorables a los intereses populares llevan su patrocinio

y firma. La Historia tendrá que hacer un juicio fundado de acuerdo al conjunto de su vida y no sólo en función de sus meses finales. Personalmente nunca he creído en los héroes de un día.

Además, me interesa contribuir a develar porque las tres máximas figuras políticas de Chile murieron en circunstancias trágicas: Portales, Balmaceda y Allende. ¿Cuáles han sido las fuerzas del oscurantismo presentes en nuestra historia que concluyeron condicionando estas tres tragedias políticas y humanas?

También creo necesario ahondar en el drama griego representado en sus días finales, con la infaltable presencia de la figura de un Judas, quien habiendo aceptado la confianza y el alto honor de su designación, lo traicionara a las pocas horas de su juramento de lealtad a la patria. Igualmente quiero explicarme la adhesión mundial a su figura tras su muerte y el Golpe de Estado. En el Tercer Mundo se producían golpes de Estado casi semanales y ninguno de ellos preocupaba a la opinión pública de Europa y Estados Unidos. ¿Por qué el caso de Salvador Allende fue distinto? Entre otros de sus importantes legados se halla que hoy podamos viajar por el mundo sin temores ni vergüenzas.

Por último, quiero reflexionar acerca de la feliz conjunción en la persona de Salvador Allende del gran dirigente socialista europeo y del convencido revolucionario latinoamericano. Allende no desmerecería, ni en sus ideas ni en sus convicciones, en una comparación con las más celebres figuras del socialismo europeo: Brand, Mitterand o Palme; pero también fue un cabal revolucionario que en más de una ocasión, refiriéndose al Che Guevara, declarara: "nuestros objetivos son los mismos, sólo difieren nuestros medios".

EL SOCIALISMO EUROPEO

—¿Qué piensa del actual debate del socialismo en Europa?

—El socialismo, en Europa, se encuentra en completa reelaboración. Aunque el agotamiento de la política de izquierda en la etapa final de la Modernidad es un hecho irreversible, paradójicamente resulta que hoy los partidos socialdemócratas de Europa encabezan doce o trece de los gobiernos de esos países, además, coaliciones políticas presididas por partidos laboristas o socialdemócratas han venido gobernando exitosamente en Canadá, Australia, Nueva Zelanda

y Sudáfrica. Digo paradójicamente, porque la más importante creación del socialismo europeo durante el siglo XX fueron los Estados de Bienestar, pero éstos han comenzado a experimentar serias dificultades desde 1975.

—Con todo, el socialismo europeo muestra como novedad reflexiva la Tercera Vía, al menos la versión académica de Anthony Giddens.

—Tras la aparente tranquilidad y estabilidad del mundo político europeo se están librando cruciales batallas ideológicas y políticas, de las cuales dependerá en medida significativa el futuro de la Unidad Europea. El gran aporte de la Tercera Vía ha sido dinamizar el debate intelectual y político en torno al nuevo rol de los partidos socialdemócratas europeos. Tras las subterráneas disputas entre un "social liberalismo", ubicado al centro, y un "socialismo tradicional", anclado en la izquierda, existe una seria tentativa de todos los partidos de la izquierda europea por renovar su pensamiento político y sus propuestas programáticas. John Gray y Anthony Giddens, este último en su condición de nuevo director de la "London School of Economy", están creando un potente laboratorio de ideas.

En mi opinión, creando la "Tercera Vía" ha realizado una crítica interesantísima al pasado de la socialdemocracia europea, pero su crítica al presente neoliberal es altamente insuficiente.

—¿Por qué?

—Hasta el momento no existe una teoría crítica acerca del fenómeno de la globalización ni tampoco de los grandes cambios experimentados por el capitalismo, ni se han expuesto las razones del por qué se ha decidido abandonar la bandera del anticapitalismo ni existe un análisis fundado acerca del nuevo escenario histórico, donde el predominio de Estados Unidos es casi absoluto.

Al respecto, la sonada discrepancia entre el socialismo francés y el laborismo inglés no se ha explicitado debidamente.

—¿Cuál fue la discrepancia?

—En junio del año 1999, Blair y Schröeder publicaron un manifiesto conjunto dirigido a los socialdemócratas de Europa, el cual motivó una fuerte reacción del socialismo francés por considerarlo

demasiado inclinado al neoliberalismo. Jospin, el primer ministro de Francia, aun continúa privilegiando el factor social por sobre el mercado, en cambio Blair intenta equilibrar ambos factores. Los dos socialismos son hijos de historias nacionales muy diversas y de tradiciones culturales bastante distintas. La tradición francesa desciende directamente de los acontecimientos revolucionarios de 1789, en cambio, la inglesa nace del gran acuerdo surgido en la segunda mitad del siglo XVII entre la aristocracia de la tierra y la emergente burguesía industrial.

No sólo ese manifiesto de tonalidades neoliberales ha venido a enturbiar las pacíficas aguas de la segunda internacional socialista, también Blair, en febrero de 1998, le había propuesto a Bill Clinton la creación de una nueva internacional, ubicada decididamente en la centro izquierda.

En definitiva, los principales temas del fin de la Modernidad cruzan horizontalmente a los partidos políticos europeos. Y autores como Giddens y Gray, proponen, por un lado, superar la vieja oposición existente en el pensamiento de izquierda entre Estado y mercado y, por otro, recuperar incluso algunas de las banderas tradicionalistas del viejo conservadurismo. Por esta misma razón, algunos de los críticos de la Tercera Vía están hablando de un "conservadurismo reciclado"; mientras que en Francia un grupo de importantes intelectuales de izquierda ha asumido el provocador título de "izquierda reaccionaria", expresando así su franco rechazo al mundo que estaría emergiendo.

—Hay dos cosas distintas en lo último que usted afirma. Respecto a esa "izquierda reaccionaria", esos intelectuales firmantes del manifiesto, por un lado, expresan su rechazo al mundo de la tardomodernidad y, por otra, su actual sintonía con la necesidad de empezar a conservar las tradiciones de comunidades y las "tradiciones" del medio ambiente. Esos intelectuales de izquierda ahora querrían parar el elan *destructivo de la modernidad, poniéndose así a tono con el principal desafío posmoderno. Todo un síntoma.*

Otra cosa es la pueril afirmación de algunos nostálgicos de la izquierda moderna. Ellos suelen descalificar a la Tercera Vía porque sería un "conservadurismo reciclado" (aclaro sí, que sus dardos apuntan al gobierno de Blair y de otros socialdemocrátas europeo-americanos). Decir eso, en mi opinión, es no alcanzar a comprender la complejidad y los inéditos e interesantes aportes reflexivos al presente histórico que hace esta nueva mirada política.

A diferencia de lo que suele creerse y escribirse, pienso que la Tercera Vía como reflexión no busca ni diferenciarse ni armonizarse con los hasta ayer antagónicos proyectos ideológicos de matriz moderna: socialismo-liberalismo. Tal vez ha contribuido a esta confusión el propio nombre Tercera Vía. Este término ha sido usado desde hace mucho en teoría política para designar propuestas que buscaban un rumbo distinto al capitalismo o el socialismo. Doy un solo ejemplo: el alemán Wilhelm Röpke en 1942 escribió La crisis social de nuestra época y la Tercera Vía, *obra en la que proponía un humanismo económico o un liberalismo con rostro solidario. Pero la actual Tercera Vía no propone aquello, más allá de que obviamente recoge antiguas tradiciones comunes a la teoría política democrática y moderna.*

Es cierto que la Tercera Vía no tiene integralmente un proyecto alternativo al neoliberalismo; y no lo tiene porque carece de criticidad al núcleo duro de la Modernidad: la lógica del crecimiento económico, del productivismo y del optimismo tecnológico. Con todo, la Tercera Vía —y ése es su gran mérito— constituye un serio e inteligente intento, desde la política y la sociología, por ir más allá del clásico antagonismo político moderno.

Pero, ¿a qué atribuye el triunfo electoral de la socialdemocracia en la tardomodernidad?

—Pienso que las fuerzas de inspiración socialista han resultado más capacitadas y más creíbles que los partidos de derecha para implementar la transición de una Época Moderna a una Posmoderna.

—El debate político europeo se ha ido haciendo cargo de los aspectos críticos de la Modernidad; en cambio, a la derecha de acá lo único que le interesa es una anacrónica e imitativa Modernidad. ¡Mientras más "innovadores" se proclaman, más anacrónicos son!

—A nuestra derecha sólo le interesa el economicismo neoliberal.

—Cuando El Mercurio, *eufórico, editorializa: "Blair y la socialdemocracia europea entendieron que tienen que avalar el mercado", y sólo destaca eso, la verdad es que no quiere advertir que Blair, Schroeder y otros líderes socialdemócratas europeos, en otros temas están a años luz de lo que acá ni siquiera se debate...*

—Los derechistas chilenos difícilmente sospechan lo que está ocurriendo en el centro del mundo y todo lo reducen a una presunta derechización de los partidos socialistas y socialdemócratas europeos, lo que, por lo demás, no es absolutamente falso. Ellos continúan inmovilizados en la guerra fría, de "amigos y enemigos"... Sea por una ideologización extrema, sea por el tradicional provincianismo o por la mala calidad de los medios de comunicación, lo cierto es que los líderes de derecha permanecen ajenos a los grandes acontecimientos mundiales.

—¿Y qué ocurrirá con los valores de la antigua socialdemocracia europea?

—Sin duda, la izquierda socialista, partidaria de una "economía mixta", de un amplio "Estado de bienestar", gestionando enormes empresas y servicios públicos, con un mercado severamente protegido y regulado, ha llegado a su fin, porque también ha tocado a su fin la época en la cual esas realidades nacieron. Además, ha surgido una constelación de nueva realidades e innovaciones tecnológicas, antes los cuales la izquierda moderna carece de respuestas.

En este proceso, los actuales socialismos europeos han pasado a conformar, como lo diría Blair, "la izquierda del centro" y, a su vez, los partidos de la derecha clásica pretenden situarse en la "derecha del centro". En pocas palabras, el centro político es la fuerza dominante en Europa y las viejas categorías de derecha y de izquierda se han ido desperfilando. En sus propias expresiones, ellos serían la izquierda de un hipotético centro y difícilmente volverán a integrar la izquierda a secas del pasado.

Así como el socialismo europeo ha concluido aceptando parte significativa del recetario económico neoliberal, la derecha europea, a su vez, ha concluido aprobando gran parte del bagaje valórico de la tradición socialista y de las instituciones creadas por el Estado de bienestar. Incluso, durante los gobiernos conservadores de Margaret Thatcher y Major, las reducciones a los beneficios otorgados por el Estado de bienestar fueron relativamente moderadas y, como ya lo hemos visto, el porcentaje del gasto social en relación al producto nacional de los países europeos ha disminuido en cifras insignificantes. En su esencia, las derechas europeas han concluido por respetar los avances sociales introducidos por las fuerzas de izquierda

Las fuertes y agresivas diferencias que dividieran a izquierdas y derechas en el pasado se han ido desdibujando. No es éste el caso de

los países de América Latina y de Chile en particular. La denominación que se pretende dar en Chile a los partidos de derecha, llamándolos de "centro derecha", no tiene ningún sentido ni ninguna lógica, salvo la de recurrir a instrumentos publicitarios y propagandísticos.

—En Chile, es cierto, la mayoría de la derecha autoritaria se mantiene petrificada, pues, una derecha democrática, pese a algunos intentos, no existe. Lo mismo ocurre con la izquierda comunista y socialista nostálgica.

Ahora, en Chile, como en el mundo, asistimos en el imaginario ciudadano a una pérdida de convocatoria de los modernos adjetivos de derecha e izquierda. Por eso pienso que a la larga, o bien esas categorías desaparecerán, junto con la época histórica en que nacieron, o bien renacerán pero ahora nominando a nuevas sensibilidades políticas, con nuevos contenidos y recuperando sus valores originarios. Me explico: una Nueva izquierda será aquella que recupere la rebeldía en pos del cambio histórico y articule las más nobles tradiciones modernas con la nueva cosmovisión posmoderna del ecologismo, del antipatriarcalismo y del pensamiento sistémico. Una Nueva izquierda será aquella que desate la creatividad, el cambio y la innovación ahora orientados a conservar la sustentabilidad.

—Me voy a detener en uno de tus argumentos. El indudable desperfilamiento, en Europa, entre derechas e izquierdas, podría conducirnos a la idea de que en la nueva época histórica, llámese como se llame, ya no existirán más derechas e izquierdas. Pero personalmente no lo creo así. El recetario neoliberal está creando graves y profundas contradicciones, las cuales, sumadas a las ya existentes, hacen muy difícil hacer predicciones optimistas acerca del futuro planetario: la extrema concentración de la riqueza, las desigualdades sociales, la degradación acelerada de los equilibrios ecológicos, el crecimiento exponencial de la corrupción, la pérdida del sentido de vida y la rápida erosión de las antiguas identidades nacionales. Y en torno a esos temas volverán a rearticularse las nuevas concepciones de derechas e izquierdas.

Por ejemplo, se estaría llegando a la celebración de un nuevo pacto histórico entre sectores consecuentes de la derecha centrista, un porcentaje significativo de empresarios medianos y pequeños, de agricultores, del progresismo católico, de la izquierda socialdemócrata y de los numerosos grupos verdes, con el fin de

constituir un polo alternativo europeo, y más tarde mundial, a la globalización neoliberal.

COHN-BENDIT Y LA "TERCERA VÍA VERDE"

—En Europa también ha aparecido un manifiesto de los grupos verdes y de la sociedad civil, liderizado por Daniel Cohn-Bendit (el ex líder del mayo francés): "La Tercera Vía Verde".

—Cohn-Bendit ha dejado expresa constancia que para ellos no se trata de estar a la izquierda de la izquierda ni tampoco a la derecha de la izquierda —ambas alusiones a la Tercera Vía de Blair—, simplemente se trata de una nueva postura ideológica y de una nueva propuesta política, firmemente anclada, como ellos lo dicen, en la izquierda. Si bien se trata de un proyecto específico de los verdes dirigido a la defensa y protección del medio ambiente, hoy día adopta una clara definición política destinada a combatir por "la solidaridad" y "en contra de todas las formas de exclusión".

—Cohn Bendit nace a la política en los años sesenta. Desde ahí, en vital coherencia, viene profundizando sus críticas a la Modernidad real y, con sus ideas y prácticas, ha contribuido a lo que usted llama la posmodernización del norte moderno.

—Como se sabe, los verdes obtuvieron en promedio el 10 por ciento de los votos del electorado europeo e integran los gobiernos de Francia y Alemania.

—Ésas son cifras asociadas a partidos políticos verdes; pero esa sensibilidad es aún más extendida. No olvidemos que Cohn Bendit fue uno de los diputados electos más votados al parlamento europeo.

—Según la "Tercera Vía Verde", tal cual yo lo pienso, el capitalismo habría cambiado de naturaleza, al reposar básicamente en la información, en el conocimiento y en mercado globales por sobre los mercados nacionales. Este nuevo capitalismo, en el que el obrero está siendo substituido por las nuevas tecnologías, no sería malo ni bueno.

Es esencialmente ambivalente. Será necesario analizarlo con detenimiento y su orientación dependerá de las fuerzas sociales y políticas que lo impulsan. Por el momento se trata de un capitalismo financiero, aun más duro que el antiguo capitalismo, y tiende a favorecer casi exclusivamente la rentabilidad a corto plazo por sobre las inversiones estratégicas a largo plazo. También estos verdes aceptan el mercado e incluso reconocen sus importantes ventajas, pero debe estar regulado, en el ámbito nacional e internacional, por el principio de la precaución y la lógica de la responsabilidad, con lo cual se cuestiona el objetivo de la rentabilidad como único criterio de eficiencia económica y además niegan categóricamente las ventajas del mercado en el campo de la cultura, la educación, la salud y el medio ambiente.

En definitiva, se pronuncian decididamente por el control político de los procesos económicos. La principal ruptura para ellos entre la vieja y la nueva izquierda se halla en el carácter esencialmente nacional de la primera de estas fuerzas políticas, en tanto que la nueva izquierda deberá ubicarse en primer término en el mundo global y desde allí deberá hacer sus propuestas nacionales y locales. Para ellos, ha cambiado radicalmente la forma de hacer política y la escala de la política: se está abriendo un espacio público mundial y se está conformando también una opinión pública planetaria de enorme gravitación en los años futuros.

—"Pensar globalmente, actuar localmente", por eso la participación de estas sensibilidades en las conferencias planetarias.

—Por lo mismo, proponen nuevas estrategias a escala planetaria para las organizaciones sindicales, gravemente debilitadas por el proceso de globalización de la economía; y frente al poder de los enormes conglomerados multinacionales debe crearse un contrapoder fundado básicamente en las ONGs. Seattle habría sido sólo el primer intento de movilización social en el ámbito mundial en contra de las tres poderosas organizaciones económicas internacionales: FMI, BM, OMC.

Según la "Tercera Vía Verde" habrían surgido nuevas contradicciones que necesitan una pronta respuesta. En materia de pensiones: ¿reparto o capitalización?; entre lo local y lo global; en droga: ¿legalización o represión?; en movilización urbana: ¿transporte individual o colectivo?; en medio ambiente: ¿crecimiento económico o una economía sustentable?; en flujos financieros: ¿regulados y con impuestos

o libres y sin impuestos?; en el sistema capitalista: ¿fomentar la opción de acceso de los asalariados a la propiedad de las acciones u oponerse a esta opción?

Ellos, al igual que yo, hacen el distingo entre transnacionales con fines de lucro y transnacionales sin fines de lucro, en mis términos, humanitarias.

—En ese manifiesto se alude a uno de los más cruciales temas de la nueva ética posmoderna: el respeto a la diversidad.

—Así es. Y ésta es una importante diferencia con la izquierda tradicional que ha sido en esencia antiindividualista. La vía verde, al reivindicar el derecho de todos los seres humanos a vivir en la mayor libertad posible y al reclamar el respeto a la diversidad, incluyendo las diferentes "preferencias sexuales", reconocen una cierta legitimidad en las aspiraciones de los individualistas. La valorización del derecho a la diferencia adquiere vital importancia en sociedades mayoritariamente multiculturales y plurales, como serán las futuras sociedades globales. La diversidad será un valor esencial en un mundo globalizado que ha tendido a la homogeneización y a la uniformidad.

Asimismo debe fomentarse la participación de los nuevos actores sociales y de las nuevas posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías. La izquierda clásica, según los verdes, habría estado demasiado comprometida con los partidos políticos y con la democracia representativa, en cambio, ellos tienden a dar preferencia a una democracia participativa y directa —plebiscitaria— y a constituir movimientos más que partidos.

—Y asigna importancia al nuevo asociacionismo ciudadano, al Tercer Sector de la Economía.

—Por cierto. Además, para esta Tercera Vía Verde la democracia deberá adaptarse a las condiciones creadas por las nuevas tecnologías comunicacionales. Incluso se habla de la nueva "democracia de los individuos", en la que cada cual tenga acceso a las diferentes instancias de poder a través de las redes comunicacionales.

En este manifiesto, la opción verde, entre otras autodefiniciones, se identifica como "liberales libertarios", usando estos términos en su sentido filosófico y político, precisamente para contraponerlo a la expropiación y reducción que han hecho los economistas neoliberales del término liberal.

—Muy interesante la precisión, no sólo la expropiación neoliberal del término liberal; sino también por el abuso, al menos en Chile, de la palabra liberal, a la que suele asociársele el respeto a la diversidad en temas culturales, cuando en esos dominios en rigor no se debería decir liberal sino libertario.

—Por otra parte, "La Tercera Vía Verde" declara ser firme partidaria de la unidad europea. Entre otras razones, porque sería el único espacio colectivo donde aún los ciudadanos pueden democráticamente decidir los límites de un mercado abierto y global. Por lo mismo, proponen la aprobación de una carta suscrita por el conjunto de los gobiernos, en la que se establezcan los derechos fundamentales de los nuevos ciudadanos europeos.

LA IZQUIERDA EN ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA

—¿Qué ocurrió con la izquierda moderna en el principal país de la modernidad madura, Estados Unidos?

—Las categorías de izquierda y derecha, tan presentes en Europa y en América Latina, exhiben en Estados Unidos características muy especiales. Partidos políticos propiamente de izquierda socialista no lograron surgir y asentarse en la sociedad norteamericana; pero sí existieron grupos y círculos académicos e intelectuales de izquierda con una significativa gravitación en esa sociedad. Hubo un grupo de intelectuales marxistas de bastante relevancia en torno a la revista "Montly Review".

No deja de ser curioso que en el país donde más fuertemente se anidara el capitalismo industrial no emergiera un potente movimientos político de tipo socialista.

—Hay dos explicaciones interrelacionadas para tan singular hecho. Primero, el Modo de Vida Americano (American Way Life), tal como en el siglo XIX lo adelantara Tocqueville, se fue constituyendo en la opción más joven y exitosa de la Modernidad; la otra, fue la socialista. Y ese modo de vida implicaba muchas cosas: autoestima, laboriosidad, creencia plena en algunas ideas-fuerza liberales, etcétera. Segundo, en el contexto de la bipolaridad entre

los dos modos de vida modernizantes, la autoestima liberal del país norteamericano azuzaba el desprecio a la ideología del país y proyecto rival (URSS), generando así las condiciones para que, desde el Estado, el "Maccartysmo", a sangre y delación, se encargara de inhibir cualquier arrebato comunista.

—El "liberal" —como se designa en Estados Unidos a los izquierdistas— expresa, en cierta medida, un tipo de mentalidad más próxima al liberal revolucionario de los siglos XVIII y XIX que al izquierdista marxista del siglo XX. Tampoco en Estados Unidos surgió un partido liberal propiamente tal.

—Aunque cuenta con una notable constitución liberal y el partido demócrata y el republicano comparten una matriz liberal de pensamiento.

—Sin duda, y ambos usan dos denominaciones nacidas en la Época Moderna. Por otra parte, en Estados Unidos se fundaron potentes organizaciones sindicales y los movimientos feministas fueron extraordinariamente numerosos y activos.

—Desde sus orígenes, Estados Unidos se caracteriza por un activo asociacionismo ciudadano.

—También hoy, las organizaciones de ecologistas, los movimientos de homosexuales y las ONGs defensoras de los derechos humanos son innumerables y han extendido sus redes por todo el planeta. Existen numerosas y potentes agrupaciones destinadas a defender al consumidor y la legislación existente en esta materia es muy efectiva. En Chile, los empresarios no han permitido la aprobación de disposiciones semejantes: una mala e incompleta ley de defensa del consumidor tardó cinco años en ser aprobada en nuestro congreso.

En pocas palabras, la sociedad civil, en Estados Unidos, exhibe un fuerte dinamismo y una enorme creatividad, lo cual nos hace pensar que en ese país no fueron necesarios los partidos políticos de izquierda para lograr imponer normas y preceptos considerados de izquierda en otras latitudes del mundo.

—Aunque parezca paradójico, allí surgen con más vigor los primeros movimientos de la sociedad civil que expresan a una izquierda de tipo posmoderna. En la costa de California, a partir

de la década de los sesenta, se activan el feminismo cultural (de la diferencia), el ecologismo, los movimientos antinucleares, las neoespiritualidades neopanteístas, centros académicos del pensamiento sistémico, los movimientos en pos de la diversidad sexual, cultural, etárea, etcétera.

—Se encuentran ubicados a la izquierda de la sociedad chilena. Pensemos sólo en materias como legislación laboral, normas ecológicas, leyes de defensa al consumidor, disposiciones antimonopolios, derechos humanos, una constitución democrática, derechos de la mujer, divorcio, aborto, legitimación de la homosexualidad, protección de las minorías, libertad de culto y amplia libertad de prensa, fuerzas armadas obedientes al poder civil, etcétera.

En cambio, si en Chile las fuerzas de izquierda propusieran la aprobación de una constitución democrática y de leyes semejantes o un gasto social en educación y salud con porcentajes similares a los de Estados Unidos, la derecha chilena y su empresariado iniciarían de inmediato una feroz campaña de desestabilización del gobierno, motejándolo, en el pasado, de comunista y en el presente, tal vez, de recalcitrante socialista. ¿Cómo explicar que el país de mayor desarrollo capitalista, bastante más intransigente y agresivo que el europeo, ubicado en posiciones ideológicas neoliberales, exhiba, a pesar de todo, características más próximas a las de una sociedad de izquierda, comparada con las latinoamericanas?

La manida respuesta del pensamiento de derecha en los países no desarrollados es que ellos pueden "darse el lujo" de destinar altos porcentajes de su producto nacional a gastos sociales por ser más ricos y desarrollados. En realidad el argumento es falso.

—Crucemos ahora el Río Bravo. ¿Tuvo alguna especificidad la constitución del pensamiento de izquierda en América Latina?

—En los años veinte y treinta del siglo XIX, las posiciones de izquierda las asumió en un principio el pensamiento liberal, tal cual había ocurrido en Europa. Pero, a diferencia de lo que ha ocurrido allá, acá, esas fuerzas no lograron derrotar a los tres vivos símbolos de la premodernidad: al obispo no reformado, al latifundista y al general insurrecto. Luego hacen su entrada en el escenario histórico los partidos de izquierda, socialista y comunista. Lo cierto es que llegamos al siglo XXI sin alcanzar una modernización real y profunda de las sociedades.

—¿Qué insuficiencias condicionaron en América Latina el que hacer de los partidos de la izquierda no comunista durante el siglo XX.

—Insuficiencias históricas, porque nuestros partidos socialistas no eran propiamente herederos de las tradiciones liberales del Siglo de las Luces y de la Revolución francesa, como ocurriera con el socialismo europeo; ni tampoco se inscribieron en la internacional socialista europea; aun cuando, como lo he expresado, todos ellos se habían declarado contrarios al bloque comunista soviético. Por lo mismo, cada partido en cada país de América Latina se vio obligado a batirse en completo aislamiento del resto de América y del mundo. Aunque el partido socialista de Chile nació bajo la bandera de la unidad latinoamericana, en ese entonces era prácticamente imposible concretar esa aspiración.

El socialismo chileno, hasta los años sesenta, se ubicaba en posiciones muy próximas a las del socialismo europeo, pero nuestro justificado antiimperialismo y anticolonialismo nos llevaba a observar con profunda desconfianza la experiencia socialista en las grandes potencias colonialistas. Y este aislamiento, además, nos privó de un acceso más directo y fecundo al gran debate intelectual y político en la izquierda europea con ocasión de la victoria bolchevique en Rusia, de la guerra civil española y, simultáneamente, del ascenso del fascismo y del nazismo. Estas circunstancias no permitieron al socialismo chileno lograr una elaboración teórica más completa y rica, capaz de considerar las complejidades de las sociedades modernas y las importantísimas transformaciones ya en curso.

—¿Qué impacto provocó la revolución cubana?

—Su efecto más inmediato fue la radicalización de las fuerzas de izquierda y la apertura de diversos focos guerrilleros en la región. Los medios de comunicación de derecha han pretendido presentar a Fidel como un dictador más; pero la imagen ha sido tan rica y potente que ha trascendido con mucho esa mezquina categorización. Hoy abrigo serios temores de que su periplo histórico esté llegando a su fin. En todo caso, la magia que despertara su victoria revolucionaria hace tiempo que ha pasado.

El triunfo de la revolución cubana, en diciembre de 1959, dividió a los partidos políticos de izquierda. Los partidos más antiguos y tradicionales se declararon en contra de la revolución cubana, en cambio, otros, entre ellos el partido socialista de Chile, asumieron su decidida

defensa. El APRA de Perú, Movimiento Nacionalista de Bolivia, los partidos radicales de Argentina y Chile, el movimiento Justicialista, los dos principales partidos demócrata cristianos de la región, el de Venezuela y el de Chile, no se solidarizaron con la revolución cubana, con graves consecuencias internas en cada uno de nuestros países. En Chile, por ejemplo, ésta sería una de las razones de por qué socialistas y demócrata cristianos, ni antes ni después de la victoria de Salvador Allende, lograron establecer una alianza política estable como la de hoy día.

No olvidemos que la izquierda era antiimperialista y como tal antinorteamericana, sin ser por ello pro-soviética; pero la dinámica geopolítica mundial obligaba a situarse a uno u otro lado del meridiano trazado por Estados Unidos. Y precisamente debido a este rígido marco, la revolución cubana terminó colocándose del lado del campo soviético, cuando ni Fidel Castro ni el movimiento 26 de Julio obedecían a una ideología propiamente marxista y, aun más, el influyente partido comunista cubano había estado en contra de los revolucionarios fidelistas. Así las cosas, parte de la izquierda continental se vio envuelta en una confrontación ajena a sus propios intereses y a sus propios pensamientos ideológicos.

Ubicados en el "patio trasero" de Estados Unidos, una vía antiimperialista y anticapitalista de desarrollo era altamente improbable, salvo que ella se pretendiera imponer a través de una revolución triunfante, como Cuba. Para Estados Unidos el apoyo a la revolución cubana pasó a ser la frontera divisoria entre "amigos y enemigos".

La revolución cubana, en la izquierda del continente, produjo similares efectos a los causados en Europa por la victoria bolchevique. Dos revoluciones, paradójicamente, dividieron a las fuerzas de izquierda del viejo y del nuevo continente, la bolchevique en Europa y la cubana en América Latina.

—La vía armada fue un factor de controversias...

—Un número importante de organizaciones de izquierda resolvieron responder a la antigua violencia reaccionaria con la nueva violencia revolucionaria. Las derechas, de Estados Unidos, Europa y América Latina, habían venido recurriendo permanentemente a la violencia, no sólo en contra de sus propias clases subalternas, sino también para aplastar los movimientos independentistas en sus colonias y, por último, se declararían terribles y destructivas guerras entre ellos mismos.

En Chile, ya lo recordé, se dieron innumerables experiencias de violencia reaccionaria (invito al lector a revisar, entre otros, el libro de Patricio Manns *Chile: Una dictadura Permanente*). Estados Unidos, por su parte, bajo pretextos diversos vivía interviniendo militarmente en los países de Centroamérica. Las luchas sociales enmarcadas en el sistema bipolar del mundo habían venido recrudeciendo. De esa manera, los sucesivos gobiernos norteamericanos pasaron a considerar "enemigos" a todos los movimientos políticos de izquierda, aunque muy pocos de ellos tuvieran algún tipo de relación con la URSS.

Repito, fue en ese contexto histórico —continental y mundial— cuando nació la idea de responder con la violencia revolucionaria a la constante y cruel violencia reaccionaria. El clima de violencia imperante en los países iberoamericanos se vio entrecruzado y sobrepasado por la violencia venida desde otras latitudes. En Cuba y en Nicaragua las luchas revolucionarias armadas tuvieron éxito y, aun hoy, la guerrilla en Colombia continúa sosteniéndose. En Venezuela, Brasil, Perú, Bolivia, Uruguay y Argentina los focos armados fueron derrotados. En Chile, por el contrario, no surgió ningún alzamiento armado. Ha sido éste el único país donde nunca ocurrió un alzamiento violento protagonizado por las fuerzas de izquierda; pero, a pesar de ello, la derecha, asilándose en pretextos diversos, instauró una de las dictaduras más crueles del continente.

—¿Entonces aquel contexto convierte en correcta esa estrategia armada?

—Pareciera fácil dar una respuesta después de haber ocurrido los acontecimientos. Ya lo adelanté cuando conversamos de Chile, los resultados concretos de la vía armada fueron negativos; aun cuando existían opresiones y crímenes históricos que justificaban social y moralmente el "derecho a la rebelión".

La revolución armada había triunfado después de décadas de lucha en Nicaragua, obligando a huir a uno de los dictadores más corruptos del continente; pero lamentablemente las nuevas fuerzas políticas también incurrirían en actos moralmente reprobables y en políticas equivocadas. En Perú, el movimiento revolucionario armado degeneró en acciones simplemente criminales. Salvo Colombia, en todos los otros países los focos guerrilleros fueron sofocados y tras ellos se implantarían dictaduras militares de derecha. Además, las fuerzas de izquierda concluyeron divididas frente a

estos acontecimientos y en países donde pudo haberse llegado a acuerdos y alianzas eficaces, éstas fracasaron con el consiguiente debilitamiento del bloque de la izquierda continental.

La violencia ha llegado a constituir una realidad consustancial a la historia de los países iberoamericanos. La violencia de izquierda sólo apareció en las últimas décadas del siglo XX y no guarda relación alguna con el número de víctimas y crímenes producidos por la violencia reaccionaria.

CONTRADICCIONES E INSUFICIENCIAS EN EL BLOQUE DE IZQUIERDA DE AMÉRICA LATINA

—En el "bloque de izquierda" existían serias contradicciones e insuficiencias teóricas. El abigarrado campo de la izquierda no comunista cubría desde el PRI, nacido de la revolución mexicana —1910-1920—, hasta los potentes movimientos populistas de Brasil y Argentina encabezados por Getulio Vargas y Juan Domingo Perón. Los partidos socialistas por su parte eran muy reducidos y sólo el chileno logró un protagonismo significativo.

—¿Incluye en este bloque a radicales y demócrata cristianos?

—Sí, los incluyo. A los radicales por el importante rol que les cupo en la destrucción del antiguo bloque oligárquico y por su activa participación en la democratización y en la industrialización de sus países; y a las fuerzas demócrata cristianas, porque, pese a que en más de alguna ocasión y en diversos países entrarían en conflicto con las otras colectividades de izquierda, en lo sustantivo contribuyeron al desarrollo progresivo de nuestras naciones y también a la derrota del antiguo núcleo oligárquico.

—¿Por qué esta tensión?

—Las democracias cristianas, tanto en Europa como en América Latina, concluirían siendo la expresión del ala más progresista y avanzada de la Iglesia Católica y, al mismo tiempo, la barrera de contención frente al comunismo. Estas dos definiciones medulares de las democracias cristianas, la una en pro del Vaticano y la otra

en apoyo de la política internacional norteamericana, la llevarían a establecer serias discrepancias con los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa y de América, así como a provocar una ruptura radical y definitiva con los partidos comunistas de cualquier lugar del mundo.

La ignorancia de algunos personeros de la derecha chilena y de su prensa acerca de estos conocidos fenómenos históricos, les ha llevado a culpar a la dirección del partido socialista por no haber logrado un entendimiento con la democracia cristiana durante los mil días del gobierno popular. La historia de estas divergencias venía de muy antiguo, y el veto DC a los partidos comunistas perdura incluso hasta el día de hoy, a pesar de haber colapsado el régimen soviético.

—¿Qué otras contradicciones tenía la izquierda latinoamericana?

—La izquierda de inspiración socialista y laica de mediados del siglo XX abrigaba graves contradicciones entre su teoría y su práctica política. Se declaraba abiertamente anticapitalista, pero en su práctica promovía la industrialización, por cierto, con un claro sesgo estatista, y al mismo tiempo promovía la implantación de políticas proteccionistas a favor de los empresarios privados.

—Es cierto, se dio aquella contradicción entre su práctica vocación estatista y su teórico apoyo al empresariado, entre su práctica industrialización y su teórico anticapitalismo. Pero, si se analiza desde la perspectiva que el socialismo era una fuerza política moderna, era muy coherente que apoyara la industrialización, a la que entendía como una forma de capitalización en nuestras economías. Y era muy coherente su estatismo, ante la "falta de hombros" suficientes —capitales y capacidad de emprendimiento— de nuestros empresarios a la hora de capitalizar al país. Por eso, como usted recordará, en esos años el gran debate en el bloque de izquierda giraba en torno a la siguiente pregunta: ¿si era necesario pasar, y por cuánto tiempo, por una etapa de acumulación capitalista democrático-burguesa, antes de llegar al socialismo, una superior y más justa manera de distribuir las riquezas generadas por la industrialización?

—Recuerdo muy bien ese debate. En Chile no existía esa derecha dotada de capacidad empresarial y democrática, en consecuencia la

izquierda debía asumir el rol de las derechas en la tarea de industrializar y democratizar al país; cuando, al mismo tiempo, esa izquierda desconfiaba de la empresa privada y se declaraba en contra de la inversión extranjera, en especial de la norteamericana, lo cual concluía por neutralizar o incluso invalidar sus propias políticas establecidas a favor del desarrollo industrial.

—Una tensión nada trivial se ha dado entre la izquierda y el empresariado, ¿cómo cree hoy que se resuelve ese conflicto histórico?

—Contribuir a la creación de fuertes núcleos endógenos de empresarios industriales es una tarea estratégica para América Latina y Chile y, en consecuencia, también lo será para una nueva izquierda. Mientras no se produzca una profunda renovación en la mentalidad del empresariado nacional, será muy difícil que éste pueda transformarse en un núcleo endógeno, moderno y dinámico, capaz de incorporarse como sujeto activo al proceso de mundialización de la economía.

Pensar que el modelo neoliberal de desarrollo nos conducirá en forma automática a un proceso lineal de acumulación y de crecimiento es, para mí, una nueva y falsa ideologización de la realidad chilena. Sólo será posible el progreso, en su acepción más general y amplia, si se logra crear una masa crítica interna, conformada por fuerzas nacionales dotadas de la voluntad y de la ambición necesaria como para engendrar una propia e inconfundible identidad de nación. Hoy por hoy no existe esa voluntad y esa ambición nacional y, por el contrario, toda la argumentación y la publicidad de los grandes medios de comunicación apuntan a la necesidad de encomendar la dirección del proceso y la producción de riqueza a los grandes conglomerados multinacionales, quienes disponen de cuantiosos capitales y de una real capacidad tecnológica. Pero omiten que no sólo se trata de incrementar los aportes de capital, sino también saber cuál es el destino de éstos y si están contribuyendo realmente a elevar la capacidad industrial del país o bien sólo a maximizar sus ganancias. Sobre esas bases, aparece indispensable y urgente la formación de una estructura productiva capaz de aumentar el nivel de elaboración de los recursos naturales y de las materias primas exportadas.

—A lo último que usted menciona, algunos economistas le han llamado "Una Segunda Fase Exportadora".

—Así es. Pero aún voy más allá: la revolución ocurrida en las tecnologías comunicacionales, en Internet, en la microelectrónica, en los aparatos computacionales y en la biotecnología, pueden permitirle a Chile incorporarse a la categoría de país exportador de bienes industriales sin transitar por el antiguo patrón industrial.

—Complementaría diciendo que una integral "Nueva economía" no puede ser entendida sólo como digitalización ni comercio electrónico. Además, como ocurre en el norte, deberá implicar un fortalecimiento de Tercer Sector y un empresariado y una sociedad civil abierta a una economía ambiental (eco-tecnologías y reciclabilidad), a la sustentabilidad y a una nueva cultura de valores económicos que se desapeguen de los unilaterales indicadores del crecimiento económico y del consumismo.

—Coincidiendo plenamente con lo que has expresado, quiero agregar algo más: nuestros empresarios privados se han concentrado en las actividades productivas de menor riesgo y menos expuestas a los cambios tecnológicos, con lo cual han perdido la oportunidad de sumarse en condiciones realmente competitivas a la economía mundial; sin perjuicio de lo cual a diario proclaman las excelencias de un mercado verdaderamente libre, desregulado y desprotegido, pero en aquellos sectores donde finalmente han llegado a tener cierta capacidad competitiva han concluido por traspasar las industrias a los conglomerados extranjeros. No sería honesto, en mi opinión, continuar con esta desorbitada propaganda acerca de las enormes ventajas que presentan las economías desprotegidas y desreguladas si, en definitiva, los empresarios nacionales prefieren refugiarse en pequeños nichos productivos, donde es la naturaleza quien concede la ventaja comparativa y no el conocimiento y la capacidad empresarial.

Permíteme una corta disquisición acerca de nuestra historia nacional. Portales fue el genial organizador de una sociedad agrícola pre-moderna. Él logró ordenar a esta sociedad agraria, patriarcalista, aislada del mundo, pero condenada indefectiblemente a la frustración y al fracaso, porque el nuevo proyecto histórico moderno exigía un cambio radical de las elites latifundistas premodernas por una nueva clase dirigente empresarial moderna, democrática, industrialista, con capacidad para dotarse de estructuras científicas y tecnológicas y de impulsar un fuerte proceso de secularización de la sociedad. Incluso hasta mediados del siglo XX

eran las clases terratenientes, más algunos empresarios mineros, los dueños del poder en estos países; pero la riqueza en las sociedades modernas ya mucho antes había emigrado de la agricultura y de la minería a la industria y a los servicios.

—Ésa fue la modernidad que nos tocó vivir, por obra y gracia de nuestra singularidad cultural. Lo que usted afirma respecto a nuestro tan común rezago durante la Época Moderna me invita a reflexionar sobre la importancia de que hoy, doscientos años más tarde, en pleno tránsito a una nueva época histórica, los actuales lideres políticos y empresariales no vuelvan a repetir la ya reiterada desconexión con el mundo....

Volviendo a la Nueva Economía, ¿está deberá ser regulada?

—Existen razones fundadas para que muchos empresarios, en diversos órdenes, no estén en condiciones de enfrentar una abierta competencia, por lo mismo, no constituye ni siquiera pecado venial apoyar y proteger actividades industriales con potencialidades estratégicas, tal cual continúan haciéndolo las grandes sociedades del norte a través de sus generosos programas de apoyo a las áreas de telecomunicación, electrónica, espacial, nuclear, ingeniería genética, e incluso, en industrias tradicionales, como son entre otras las siderúrgicas y las automotoras; y no creo pertinente volver a recordar las colosales subvenciones concedidas a los productores agrícolas por los países europeos (300.000 millones de dólares al año).

Gran parte de los más espectaculares avances tecnológicos de los cuales se han beneficiado las grandes sociedades anónimas norteamericanas provienen de las millardas de dólares asignadas por el gobierno al "complejo militar industrial". Como he reiterado en nuestra conversación, fue el Estado, a través de instituciones propias o programas financiados por él, quien ha logrado los descubrimientos técnicos más sorprendentes del siglo pasado, entre ellos: energía nuclear, Internet, rayos láser, radares, biotecnología. Ni uno sólo de los Estados europeos ni tampoco el norteamericano han logrado reducir el porcentaje del gasto público en relación al producto nacional, ni menos el gasto social. En los países europeos este porcentaje fluctúa en torno al 40 por ciento, en Chile al 18 por ciento. La derecha chilena, así como el empresariado, se encuentran seriamente obnubilados por un extremismo neoliberal que ni siquiera en Estados Unidos se defiende y practica.

Por estas mismas razones discrepo con quienes han creído ver una revolución modernizadora y capitalista en las políticas implementadas por el régimen militar. No ha sido una revolución propiamente modernizadora la que nos ha legado una constitución antidemocrática; fuerzas armadas dominadas por un pensamiento político por entero ajeno a una concepción moderna y democrática; un empresariado en constante pie de guerra, quejándose diariamente, intentando transferir sus responsabilidades al Estado por su incapacidad para producir valor agregado en sus actividades económicas; una acelerada desnacionalización de la economía; empresas con bajisimos impuestos, con salarios reducidos; una legislación laboral insuficiente; y los porcentajes de desigualdad más altos del continente; en síntesis, un empresariado altamente "protegido y subvencionado" por el país.

Culpar, al proteccionismo o a las regulaciones del retraso económico, como se hace en Chile, es tomar el rábano por las hojas. Fue la ausencia de un empresariado industrial emprendedor y eficiente, lo que condujo al Estado chileno a asumir, por una parte, la función de empresario, y por otra, a proteger las incipientes industrias. Sin esta decidida intervención del Estado, Chile se hallaría aún en la época de las cavernas.

—El logro de la dictadura y sus políticas económicas, más allá de las llamadas "modernizaciones sociales", fue supuestamente abrirse al capital extranjero.

—¿Por qué se hace aparecer tan indispensable el aporte de capital extranjero? ¿Acaso no existe capacidad empresarial autónoma? ¿Por qué se intenta hacer creer al país que la norma general ha sido lograr el desarrollo económico a través del capital extranjero y la entrega de la explotación de las riquezas nacionales a los grandes conglomerados multinacionales? ¿No fue así en Japón ni en Corea ni en Taiwan ni menos en ninguno de los países de Europa?

Simplemente los empresarios han escogido la vía del menor esfuerzo al traspasar sus empresas a grupos multinacionales y al ceder la explotación del cobre, ajena a Codelco, a transnacionales en condiciones aún más favorables que las establecidas hace cincuenta o sesenta años atrás para la Anaconda y la Kennecot.

—¿Acaso hoy vuelve a reivindicar un proteccionismo?

—Está muy lejos de mi pensamiento reivindicar un desarrollo autónomo y la creación de una economía autárquica en plena era de la globalización. Obviamente que reconozco el papel positivo del mercado en el desenvolvimiento económico de un país y estimo necesarios los aportes de capital y de tecnologías venidas de los países desarrollados. Pero resulta muy distinto entregar íntegramente las decisiones de las prioridades económicas nacionales a los conglomerados transnacionales, así como el patrimonio forestal, minero, pecuario, agrícola, de servicios públicos, teléfonos, luz, agua, los bancos y seguros, construcción de caminos y puertos, Isapres y AFPs, radios, canales de TV, editoriales; a conservar el timón de la economía y de sus diversas opciones en poder de un Estado fuerte y capacitado para navegar en las difíciles aguas de la globalización y de la nueva revolución tecnológica.

Asociar proteccionismo e intervención del Estado con retraso e ineficiencia es simplemente una falsedad, contradicha por toda la experiencia histórica moderna. Hasta el momento no existe el país que se haya industrializado bajo los parámetros de una economía abierta. Que hoy día, dado el potente proceso de la globalización y dado el caso específico de Chile, con la notoria debilidad de su sector empresarial, sean necesarias estas ventas o transferencias, es harina de otros costal; pero ésta no fue la regla en los treinta países más industrializados del mundo; como tampoco ha sido la norma lograr un crecimiento económico con tan abismantes desigualdades sociales y con tan enorme concentración de la riqueza.

El pensamiento neoliberal, tal cual se practica y difunde en Chile, está yendo demasiado lejos en la aplicación ideologizada de sus políticas, transformándolas en verdades indiscutidas y dogmáticas. El Estado es siempre "el malo de la película", el mercado es perfecto y extiende sus beneficios a todos por igual; cualquier aporte de capital es positivo y cualquier tipo de endeudamiento es recomendable; los flujos de capital deben circular con absoluta libertad, incluso cuando provengan de mafias, de tráfico de drogas o ser meramente especulativos. Este recetario de dogmas ha pasado a ser muy similar a los dogmas del pensamiento marxista vigente en los comienzos del siglo XX, cuando el Estado era siempre el bueno y la iniciativa privada era siempre la perversa.

Definitivamente, la concentración de las exportaciones en recursos naturales y en materias primas no hacen sino revelar las serias insuficiencias del empresariado nacional. Invertir sólo donde existe una "ventaja comparativa natural", sin hacer mayores

esfuerzos por crear ventajas comparativas fundadas en un real espíritu empresarial, en una capacidad auténticamente innovadora y en el conocimiento, como es la norma en la nueva economía mundial, revelan un importantísimo vacío en nuestra formación nacional.

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE LA NUEVA IZQUIERDA Y EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

—Ha dicho que los "antis" del siglo XX, comunes a la izquierda moderna, han perdido gran parte de su significado y razón de ser: antiimperialismo, antioligarquía, anticapitalismo, antimercado, anticlericalismo. ¿Qué conserva esa izquierda entonces?

—Aún mantienen plena vigencia las invocaciones ideales del socialismo: justicia social, solidaridad, igualdad, ayuda al débil, la lucha contra las inequidades, libertad y emancipación humana. Desafíos como la pobreza, desigualdades, concentración de la riqueza, fuerte presencia militar, carencia de impulsos económicos endógenos, sociedades civiles precarias, extrema debilidad de los sistemas democráticos, corrupción y delincuencia, continúan presentes en nuestra región.

—¿Sobre qué bases se debe reconstruir la izquierda?

—Se requiere un análisis des-ideologizado de las grandes transformaciones históricas a que nos hemos venido refiriendo. Además, en el caso de Chile, será necesaria una intensa reflexión acerca de nuestra historia y un análisis autocrítico sobre nuestras creencias y comportamientos del pasado. Por otra parte, existen a los menos dos supuestos esenciales en la reelaboración de un nuevo pensamiento político de izquierda. El primero es superar la presencia de algunos de los múltiples fantasmas del pasado. Por ejemplo, "la inevitabilidad del paso del capitalismo al socialismo" o la frase de Mao aludiendo a que "el viento del Este soplaba más fuerte que el del Oeste". Estas creencias estaban basadas en una defectuosa filosofía de la historia, de matriz hegeliana, y en una especie de milenarismo de inspiración judeo cristiana. Ellas presuponían

un futuro previsible de acuerdo a la visión determinista de Marx acerca de la evolución social. Hoy, en cambio, nos inscribimos más bien en la idea de Karl Popper de una "historia abierta", que no está determinada por rígidas leyes históricas ni tampoco obedeciendo a fuerzas teleológicas.

—Usted habló de dos supuestos, uno es negar certezas precedentes, ¿cuál es el otro?

—El segundo es asumir la magnitud y dimensión del actual cambio de época histórica. En este fin de época, es el conjunto del colosal edificio moderno el que ha comenzado a desmoronarse. Y no es esta una mirada apocalíptica, puesto que, junto con los procesos desintegrativos, también veo un mundo en veloz recomposición, rehaciéndose continuamente.

También es cierto que jamás la especie humana había enfrentado peligros y amenazas de tan gigantesca dimensión; pero tampoco se habían abierto horizontes de tan anchas esperanzas y de tan prodigiosos avances en el conocimiento. Lo que falta es el surgimiento de una nueva y potente síntesis de las grandes ideas iluministas y marxistas del pasado moderno, unida a una fuerte crítica, llamémosla, por el momento, posmoderna, a esas mismas ideas, con el objeto de ir construyendo una alternativa de vida más plena y deseable.

—Le queda en el tintero el desafío de la nueva masculinidad y de la nueva "familia democrática", esta última expresión es de Giddens y alude a una familia, sea o no tradicional, basada en el respeto y el diálogo. Y también queda en el tintero el desafío de comprender como un tema político de primer orden la necesidad de generar las condiciones sociales e institucionales para el Autoconocimiento o Desarrollo Personal. Hoy, luego de la unilateralización que hiciera la izquierda moderna del cambio social, en desmedro de una íntima coherencia personal, el cambio personal aparece con todos sus enormes vínculos con la vida social y con el cambio cultural.

Además, quiero comentar lo que usted llama —siguiendo a Heidegger— un "desasimiento ante la técnica". Para una nueva izquierda son fundamentales los nuevos desafíos políticos implicados en los últimos logros tecnológicos: la biotecnología, Internet, la carrera espacial, etcétera; todos hechos tecnológicos

que nos hacen interpelaciones éticas. Como hemos visto, la opinión de una nueva izquierda no será para negar estos procesos, sino que para encauzarlos reflexivamente en función de una mejor calidad de vida, de la conservación de los ecosistemas y de las comunidades. ¡Que la tecnología no es ciega ni un fetiche!, es algo que hemos muy bien aprendido durante la Modernidad.

—Los grandes valores ideales y éticos del socialismo no necesitan para consumarse de cambios revolucionarios violentos. Se trata más bien de impulsar la revolución "intelectual y moral" —de la cual nos hablara Gramsci—. En el mundo actual, la vía de reformas profundas ha resultado ser más eficaz y menos dolorosa, como instrumento de cambio, que la vía de la revolución armada. Y lo anterior es así, porque obviamente subsiste el objetivo fundamental del socialismo: el cambio social en un sentido ético, progresista y humanizante, y hoy agregamos ecologizante. La izquierda del 2000 deberá comprometerse con la creación y profundización de sociedades abiertas, democráticas, creativas y participativas, basadas en una nueva matriz valórico-cultural, ni prometeica como la marxista ni antropocéntrica como la conservadora. Y se deberá reconocer en forma explícita las ventajas que ofrece una economía social de mercado, sometida, por cierto, a regulaciones de carácter social, cultural, ecológicas y de interés nacional. La economía deberá estar al servicio del ser humano y no a la inversa, como está ocurriendo en la actualidad. La izquierda del mañana no deberá fundamentarse en una sola teoría social o inspiración ideal. Por el contrario deberá incluir a todas aquellas ideas y concepciones que guarden relación y coherencia con los principios básicos antes enunciados.

El marxismo contiene una enorme y valiosa elaboración intelectual, tal vez, la más rica y potente realizada en la Época Moderna, pero las espectaculares transformaciones a que nos hemos venido refiriendo exigen nuevos y profundos estudios y análisis de las complejas realidades emergentes. Una renovada fuerza de izquierda, dotada de nuevas capacidades de convocatoria, deberá abrir sus espacios y sus mentes bastante más allá de su pasada inspiración.

No podrán ignorarse los efectos trascendentales producidos por los potentes y revolucionarios movimientos feministas y sus justificadas reivindicaciones. Como lo he repetido más de una vez, la mayor revolución social de la historia humana ha sido la protagonizada por los pacíficos movimientos feministas, desde luego, de

efectos muy superiores a los provocados por los movimientos de obreros y campesinos, o los liderados por vanguardias políticas. Ni podrá una reflexión política de izquierda ignorar a los movimientos ecologistas, a sus importantes pensadores, a sus propuestas y manifiestos, ni desconocer los numerosos documentos suscritos por algunos de los principales científicos contemporáneos. Como ya lo estamos viendo día a día, el siglo XXI estará marcado por el crucial tema ecológico, dado que él está apuntando a la subsistencia misma de la especie humana y del planeta Tierra.

Asimismo, tampoco imagino a una izquierda del siglo XXI levantando banderas antiglobalistas, así como en el siglo XX se alzó la consigna del anticapitalismo. La globalización de la economía no es un hecho negativo, en cambio, sí lo son la forma, los mecanismos y las fuerzas dirigentes de esta globalización de matriz neoliberal. La actual globalización salvaje, si bien pudiera favorecer a los tres bloques económicos centrales, para el resto de los países, medianos y pequeños, está constituyendo un dramático desastre social, cultural y político. Pero este tipo de globalización no es la única forma posible de globalizarse ni responde a una fatalidad histórica "inevitable" ni "inexorable", como se pretende presentarla.

—¿Asumir la defensa de tradiciones culturales?

—Así es. La izquierda moderna ha mantenido un tradicional antitradicionalismo. Dado que el tradicionalismo constituyó siempre un componente esencial del pensamiento reaccionario; pero hoy, cuando las posibilidades de obtener enormes ganancias se hallan en una economía globalizada, esas fuerzas se las arreglan para reducir su concepto de tradición a un par de valores arcaicos.

En verdad, cuando los partidos conservadores se oponían decididamente a los valores y principios fundantes de la Época Moderna, en nombre de la tradición, era, hasta cierto punto, lógico que el pensamiento de la izquierda moderna, liberal y socialista, pasara a considerar la tradición como uno de los mayores obstáculos al proceso de modernización de las sociedades. Pero las circunstancias han cambiado radicalmente. Hoy, frente a la posibilidad cierta de que vayan desapareciendo las identidades culturales, las tradiciones locales, el apego a la familia y otros antiguos referentes de vida, es urgente pensar, como diría Giddens, en defender algunas de esas tradiciones más valiosas, pero "de una manera no tradicional".

Otro tema hasta ayer ausente de las preocupaciones de las izquierdas fue la sociedad civil. Ésta, cada día adquiere mayor relevancia. Tanto el socialismo, como la izquierda en general, estábamos demasiado obsesionados con la conquista del poder político y, a través del control y dominio del Estado, organizar la nueva sociedad y crear el hombre nuevo. Hoy día, el fortalecimiento y la ampliación de la diversidad de la sociedad civil deberán ser partes esenciales de nuestras propuestas.

—Carlos Altamirano, en su devenir, ha vivido en varias épocas y mundos: en América Latina (la modernidad frustrada), en París (la modernidad liberal por excelencia) y en Alemania oriental (el moderno socialismo real); ha sido también partícipe de un mundo agrario, un mundo industrial y hoy vive en un mundo informático; y por último, ha sido un hombre cruzado por el sueño de la Época Moderna, aunque hoy dialoga con los nuevos valores que anuncian una posmodernidad histórica. Tras esa deriva vital tan intensa, me llama la atención que, pese a reconocer en el socialismo una ideología política agotada (aunque también ha afirmado que mantienen plena vigencia sus idealidades y grandes valores), se siga reconociendo como miembro del Partido Socialista chileno, tan ajeno a estos debates e inquietudes suyas.

—Llevo una vida entera y ya muy larga en el partido socialista. Al año de haber ingresado a la escuela de derecho de la Universidad de Chile, junto a otros queridos y viejos amigos, me incorporé al partido socialista. Algunos de ellos venían de otras colectividades, radicales o militantes del partido comunista, varios habían ingresado a la masonería, otros reconocían filas en grupos trotskistas e incluso anarquistas, y también, más tarde, surgió una tendencia pro-cubana. Yo sólo fui socialista, no pertenecí a ninguno de estos diversos grupos o tendencias. Ésta ha sido, en consecuencia, mi sola y exclusiva familia política; familia un tanto anárquica, inorgánica, antiautoritaria, rebelde por excelencia, inconformista; pero familia decente, idealista, honesta, combativa, autónoma, popular y nacional, con un largo historial de luchas a favor de los pobres, de los que no tienen poder, de los humillados y ofendidos —como habría dicho Dostoievsky—. En esta tradición se inscribieron hombres tan ilustres como Salvador Allende, Marmaduque Grove, Oscar Schnake, Eugenio Matte, Eugenio Gonzalez, Raúl Ampuero, Salomón Corvalán, Felipe Herrera, Aniceto Rodríguez,

Clodomiro Almeyda, y mujeres como Laura Allende, María Elena Carrera, Carmen Lazo, y tantas otras y otros. La dictadura persiguió con especial saña a los socialistas; no menos de un tercio del comité central que yo presidía fue asesinado y miles fueron muertos, desaparecidos, torturados y exilados.

En definitiva, consideraría una deslealtad imperdonable de mi parte abandonar esta noble historia de sacrificios e ideales.

ÍNDICE

Nota del editor **7**

A modo de introducción:
cerca del abismo en el fin de la modernidad **11**

primera parte

**DIÁLOGOS SOBRE LA MODERNIDAD
Y EL ACTUAL CAMBIO
DE ÉPOCA HISTÓRICA**

1
1492: Año I
de la Historia Universal, inicio
de la Época Moderna **19**

2
La fundación de la
época histórica moderna **27**

3
Las grandes realizaciones
y los grandes hoyos negros
de la Época Moderna **37**

4
Mil vías hacia
la modernización **51**

5
Distintos autores analizan el cambio
epocal: ¿El fin de la Modernidad
y el inicio de la Posmodernidad? **63**

6
Mutación histórica
global: trece grandes
transformaciones **83**

segunda parte

**LAS GRANDES
TRANSFORMACIONES
EPOCALES**

7
La gran transformación
ecológica **105**

8
La gran transformación
demográfica **125**

9
Las grandes
transformaciones
cientifico-tecnológicas **131**

10
La gran transformación
del Sistema Capitalista **161**

11
La mundialización
de la economía capitalista:
las empresas transnacionales **171**

12
Occidentalización
o modernización
del mundo **191**

13
Cambios en el escenario geopolítico
mundial: Nuevos y viejos actores
de la Historia Universal **205**

14
América Latina
y la occidentalización
del mundo **225**

tercera parte

**LA GRAN TRANSFORMACIÓN
DE LAS IDEOLOGÍAS, DE LA POLÍTICA
Y DE LA MORAL OCCIDENTAL**

15
El fin de las ideologías modernas **251**

16
La gran transformación
y traición del pensamiento
conservador **273**

17
El neoliberalismo: una reducción
del antiguo liberalismo **285**

18
La gran transformación en los principios éticos y morales y las grandes transformaciones en la Iglesia Católica **295**

19
La gran transformación en el paradigma científico **309**

20
La transformación en el bloque histórico de izquierda **319**